



UN GUIISO DE LENTEJAS

Mary Cholmondeley

Traducción de Ricardo García Pérez

 NOCTURNA
EDICIONES

UN GUIISO DE LENTEJAS

MARY CHOLMONDELEY

Mary Cholmondeley

UN GUISO DE LENTEJAS

Traducción del inglés
Ricardo García Pérez

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Red Pottage*

© de la traducción: Ricardo García Pérez, 2019

© de las guardas: Dmitry Remesov, Nonika Star/Shutterstock

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.ºC, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2019

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-45-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

A Victoria

Lo bueno no se me mostró distante

No me faltó vuestra suave reprobación
ni la dorada generosidad de vuestro elogio[1]

CAPÍTULO I

*En la tragedia, ¡Dios sabe
que los villanos no tienen razón de ser!
Son las pasiones las que determinan la trama:
Lo que nos traiciona es la falsedad interior.*
GEORGE MEREDITH[2]

«No puedo salir», decía el estornino de Sterne asomándose por entre los barrotes de su jaula.

«Yo saldré», se dijo Hugh Scarlett, que no veía ningún barrotes, pero tenía cierta sensación de que había una jaula. «Yo saldré», repetía mientras su cabriolé le trasladaba raudo desde la casa de Portman Square, donde había cenado, a esa otra casa de Carlton House Terrace, adonde sus pensamientos habían viajado antes que él adelantándose al ti-tloc, ti-tloc, ti-tloc del caballo.

Era una calurosa noche de junio. Se había retirado el gabán y la multitud de transeúntes que había en la calle podría ver, si le hubiera interesado, «el espejo de la cultura»[3] con forma de chaleco y pechera de camisa blancos, coronados por el semblante bien parecido e irritado de su propietario, recostado en el asiento y con el sombrero inclinado sobre los ojos.

Ti-tloc, ti-tloc, ti-tloc, proseguía el caballo.

En un cuarto de hora se pueden condensar infinidad de pensamientos, sobre todo si se lleva evitándolos mucho tiempo.

«Yo saldré», volvía a decirse con un gesto de impaciencia. La intriga común y corriente que hacía un año le resultara tan novedosa y atractiva estaba empezando a cansarle. No lo reconocía ante sí mismo, pero se había cansado de ella. Tal vez la razón por la que las resoluciones concluyentes se han granjeado una reputación tan pésima como la de los adoquines reside en que no suelen ser consecuencia del arrepentimiento, sino de la agitación que acosa a un placer evanescente. Esta *relación* había sido, en alternancia, su orgullo y su bochorno durante muchos meses. Pero ahora se le estaba convirtiendo en otra cosa, que es lo que siempre había sido, aun cuando no se hubiera dado cuenta hasta hacía muy poco: en unas cadenas, en un obstáculo, en algo fastidioso de lo que había que librarse y apartar de la vista. Definitivamente, había llegado el momento de la resolución concluyente.

«Le pondré fin —volvió a decirse—. Gracias a Dios que ni un alma se lo ha imaginado jamás».

¿Cómo podría haberlo imaginado algún alma?

Recordó el día en que, un año antes, la conoció y vio en ella tan sólo a una mujer bonita.

Recordó otros días y la paulatina construcción entre ambos de un palacio de ensueño. Él colocó una piedra aquí, ella otra allá, hasta que, se convirtió... en una prisión. ¿Había sido él quien la había tentado o se había limitado a sucumbir él a la tentación? No lo sabía. No le importaba. Sólo quería salir de allí. Sus mejores sentimientos y su conciencia se despertaron con el primer roce del cansancio. El breve capricho siguió su devenir. Se le había arremolinado y descentrado el juicio —él decía que se le había arremolinado, pero, en realidad, sólo se había modificado un poco—, había recorrido su órbita vertiginosa y ahora el hilo de sujeción le había devuelto al punto desde el que había partido, es decir, el de que no era más que una mujer bonita.

«Romperé con ella poco a poco», se dijo como el principiante que era, y proyectó ante sí imágenes mezquinas en las que ella lo maltrataba, le reprochaba cosas, probablemente comprometiera su reputación..., las cartas que ella le escribiría. Por encima de todo, no debía leerlas. ¡Oh! ¡Qué cansado estaba ya de antemano de todo eso! ¿Por qué había sido tan necio? Contemplaba el fin de la *relación* como un mal marinero contempla un trayecto marítimo inevitable al final de una singladura. Era necesario recorrerlo, pero la perspectiva de padecerlo le llenaba de repulsión.

Una berlina le adelantó presurosa, deslizándose sobre sus silenciosas ruedas, y la mujer que viajaba en su interior captó un destello del rostro altivo, rasurado, mitad brutal y mitad taciturno del interior del cabriolé.

«Ira, impaciencia y remordimiento», se dijo ella mientras terminaba de ajustarse los guantes.

«Gracias a Dios que ni un alma se lo ha imaginado en ningún momento», repetía Hugh con fervor mientras el cabriolé empezaba a frenar de repente.

Instantes después, Hugh tomaba la mano de Lady Newhaven, que estaba de pie en la entrada del salón ambarino junto a un bosquecillo de orquídeas rosas.

Dejó un instante, saludó a Lord Newhaven y prosiguió para adentrarse en los salones abarrotados. ¿Cómo podría alguien haberlo imaginado? Jamás había rozado a Lady Newhaven el menor hálito de escándalo. Era una mujer muy hermosa, vestida de satén blanco con diamantes, de pie junto a sus orquídeas rosas, cerca de su esposo, un hombre con mirada de fatiga y modales caballerosos. Tal vez su cabello rubio fuera cerca de la raíz un tono más oscuro que en las puntas onduladas; tal vez sus ojos azules no armonizaran del todo con las pestañas azul marino; pero el efecto en su conjunto exhibía la exquisita perfección convencional de un fotocromo retocado con destreza. Como es natural, los gustos difieren. A algunas personas les gustan los fotocromos y a otras, no. Pero incluso quienes sienten agrado son propensos a acabar distanciándose de ellos. Puede ser que despierten cariño o admiración, pero nunca fidelidad. En su momento, la mayoría hemos fijado en nuestras paredes clavos que, si bien ahora sostienen con decoro los grabados y aguafuertes de etapas de mayor madurez, fueron en todo caso clavados originalmente para sostener los apreciados y hace mucho tiempo desechados fotocromos de nuestra juventud más alocada.

El sol de diamantes que descansaba sobre el pecho de Lady Newhaven se estremeció un poco, un poquito, cuando Hugh la saludó, tras lo cual ella se volvió para brindar la misma sonrisilla y la mano enguantada al siguiente invitado, cuyo nombre se adelantaba saltando de lacayo en lacayo.

—El señor Richard Vernon.

Los grandes ojos azules de Lady Newhaven miraron con vaguedad. Su mano vaciló. Ese hombre de complexión fuerte y mal vestido, con el rostro muy bronceado y surcado de cicatrices profundas y la boca torcida, le era desconocido.

Lord Newhaven se adelantó a toda prisa.

—¡Dick! —exclamó, y Dick disparó una inmensa mano de color caoba para estrechar con calidez la de Lord Newhaven.

—Maldita sea —dijo una vez que Lord Newhaven le presentó a su esposa—, que me ahorquen si sabía quién eras. Recogí tu invitación en el club ayer, cuando desembarqué, así que decidí venir y ver quién eras. Y resulta que, después de todo, eres tú, Cackles[4]. —La costumbre de Lord Newhaven de guardar silencio le había valido el apodo de «Cackles»—. Pensé que iba a entrar..., bueno..., ejem..., en sociedad. No sabía que tuvieras título. ¿Cómo averiguaste que estaba en Inglaterra?

—No lo averigüé, mi querido amigo —respondió Lord Newhaven llevando a un lado con amabilidad a Dick, cuya espalda obstaculizaba sin reparo la afluencia de nuevos invitados—. Me agrada..., bueno, estoy encantado de verte. ¿Qué tal van los vinos? Pero supongo que en la lista de mi esposa debe de haber otros Dick Vernon. ¿Has traído la invitación?

—Más bien —contestó Dick— la llevo siempre desde que me echaron del baile de un minero en Broken Hill por haberla olvidado. Recuerdo que en ella se decía: «No se permitirá la entrada a los caballeros que asistan con cuello postizo». Un acordeón y velas en botellas. Excelente, mientras duró. Me hubiera gustado que estuvieras.

—Ojalá hubiera estado.

El ojo cansado y medio cerrado de Lord Newhaven se entreabrió un poco.

—Pero parece que tuvo un final desafortunado.

—En absoluto —corrigió Dick mientras volvía la cabeza para observar a los recién llegados—. Bonita joven, esa; echaré un vistazo enseguida a toda la cohorte de ellas que lleguen. El día siguiente vinieron a decirme que había sido un error, pero hubo cuatro o cinco tullidos que lo descubrieron la noche anterior. Aquí está la invitación.

Lord Newhaven la miró con atención y, acto seguido, estalló en una carcajada.

—Es de hace cuatro años —dijo—. Debí de añadirte a la lista de mi madre sin saber que te habías marchado de Londres. Es su caligrafía.

—Llegó un poco tarde —señaló Dick con tranquilidad—, pero por fin estoy aquí. Ahora, Cack... Newhaven, ya que ese es tu nombre aristocrático..., como estoy aquí, haz desfilar a unas cuantas ricas herederas, ¿quieres? Me gustaría llevarme un par de ellas. Oye..., ¿debería ponerme los guantes?

—No, no. Déjalos prendidos en tu magnífico porte, como los llevas ahora.

—Gracias. ¿Supongo, viejo amigo, que voy bien así? Hace cuatro años que no me meto en un traje de noche.

A Dick le quedaban cortos los pantalones y se los había anudado con la corbata blanca haciéndole una cinturilla. Lord Newhaven había reparado en ambos detalles antes de reconocerlo.

—Lo bastante —dijo con presteza—. Bueno, ¿quién va a ser la afortunada mujer?

El ojo de halcón de Dick se paseó por la multitud del segundo salón, ante cuya entrada se encontraba.

—Esa —dijo—, la joven alta del vestido verde que está hablando con el obispo.

—Tienes un ojo maravilloso para las herederas. Has escogido a la más importante de Londres. Es la señorita Rachel West. Dijiste que querías un par.

—De una en una, gracias. La llevaré a cenar. Supongo..., eeh..., que hay cena en esta especie de velada, ¿verdad?

—Algo parecido. No temas por el vino; no es tuyo.

—Te pillé ofreciendo tu mejor vino a la multitud —replicó Dick—. El obispo se va. Deprisa.

CAPÍTULO II

*Mas cuando tanteó en la pared, dos manos
se abalanzaron sobre él y el rey dijo a su espalda:
«Eres hombre muerto, no obras bien».*

RUYARD KIPLING[5]

Hugh atravesó el primer salón y, al cabo de un cuarto de hora, se descubrió a las puertas del segundo. Había llegado tarde y los salones ya se despoblaban.

Junto a la ventana abierta había una mujer con un vestido verde pálido, cuyo perfil blanco se dibujaba sobre el marco de oscuridad mientras escuchaba con palpable entretenimiento al hombre alto y mal vestido que la acompañaba.

Los ojos de Hugh se desprendieron del velado desprecio con el que tenían por costumbre contemplar a la sociedad y de la benévola condescendencia con que acechaban a las mujeres bonitas.

Rachel West volvió la cara despacio y sin fijarse en él, pero a Hugh le dio un vuelco el corazón. No era hermosa, más allá de la belleza que confiere la salud y de esa cierta dignidad en el porte que es fruto de la sintonía entre la cabeza, las manos y un cuerpo que mantiene la unidad con una mentalidad por entero inconsciente de sí misma. No tenía la nariz larga que con tanta frecuencia usurpa más de lo que le corresponde en los rostros de las personas bien educadas ni tampoco tenía, ¡ay!, esa afectación que todo lo redime. Sus rasgos eran tan poco significativos como el tono de su piel. La gente raras veces reparaba en que el pelo de Rachel era castaño y en que sus ojos hundidos eran grises. Pero sobre su rostro serio se veía escrita con claridad la expresión «dispuesta a ayudar»... y algo más. ¿Qué era?

Del mismo modo que detectamos en el semblante de los marineros los vestigios de las arremetidas de la tormenta, el sol, los océanos y, en torno a los ojos, esas arrugas de la piel nacidas de la prolongada observación en la penumbra, así en algunos rostros serenos y puros como el de Rachel, que jamás han sido azotados por el sol y la lluvia, podemos reconocer una expresión que presagia una firme resistencia interior al embate de un torbellino externo. ¡Quién contemplará impasible las marcas del conflicto y la resistencia sobre un rostro joven! La Madre de Jesucristo debió de haber apreciado gran diferencia en su Hijo la primera vez que lo vio tras las tentaciones del desierto.

La despreocupada mirada adusta de Rachel se detuvo en Hugh. Los ojos de ambos se encontraron y él percibió de inmediato, no sin asombro, que ella lo reconocía. Pero no lo saludó y, un instante después, abandonó los salones casi vacíos con el hombre que le hablaba.

En Hugh, presa de la excitación, ya no se reconocía su anterior actitud, mitad desdeñosa, mitad displicente. Esa mujer debía ser su esposa. Lo salvaría de sí mismo, de ese incansable yo cínico que jamás permanecía en una única estancia. La debilidad reconocida a medias en su naturaleza se superponía inconscientemente a la fuerza de ella, una fuerza que había sido puesta a prueba. Ella lo amaría y lo sostendría. Si esa alma pura y fuerte se mantenía cerca de él, se acabaría la complacencia ante las circunstancias. Se apoyaría en ella y jamás volvería a vérselo en las desagradables veredas de estos últimos años. La presencia de ella aligeraría toda su existencia. No sentía ningún temor, ningún recelo, en medio de aquella insensatez momentánea que, después de todo, acaso no fuera más que una intuición profética. Pensaba que teniendo ese rostro no era posible que fuera tan malvada para rechazarle.

«Se casará conmigo —se dijo—. Debe hacerlo».

Lady Newhaven le rozó el brazo con suavidad.

—No me atreví a hablarte antes —comentó—. Casi todo el mundo se ha marchado. ¿Me acompañas abajo a cenar algo? Estoy agotada.

La miró sin fijarse.

—¿Te he molestado? —preguntó ella con vacilación.

Y con un espantoso sentimiento de asco repentino, recordó. El triste fotocromo se había caído de golpe de su clavo. Pero el clavo seguía allí..., disponible. La llevó al comedor y le buscó una copa de champán. Temiendo la vaga insinuación de un conflicto, ella se hundió en un sofá junto a otra mujer. Agradecía que Rachel se hubiera marchado ya. Dick, casi el último, estaba poniéndose el abrigo mientras concertaba con Lord Newhaven encontrarse en el club la mañana siguiente. Habían estado juntos en Australia y, por lo que parecía, eran viejos amigos.

Cuando Dick se marchó, reaparecieron los modales apáticos de Lord Newhaven. Hugh introdujo el brazo en una manga del abrigo. Se apoderó de él un instinto de fuga, un leve espanto ante la mujer enjoyada que le observaba a hurtadillas por entre los párpados caídos y a través de la puerta abierta.

—¡Ah, Scarlett! —dijo Lord Newhaven reteniéndolo con languidez—. Necesito tres minutos de su valioso tiempo. Acompáñeme a mi despacho.

—¿Otra ballesta para la abadía de Westhope? —preguntó Hugh tratando de hablar con despreocupación mientras seguía a su anfitrión hacia una estancia trasera de la planta baja.

Lord Newhaven coleccionaba armas para el corredor de su casa de campo.

—¡No! Algo mucho más sencillo que esos complejos artefactos —dijo el hombre mayor al tiempo que encendía la luz eléctrica.

Hugh entró y Lord Newhaven cerró la puerta.

Sobre la repisa de la chimenea colgaban algunas viejas carabinas japonesas con incrustaciones y, debajo, un surtido de pistolas.

—Ahora son inservibles —dijo Lord Newhaven acariciándolas con cariño—. Pero la sociedad —añadió con una sombra de apatía más alargada que antes— se ha acostumbrado a pasar sin ellas y hace mal, aunque debemos amoldarnos a la situación.

Hugh se sobresaltó un tanto y, a continuación, se quedó inmóvil.

—¿Ve estas dos cerillas, Scarlett? Una es un par de centímetros más corta que la otra. Llevan un mes esperando sobre la chimenea, hasta que tuviera oportunidad de llamar su atención sobre ellas. Estoy seguro de que nos entenderemos a la perfección. No se debe mencionar ningún

nombre. Se debe evitar todo escándalo. Estoy seguro de que no vacilará en brindarme la única reparación que un hombre puede ofrecer a otro en las circunstancias un tanto manidas en las que nos hallamos.

Lord Newhaven sacó las cerillas del vaso de cristal. Miró de repente al rostro estupefacto de Hugh y prosiguió:

—Lamento que la idea no sea mía. La leí en una revista. Pese a que es relativamente moderna, promete volverse muy pronto tan habitual como las pistolas para dos y el café para cuatro de los que tanto hay que arrepentirse. Yo sostengo las cerillas de este modo y usted escoge una. Quien extraiga o se quede con la más corta se compromete a abandonar este mundo en un plazo de cuatro meses, ¿o debemos decir cinco, teniendo en cuenta que llegará la temporada del faisán? Que sean cinco. ¿De acuerdo? ¡Así de simple! ¿Quiere extraer una?

Un espasmo instantáneo recorrió el rostro de Hugh y en los ojos de Lord Newhaven, fijos en él con atención, saltó el destello de una fiera.

Transcurrió un fugaz segundo en el que la mente de Hugh flaqueó, igual que la llama de una vela titubea ante una súbita corriente de aire. Los ojos de Lord Newhaven brillaban. Le aproximó las cerillas unos centímetros más.

Hugh pensó después que, si no las hubiera aproximado esos centímetros, se habría negado a escoger una.

Retrocedió hacia la repisa de la chimenea y, al instante, extendió la mano con brusquedad y extrajo una. Parecía la única forma de escapar.

Los dos hombres compararon las cerillas sobre la mesa, bajo la luz eléctrica.

Lord Newhaven estalló en una carcajada.

Hugh permaneció inmóvil un segundo y, acto seguido, se marchó.

CAPÍTULO III

¿Estás bien tú? ¿Está bien tu marido[6]

Cuando Lady Newhaven salió con sigilo del comedor detrás de su esposo y Hugh y se detuvo en la puerta del despacho, no los siguió con la intención deliberada de observarlos a hurtadillas, sino por un vago impulso de angustia suspicaz. Pero se acuclilló junto a la puerta con su vestido de satén blanco para escuchar con atención.

En el interior, ninguno de los dos hombres se movía. Sólo uno hablaba. No se oía ningún otro sonido que amortiguara la inconfundible voz grave de su esposo. El silencio que siguió a su última frase, «¿quiere extraer una?», se interrumpió con una carcajada, tras la que ella apenas tuvo tiempo de retirarse de la puerta a toda prisa antes de que saliera Hugh hacia un hueco oscuro que había bajo la escalera. Casi la rozó a su paso. Debió haberla visto si hubiera sido capaz de ver algo, pero se marchó como un resorte sin prestar atención. Y cuando ella avanzó unos pasos para observar adónde se dirigía, lo vio atravesar el vestíbulo y adentrarse en la noche sin el sombrero y el abrigo, para asombro de los criados, que se quedaron mirándolo.

Retrocedió para subir la escalera y se cruzó con su esposo, que salía con detenimiento del estudio. La miró fijamente mientras ella se aferraba temblorosa a la barandilla. A él no se le alteró la mirada y ella percibió entonces de súbito que él lo había sabido desde siempre. Se llevó la mano a la cabeza.

—Pareces cansada —comentó en el tono de voz al que estaba acostumbrada—. Sería mejor que te acostaras.

Ascendió por la escalera a trompicones, con premura, agarrándose a la barandilla, y entró en su dormitorio.

La doncella le estaba esperando junto al tocador y sus tenues luces. Y recordó que había dado una fiesta y que llevaba puestos los diamantes.

Tardaría mucho tiempo en desabrochárselos. Tiró con la mano trémula del colgante del sol de diamantes que pendía sobre el pecho. Su esposo se lo regaló cuando nació su hijo mayor. La doncella le retiró del pelo la tiara con delicadeza y cortó los hilvanes que cosían los diamantes sobre su pecho y sus hombros. ¿Es que no iba a acabar nunca? Le estaba retirando con mimo el encaje del vestido, con su centenar de presillas abrochadas.

—Córtalo —dijo con impaciencia—. Córtalo.

Por fin se quedó en bata y sola. Se arrojó sobre el sofá, la cara sobre el respaldo. Su actitud tenía ese toque de artificialidad natural en ella.

Había llegado el diluvio y, sin proponérselo, lo recibió como se lo habría hecho recibir ella misma a una heroína si hubiera sido novelista: con una bata blanca con cintas rosas y una actitud estereotipada de desesperación, sobre un diván.

Se supone que la conciencia nos vuelve cobardes a todos, pero todos hemos tenido la experiencia de que quienes carecen de imaginación se vuelven cobardes sólo cuando se les descubre.

¿Tuvo David remordimientos de conciencia cuando Urias cayó durante el asedio a la ciudad? Si los tuvo, seguro que se estremeció ante el obvio paralelismo con la historia del profeta sobre la ovejita.[7]

Pero, por lo que parece, permaneció sereno y romo hasta que el indignado autor del «tú eres ese hombre» lo clavó de improviso a la cruz de su pecado.

Y así sucedía con Lady Newhaven. Había pasado los veintisiete años de su vida creyéndose una persona devota y virtuosa. Estaba tan acostumbrada a la idea que se había convertido en un hábito; pero, ahora, todo el respeto que se tenía le fue arrancado de un tirón. Los acontecimientos del año anterior no le habían arrebatado ni un hilo, ni siquiera le habían quitado el sueño. Le fue arrancado por entero y la sacudida le dejó desfallecida y sobrecogida.

Jamás se le había pasado por la mente la idea de que su esposo lo supiera y hubiera considerado adecuado ocultárselo, como tampoco la mera probabilidad de que alguno de los criados la hubiera visto arrodillada escuchando tras la cerradura. El error que cometen todas las personas poco observadoras es suponer que los demás son tan poco observadores como ellas.

¿Por qué espantoso accidente, se preguntaba, se había producido esta hecatombe? Pensó en todos los incidentes obvios que le habrían revelado el secreto a ella misma; la carta que se le cayó, el semblante alterado, la mentira torpemente construida. No. Estaba convencida de que había guardado el secreto con un cuidado minucioso, escrupuloso. Lo único que había olvidado en sus cálculos era el carácter de su esposo, si es que, en realidad, se pudiera decir que había olvidado algo que jamás había conocido.

A ojos de su esposa, Lord Newhaven era un hombre sosegado y de pocas palabras. Jamás se le había ocurrido pensar que sus pocas palabras no lo representaran en su totalidad. Decía a sus amigas a menudo que él transitaba por la vida con los ojos cerrados. Y Lord Newhaven tenía una costumbre de entrecerrar los ojos que la reafirmaba en su opinión. Cuando ella se topaba con personas de las que, al cabo de un tiempo, se descubría que tenían afectos e intereses de los que no habían hablado, las calificaba de «astutas». Hasta esta noche, jamás había pensado que Edward fuera «astuto». ¿Cómo había descubierto él, de entre todos, este..., este...? No encontraba palabras para nombrar su propia conducta, aunque las palabras no le habrían faltado si hubiera pretendido denunciar esa misma conducta en otra esposa y madre.

Poco a poco, «el espanto absoluto de su situación», por utilizar su propio vocabulario, se le impuso en la mente como la humedad aflora a través de un papel pintado alegre. ¿Qué importaba cómo hubiera realizado el descubrimiento! Lo había descubierto y estaba perdida. Repetía las palabras entre pequeñas boqueadas. ¡Perdida! ¡Su reputación, echada a perder! La suya, la de Violet Newhaven. Era de todo punto imposible que le hubiera sucedido semejante cosa a una mujer como ella. Era una vil calumnia de la que Edward tenía que ocuparse. Él era bueno con esas cosas. Pero no, Edward no iba a ayudarla. Ella había cometido... Arrebatada por el pánico, extendió las manos como para protegerse de un golpe. Los hechos no venían acompañados de ninguna vergüenza, pero la palabra..., la palabra le hería como una espada.

Su mente débil, aturdida por un instante, trataba de hallar una solución.

Se divorciaría de ella. Aparecería en los periódicos. Pero no. ¿Qué era lo que le había dicho a Hugh...? «No se debe mencionar ningún nombre. Se debe evitar todo escándalo».

Sintió un escalofrío y contuvo la respiración. Había que resolverlo de algún otro modo. Se le quedó la mente en blanco. ¡Otro modo! ¿De qué modo? Recordó y se le escapó un grito sin articular. Lo habían echado a suertes.

¿Cuál de ellos había extraído la cerilla más corta?

Su esposo se había reído. Pero él se reía de todo. Nunca era serio de verdad, siempre frívolo y cruel. Si la hubiera extraído él mismo, se habría reído. Pero ¿Hugh? Recordó haber visto su cara pálida cuando pasó junto a ella. No, debía de ser Hugh quien la había escogido; Hugh, a quien amaba. Se retorció las manos y gimió, casi en voz alta: «¿Cuál? ¿Cuál de los dos?».

Hubo un leve movimiento en la habitación contigua, se abrió la puerta y apareció Lord Newhaven bajo el dintel. Todavía llevaba el traje de noche.

—¿Has llamado? —preguntó en voz baja—. ¿Estás enferma?

Se acercó y se detuvo junto a ella.

—No —respondió con voz ronca mientras se incorporaba y le miraba fijamente.

Había en sus ojos desesperación y suspense. En los de él no se apreciaba ningún cambio y ella recordó que jamás lo había visto enfadado. Tal vez no sabía cuándo estaba enfadado.

Empezó a darse la vuelta, pero ella lo detuvo.

—Espera —dijo.

Y él se volvió y puso en ella sus fríos ojos atentos. No traslucían el menor desprecio ni había indignación en el porte. Si le habían agitado esos sentimientos, debió de haber sido hacía ya tiempo. Si los había afrontado y vencido en secreto, también debía de haber sido hacía ya tiempo. Tomó un ejemplar de *Imitación de Cristo* encuadernado en el peculiar tono lila tan de moda en aquella época y se lo cambió de mano.

—Estas exaltada —observó tras un instante de pausa— y yo, al menos, no querría que tuviéramos una escena.

No le hizo caso.

—He escuchado al otro lado de la puerta —dijo con una voz áspera y antinatural.

—Lo sé perfectamente.

Una especie de horror pareció envolver la habitación familiar. Los propios muebles parecían palabras conocidas que, de repente, se hubieran dispuesto para mostrar un terrible significado nuevo.

—Nunca me has amado —le reprochó.

Él no respondió, pero la miró un instante con aire de gravedad y ella se avergonzó.

—¿Por qué no te divorcias de mí, si me consideras tan malvada?

—Por el bien de los niños —respondió con un ligero cambio en el tono de voz.

Teddy, el mayor, había nacido en esa misma habitación. ¿Recordaba alguno de los dos aquella mañana gris de hacía seis años?

Se produjo un silencio que se podía cortar.

—¿Quién ha sacado la cerilla más corta? —susurró antes de reparar en que había hablado.

—No he venido aquí para responder preguntas —replicó—. Y yo no he hecho ninguna. Habrás

visto que tampoco te he culpado. Pero deseo que no vuelvas a referirte a este tema y que recuerdes que no pretendo discutirlo contigo.

Dejó el ejemplar de *Imitación de Cristo* y se dirigió a su dormitorio.

Con un movimiento repentino, ella se arrodilló ante él y lo tomó del brazo. Su actitud hacía pensar en la de una aficionada.

—¿Quién ha sacado la cerilla más corta? —jadeó, con su pequeño rostro mirando hacia arriba, pálido y convulso.

—Lo sabrás dentro de cinco meses —respondió.

Luego, se desembarazó de su abrazo convulso y abandonó la habitación cerrando la puerta despacio al salir.

CAPÍTULO IV

¡Pagaréis uno por uno los pecados que de dos en dos cometisteis!

RUYARD KIPLING[8]

Cuando Hugh despertó la mañana siguiente a la fiesta de Lady Newhaven, el día ya estaba bastante avanzado. A una noche calurosa siguió un día caluroso. Durante unos segundos permaneció tendido como quien emerge del influjo de la morfina, como quien siente su cuerpo maltrecho todavía insensible flotando en un mar de reposo, pero es consciente de que retorna a las amargas costas del dolor y no mueve manos ni pies por miedo a acelerar el roce de las hirientes arenas a las que muy pronto volverá a ser arrojado en agonía.

Su mente se despejó un poco. El rostro serio de Rachel destacaba sobre un fondo oscuro; un fondo seguramente más oscuro que el de la noche estival. Recordaba con desprecio de sí mismo la extravagante emoción que había despertado en él.

«Absurdo», se dijo con la desconfianza de todos los manantiales de emoción pura repentinos a la que raras veces escapan quienes la han despilfarrado. Y, a continuación, otro recuerdo, que sólo una pócima para dormir habría logrado mantener a raya, se abalanzó sobre él como una pantera sobre su presa.

Había extraído la cerilla más corta.

Se incorporó con un sobresalto y, a continuación, se recostó tembloroso.

—¡Oh, Dios mío! —dijo sin querer.

Permaneció inmóvil diciéndose que esa pesadilla atroz pasaría, que se desvanecería con la luz del día.

Su criado entró sin hacer ruido con una taza de café y un pequeño fajo de correspondencia.

Fingió dormir, pero, cuando el sirviente se marchó, extendió la mano agitada hacia el café y se lo bebió.

La niebla que le cubría la mente fue levantándose poco a poco. Poco a poco, también, el espanto de su rostro se aclaró hasta mostrar desesperación, igual que un prado en penumbra se aclara bajo la escarcha nocturna. Había extraído la cerilla corta. Nada en el Cielo o la Tierra podía alterar ese hecho.

No se detuvo a preguntarse cómo había acabado enterándose Lord Newhaven de su propia deshonra ni por la extraña arma con la que se había vengado. Repasó todos los detalles de su reunión con él en el despacho. Le habían obligado. Había sido arrojado a una situación infame. Debía haberse negado a escoger. No estaba de acuerdo con sortear. En todo caso, se había echado

a suertes. Y sabía que, si hubiera que volver a hacerlo, otra vez se habría visto obligado a escoger una cerilla por esa voluntad de hierro ante la que él era una simple brizna de paja. Si se hubiera negado, no podría haber afrontado la burla de aquellos terribles ojos entrecerrados.

—No había nada que hacer —dijo Hugh casi en voz alta. Y, sin embargo, ¡moriría por su propia mano al cabo de cinco meses! Era increíble. Era ridículo.

«Nunca acepté», se dijo con vehemencia.

En todo caso, se había sorteado. El recuerdo regresaba siempre para depositar su fría mano en el corazón y, con él, acudía la amarga convicción de que si Lord Newhaven hubiera extraído la cerilla corta habría cumplido el acuerdo al pie de la letra. Por extravagante, anticristiano o lo que quiera que se hubiera podido decir, de hecho, de tan pecaminoso acuerdo, Lord Newhaven lo habría cumplido.

«Supongo que yo también debo cumplirlo —pensó Hugh mientras le brotaba un sudor frío en la frente—. Supongo que el honor me obliga a mí también a cumplirlo».

Su mente padeció al considerar la alternativa.

Juzgar a un hombre tan mal como había juzgado a Lord Newhaven; aceptar tácitamente... Ahí es donde residió su error. Cualquiera otro, ese amigo suyo con el rostro de caoba y acento colonial, se habría negado a escoger y habría abatido a Lord Newhaven y lo habría dejado medio muerto, o habría sido abatido por él y quedado medio muerto. Pero aceptar tácitamente un medio por el que el hombre injuriado ponía en peligro su vida para vengar su honor y, después, eludir el destino que un azar por entero imparcial había depositado sobre él, en lugar de sobre su antagonista..., ¡era demasiado miserable! ¡Demasiado vil! Las mejillas pálidas de Hugh ardían.

«Estoy obligado», se repetía despacio, una y otra vez. No había forma de escapar.

Intuyendo algún peligro en ciernes, la noche anterior decía «yo saldré». Tenía despejada la retirada. Ahora le habían cortado la retaguardia para siempre con un leve gesto.

«No puedo salir», decía el estornino, cuyas plumas pectorales se estropeaban al golpearse contra los barrotes.

«No puedo salir», dijo Hugh al entrar por primera vez en contacto con los barrotes que acabaría conociendo tan bien, los barrotes de esa prisión que había construido con sus propias manos.

Contempló el futuro con la mirada perdida. Ahora no tenía ningún futuro. Miraba delante de sí con expresión ausente, como un hombre que se asomara por la ventana a la ancha extensión de un prado, unos bosques agitados y unas colinas lejanas que sus ojos hubieran visto todas las mañanas de su vida y las descubriera... muertas. Era increíble. Se sintió aturdido. Cuando retrocedió ante el abismo, su mente agitada golpeó contra un punto fijo y, agarrándose a él, se quedó paralizada.

¡Su madre!

Su madre era viuda y él era su único hijo varón. Si se suicidaba, le rompería el corazón. Gimió y apartó la idea de su mente. Era demasiado afilada. No podía soportarla.

Le había vencido su pecado, no peor que el de muchos otros hombres. Había obrado mal. Lo reconocía, pero esta monstruosa sentencia dictada contra él carecía de toda proporción con respecto a la ofensa. Y al igual que el castigo de una enfermedad maligna y contagiosa, no sólo recaería sobre él, sino también sobre sus seres más próximos, sobre su madre y su hermana inocentes. Era injusto, injusto, injusto.

Se le dibujó en el rostro una mirada muy amarga. Jamás había odiado tanto a nadie, pero ahora

invadía su corazón algo muy parecido al odio hacia Lady Newhaven. Le había arrastrado hacia la destrucción. Le había tentado. Era así con certeza, aunque tal vez no fuera esa la visión que el ángel de la guarda de ella proyectara sobre la cuestión.

Entre las cartas que el criado le llevó reconoció de súbito que la de arriba tenía la caligrafía de Lady Newhaven. La ira y la repulsión se apoderaron de él. No había duda de que sería la primera de una serie. «¿Por qué estaba tan alterado? ¿Qué había hecho para ofenderlo?», etcétera, etcétera. Sabía el contenido de antemano, o pensaba que lo sabía. Se levantó despacio, arrojó la nota sin abrirla a la chimenea vacía y le puso una cerilla. La observó arder.

Era su primer acto de rebelión explícita contra su yugo, el primer paso que un hombre da al azar por la más próxima de las muchas sendas muy trilladas para dejar a una mujer. No se le ocurrió pensar que quizá Lady Newhaven le hubiera escrito para hablarle de su reunión con su esposo. Conocía lo suficiente a Lord Newhaven para estar absolutamente seguro de que no mencionaría el asunto a ninguna criatura, menos aún a su esposa.

«Ni yo tampoco —se dijo—. Y en cuanto a ella, romperé desde hoy mismo».

Durante una o dos semanas siguieron llegándole breves notas rosadas con aquella elegante caligrafía retorcida y, después, cesaron.

Hugh era un hombre de muchos compromisos sociales. Cuando ese mismo día, más tarde, los recordó, su primer impulso fue arrojarlos por la borda y abandonar Londres. Pero Lord Newhaven tendría conocimiento de su marcha y sonreiría. Decidió quedarse y continuar como si nada hubiera sucedido. Cuando cayó la noche, se vistió con la meticulosidad habitual, comprobó la hora de su cita y partió para cenar con los Loftus.

CAPÍTULO V

La selva acabará pensando como piensan los bandar-log.
Máxima de los bandar-log, RUYARD KIPLING[9]

Era la primera temporada que Sybell Loftus pasaba en Londres desde que contrajera matrimonio en segundas nupcias con el señor Doll Loftus. Tras una breve estancia en aquella ciudad de frivolidades, tuvo la sagacidad de descubrir que la sociedad londinense era redomadamente mundanal y materialista, que las personas sólo se reunían para comer y para insultarse, que la ley de la reciprocidad en el baile era universal, que los hombres jóvenes, sobre todo los que están en el Ejército, vivían acuartelados por todo un hatajo de demonios y que las jóvenes londinenses sólo vivían para la moda y las emociones de la caza de esposo. En resumen, utilizando su propia expresión, «volvió del revés la sociedad londinense».

Londres soportó el proceso con ecuanimidad y, enseguida, Sybell decidió elevar a un nivel superior el arte de ofrecer cenas desde el pobre terreno en el que confesaba que había caído. Era joven, era hermosa, era de buena familia, era rica. Se le abrían todas las puertas de la sociedad. Pero un descubrimiento no suele ser más que el preludio de otro. Pronto realizó el hallazgo adicional de que para elevar el tono de las reuniones sociales es de todo punto imprescindible infundir en ellas una chispa de «gente inteligente». La nueva luz proyectada sobre este interesante asunto le mostró que la mayoría de la «gente» que de verdad era «inteligente» no pertenecía a su grupo social. Sybell realizó y registró como correspondía el descubrimiento que hacen enseguida todos aquellos que adoran las lisonjas, a saber: que a las personas verdaderamente agradecidas, amables y con talento se las encuentra, en su mayoría, en una clase inferior a la propia. Reconocía que las diferencias de clase no despertaban en absoluto en ella el entusiasmo de quienes, desde que se creó el mundo, han preferido anteponerse a la sociedad que congregan a su alrededor.

Por fortuna, a Sybell no le aquejaban dudas acerca de la claridad de su juicio. A sus ojos, la excentricidad era originalidad; contradecir con rotundidad hechos establecidos era aportar una visión nueva. No tenía esa horrenda percepción de la diferencia entre lo auténtico y la imitación que asola la vida de muchos. Le deleitaban por igual ambas cosas y vivía en la gozosa ignorancia de que su conversación «profunda» se percibía como algo tedioso y superficial si, por casualidad, se topaba con el verdadero artista o pensador, en lugar de con su falsificación.

En consecuencia, a su casa acudía el *raté*[10] con sus novedades más virulentas, la «mujer nueva» con sus fabulosas opiniones retorcidas sobre arduos asuntos del Viejo Testamento o la «dama de la literatura» cuya misión era poner en evidencia los vicios de una sociedad que sólo conocía por las habladurías. Allí acudían dignatarios eclesiásticos de miras inconscientemente

reducidas que, esperaba Sybell, influyeran para bien en el joven poeta agnóstico que había escrito un soneto sobre la cadena de su manguito de piel, un soneto muy atrevido que no habían mostrado a Doll, a quien no interesaba la poesía. Allí, confundido con la idea de que se trataba de una cena ordinaria, acudió Hugh, de quien Sybell dijo que lo había descubierto ella y quien no era consciente de que necesitaba ser descubierto. Y allí también acudió esa noche en particular Rachel West, de quien tan sólo unos días antes Sybell había proclamado que era muy inteligente y que, por su parte, acudía con la cómoda ignorancia de que se encontraba allí en periodo de prueba y que, si no decía algo llamativo, no se le volvería a pedir que acudiera.

Cuando Hugh entró, vio de pie, junto a Rachel, a Doll Loftus, el esposo de Sybell. Se sintió atraído hacia ella porque por su apariencia no era «inteligente». En todo caso, no tenía el pelo alborotado y desarreglado que había aprendido a asociar con la genialidad femenina.

—Este tipo de cosas me sobrepasa —dijo a Rachel lamentándose mientras recorría con la mirada el grupo reunido en torno a su esposa, cuyos comentarios requerían carcajadas de admiración—. No comprendo la mitad de lo que dicen y, cuando lo comprendo, a veces desearía no haberlo entendido. Pero supongo —añadió con vacilación— que usted está a favor de este tipo de cosas.

—¡Yo! —respondió Rachel, asombrada—. No estoy a favor de nada. Pero ¿a qué cosas se refiere?

—Ahí viene Scarlett —dijo Doll aliviado, que detestaba las definiciones y sentía que la conversación se aproximaba al resbaladizo umbral de volverse profunda—. ¿Lo conoce? Parece como si acabara de ver un fantasma, ¿verdad?

El interés de Rachel, que nunca tenía el sueño muy profundo, despertó al instante cuando vio a Sybell conduciendo a Hugh hacia ella. Lo reconoció; era el hombre que vio la noche anterior en el cabriolé y, después, en casa de los Newhaven. Un vistazo le mostró que cualesquiera que fuesen sus preocupaciones, le habían penetrado más allá de los sentimientos superficiales de ira e impaciencia y habían alcanzado lo más vivo de su corazón. El joven, pálido y con la mirada abatida, se comportó con corrección y Rachel lo respetó por su conducta sosegada y por una cierta dignidad que, por el momento, anulaba la ligera indecisión que se apreciaba en su rostro y confería a su boca una firmeza de la que carecía. A Rachel le parecía como si el joven hubiera permanecido hasta ese mismo instante junto al lecho de un moribundo y hubiera traído consigo a aquel salón abarrotado la sombra de un destino inexorable.

Los demás sólo percibían que le dolía la cabeza. Hugh no lo negaba. Se quejaba a Sybell del muchísimo calor que hacía, pero no a Rachel. Algo en los ojos transparentes de ella le dijo, como decía a muchos otros, que cuando tratara con ella podía dejar a un lado impunemente las mentirijillas y los pequeños engaños. No experimentó la menor sorpresa al verla ni regresó la repentina emoción violenta de la noche anterior. Jamás había hablado con ella hasta este momento, pero aun así sentía que sus ojos eran buenos amigos, que habían sido examinados hasta el extremo y que en algún pasado remoto habían demostrado ser fieles. Los ojos de Rachel mostraban una fijeza serena, procedente no de su temperamento natural, sino de un conflicto pasado, librado durante mucho tiempo y apenas, pero irrevocablemente, superado. Un tenue rayo de consuelo atravesó a hurtadillas la desolación de la mente de Hugh cuando la miró. No se fijó en si era guapa o fea, como no nos fijamos cuando los contemplamos en los queridos rostros familiares que vivieron con nosotros su infancia y la nuestra, que han crecido a nuestro lado bajo el mismo techo, que se han alegrado y llorado con nosotros y sin los cuales el mismísimo cielo jamás podría ser un

hogar confortable.

A los pocos minutos estaba acompañándola a cenar. Él se imaginó que era una mujer de pocas palabras, pero al cabo de una ligera tentativa de conversación descubrió que era él quien había vuelto a sumirse en el silencio y ella quien hablaba. Enseguida, el denso nubarrón que ensombrecía su cerebro se disipó. Ella lo miró y prosiguió con su pequeño monólogo. El rostro de ella se había iluminado.

Él tenía pavor a la cena, a este primer ensayo para mantener el equilibrio en público con su aterradora carga invisible, pero estaba superándolo mejor de lo que esperaba.

—Después de casi siete años de exilio en un lugar parecido al de Nabucodonosor —decía Rachel—, he regresado a lo que se llama «la sociedad» y hay dos cosas que me parecen tan difíciles como le parecían a los «necios marineros» de Kipling sus arpas, «que tañían con torpeza».[11]

—¿Es una de ellas la conversación banal? —preguntó Hugh—. Siempre ha sido una dificultad para mí.

—Al contrario —dijo Rachel—. Me congratulo por ello. Seguramente, la muestra que ahora le estoy ofreciendo no está tan por debajo del promedio para que tenga que preguntármelo.

—No quería decir que *esta* fuera una conversación banal —enmendó Hugh con una ligera sonrisa—. Si en realidad lo es, sólo puedo decir que contraeré la meningitis si pasa a ser lo que tal vez *usted* llama conversación.

Hugh sintió como si una minúscula ola de un inmenso océano de algún lugar remoto se hubiera alzado rizada para soltar una carcajada y romper a sus pies. No reconocía que ese diminuto arroyo que se retiraba de inmediato se compusiera del mismo elemento que la subida de la marea que lo había arrollado la noche anterior.

—Pero es usted consciente —dijo Rachel bajando un poco la voz— de que está empezando a hacerme caer en la cuenta de que la reunión de esta noche se ha convocado para desplegar la conversación exaltada y que, tal vez, debiéramos practicarla un poco. Estoy segura de que después de cenar se verá «arrastrada entre las grietas de la confesión» por la señorita Baker, la mujer del vestido largo con mangas de terciopelo naranja. Cuando llegué, la señora Loftus me la presentó diciendo que era la «apóstol de la humanidad».

—¿Por qué elige para mí a esa apóstol en particular? —preguntó Hugh, mirando con resentimiento a una mujer de cara ancha que hablaba con un aire de «intensidad» a un obispo un tanto desconcertado.

—Es un instinto profético, nada más.

—Entonces, yo también manifestaré un instinto profético —dijo Hugh al tiempo que, por fin, se servía el plato que le presentaban, para alivio de Rachel—. Le asignaré el... —Miró despacio debajo de la mesa.

—¿El obispo?

—Claro que no, después de lo que ha hecho usted conmigo.

—Bien, entonces, ¿el poeta? Estoy segura de que es un poeta porque la corbata es desigual y tiene el pelo muy largo. ¿Por qué los literatos llevan el pelo largo y las literatas lo llevan corto? El poeta me agradaría.

—No será para usted —dijo Hugh en tono resolutivo—. Estoy dudando entre el joven calvo con la mano gruesa y el anillo enorme y el viejo profesor que dibuja bocetos en el mantel.

—La apóstol me dijo en voz baja que el joven del anillo es el señor Harvey, el autor de *Unashamed*.^[12]

Hugh miró a su plato para ocultar la incomodidad.

En el murmullo de la conversación se hizo una pausa, en la que la voz de la apóstol cayó de lleno como un ladrillo a través de una claraboya.

—Lo que la época actual necesita es hacer realidad nuestra fraternidad con el pecado, el sufrimiento y la pobreza. Envuelta en sus rasos y sus diamantes, West London no oye que su hermana, East London, en harapos, la llama para que la asista. La voz de East London ha sido ahogada por la música de los bailes del West End.

Sybell miró a la apóstol con admiración y sorpresa.

—¡Qué hermoso pensamiento! —exclamó.

—*Idyll of East London*^[13], la novela de la señorita Gresley —dijo Hugh—, es una voz que, en cualquier caso, se ha oído con claridad.

La apóstol se puso unos quevedos sobre la nariz huesuda y miró a Hugh.

—Desapruebo por completo ese librito —intervino—. Es engañoso y de todo punto parcial.

—Hester Gresley es una querida amiga mía —dijo Sybell— y debo defenderla. Es la hermana de nuestro clérigo, que es un hombre muy inteligente. De hecho, no estoy segura de que no sea la más inteligente de los dos. Ella y yo mantenemos grandes conversaciones. Tenemos muchas cosas en común. ¡Qué extraño resulta que ella, que vive en lo más apartado de la campiña, haya escrito una historia del East End!

—Siempre sucede así —confirmó con voz sonora el autor de *Unashamed*—. En los últimos tiempos, la novela se ha reducido para abarcar lo que alcanza esa joven inglesa —(pronunció «juuven»)—, que escribe a partir de lo que imagina y no de su experiencia. Lo que requiere de nosotros el auténtico arte es la representación fiel de una gran experiencia.

Miró a su alrededor, como si estuviera desafiando al mundo a que le llevara la contraria diciendo que *Unashamed* no era una vívida remembranza personal.

Sybell estaba fascinada. Tenía la sensación de que ninguna de sus cenas anteriores había alcanzado un nivel tan alto como esta.

—La representación fiel de una gran experiencia —repitió—. ¡Ojalá estuviera Hester aquí para oírlo! Suelo decirle que debería observar la vida y que la sociedad culta le ayudaría muchísimo. La descubrí hace un año y siempre ando suplicando a la gente que lea su libro y, sencillamente, estoy deseando presentarle a personas inteligentes y obligar al mundo a que reconozca su talento.

—Estoy de acuerdo con usted en que todavía no se la ha reconocido como merece —dijo Hugh igualando el tono de voz—, pero aunque *The Idyll* recibiera sólo un reconocimiento parcial, fue, en todo caso, entusiasta. Y no se ha olvidado.

Sybell se sintió vagamente contrariada y disimuló un ligero de-sagrado por Hugh, a quien consideró una persona poco proclive a congraciar.

La apóstol y el poeta empezaron a hablar al mismo tiempo, pero el tono femenino era más alto y prevaleció.

—Todos coincidimos en admirar la exquisita calidad de la obra de la señorita Gresley —dijo la apóstol con los codos apoyados sobre la mesa en un ademán típico de su clase—, pero es lamentable para la causa de la humanidad que sufre, para *nuestra* causa, que los libros que

pretenden describir determinadas fases de su existencia estén escritos por personas que ignoran por completo la vida que describen.

—Una gran verdad —dijo Sybell—. Lo he pensado a menudo, pero jamás he sido capaz de expresarlo con palabras como usted. ¡Oh! ¡Cuán de acuerdo estoy con usted y con el señor Harvey! Como le digo a Hester, «¿cómo puedes describir algo si no vas a ningún sitio ni ves nada? Yo no puedo darte mi experiencia. Nadie puede». Se lo dije hace tan sólo un mes, cuando se negó a venir a Londres para quedarse en mi casa.

La cara y el cuello blancos de Rachel adquirieron el tono sonrosado translúcido que, por lo general, sólo habitaba en las sinuosidades de sus escuetas orejas.

—¿Por qué piensa que la señorita Gresley desconoce la vida que describe? —preguntó dirigiéndose a la apóstol.

El autor y la apóstol abrieron la boca en el mismo instante, lo que sólo sirvió para registrar una segunda victoria del habla femenina.

La señora Barker estaba en su elemento. Toda la mesa escuchaba. Encogió los hombros de terciopelo naranja.

—Quienes han echado su suerte con los pobres —dijo en tono sentencioso— reconocerán de inmediato la inverosimilitud de los personajes y las situaciones que presenta la señorita Gresley.

—A mí me parecen reales —dijo Rachel.

—¡Ah!, mi querida señorita West, tendrá que disculparme, pero difícilmente se puede esperar que una joven dama como usted, criada en el regazo del lujo, contemple la vida con los mismos ojos que una pobre niña abandonada como yo, que ha penetrado en el corazón mismo de la ciudad y ha escuchado el suspiro ahogado de una inmensa humanidad que agoniza.

—He vivido en medio de ella seis años —contestó Rachel—. Yo no eché mi suerte con los pobres, pues fui una de ellos y me ganaba el pan entre ellos. Tal vez el libro de la señorita Gresley no resulte complaciente en algunos aspectos o la asistente social y la misionera que visitan la zona estén tratadas, sin duda, con dureza, pero, por mi experiencia, *Idyll* es una obra veraz de principio a fin.

En la voz de Rachel latía una fuerza contenida que conmovió de forma imprecisa a todos los ocupantes del salón. Todo el mundo la miraba y, durante un instante, nadie habló. Se quedó casi pálida.

«Verdaderamente asombroso. Exactamente lo que yo habría dicho si estuviera en su lugar —se dijo Sybell—. Volveré a preguntarle».

—Se oye llover —anunció a la concurrencia en general la voz de Doll desde la cabecera de la mesa—. Si continuara lloviendo una semana sin parar, todavía habría esperanza para las cosechas.

La conversación se animó de nuevo y Rachel se volvió al instante hacia Hugh antes de que el señor Harvey, que empezó a inclinarse hacia adelante con su anillo, tuviera tiempo de dirigirse a ella.

Sólo Hugh vio el esfuerzo sobrehumano que le había costado a Rachel superar la timidez para mencionar no su pobreza anterior, sino su experiencia personal. Rachel había sacrificado su discreción natural, que Hugh consideró enorme; había desafiado incluso el buen gusto para defender el libro de Hester. Se estremeció cuando la oyó hablar. Sentía que él no podría haberse impuesto en una reunión tan heterogénea. Sin embargo, detectó que a Rachel le costó hacerlo más de lo que le habría costado a él.

Hugh comenzó a recordar haber oído hablar a la gente de la hija de un herrero, cuyo padre había quebrado y fallecido y que, tras varios años de pobreza extrema, había heredado hacía poco una inmensa fortuna del socio de su padre. Se había hablado de ello en cierto momento, hacía unos meses. Debía de ser ella.

—Siente usted mucho afecto por la señorita Gresley —comentó en voz baja.

—Así es —respondió Rachel, con el labio todavía tembloroso—. Pero aun cuando ella no fuera de mi agrado, me gustaría haber podido decir lo mismo. Sin duda, no es necesario querer a la autora para defender el libro.

Hugh guardaba silencio. La miró y deseó que permaneciera siempre de su lado.

—Hace casi dos platos —añadió Rachel con una sonrisa— iba a hablarle de una de los principales escollos que encontré a mi regreso al mundo civilizado y la «Sociedad». Pero ahora ya ha visto un ejemplo. Estoy tratando de corregir mi mala costumbre de implicarme en exceso en la conversación. Debo aprender a utilizar las palabras como fichas, no como monedas. No es preciso que yo misma no crea en lo que digo, pero no debo hablar de nada a lo que asigne valor. Percibo que hacerlo es un arte y un medio de defensa contra la invasión. Pero, por el contrario, acabo implicándome, como acaba de ver. Olvido que sólo estoy jugando un juego y me abalanzo sobre un tema como un elefante en una cacharrería y golpeo toda la vajilla hasta que, al no encontrar oposición ni obstáculo natural en mí, recupero el juicio de repente y descubro que he tomado un juego por algo serio.

—Hace cinco minutos todos estábamos hablando completamente en serio —dijo Hugh—, al menos yo. No soportaba oír hablar de la señorita Gresley con semejantes aires de superioridad a todos estos fracasados y aficionados. Pero, a menos que esté muy confundido, encontrará varios obstáculos puestos a su paso en el salón.

—No pretendo destrozar más la vajilla —dijo Rachel.

Otra pequeña ola se aproximó y removió un poco más la arena. Reinaba en el ambiente un aire de frescura, de expectación. El enorme océano convocado se agitaba en la lejanía. Hugh había olvidado su preocupación.

Hizo volver la conversación sobre Hester Gresley y su prosa. Habló de ella con simpatía y aprecio y, enseguida, detectó en los ojos de Rachel una dulzura que le puso celoso de Hester.

Cuando la velada hubo concluido, el imperceptible vaivén del mar estival había llegado a ser nada menos que un maremoto.

Hugh se marchó al mismo tiempo que Rachel y la acompañó a su carruaje. En la puerta aguardaban la oscuridad y la lluvia. En la puerta, junto con ellas, le aguardaban y le atenazaron también el espanto y la angustia que sintió por la mañana. Hugh se estremeció y se volvió hacia Rachel sin pensarlo.

Le estaba tendiendo la mano. Hugh la tomó y la sostuvo con fuerza, presa de un miedo y la desolación repentinos.

—¿Cuándo volveré a verla? —preguntó con voz ronca.

Entre ambos cruzó una mirada prolongada. Anegada de una súplica apasionada, el alma atormentada de Hugh afloró en sus ojos. Los de ella, tristes e inalterables, recibieron la llamada de los de él y la reconocieron como un declaración. No hubo sorpresa en el rostro sereno de Rachel.

—Suelo ir a montar a caballo temprano a Rotten Row —dijo—. Puede acompañarme si lo

desea. Buenas noches.

Ella se soltó la mano con enorme delicadeza y se marchó.

Y la oscuridad volvió a cernirse sobre el corazón de Hugh.

CAPÍTULO VI

*Içi bas tous les hommes pleurent.
Leurs amitiés et leurs amours.*[14]
BOURGET

El hombre ha pronunciado muchas palabras sarcásticas, pero ciertas, sobre la amistad de la mujer con la mujer, y no a causa de los celos. La opinión consolidada de la mayoría de los hombres sobre este tipo de devoción podría resumirse en las palabras «mantente ocupada hasta que yo llegue». Sí que ocupa hasta que llegan. Y si no llegan, una amistad improvisada a toda prisa puede permanecer en puerto durante años como un barco no apto para navegar, que tiene el aspecto de barco pero jamás se hace a la mar.

Pero, en todo caso, de vez en cuando, entre sus innumerables falsificaciones, se alza entre dos mujeres una amistad que sustenta la vida de ambas, que todavía es joven cuando la vida declina, que el amor del hombre y la maternidad no logran desplazar ni la muerte destruir; una amistad que no es el afecto solitario de un corazón vacío ni el afecto más profundo de otro en plenitud, pero que, comoquiera que fuere, aligera las cargas de este mundo y deposita su mano pura sobre el venidero.

Este tipo de amistad, muy profunda, muy tierna, era la que existía entre Rachel West y Hester Gresley. Se remontaba a los tiempos de la infancia, cuando Hester y Rachel se observaban con solemnidad y, poco después, trabaron relación en los sombríos jardines de Portman Square, en los que Hester introdujo un castillo fortificado con una princesa cautiva, un príncipe salvador, un dragón y algunos otros ingredientes de los romances, para asombro y sorpresa de Rachel —la impasible, sólida y silente Rachel—, quien adoraba todas las criaturas de dos y de cuatro patas, pero que jamás las hacía dialogar, como Hester. Y mientras caminaban de la mano por delante de sus damas de cría, Hester, vestida con un traje de sarga azul, contaba a Rachel, que llevaba otro de terciopelo carmesí, lo que los gorriones de Londres se decían en los canalones y cómo creían que el camino de grava de la plaza era un río muy profundo, adecuado para bañarse. Y cuando se aproximaba la primavera y el príncipe había rescatado a la princesa de la mazmorra que había entre las matas de laurel tantas veces que Hester ya estaba cansada de la historia, le decía a Rachel que los olmos siempre estaban suspirando porque vivían encerrados en la ciudad, pero que todas las noches se marchaban, con raíces y todo, a la verde campiña para ver a sus amigos, y que regresaban, ¡fíjate!, muy temprano por la mañana, antes de que se hallara despierto nadie que los echara de menos. Y el corazón de Rachel se moría por Hester, y le entregaba su caballo rojo y el pato de hojalata y el imán, y Hester construía historias con todos ellos.

Por fin llegó el día en que la madre de Rachel, que desde hacía mucho contemplaba con agrado la amistad entre ambas, presentó a la tía de Hester sus respetos en un tarjetón con dos inmensos blasones dorados y solicitó que diera permiso a su sobrinita para que acudiera a tomar el té con su hijita. Y Lady Susan Gresley, que jamás había conocido a la esposa del herrero en este mundo, y que se mostraría sin duda igual de selectiva en el venidero, estaba a punto de negarse cuando Hester, que, por lo que parecía, no se había interesado por el asunto hasta ese instante, se arrojó al suelo de repente, presa del paroxismo de la desesperación, para no dejar de golpearse la cabeza contra la alfombra. Las súplicas llorosas de su tía consiguieron extraerle poco a poco la explicación, entrecortada por los gemidos, de que Hester jamás volvería a tomarse interés por la vida, que nunca podría incorporarse siquiera para estar sentada ni se secaría los ojos con el pañuelo de su tía, a menos que se le permitiera acudir a tomar el té con Rachel y ver su lirón.

Lady Susan, de todo punto contrariada y convencida de que esos ataques eran perjudiciales para la salud de Hester, cedió de inmediato y, a los pocos días, Hester, pálida, tímida, con una bufanda blanca y acompañada por *mademoiselle*, acudió a tomar el té en la majestuosa casa del otro lado de la plaza y vio la cabeza redondeada de Rachel sin el sombrero de plumas, y ambas niñas permanecieron vencidas por la timidez hasta que las dos *mesdemoiselles* se retiraron a otra habitación y Rachel mostró a Hester el lirón que había encontrado en el bosque, en el campo, y que comía de su mano. Y Hester le dedicó un poemilla que comenzaba diciendo:

Había un ratón en Portman Square.

Y así, con muchas interrupciones, la amistad alcanzó una apoyatura más sólida y creció con ellas la intimidad, a pesar de que Lady Susan se sintió incapaz (no obstante los señalados avances de la señora West, o tal vez a causa de ellos) de ampliar su lista de visitas, y a pesar de muchas otras dificultades que sólo al final fueron superadas por una sencillez de carácter que Rachel no había heredado de sus padres.

Y entonces, después de que ambas jóvenes danzaran toda una temporada londinense en diferentes salones de baile, los padres de Rachel fallecieron, primero su madre y, después —por accidente—, su padre, dejando en este mundo una avalancha de dificultades económicas insospechadas, bajo las que incluso su vasta fortuna fue engullida.

Llegaron años difíciles para Rachel. Comió el pan de la preocupación en las casas de parientes pobres de grado no muy lejano, con quienes sus padres se habían enemistado cuando amasaron su fortuna y empezaron a alimentar aspiraciones sociales. Aprendió lo que era ser una persona de la menor importancia en familias de ninguna importancia. Probó a dar clases y fracasó. No había recibido auténtica educación. Hizo esfuerzos desesperados por adquirir independencia y supo que otros ya habían fracasado antes que ella. Abandonó a sus parientes y el amargo pan que le brindaban y acudió a Londres y luchó con aquellos que luchaban, y vio que la Tentación extiende sus redes en pos de los más menesterosos. Como quería a Hester, aceptó de ella la mitad de su escaso dinero para gastos. Hester dijo: «Si yo fuera pobre, Rachel, ¿cómo soportarías tú que no te permitiera ayudarme?». Y Rachel dejó caer arduos lagrimones y concedió a Hester el consuelo de ayudarla. La generosidad mayor era la de Rachel, y Hester lo sabía.

Y mientras los destinos de Rachel declinaban, los de Hester ascendían. Lady Susan Gresley tenía un don y no lo conservaba guardado en un paño. Tenía la inclinación de atraer a las personas a su casa, a esa casa en la que la señorita West jamás había impuesto su entrada. Hester se vio

introducida desde el principio en una sociedad que su hermano clérigo, que jamás la había visto, proclamaba que era frívola, mundanal y profana, pero a la que nadie ha calificado de apagada. El carácter de Hester tenía muchas facetas y Lady Susan consiguió situarlo donde recibieran bien la luz. ¿Era ingeniosa? ¿Era atractiva? ¿Quién sabría decirlo? El hombre se muestra prudente y reacio a la «inteligencia» de una mujer, pero si posee alguna coraza con la que armarse contra el ingenio, no cabe duda que raras veces se la pone. Ella rechazó varias ofertas, un diamante que ninguna mujer creía nunca que fuera tan auténtico.

Lady Susan veía que su sobrina, con cierta fortuna y poca belleza, salvo la de su alta cuna, y una salud frágil, estaba convirtiéndose en un personaje. «¿Qué llegará a ser?», se preguntaba la gente. Y, mientras tanto, Hester no hacía nada más que vestirse con extrema corrección. Y todo lo que veía y todas las personas a quienes iba conociendo añadían leña a ese fuego no encendido de su alma.

Finalmente, Rachel logró ganarse una vida de escaseces con la mecanografía y, durante cuatro años, feliz en comparación con la época en que le plantaron cara el desdén y el fracaso, vivió del trabajo de sus manos entre quienes eran pobres como ella. Poco a poco perdió de vista a sus conocidos. Había salido de la escuela hacía demasiado poco tiempo como para hacer amigas fuera. Y, por desgracia, en el grupo en el que fue depositada al nacer la pobreza era un delito. No, quizá no tanto, pero sí un impedimento para el trato, igual que en otra clase social se considera inadecuada la inelegante ausencia de aspiración de la letra H.

Fue cuando Rachel todavía se afanaba por encontrar un medio de vida cuando sucedió el acontecimiento que transformó el sesgo de su carácter, igual que un geranio trasplantado desde el jardín cambia su actitud junto a la ventana de una casa de campo.

Uno de esos primeros días de su desesperación, en la deprimente escalera de los sinuosos túneles de la inmensa conejera en la que tenía una habitación alquilada, encontró a un hombre con el que había trabado cierta familiaridad en el año escaso de vida social anterior al derrumbamiento de su suerte. Él le había prestado considerable atención en aquella época y ella pensó un par de veces con provisional amargura que, al igual que los demás, no se había preocupado por averiguar qué había sido de ella. Lo saludó con timidez, pero con placer evidente. Dio por supuesto que había acudido a verla y él le permitió que viviera bajo esa ilusión. En realidad, andaba buscando a una antigua modelo a la que necesitaba para su próxima fotografía y que había abandonado Museum Buildings hacía unos meses sin ruido y sin dejar su nueva dirección. Había sentido auténtica admiración por Rachel, aunque la había olvidado y ahora se mostraba sin más encantado de volver a verla.

Ese encuentro azaroso fue el primero de muchos. A la habitacioncita de Rachel llegaron flores y, con ellas, el romance. El corazón tierno y orgulloso de Rachel se resistió en un principio y, después, cedió el paso a este primer amor radiante que florecía en medio de su soledad. Al fin, una tarde de marzo en que la puesta del sol acariciaba los narcisos que le llevó, le dijo que la amaba.

Pasaron los días, unos días deliciosos, sin igual en la vida posterior, cualesquiera que la vida posterior pudiera traer. Ese año, la primavera se adelantó y salieron juntos al campo con frecuencia. Y ese año, cuando el mundo entero estaba tapizado de flores blancas, llegó la nieve y tendió un sudario blanco sobre el velo nupcial de la tierra. Todas las copas de los majuelos, todos los pétalos de la flor del arbusto cedieron bajo el peso de la nieve. Y así sucedió en plena marea primaveral del corazón de Rachel. La nieve cayó sobre él. Rachel descubrió en última instancia

que, si bien él la amaba, no deseaba casarse con ella; que incluso desde la época de aquel primer encuentro, jamás pretendió casarse con ella. El descubrimiento fue como una mortaja. Envolvió en ella su amor muerto y de buen grado lo sepultaría para apartarlo de la vista.

Pero al cabo de un año de conflicto no tuvo más remedio que enterrarlo; al cabo de un año durante el cual el fantasma de su muerto regresaba una y otra vez para importunarla en vano con su amor. Los vecinos pobres de Rachel se acostumbraron a ver la figura alta, apuesta y expectante que siempre regresaba y regresaba, pero a la que, después de un fatídico día, no se volvió a ver por Museum Buildings. Rachel dio descanso por fin al fantasma. Pero el conflicto permanecía grabado en su rostro.

Una mañana fría de invierno, Hester atravesó corriendo la acera mojada desde la berlina hasta la desaliñada entrada de Museum Buildings, donde todavía vivía Rachel. Hacía un día espantoso. Parecía como si las calles y los árboles desnudos hubieran sido dibujados con tinta y hubieran quedado emborronados por descuido antes de secarse. Todos los perfiles se confundían, estaban difuminados. El frío penetraba en los mismísimos huesos de la ciudad, que tiritaba.

Rachel acababa de llegar, mojada y cansada, trayendo consigo un fajo de papeles manuscritos para transcribir. Una mujer que la esperaba en los interminables peldaños de piedra la insultó por quitarle el pan de la boca.

—Siempre me contrataba a mí, hasta que llegaste tú —gritó blandiendo el puño delante de ella—, y ahora te da todo a ti porque tú eres más joven y guapa.

Entregó a la mujer todo el trabajo del que pensó que podía prescindir, no tardó mucho en calcularlo, y siguió subiendo la escalera.

Algo en las palabras de aquella pobre criatura, algo indefinido, pero repulsivo al recordar al hombre que le pagaba el trabajo con el que malvivía, se derramó como el plomo sobre el corazón de Rachel. Se asomó en silencio a la jungla de tejados. El sufrimiento del mundo le devoraba el alma, el sufrimiento de este inmenso y esforzado East End londinense, donde la gente se avasallaba mutuamente para vivir.

«Si cuando era rica —pensó—, alguien me hubiera dicho que vivía a costa de la carne y los huesos de mis congéneres..., que mi virtud, mis comodidades y mi placer se compraban con su degradación, su esfuerzo y su dolor, no lo habría creído y me habría enfadado. Si me hubieran dicho que las ropas que vestía, los alimentos que comía, la pluma con la que escribía, la tinta que empleaba, el papel sobre el que anotaba..., que todos ellos y todo lo que tocaba, desde el jabón hasta mi caja de cerillas, sobre todo mi caja de cerillas, eran el fruto de tanto trabajo esforzado, no lo habría creído, me habría echado a reír. Y, sin embargo, es así. Si no hubiera sido rica yo misma en una ocasión, pensaría como piensan todas estas personas: que los ricos son la encarnación del mal que permite que sigan sucediendo estas cosas. Tienen capacidad para ayudarnos. Nosotros no podemos valernos por nosotros mismos. Pero nunca la utilizan. Los ricos machacan a los pobres con los ojos cerrados para obtener sus artículos de lujo y nosotros nos machacamos unos a otros con los ojos abiertos para ganarnos el pan de cada día. Me han encargado el trabajo de esa mujer. Me he esforzado mucho por conseguirlo, pero, aunque no me diera cuenta, podría haber imaginado que sólo lograría subir a la balsa expulsando de ella a otro».

Rachel observaba los kilómetros de tejas que se extendían por debajo de la ventana de su buhardilla. A sus oídos llegaba el sonido de ese inmenso remolino por el que descendían a diario con presteza la juventud, la belleza y la inocencia. La maraña de tejados plomizos se convirtió ante sus ojos, de pronto, en un tétrico y ceñudo mar de vergüenzas y delitos que, sin esperar la

llegada de un futuro Día del Juicio Final, producía a diario su espantosa muerte.

Enseguida llegó Hester, jadeando un poco tras la larga ascensión por una escalera gastada y arrastrando un gran paquete. Era un abrigo de piel. Hester lo extendió en silencio ante su amiga y la miró con actitud de súplica. A continuación, la besó y las dos jóvenes se aferraron a un instante de silencio.

—Queridísima mía —dijo Rachel—, no me traigas cosas nuevas. No es que... Ya sabes que las he aceptado cuando las he necesitado. Pero, ¡oh!, Hester, sé que no puedes permitírtelo. No me importaría si fueras rica; al menos, trataría de que no me importara, pero... si me dieras, en fin, ropa vieja tuya..., me gustaría más porque tú la habías llevado.

Y Rachel besó la solapa del abrigo de Hester.

—No puedo —susurró Hester en el cabello de Rachel—. Lo suficiente sólo es lo mejor.

—¿No sería más considerado conmigo?

Hester se estremeció y, a continuación, rompió a llorar.

—Lo llevaré, lo llevaré —afirmó Rachel a toda prisa—. ¡Mira, Hester! Ya me lo he puesto. Qué maravilloso y cálido es y..., mira, tiene dos bolsillitos en el forro de piel.

Pero Hester lloraba desconsoladamente y Rachel se sentó junto a ella en el suelo, con el abrigo nuevo, hasta que concluyó el arrebato de paroxismo.

¿Qué apoyaturas encuentra una afinidad sutil entre naturalezas que presentan entre sí un contraste evidente y violento? ¿Por qué lo obvio y lo sutil olvidan a intervalos su enemistad de toda la vida y, de repente, aparecen durante un momento en el entorno de la otra?

Rachel era físicamente fuerte. Hester era débil. La una era tranquila, paciente, práctica, estable; la otra, imaginativa, desmesurada, excitable.

La vida no había echado a perder a Rachel. Lady Susan Gresley se había esforzado al máximo por consentir a Hester. La una había vivido la vida sin protección y lo traslucía su porte. La otra había vivido la vida a resguardo y llevaba esa huella sobre su frente pura y su rostro juvenil.

—No puedo soportarlo —dijo por fin Hester—. Pienso y pienso y no puedo pensar en nada. Daría mi vida por ti y tú apenas me dejas darte 3 libras, 10 chelines y 6 peniques. Eso es todo lo que cuesta. No es más que tela de forro, ese forro rojo común, y la piel no es más que piel de conejo. —Con la palabra «conejo» cayó una última lágrima—. Quería comprarte uno de terciopelo, exactamente igual que el mío nuevo, de piel de chinchilla, pero sabía que sólo serviría para hacerte sentir más desgraciada. ¡Ojalá... —dijo mirando al abrigo con resquemor—, ojalá no hubieran existido nunca los conejos!

Rachel se echó a reír. Por lo que parecía, Hester se recuperaba.

—El señor Scarlett decía anoche que nadie puede ayudar a nadie —prosiguió Hester volviendo hacia su amiga el rostro extenuado y pálido—. Dijo que vivimos siempre tan instalados en nuestra posición que sólo podemos observar. Y yo repliqué que no podía ser cierto, pero, ¡ay!, Rachel, lo he sentido así en mi corazón durante todos estos largos, largos cinco años transcurridos desde que vives aquí.

Rachel se aproximó a ella y permaneció de pie a su lado, junto al ventanuco. La máquina de escribir y la cama dejaban para ellas el sitio justo entremedias.

Abajo, a lo lejos, la berlina de Hester recorría la calle de un extremo a otro.

—Entonces, ¿el amor y la simpatía no son nada? —preguntó—. Son dones auténticos. Si yo fuera rica, mañana miraría por ti exactamente igual que hago ahora por las cosas que el dinero no

puede comprar. Y esas —la voz de Rachel tembló— son las cosas que tú siempre me has dado y sin las que no puedo vivir. Sufres mi pobreza más que yo misma. Al principio, me destrozaba no poder procurarme el sustento. Ahora que puedo y en todo soy muy rica, salvo en el dinero, soy mucho más feliz que antes.

Hubo un largo silencio.

—Tal vez —dijo al fin Rachel, con esfuerzo—, si todavía fuera yo una heredera, el señor Tristram se habría casado conmigo. Estoy casi segura de que se habría casado conmigo. En ese caso, perdí mi dinero justo a tiempo de impedir una desgracia mucho mayor, y me alegro de ser como soy.

En los años posteriores, Rachel recordó a menudo esa conversación con la sensación de agradecimiento por que, por una vez, ella, que era tan reticente, hubiera permitido que Hester viera lo mucho que la quería.

Las dos jóvenes permanecieron de pie mucho tiempo, con las mejillas juntas.

Y cuando Hester se inclinó sobre Rachel, el anhelo que su alma sentía por ella iluminó algo que desde hacía mucho parecía colosal, pero permanecía inaprensible en las profundidades de su mente. La desesperación ante su propia impotencia fue seguida del relámpago de una revelación. Como en un sueño terrible, hermoso, inaccesible pero nítido, vio dónde residía su fuerza, de la que tan a menudo se habían burlado algunas señales incesantes y desconcertantes. Bastaba con tocar las casas para que se vinieran abajo. Sostuvo sus manos con fuerza por temor a que ella no lo hiciera. Una fuerza como la de un océano infinito arrasó su debilidad y la depositó sobre su superficie como una hoja.

—Debes marcharte a casa —dijo Rachel con suavidad, recordando las costumbres de puntualidad de Lady Susan.

Hester la besó sin prestar mucha atención y se adentró en el nuevo mundo que llevaba reclamándola toda su vida, cuya puerta abrió para ella el Amor. Pues el amor tiene muchas llaves, además de las de su propia morada. Quienes lo conocen superficialmente afirman que sólo abre su propio candado barato con una palabra secreta impresa que todo el mundo conoce. Pero quienes lo conocen mejor sostienen que la suya es la llave maestra que un día abrirá todas las cerraduras del mundo.

Un año después, el primer libro de Hester, *An Idyll of East London*, recolectaba su cosecha de indignación y admiración asombradas, y sus conocidos —no sus amigos— seguían preguntándose cómo había llegado a conocer tan bien una forma de vida de la que ellos decidieron que no podía saber nada cuando, de repente, falleció Lady Susan Gresley y Hester se marchó a vivir al campo con su hermano clérigo.

Pasados otros cuantos meses, un apacible día de abril, cuando los pobres árboles londinenses tenían brotes negros, Rachel cepilló, dobló y guardó en el pequeño baúl pintado y con cajones la poca ropa raída que tenía y colocó las botas —que había remendado el zapatero a cuya esposa había cuidado ella— bajo el estante donde almacenaba sus pocas tazas y platos y la fiel tetera de hojalata que siempre había sido un entusiasta calentador de agua. Y lavó sus siete pañuelos ásperos y los guardó en la gaveta del aguamanil. Y, a continuación, atizó el fuego, limpió el hogar y puso en orden la habitación. Hizo todo con rapidez. Tomó el sombrero que había junto a un fardo, sobre la cama. Le temblaron las manos cuando se lo puso. Miró con melancolía a su alrededor y lo acusó en el rostro. La pequeña habitación, que tan ajena le pareciera cuando llegó a

ella, seis años antes, se había convertido en su hogar. Se acercó a la ventana y besó el cristal a través del que había aprendido a ver tanto. Luego, se colgó el fardo y salió deprisa, cerró la puerta con llave y se llevó la llave.

—Me voy una temporada, pero regresaré —dijo a la esposa del zapatero desde el descansillo mismo.

—Nadie regresa cuando se va —replicó la mujer sin levantar la vista de la blusa barata que estaba terminando, que tan bien guardaba el triste secreto de cómo era posible que nadie temiera comprarla.

—Conservo la habitación.

La mujer sonrió con incredulidad y dirigió una mirada mordaz al fardo. Había visto muchas mudanzas. Ella misma compraría la tetera cuando el propietario vendiera los «bártulos» de Rachel por falta de pago de la renta.

—Bueno, has sido una buena vecina —dijo—. Hay un montón de gente que te va a echar de menos. Adiós y que tengas buena suerte. No diré que te has marchado.

—Volveré —dijo Rachel con voz ronca... y se deslizó escalera abajo como un ladrón.

Se sentía una ladrona. Porque era rica. El hombre que había introducido a su padre en las especulaciones que acabaron arruinándolo había fallecido sin dejar hijos y le había legado una fortuna colosal.

CAPÍTULO VII

*Curad al borracho, sanad al demente, apaciguad al homicida,
civilizad al indio pawnee, pero ¿qué enseñanzas se pueden idear
para aquel de cuyos sentimientos se ha abusado?*

EMERSON[15]

Habían pasado dos semanas desde que extrajeran las cerillas y Lady Newhaven seguía sin saber cuál de los dos hombres había recibido su sentencia de muerte. A pocas personas les resulta fácil soportar el suspense; pero a las personas egocéntricas se le añade un elemento intolerable que escapa a las naturalezas desinteresadas. Desde su primera juventud, Lady Newhaven tenía por costumbre contemplar la vida en pintorescos *tableaux vivants*, de los que ella siempre constituía la figura central. Cuando Lady Newhaven recibió el sacramento de la confirmación, el obispo, el clero ataviado con ornamento sagrado blanco y los demás candidatos al sacramento no ejercieron más que de nebuloso telón de fondo ante el cual su figura vestida de blanco y arrodillada, postrada en ferviente devoción, destacaba en autorrelieve.

Cuando se casó con Lord Newhaven, en las imágenes de grupo él desempeñaba un papel tan liviano, aunque necesario, que el conjunto jamás se habría visto deteriorado por las dudas acerca de cuál era su posición exacta en ellos. Seis años más tarde, cuando, tras uno o dos ligeros flirteos que sólo sirvieron para estimular el amor de Lady Newhaven por los vestidos, conoció por fin, como lo expresara ella misma, «el único amor de su vida», sus primeras fluctuaciones y su alejamiento final de la senda del honor fueron el resultado de variaciones nuevas en torno al mismo centro.

Los primeros grupos en los que apareció Hugh fueron prodigios de virtud: la joven madre con semblante de Madona —Lady Newhaven creía a pies juntillas que su propio rostro, con el flequillo rizado caído sobre las cejas, recordaba al de una Madona—, con los niños a su alrededor; Lord Newhaven, como siempre, un tanto desenfocado en el fondo; y Hugh, joven, apuesto, entregado, afligido y ennoblecido de por vida ante la contemplación de tan inexpugnable virtud.

—Me acusas de ser fría. —Se imaginó a sí misma diciendo en una escena posterior, cuando los niños y su esposo conformaran una multitud y, por tanto, fueron oportunamente eliminados—. Dios quisiera que fuera tan fría como aparento.

Y, de hecho, lo dijo con posterioridad. Hugh nunca la acusó de frialdad, pero eso no era más que un detalle. En realidad, esas palabras, manipuladas muchas veces hasta la exageración, habían salido en todo caso de la boca de ella. Pocos de nosotros tenemos la capacidad de decir lo que

pretendemos decir. Pero Lady Newhaven sí la tenía y, en consecuencia, también gozaba de una profunda fe en sus instintos proféticos; mientras que otros, sin exceptuar a Hugh, detectaban en la conversación con ella una premeditación y cierta sensación de incongruencia entre los comentarios que hacía y la ocasión que los desencadenaba.

Desde una fecha temprana de su vida conyugal, Lord Newhaven había tenido por costumbre rebajar ese tipo de comentarios haciéndolos al tiempo que se volvía bruscamente justo antes de pasar al asunto central en cuestión.

—Habiendo reparado en que una madre, quiero decir, una madre joven, nunca es del todo feliz en ausencia de sus hijos, y que el afecto de ellos compensa la despreocupación de su padre, ¿puedo preguntar, Violet, qué día deseas regresar a Westhope? —dijo una mañana, en el desayuno.

—Cualquiera —respondió ella—. Soy igual de desgraciada en un sitio que en otro.

—Digamos, pues, el viernes de la semana próxima —repuso Lord Newhaven, ignorando, como invariablemente hacía, toda alusión a su relación de parentesco y, como la ignoraba, ella hacía muchas—. El campo —añadió enseguida— resultará muy tonificante después de los brillos y el polvo y la sociedad vacía y mundanal de Londres.

Ella le miró enfadada. No comprendía la razón, pero hacía mucho tiempo que tenía la vaga sensación de que toda conversación parecía agotarse en su presencia. Él lo enjugaba todo en su esponja interior, por así decir, y agotaba todos los temas.

Se levantó con una dignidad callada, fue a su alcoba y se tendió allí. Hacía mucho calor y en su interior ardía otro fuego que le fulminaba las mejillas redondeadas y hacía que su mano rolliza pareciera contraída y más delgada. Habían pasado quince días y no había tenido noticia de Hugh. Le había escrito muchas cartas, al principio rogándole tan sólo que se citara con ella, pero después informándole de que estaba al tanto de lo sucedido y suplicándole que la sacara del suspense, que le enviara unas líneas diciendo que su vida no corría peligro. No recibió respuesta a ninguna de sus cartas. Llegó a la conclusión de que las había interceptado Lord Newhaven y que, sin duda, las de Hugh dirigidas a ella habrían sufrido idéntico destino. Últimamente, antes de que extrajeran las cerillas, había reparado en que las cartas de Hugh se habían vuelto menos frecuentes y más reducidas en extensión. Ahora comprendía la razón. La mitad había sido interceptada. Tal vez no fuera de inmediato evidente para una mente prosaica cómo ese hecho podía explicar la brevedad de las demás, pero era obvio para Lady Newhaven. La idea de que Hugh hubiera empezado a cansarse no lograba irrumpir por la angosta entrada de su entendimiento. Semejante posibilidad jamás había sido siquiera considerada en las imágenes del futuro con las que su imaginación se ocupaba. Pero ¿qué futuro sería? El camino a lo largo del que transitaba se bifurcaba ante sus ojos y su habitual perspicacia resultaba defectuosa. No sabía en cuál de esas dos sendas divergentes residiría el futuro.

¿Estaría ella de pie ante el altar al cabo de dieciocho meses —sin duda, debía negarse a casarse antes de un año— con un vestido de «fantasía» lila y blanco junto a Hugh? ¿O sería una esposa desgraciada, que deambularía como un fantasma por su casa con un traje estampado mientras una tumba lejana estaba siempre blanca de flores enviadas por una amiga anónima del muerto? «¡Cuánto debió de amarle alguien!», imaginaba diciendo a la anciana madre de Hugh. Y en una ocasión, cuando esa madre desconsolada acudiera en el crepúsculo para llorar junto a la sepultura, ¿no vería alejarse de un lecho repleto de flores a una figura difusa vestida de negro que, a toda prisa, se cubría con un tupido velo el rostro hermoso y desesperanzado y se deslizaba alejándose entre los árboles? En ese punto, Lady Newhaven siempre empezaba a llorar. Resultaba

en exceso desgarrador. Y una vez más, con un retroceso violento, su mente volvía a verse sorprendida y destrozada en la misma rueda. «¿Cuál? ¿Cuál?».

Entró un criado.

—¿Quiere la señora ver a la señorita West unos minutos?

—Sí —dijo Lady Newhaven, contenta de liberarse de sí misma, aunque sólo fuera por la presencia de una simple conocida.

—Es muy comprensivo de su parte recibirme —dijo Rachel—. Personalmente, creo que las visitas matutinas deberían ser delito. Pero vine porque así me lo suplicó una antigua criada suya. Estoy segura de que me permitirá transmitirle un mensaje de perdón hacia ella, pues está muriéndose. Se llama Morgan. ¿La recuerda?

—Una vez tuve una criada llamada Morgan —respondió Lady Newhaven—. Bebía y, al final, tuve que despedirla; pero, pese a todo, la mantuve todo lo que pude. Tenía talento para la peluquería.

—Ella le quitó su colgante del corazón de diamantes —prosiguió Rachel—. Nunca la descubrieron. No puede devolverlo, por supuesto, porque lo vendió y se gastó el dinero. Pero ahora, al final de su vida, siente que obró mal y dice que morirá más tranquila si la perdona usted.

—¡Oh! La perdono —espetó Lady Newhaven con indiferencia—. Me pregunté muchas veces cómo lo perdí. Jamás me preocupé por él. —Miró a Rachel y añadió, vacilante—: Me lo regaló mi esposo.

Un impulso repentino le urgió a confiar en esa mujer adusta y de mirada amable. La tentación fue aún más fuerte porque Rachel, que había aparecido en sociedad recientemente, no estaba vinculada a ningún intervalo de su vida anterior. Era en igual medida una conocida casual y una pasajera más en un vagón de ferrocarril.

Rachel se levantó y le tendió la mano.

—No se vaya —susurró Lady Newhaven tomando la mano extendida y reteniéndola.

—Si me quedo —dijo Rachel—, creo que puede usted decir cosas de las que se arrepienta más adelante, cuando se sienta más fuerte. Es evidente que ahora está cansada. Todo parece exagerado cuando estamos agotadas, como yo la veo ahora.

—Estoy exhausta de desgracia —comentó Lady Newhaven—. Llevo quince días sin dormir. Siento que debo contárselo a alguien.

Y estalló en un llanto violento.

Rachel volvió a sentarse y esperó con paciencia a que cesara el llanto histérico. Aquellos en quienes otros confían aprenden pronto que sus propios compromisos, sus placeres y sus preocupaciones son susceptibles de quedar al margen en cualquier momento. Rachel era una persona puntual y exacta, pero perdía muchos trenes. Quienes la requerían raras veces reparaban en que sus días estaba tan llenos, o quizá más llenos, que los de quien la reclamaba. Tal vez fuera un placer insignificante al que ella se había encaminado esa mañana concreta para el que, por primera vez, se había puesto ese vestido gris etéreo. En todo caso, cedió sin pensárselo dos veces.

Enseguida, Lady Newhaven se enjugó las lágrimas y se volvió hacia ella con brusquedad.

Tras uno de estos arrebatos emocionales, los estratos de impulsividad y los sentimientos convencionales quedaban siempre tan entremezclados que era difícil predecir cuál quedaría en la capa superior. A veces, aparecían fragmentos de ambos, juntos, en la superficie.

—La aprecio desde el primer instante en que la vi —dijo—. Yo no me encapricho con las

personas, ya me entiende. No soy de esa clase de personas. Soy muy difícil de complacer y jamás hablo de lo que me concierne directamente. Soy *en extremo* reservada. Diría que usted se ha fijado en lo reservada que soy. Vivo en mi caparazón. Pero, tan pronto como la vi, sentí que podía hablar con usted. Me dije: «Haré de esa joven mi amiga». Aunque siempre me parece que una mujer casada ocupa en el mundo una posición por entero distinta a la de una joven. Una joven sólo piensa en sí misma. No lo digo con el menor asomo de indelicadeza, pero sin duda es así. Sin embargo, bueno, una mujer casada tiene que pensar en su esposo y en su familia en cada cosa que dice y hace. ¿Cómo va a afectarles *a ellos*? Eso es lo que con tanta frecuencia me digo y, entonces, sello mis labios. Pero, por supuesto, al estar soltera, usted no comprenderá este sentimiento.

Rachel no respondió. Estaba habituada a esta forma de iniciar conversaciones, consagrada por el tiempo.

—Y las tentaciones de la vida conyugal —prosiguió Lady Newhaven—..., una joven no puede entrar en ellas.

—Entonces no me hable de ellas —señaló Rachel sonriendo, preguntándose si aún podría escapar.

Pero Lady Newhaven no tenía la menor intención de dejarla marchar. Sólo deseaba indicarle cuál era su auténtica posición. Y poco a poco, no sin renovados arrebatos de llanto, no sin atravesar muchas capas de sentimientos convencionales listos para su uso y en los que había engarzadas unas cuantas mechas finas de auténtica emoción, refirió su historia: la historia de una esposa joven, con elevados principios morales y desatendida, y de un esposo insensible, indiferente, que se mofaba de la religión, inalterado siquiera por la llegada de los niños..., «unos niños tan dulces, tan preciosos»..., y el paulatino distanciamiento. Entonces, llegó el persistente asedio al corazón solitario de una mujer que tal vez no fuera bonita, pero sí fatalmente atractiva para los hombres; y la sin igual influencia permanente que el corazón solitario ejercía sobre el asediador.

—Él haría cualquier cosa —decía Lady Newhaven, mirando a Rachel muy seria—. Mi influencia sobre él es en apariencia ilimitada. Si yo decía, como a veces decía en algún baile, lo mucho que lamentaba ver llamar la atención a alguna joven humilde, él se acercaba y bailaba con ella. Le he visto hacerlo.

—Supongo que lo hacía para complacerla a usted.

—Eso es, tan sólo para complacerme.

Rachel no mostró tanto asombro como Lady Newhaven esperaba. Tenía, sin duda, una personalidad un tanto acartonada, pensaba Lady Newhaven. La historia prosiguió. Se volvió difícil de contar y, según la narradora, cada vez más susceptible de tergiversaciones. El corazón de Rachel fue resintiéndose a medida que, poco a poco, llegó por fin el inevitable desenlace entre ríos de lágrimas.

—Y ya recuerda aquella noche que usted estuvo aquí en una velada —sollozaba Lady Newhaven, deshaciéndose de todos sus apuntes mentales y hablando de forma improvisada—. Hace sólo quince días y..., desde entonces, no he dormido, y él estaba aquí, con un aspecto tan desgraciado... —(Rachel se revolvió un poco en su asiento)—. A veces sí que lo era, si pensaba que yo estaba demasiado cerca de él. Y, después, cuando todo el mundo se marchó, Edward le llevó a su despacho, le dijo que nos había descubierto y sortearon cuál de los dos debía suicidarse al cabo de cinco meses... Y yo estaba escuchando junto a la puerta.

La voz de Lady Newhaven resonó medio estrangulada, apenas humana, como un grotesco

gemido estridente que sobresalía entre los sollozos que la agitaban. No había ahora afectación en ella.

El corazón de Rachel se compadeció en el instante en que normalizó su estado. Se arrodilló y la rodeó con sus vigorosos brazos. La pobre se abrazó a ella e, inclinando su adornada cabeza contra ella, vertió en su pecho lágrimas de verdadera angustia.

—¿Y quién extrajo la cerilla más corta? —preguntó por fin Rachel.

—No sé —respondió Lady Newhaven, casi con un grito—. Eso es lo que me está matando. A veces creo que fue Edward y, a veces, pienso que fue Hugh.

Rachel dibujó una mueca al oír el nombre de Hugh. Lady Newhaven no había mencionado ningún nombre en las fases anteriores de su relato, mientras quedó en ella algún vestigio de autocontrol; pero ahora, al final, se le escapó sin querer el nombre de pila.

Rachel se esforzó por hablar con serenidad. Se dijo que en el mundo había muchos Hughs.

—¿Es el señor Hugh Scarlett el hombre a quien se refiere? —quiso saber.

Aunque saberlo la matara, debía formular la pregunta.

—Sí —confirmó Lady Newhaven.

Sobre el rostro de Rachel se cernió una sombra, como se cierne sobre el rostro de alguien que, de súbito, descubre, no por primera vez, a un viejo enemigo avanzando contra él bajo el estandarte de un aliado nuevo.

—Siempre lo amaré —jadeó Lady Newhaven, recuperándose lo suficiente para recordar una expresión que acuñó la noche anterior—: lo considero un matrimonio espiritual.

CAPÍTULO VIII

Un hombre fornido y sincero

TENNYSON[16]

—Dick —dijo Lord Newhaven, echando mano de ese caballero cuando se marchaba de Tattersall—, ¿a qué travesuras te has dedicado en los últimos diez días?

—Traté de pasar desapercibido hasta que llegó mi ropa —respondió Dick— y después fui a ver al Duque de _____[17]. Ahora vengo de echar un vistazo a un jamelgo para él. Dice que no quiere uno difícil de montar. Le conocí la noche que llegué. En realidad, cuando bajé del tren me topé de lleno con su regia pezuña, que viajaba de *incógnito*. Sólo pretendía aconsejarle que olfateara un poco en sus intuiciones y diera una oportunidad a las Colonias cuando se volvió y vi quién era. Le conocí cuando yo era edecán en Melbourne, antes de dedicarme al negocio del vino. Dijo que pensaba que me había visto en alguna parte y me preguntó por las carreras de _____.

—¿Disfrutaste?

—Bastante. Al principio no sabía por qué apellido llamarle, así que le pregunté si tenía alguna preferencia y qué era lo correcto, y me dijo cómo recuperar fuerzas cada vez que él viniera y todas esas chiquilladas. Había un grupo grande y unas cuantas mujeres inusualmente bonitas. Y me gané un billete de diez de Su Alteza Real, y aquí estoy.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Ir a la ciudad y ver qué aspecto tienen las bodegas de Darnell antes de almacenar mi vino en ellas. No tardaré mucho. Eeeh..., una cosa, Cack..., Newhaven.

—¿Sí?

—¿Debería...? ¿Qué tal si hago una visita a la señorita...? ¡Nunca recuerdo su nombre!

—¿La señorita West? ¿La heredera?

—Sí. ¡Qué poca atención presto!

—¿Te pidió ella que le hicieras una visita?

—No, pero me parece que fue por descuido. Creo que le gustaría.

—Bien, entonces ve y... recibe un desaire.

—No quiero recibir un desaire. Alguien como yo necesita ánimo.

—En ese entorno hay un buen montón de personas que están a la caza del ánimo.

—Eso lo arregla —dijo Dick—. Iré de inmediato. Tengo que ir a ver a Lady Susan Gresley y llevaré a la señorita...

—West. West. West.

—A la señorita West, de camino.

—Mi querido amigo, la señorita West no vive de camino a Woking. Lady Susan Gresley falleció hace seis meses.

—¡Caramba! No me había enterado. ¿Y qué ha sido de Hester? Es una especie de pariente mío.

—La señorita Gresley se ha ido a vivir al campo, a unos cuantos kilómetros de nosotros, con su hermano clérigo.

—James Gresley. Lo recuerdo. Es una manzana podrida.

—Bueno, Dick, ¿estás interesado de verdad por la señorita West o es sólo por hablar?

—Estoy interesado de verdad.

Lo parecía.

—Entonces, por el amor de Dios, no vayas a poner el pie allí con una visita. Mi esposa se ha encaprichado impetuosamente de la señorita West. No creo que sea un afecto correspondido, pero es lo de menos. Si quieres darle una oportunidad, déjame a mí.

—Ya sé lo que significa eso. Vosotros, los hombres casados, sois simples filtros. Acudirás corriendo a casa con la lengua fuera y dirás a Lady Newhaven que quiero casarme con la señorita..., no soy capaz de retener su nombre, y después ella se lo dirá cuando estén cepillándose la melena. Y entonces, si más adelante descubro que no me gusta y me retiro del partido, me habré comportado como un perfecto salvaje y toda esa clase de cosas. Un hombre que conocí en Melbourne me dijo que, cuando quiso acceder al conocimiento somero de una joven que tal vez le interesara, había llegado ya demasiado lejos y tuvo que casarse con ella.

—No tienes que ser tan reticente. No pretendo mencionar el asunto a mi esposa. Además, no presupongo que la señorita West vaya a fijarse en ti. Eres muy mal partido para ella. Con el dinero que tiene podría casarse con un cervecero o con un título nobiliario.

—Me haré notar de algún modo —contestó Dick—. ¡Al demonio! Si tú conseguiste encontrar una mujer con la que casarte, hay esperanza para todo el mundo. No espero que sea tan fácil como derribar un árbol. Pero si ella es aquello por lo que yo la tengo, me emplearé a fondo.

Alguien más iba a emplearse a fondo. Lord Newhaven salía a montar a caballo temprano y había visto con frecuencia a Rachel y a Hugh montando juntos al paso. Seguramente, su oferta de ayudar a Dick venía impulsada, en parte, por el deseo inconsciente de poner un palo en la rueda de Hugh.

Dick, cuyo peor enemigo no podía acusarlo de timidez, demostró ser un palo grueso, pero sólo durante unos días. De repente, Rachel canceló todos sus compromisos y abandonó Londres.

CAPÍTULO IX

Pour vivre tranquille il faut vivre loin des gens d'église.[18]

A través de Middleshire discurre un riachuelo que parece reflejar el espíritu de ese apacible condado, tan lento es su curso, tan angosto su cauce. Ni siquiera los caminos se toman la molestia de alzar un puente para cruzarlo. Se limitan a encorvarse ligeramente cuando sienten su cosquilleo bajo sí y prosiguen sin acusar mayor recibo de su existencia. Pero el Drone es una celebridad local en Middleshire y, al igual que la mayoría de las celebridades locales, desconocido en los demás lugares. Los hijos del hacendado han perdido truchas inmensas en el Drone cuando transita por sus tierras y, como debe ser, casi todos ellos se han ganado la distinción (en Middleshire) de ser la mejor caña truchera de Inglaterra. Middleshire está plagada de «las mejores vistas de Inglaterra», «los mejores predicadores de Inglaterra» y los hombres más inteligentes de Inglaterra. Según Middleshire, la apática Madre Patria no conoce «sino muy poco de sus más grandes hombres». En el presente, asocia a su leal condado con una raza de pequeños cerdos.

A través de esta localidad privilegiada, el Drone gira y serpentea y vuelve a girar como si se mostrara reacio a abandonar las fértiles praderas, llanuras y aldeas que se arraciman en su camino. Después de bordear la pequeña ciudad de Westhope y los jardines de la abadía de Westhope, el Drone se despliega en cómodas e innumerables curvas y meandros por todo lo largo y ancho de la verde campiña hasta que llega a Warpington, cuya iglesia está tan cerca del riachuelo que en época de crecidas el agua transporta hasta las lápidas del pequeño cementerio parroquial toda clase de objetos que no tienen mayor utilidad. En una ocasión, después de elevar reiteradas plegarias para que lloviera, inundó incluso la parte más baja del jardín del vicario y se llevó en venganza sus colmenas. Pero aquello sucedió antes de que construyera el murete de la parte de abajo del jardín.

Levemente elevada por encima de la iglesia, en un suelo compactado por viejos olmos, se alza la blanca vicaría de Warpington, siempre resplandeciente a través de los árboles de la iglesia como una esposa afectuosa ante su marido. De hecho, tanto afecto había desarrollado por él que cerca de la chimenea de la cocina había erigido incluso un diminuto campanario, con una única campana, que tañía lánguida una criada ciertas festividades y con motivo de las reuniones de la GFS.[19]

A eso de las ocho en punto de esta mañana de julio, el Drone oiría, si quisiera oír —cosa que en apariencia, nadie más hacía—, la aguda voz sin modular con la que el señor Gresley leía el servicio de la mañana a la señora Gresley y a un joven tordo que estaba arrojando su persona como un ciclista inexperto, ahora contra Lázaro y su sudario, ahora contra las piernas de Juan

Bautista, que tenía una pierna al borde de un río y la otra firmemente afianzada en un desierto remoto, y contra todos los demás personajes bíblicos que, a su vez, adornaban las vidrieras de las ventanas.

El servicio terminó por fin y, después de liberar a su renuente congregación recogiendo y transportando al aire libre el ágape que llevaba en el pico, el señor Gresley y su esposa atravesaron el cementerio parroquial —con su único y melancólico pino silvestre, abochornado por unos pantalones de hiedra— hasta la cancela que comunicaba con su jardín.

Vistos desde cierta distancia, formaban una pareja agradable. Él, al menos, parecía exhibir una posición social un tanto superior a la de la media de los clérigos, aunque tal vez su esposa no lo habría traslucido. Con su nariz alargada y su escueto labio superior, la figura alta y bien compuesta del señor Gresley portaba en toda su personalidad el sello de eso para lo que resulta difícil encontrar el nombre adecuado, tan absurdo se ha vuelto el nombre adecuado a fuerza de destinarlo a usos rebajados: el maltratado y caricaturizado apelativo de «caballero».

Ninguna de esas cualidades morales, mojigatas o de otra naturaleza, que se nos dice que distinguen al auténtico y perfecto caballero, de algunas de las cuales, ¡gracias al cielo!, carecen a menudo quienes «nacen caballeros», eran asumidas por el señor Gresley. Si las tenía o no era un asunto opinable, pero sí tenía eso que quienes carecen de ellas afirman con rotundidad que no reviste ningún valor: la apariencia correcta.

Para cualquiera que profundizara más allá de la primera impresión que causa el hecho de haber recibido una buena educación y tener un traje bien cortado, un segundo vistazo, más detenido, resultaba descorazonador. El ojo desconfiado y el labio fino y compacto del señor Gresley indicaban que en el reino de ese cerebro enjuto, cuya estrechez presagiaba con cruel sencillez la frente inclinada el fanático y el santo combatían por el gobierno. Parecía como si fuera a abalanzarse contra una verdad sin percibirla, con el mismo ímpetu con el que una liebre perseguida se arrojaría contra un muro de piedra. Era, a todas luces, de esas personas que sólo ven las cuestiones secundarias.

La señora Gresley tomó el brazo de su esposo cuando cerró la cancela. Era todavía joven y guapa, a pesar de las trabajosas obligaciones que corresponden a la esposa de un clérigo y del deprimente detalle de que parecía gastar siempre ropa vieja. Tal vez la devoción por su esposo hubiera servido para prolongar su juventud, pues igual que la hiedra lo es al roble o la luna al sol o el río al mar, así era la señora Gresley para el señor Gresley.

La afortunada pareja avanzaba por el jardín mirando con cariño hacia su propia vicaría, con sus esponjas colgando de las ventanas de la segunda planta y sus retoños saludándolos desde una tercera, cuando apareció en la explanada una figura menuda y delgada.

—¡James! —dijo la señora Gresley con decisión—. Es tu deber hablar con Hester sobre la asistencia al primer servicio. Si puede salir al jardín, puede venir a la iglesia.

—Ya se lo he dicho una vez —respondió el señor Gresley con el ceño fruncido— y, a pesar de que se lo expuse con toda claridad, mostró una obstinación sin límites. Por mucho cariño que sienta por Hester, no puedo permanecer ciego al hecho de que tiene una naturaleza arrogante y desalmada. Pero debemos recordar, amor mío, que tía Susan mantenía unas opiniones de la máxima laxitud y que tenemos que ser comprensivos con Hester, que vivió con ella hasta el pasado año. No puede ser sino natural que Hester, criada desde la infancia en ese entorno mundanal, con fiestas y cenas en plena Cuaresma y almuerzos dominicales, se haya venido abajo por falta de enseñanzas eclesiásticas sólidas y haya incurrido en el librepensamiento y alimentado

ideas propias sobre la religión.

La voz del señor Gresley tenía ese peculiar tono metálico que transmite más de lo que el poseedor es consciente. Si se le contradecía, se elevaba hasta convertirse en una especie de ráfaga ininterrumpida de trompeta que ahogaba todas las voces más bajas. La pequeña buhardilla de Hester estaba dos pisos por encima del estudio del señor Gresley, situado en la planta baja, pero, en todo caso, a menudo oía zumbidos parroquiales angustiados y confusos, avasallados por ese tono agudo sostenido que no conocía interrupción hasta que no cesaban las objeciones o la oposición. Si se concentraba en ellos, oía con nítida claridad lo que él decía, pero no le perturbaba. Hester tenía el don de la imaginación y a la imaginación no le resulta difícil leer en la taquigrafía de las expresiones, opiniones y represiones habituales de los demás lo que de vez en cuando dicen en toda su extensión y lo que creen ingenuamente estar dando forma por primera vez. El señor Gresley ya había dicho todo esto muchas veces con sus modales y, por su vana repetición, había perdido toda la novedad. Por fortuna, el señor Gresley no era consciente de ello, pues las personas que carecen de imaginación creen ser un libro cerrado, tan herméticamente cerrado como el carácter de los demás lo está para ellos.

Hester era muy parecida a su hermano. Tenía la misma nariz, un poco alargada para su cara pequeña, el mismo labio superior corto y el pelo rubio, sólo que el de su hermano era liso y el de ella estaba rizado, como la arena mojada se riza por un plácido mar que se retira. Que tenía una voluntad de similar firmeza era obvio. Pero ahí terminaban las semejanzas. La figura de Hester era delgada y se encorvaba un poco. Los ojos de Hester eran muy amables, muy atractivos bajo unas largas pestañas rizadas. Eran también tristes, como nunca se veían los del señor Gresley, y alegres como nunca lo eran los de él. A veces se asomaba por ellos una paciencia infinita, esa paciencia del entusiasmo que entregará su propia alma y todos sus mejores años por el bien de un ideal. Hester exhibía su edad en los ojos. Tenía veintisiete años y parecía mucho más joven hasta que nos miraba.

La señora Gresley contemplaba con velada irritación a su cuñada, que llevaba un sencillo traje de Holanda ceñido en la cintura con un lazo lila ancho, recogido con habilidad en pintorescos pliegues mediante un pequeño broche de plata.

La señora Gresley, que tenía una cintura de la que el sastre de Southminster le informó que había que «sujetar», anotó mentalmente que Hester «atacaba» por enésima vez.

Hester daba esa impresión de «finalización» y agudeza mental que tan raras veces se encuentra en los vagos perfiles difuminados de las mujeres inglesas. No había en ella nada vago. Lord Newhaven decía que su cuerpo y su mente habían sido recortados con un par de tijeras afiladas. Su perfil irregular, su exquisito e incisivo discurso y sus dedos, su forma levantar los delicados pies cuando caminaba, sus rápidos movimientos de alerta..., todo en ella era nítido, ajustado, perfecto a su modo, pero sin requerir más esfuerzo aparente que el *succès fou* en negro sobre blanco de la lavandera, a la que tanto recordaba.

—Buenos días —saludó, volviéndose con ellos hacia la casa—. Abel dice que va a ser el día más caluroso que hemos tenido hasta la fecha. Y el buzón está tan repleto que me costó mucho evitar abrirlo. De verdad, James, deberías esconder la llave o sucumbiré a la tentación.

En una ocasión, en sus tiempos de ignorancia, al principio de ir a vivir a Warpington, Hester sí giró realmente la llave de la cerradura del santo buzón y extrajo sus cartas un día que los Gresley llegaban tarde. Jamás lo hizo una segunda vez. Al contrario, asombrada por el hecho de que un acto tan banal pudiera ofenderlos, suplicó perdón con auténtico arrepentimiento por haber

cometido tan grave ofensa contra su hermano y su esposa. Los primeros días que estuvo con los Gresley cometió un error igualmente perturbador tomando el periódico en el momento en que llegó, por la tarde.

—Mi querida Hester —reprendió la señora Gresley, de todo punto escandalizada—. Estoy segura de que no te importará que te lo diga, pero James todavía no ha visto su periódico.

—Me he fijado en que nunca, en ninguna circunstancia, lo ve hasta la noche, y tú siempre dices que nunca lo lees —replicó Hester, sumida en aquella crisis política.

—Es norma suya y, sin duda, una norma muy adecuada, pero, como es natural, le gusta ser *el primero* en verlo —subrayó la señora Gresley, haciendo un gran ejercicio de paciencia.

Había oído que Hester era inteligente, pero ella la consideraba muy estúpida. Había que explicarle todo.

Su tono apartó a Hester del levantamiento tribal de la India y el discurso del Primer Ministro para devolverla a las realidades de la vida. Era una suerte para ella ser espabilada. Aquellas dos equivocaciones flagrantes le bastaron. Suscribió el principio de que quienes tienen un gran amor por el poder y pocas miras para él deben ejercerlo por necesidad en trivialidades. Extendió el principio del periódico y el buzón a la totalidad de su trato con los Gresley y jamás volvió a ofenderlos de semejante modo.

Esta mañana en particular, aguardó con decoro junto a su hermano mientras abría el buzón y distribuía el contenido en tres montones. Hester se abalanzó sobre el suyo y se dejó caer en su silla ante la mesa del desayuno.

—Hester, me asombra —dijo la señora Gresley mirando la pila de cartas de Gresley por encima de su cuota de la correspondencia matutina, a saber: un catálogo de Pryce Jones— que te molestes en escribir tantas cartas. Te aseguro que yo jamás hice cosa igual cuando era joven. Lo habría considerado una pérdida de tiempo.

—¡Ja! —dijo el señor Gresley con aire satisfecho, abriendo un pequeño manuscrito—. ¿Qué tenemos aquí? ¡Pruebas! Mi artículo «La disidencia moderna». Dije a Edwards que no le permitiría incluirlo en el siguiente número del *Southminster Advertiser* hasta que le hubiera echado un vistazo impreso. No sé cuándo dispondré de tiempo para corregirlo. Estaré fuera toda la tarde en la reunión del capítulo.

Miró a Hester. Había dejado sus cartas y estaba tomando una taza de café preparada por la señora Gresley. Por lo que parecía, no había oído el comentario de su hermano.

—Tú y yo debemos meter la cabeza en esto, Hester —insistió sosteniendo con cierto orgullo una larga tira de pruebas—. Es precisamente de lo tuyo. Tú podrías darle un repaso rápido después del desayuno —prosiguió con muy buen humor— y poner los puntos, revisar la gramática y la ortografía; estás más preparada que yo para ese tipo de cosas; y después, podríamos leerlo juntos con mayor detenimiento.

Cuando se le pedía ayuda para una redacción, Hester estaba demasiado acostumbrada a recibir como motivo de la petición la muy gratificante garantía de que ella era «buena» con la puntuación y la ortografía. Proporcionaba al autor potencial un reconfortante sentimiento de que, después de todo, sólo estaba pidiendo consejo acerca de las cuestiones técnicas más crudas, sobre las cuales se podía reconocer la superioridad de Hester sin deterioro de la dignidad masculina.

—Preferiría no alterar la puntuación y la ortografía —dijo Hester con frialdad—. Yo misma tengo muchas dudas con las dos. Sería mejor que le pidieras eso al maestro. Él sabe todo eso de la ortografía mejor que yo.

El señor Gresley frunció el ceño y la miró con desconfianza. Quería la opinión de Hester, de la que estaba por completo al tanto. Pero ella pretendía que él la solicitara.

Detrás de la cafetera, la señora Gresley tenía la sensación de que la estaban ignorando. Había ayudado al señor Gresley en sus numerosos afanes literarios hasta que llegó Hester.

—Te vi corregir el manuscrito de alguien la semana pasada —insistió—. Estuviste con ello todo el día, en el prado.

—Eso era diferente. Me pidieron que criticara el estilo y la composición.

—¡Ah, bien! —dijo el señor Gresley—. No nos hagas entrar en nimiedades. No quiero discutir sobre esto. Si vienes a mi estudio a las diez en punto, me lo quitaré de encima de inmediato.

—Con mucho gusto —convino Hester, mirándolo con admiración y arrepentimiento.

Había tratado de extraer lo mejor de su hermano en una conversación un centenar de veces ya, pero todavía no lo había conseguido.

—Tengo un mensaje para ti —prosiguió el señor Gresley, una vez restablecido el buen humor—. La señora Loftus escribe diciendo que vuelve a Wilderleigh a finales de esta semana y que el mercadillo puede celebrarse en los jardines de Wilderleigh a finales de agosto. Y... déjame ver, te voy a leer lo que dice: «No he olvidado nuestra conversación acerca de la obligación que tenemos quienes vamos cada año a Londres de ejercer influencia espiritual en la sociedad» (la dejé impresionada con esa idea antes de que se marchara). «La semana pasada celebramos una cena interesantísima, en la que casi todas las personas eran gente famosa y con mucho talento, y la conversación superó con creces cualquier cota que pudiera describirle. Pensé que mi pobre cerebro iba a volverse del revés. Tenía bastante miedo de asistir. Pero el señor Harvey, el gran señor Harvey, me dijo después que estuve como en mis mejores momentos. Una dama, la señorita Barker, que ha hecho muchísimo por el East End, viene a Wilderleigh dentro de poco para descansar. Estoy impaciente por que hable usted con ella. Dice que tiene dudas y está cansada de la Biblia. A propósito, diga, por favor, a Hester, con todo mi afecto, que ella y el señor Harvey criticaron *The Idyll of East London* y lo expusieron con todo detalle, y que la pobre de mí tuvo que salir en defensa de ella contra todos».

—Ella jamás haría nada semejante —repuso Hester sin alterarse—. Tal vez haya dicho «la autora es amiga mía, debo defenderla». Pero jamás habría pasado de decirlo a hacerlo.

—¡Hester! —exclamó la señora Gresley, que tenía la sensación de que, si iban a ignorarla así en su propia casa, para el caso más le valdría haber acabado siendo una solterona—, no me explíco cómo puedes permitir que te lleven tan lejos esos celos de Sybell Loftus, pues no puedo atribuirlo a ninguna otra causa.

—Tal vez sería mejor que me llevaran al jardín —añadió Hester, levantándose con todos—. Tenéis que perdonarme si hablo en mal tono. Tengo un dolor de cabeza muy irritante.

—Parece enferma —justificó su hermano, siguiendo la figura de Hester con una atención cariñosa cuando pasó junto a la ventana, un instante después.

—Y, sin embargo, no hace casi nada —añadió la muy trabajadora esposa interceptando la mirada—. Siempre pensé que escribía sus historias por la mañana. Sé que nunca anda por aquí abajo si las niñas de los Pratt vienen a verla antes del almuerzo. Pero cuando ayer por la mañana subí corriendo a su habitación para pedirle que tomara la lección de música a Mary, porque el dolor de cabeza lo tenía Fräulein —(la señora Gresley siempre hablaba del dolor de cabeza y del

dolor de muelas)—, estaba tumbada en la cama, sin hacer nada en absoluto.

—Es de todo punto irresponsable —asintió el señor Gresley—. Aun así, puedo disculparla por el temperamento artístico. Hasta cierto punto, lo comparto. Pobre Hester. Es una niña consentida.

—Sí que lo es, James. Y tiene una opinión inmensa de sí misma. Por mi parte, creo que hay que culpar al obispo por darle tanta importancia. ¿No te has fijado nunca en lo diferente que se muestra cuando él está aquí, tan alegre y habladora, y que cuando estamos solos apenas dice una palabra durante días seguidos, salvo a los niños?

—Hablabas más al poco de llegar aquí —señaló el señor Gresley—. Pero, cuando descubrió que mi regla es desalentar toda discusión —(por discusión, el señor Gresley se refería a la diferencia de opinión)—, pareció ir perdiendo poco a poco el interés por la conversación. Pero tengo entendido que el obispo dice de ella que es una conversadora brillante. Y Lord Newhaven me preguntó la primavera pasada si me agradaba tener por hermana a una celebridad. ¡Una celebridad! ¡Pero bueno! La mitad de la gente de Middleshire ni siquiera sabe de la existencia de Hester.

Y el autor de «La disidencia moderna» frunció el ceño.

—Eso fue un golpe contra tí, querido —explicó la señora Gresley—. Fue justo después de que se publicara tu panfleto «Cisma». Lord Newhaven siempre dice algo desagradable. ¿No recuerdas que, cuando estabas pensando en cambiar Warpington por ese trabajo en Escocia, él dijo que sabía que no lo harías porque con tu sentido de la disidencia jamás irías a un país donde tú fueras el disidente?

—¿Vamos con las pruebas? —preguntó la voz de Hester a través de la ventana abierta—. Estoy lista cuando tú digas, James.

CAPÍTULO X

Una asombrosa capacidad de entumecimiento posee a este hermano.

EMERSON[20]

—Como es natural, Hester —dijo el señor Gresley, adelantándose en el camino hacia su estudio y hablando con su tono de enseñanza del día—, no pretendo ser escritor —(«todos dicen lo mismo», pensó Hester)—. No dispongo del suficiente tiempo libre que dedicar al tema para garantizar que me convierto en un autor de éxito. Y, aun cuando lo tuviera, me temo que no estaría dispuesto a vender mi alma para obtener popularidad, pues eso es lo que acaba sucediendo hoy día. Se debe consentir al público. Se le debe entretener. Al público le gustan las cosas fáciles y las grandes verdades, las únicas cosas de las que me preocuparía por escribir, no son fáciles, nada más lejos.

—No, es cierto.

—Este articulito sobre la «disidencia» que me propongo publicar en forma de panfleto tras su aparición por entregas, pues aparecerá en dos números del *Southminster Advertiser*, nació sin más en unos pocos días que tuve gripe y no podía atender mi trabajo ordinario.

—Debe de ser muy difícil trabajar estando enfermo —dijo Hester, quien, por lo que parecía, durante su breve estancia en el jardín había hecho una promesa y ahora parecía estar sufriendo ese proceso que la sociedad de algunos de nuestros congéneres considera tan necesario como fatigoso, a saber: el de pensar de antemano lo que vamos a decir.

Al señor Gresley le agradaba sobremanera Hester cuando acababa de limar sus asperezas tras una de esas resoluciones. Tenía la costumbre de afirmar que nadie era más agradable que Hester cuando se mostraba razonable o hacía comentarios pertinentes. Percibía con gozo que ahora se estaba mostrando razonable, de modo que hermano y hermana se sentaron uno al lado del otro al escritorio con las hojas impresas entre ambos.

—Lo leeré en voz alta —anunció el señor Gresley— y tú puedes seguirme y pedirme que pare si consideras..., eeh..., que el sentido no está lo bastante claro.

—Entiendo.

Las dos narices alargadas, la más larga y pecosa coronada por unos quevedos, la otra con un matiz sonrosado, como si hubiera absorbido la tinta del papel secante sobre el que tan de continuo estaba suspendida, se inclinaron sobre las hojas.

A través de la delgada pared que separaba el aula del estudio del señor Gresley llegaba el sonido de las escalas de Mary. Mary era, por naturaleza, una hija de la ira en lo que a la música se

refería y Fräulein, el espíritu inquieto y musical de Fräulein, se desvivía para tratar de impartir a su alumna los rudimentos de lo que constituía su principal alegría en la vida.

—«La disidencia moderna» —leyó en voz alta el señor Gresley—, «por Veritas».

—¡Veritas! —repitió Hester.

El asombro le arrancó la palabra antes de que fuera consciente de haberla pronunciado. Recobró la compostura a toda prisa.

—Claro —musitó el autor mirando a su hermana a través de las gafas, que volvían las pupilas de sus ojos tan grandes como las canicas de rayas en las que Mary y Regie gastaban sus peniques—. «Veritas» —prosiguió— es una palabra latina que significa Verdad.

—Eso imaginaba. Pero ¿no es la Verdad un nombre demasiado grande para adoptarlo como *nom de guerre*? No resulta demasiado..., eeh... En un seglar sonaría arrogante.

—Yo no soy un seglar y no pretendo escribir sobre temas de los que sea un ignorante —replicó el señor Gresley con aire digno—. Esta no es una obra de ficción. No es que yo me imagine una cosa o se me ocurra tal otra ni me invente la de más allá. Tan sólo coloco ante el público, con contundencia y de una forma novedosa, un puñado de grandes verdades.

Mary estaba haciendo sus ejercicios de dedos. Do, do, do con el pulgar; Re, re, re con el índice. Fräulein repetía: «¡Uan! ¡Tú! ¡Fri! ¡Uan! ¡Tú! ¡Fri!», con una entonación de renovada y entusiasta paciencia en cada repetición.

—¡Ah! —dijo Hester—. Un puñado de grandes verdades. Por eso, el nombre debe ser Veritas. ¿No querrías pensártelo otra vez?

—No, con toda claridad, no —contestó el señor Gresley desafiando con la mirada a los ojos de ella—. Es el nombre por el que se me conoce como autor de «Cisma».

—Había olvidado «Cisma» por un momento —musitó Hester mientras bajaba la vista.

—Recibí muchos vituperios por «Cisma» —señaló el señor Gresley con orgullo— y no me extrañaría que «La disidencia moderna» produjera toda una conmoción en Middleshire. Si es así, estoy dispuesto a soportar un poco de odio y mala voluntad. La historia en su conjunto demuestra que la verdad se recibe al principio con oposición. La mitad del clero rural de por aquí vive adormecida. Son hombres buenos, pero descuidados. Necesitan despertar. Eso le dije al obispo el otro día y estaba de acuerdo conmigo, pues señaló que, si algunos de sus clérigos más jóvenes se dieran cuenta de lo arrogantes y cerrados que eran, celebrarían un acto público de acción de gracias en la catedral. Pero añadió que pensaba que nada que no fueran las trompetas del Juicio Final lo conseguiría.

—Estoy de acuerdo con él —añadió Hester, después de decirse primero a sí misma la frase y haber concluido que era inocua.

La clase de música alcanzó su clímax. «The Blue Bells of Scotland»: la *Klavier Stück* para solista que las manitas de Mary, como estrellas de mar, extendidas y rígidas, extraían con esfuerzo del piano del aula, iba por su tercer compás.

—Bien —dijo el señor Gresley, revitalizado por la alentadora retrospectiva de los últimos momentos—. Ahora vayamos con «La disidencia moderna».

Fue una hora extenuante.

Hester se debatía entre diferentes direcciones; en algunos momentos, tentada por pasar por alto los pasajes más manifiestamente indiscutidos antes que tratar de acometer la imposibilidad física de interrumpir al lector, sólo para verse arrastrada a una disputa con él; en otros, ardiendo

en deseos de salvar a su hermano de las consecuencias que aguardaban a determinadas afirmaciones.

Enseguida, tras diversas, tortuosas y antinaturales sinuosidades, la elocuencia del señor Gresley se introdujo en un juego de palabras, como un carruaje que trazara curvas inexistentes de una aproximación engañosa a una villa. Hester vio venir el juego de palabras con media página de antelación, como vemos venir la villa a través de los árboles mucho antes de que se nos permita acercarnos a ella, y ansiaba salvar a su hermano de lo que, a sus ojos, era tanto una degradación como un *tu quoque*. Pero recordó a tiempo que los Gresley consideraban que ella no tenía el menor sentido del humor y decidió dejarlo pasar. El señor Gresley disfrutaba tanto de sí mismo que apenas reparó en el semblante impertérrito de ella.

¿Por qué es tan profundo el abismo que separa a quienes tienen sentido del humor de quienes, sin tenerlo, se resarcen con la convicción de que lo poseen en mayores dosis? La grieta parece ahondar mucho más, adentrarse mucho más en las cimas y los hitos decisivos del carácter. Quienes difieren en sentido del humor diferirán en principios. Los Gresley y los Pratt pertenecían a esa numerosa clase de congéneres que, conscientes de poseer cierto genio para contribuir a la hilaridad de nuestro triste planeta, descubren una chispa irresistible en el acto de poner un sombrero de mujer en la cabeza de un hombre, o en el «divertimento verbal» que designa juguetonamente a un *whisky* con soda como un gargarismo, o de quien dice «*au reservoir*» en lugar de «*au revoir*».

Al final, sin embargo, Hester puso su mano inquieta sobre la hoja siguiente mientras leía las últimas palabras de la anterior.

—Espera un momento —interrumpió a toda prisa—. Esta última página, James. ¿No estaría bien reconsiderarla? ¿Es prudente presuponer tamaña ignorancia a los no conformistas? Muchos de los que conozco han recibido más educación que yo.

—Querida mía —respondió el señor Gresley—, la ignorancia está en la raíz de toda diferencia de opinión respecto a un tema como este. No me refiero a la ignorancia voluntaria, sino a la necesidad de recibir enseñanzas eclesiásticas sensatas. Debo cortar de raíz tanta ignorancia.

—Querido James, es redundante matar tres veces a quien ya está muerto. Nadie cree en las falacias que expones aquí; menos aún los no conformistas. Aquellos con quienes he hablado no sostienen las absurdas opiniones que tú les atribuyes. Ni siquiera te aproximas a su verdadera posición. Derribas con minuciosidad unos bolos que jamás se han mantenido en pie porque no tienen ningún sitio donde sustentarse.

—No propongo jugar una partida de bolos mental —dijo el autor clerical—. Como dije antes, a mí sólo me satisface cortar de raíz la ignorancia allá donde la veo florecer, no arrancar las hojas una por una como tú querrías que hiciera diseccionando sus opiniones. Esto quizá no sea novedoso, tal vez no sea siquiera divertido, pero, en todo caso, Hester, el deber de un clérigo es librar una guerra incesante contra la ignorancia espiritual. Y ¿qué mejor medio de hacer frente a la ignorancia —prosiguió el señor Gresley leyendo tras un momento victorioso en el que Hester permaneció callada—, a la tiniebla —(«hace un momento era una raíz», pensó Hester)—, sino la infusión de luz? Y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron.[21]

Media página más y la tiniebla era la disidencia moderna. Hester se llevó la mano a la boca y la dejó ahí.

Ante sus ojos se desarrolló en términos metafóricos el conocido drama de un toro clerical y un trapo rojo, por lo que Hester siguió el ejemplo de la mayoría de los legos y se subió a un árbol

para apartarse del camino.

Cuando todo hubo terminado, descendió del árbol temblando.

—¡Bien! ¿Qué te parece el artículo? —preguntó el señor Gresley mientras se levantaba y paseaba de un lado a otro de la habitación.

—Golpeas muy fuerte —respondió Hester tras un momento de reflexión. No dijo «das en el blanco».

—No soy hombre a quien le guste no ser claro cuando habla —espetó el señor Gresley, quien siempre se daba por entero satisfecho con una afirmación vaga—. Si tienes algo que merezca la pena decirse, dilo con franqueza. Ese es mi lema. No apuntes a tal o cual cosa, sino toma posición ante una verdad y ataca.

—¿Por qué no tender la mano a nuestros congéneres en lugar de atacarlos? —preguntó Hester dirigiéndose hacia la puerta.

—No tengo ninguna fe en tender la mano a los enemigos de Cristo —comenzó diciendo el señor Gresley, quien en el transcurso de su panfleto había designado con esa elegancia las grandes instituciones religiosas que no contemplaban el cristianismo a través de las lentes convexas de sus propios quedados mentales—. En estos tiempos lo vemos demasiado a menudo. Eso se lo dejo al anglicanismo más genérico, que quiere correr con la liebre y cazar con los sabuesos. Por el contrario, yo...

Pero Hester se había esfumado.

Mientras subía corriendo a su pequeña buhardilla, relucía en sus ojos grises un peligroso destello.

«Según él, nuestro Señor debe de haber sido el primer no conformista —se dijo—. Si me hubiera quedado un minuto más, habría acabado diciéndoselo. Por una vez, he salido de la habitación a tiempo».

En la buhardilla de Hester hacía un calor abrasador. Estaba situada encima de la cocina y, a través de la ventana abierta, llegaba el penetrante aroma del cordero asado recién maridado con el repollo cocido. En los últimos seis meses había aprendido todas las variantes de olores malos, sutiles, nauseabundos y persistentes de los que es capaz la preparación de alimentos... y, peor aún, la preparación del pienso para las gallinas. Tomó su sombrero blanco y la sombrilla y salió huyendo de la casa.

Con su sombrilla grande y blanca con rayas rosas, como si fuera un champiñón viajero con un tallo muy delgado, atravesó con rapidez un trozo de terreno soleado y sólo aminoró la marcha en un camino umbrío próximo a las colmenas, donde Abel, el viejo jardinero, estaba plantando algo grande, a modo de «esquejes» o «retoños», horadando con el dedo pulgar un agujero independiente para cada uno.

Abel era un hombre firme, con forma de pera, que se pasaba la vida doblado sobre la casi media hectárea de jardín de la vicaría, a la que confiaba largas hileras de semillas que una Providencia vigilante criaba en la correspondiente temporada con el nombre de «rapollo rizado», «arpio» o «párragos».

Abel daba la espalda a Hester y sólo se veía de él la mitad de la ropa de pana cuando interrumpía su tarea. De vez en cuando, se le podía inducir a que se enderezara y, mientras se sostenía con fuerza con las manos en los riñones y los puños llenos de tierra, pronunciaba un discurso sobre política y religión y opinaba que nuestra política en China no era «ni carne ni

pescao». «La damita», como llamaba a Hester, tenía el don de hacer hablar a Abel; pero, como hoy no la había visto, se deslizó a su lado y, cruzando el cementerio parroquial, se sentó un instante en la entrada para recuperar el aliento bajo el letrero impreso con textos presentados a la consideración de la grey por parte de su joven pastor.

«¡Qué temible este lugar! Esto no es otra cosa sino la casa de Dios»[22], era la cita de la Biblia que encabezaba la selección.[23] Hester conocía bien el letrero, aunque nunca lo miraba, ni por casualidad. Cuando él lo claveteó allí, ofendió de gravedad a su hermano desaprobándolo o, como él lo calificaba, «interfiriendo con los asuntos eclesiásticos». Al cabo de unos minutos, se dejó caer junto al murete del cementerio, en el prado, y se sentó sobre la hierba, en la escueta sombra de un tejo que había justo al lado. El poco aire que corría le llegaba del otro lado del Drone, junto con el sonido del agua que, perezosa, empujaba la orilla y susurraba a los juncos chistes que habían oído ya un centenar de veces.

Los nervios irritados de Hester se relajaron. Estiró ante sí el pequeño pie calzado con pulcritud, apoyó la espalda contra el murete y, enseguida, pudo permitirse sonreír.

—Querido James —dijo moviendo la cabeza con suavidad de un lado a otro—, ojalá no fuéramos los dos escritores o, como él dice, «aficionados a la pluma». Con un aficionado a la pluma en una vicaría hay más que de sobra.

Sacó las cartas y las leyó. Sólo la mitad estaban abiertas.

—Me quedaré aquí hasta que suene la campana del almuerzo —se dijo mientras se instalaba cómodamente.

La última que leyó fue la de Rachel, basándose en el principio de reservar lo mejor para el final.

«Así que se marcha de Londres..., ¿no es demasiado repentino?... y viene de inmediato..., hoy..., no, ayer, a Southminster, al palacio episcopal. Y yo voy a quedarme esta tarde, pues pasará por aquí, y lo más probable es que venga también el obispo. Me alegraría si no estuviera tan cansada».

Hester contempló el camino blanco que llevaba a Southminster. Entre la neblina del calor sólo veía las dos orejas de la catedral alzándose a través del azul. Todo estaba muy silencioso, tan silencioso que pudo oír dar las doce al reloj de la iglesia de Slumberleigh, a tres kilómetros. ¡Toda una hora antes de almorzar!

El viejo caballo blanco del molinero, con su declive en el largo lomo y la correspondiente curva en su perfil inferior, estaba inmóvil al sol, profundamente dormido, con las patas delanteras arqueadas como las piernas de un marinero.

Un grupito de vacas rojas y blancas, hundidas en el agua hasta las rodillas, espantaba las moscas con el penacho mojado de sus rabos. Hester observaba cada uno de sus movimientos. Hacía mucho que no tenía miedo de las vacas. Enseguida, como si lo hubieran acordado, todas decidieron aliviar el tedio de la vida contemplativa mediante una exhibición de sentido del humor y, revolviéndose para salir del agua, ponerse a galopar a lo largo de la orilla, todas con el rabo rígido y levantado, que un nudo sostenía con dificultad justo por encima del extremo.

«Cuánto se parecen a los James y los Pratt —se dijo Hester, observando los grotescos brinco y empujones de aquellos humoristas decadentes—. Debe de ser muy fatigoso resultar tan cómico».

Hester llevaba levantada desde las cinco en punto para aprovechar las horas más silenciosas antes de que la casa despertara. Estaba agotada. Un «abejorro» zumbaba con aire soñoliento justo a su lado. El riachuelo hablaba y hablaba y hablaba acerca de lo que iba a hacer cuando fuera un

río. «¡Qué cansadas deben de estar las orillas de escucharlo», pensó Hester con los ojos cerrados.

Y el mundo se fundió muy poco a poco con una deliciosa sensación de bienestar, desde la que, al minuto siguiente, según le pareció, la despertó de repente la voz del señor Gresley, muy cerca.

—¡Hester! ¡Hester! ¡HESTER!

—¡Aquí! ¡Aquí! —resopló Hester con un sobresalto, y desordenó el regazo de cartas al levantarse a toda prisa.

El joven vicario se acercó y miró por encima del murete del cementerio. Una migaja grande pegada a su labio superior no aliviaba la imponente severidad de su semblante.

—Casi hemos terminado de comer —señaló—. Los criados no te encontraban por ninguna parte. No quiero estar siempre encontrando faltas, Hester, pero desearía por tu propio bien, y por el nuestro, que fueras más puntual a la hora de las comidas.

Hester nunca había llegado tarde antes, pero sintió que no era el momento de recordarle a su hermano este detalle.

—Te ruego que me perdones —dijo con humildad—. Me he quedado dormida.

—¡Te has quedado dormida! —exclamó el señor Gresley, que había estado lidiando toda la mañana con lugares comunes acerca del *Hágase tu voluntad*—. Lo único que te digo, Hester, es que es una desgracia que no tengas ninguna ocupación. No puedo creer que nos hiciera bien a ninguno de nosotros llevar una vida tan absolutamente ociosa que nos quedáramos dormidos por la mañana.

Hester no respondió.

CAPÍTULO XI

*Es tan inútil luchar contra las interpretaciones
de la ignorancia como pelearse con la niebla.*

GEORGE ELIOT[24]

Los niños, que estaban tomando ya la pera de postre, miraron con los ojos abiertos como platos de sorpresa a «tía Hester» cuando se sentó a la mesa del comedor, junto a la botella negra que señalaba su sitio. Los Gresley eran fervientes abstemios absolutos y sostenían la opinión de que la salud de Hester se beneficiaría mucho si siguiera su ejemplo. Pero el médico de Hester discrepaba de ellos —era en extremo obstinado—, lo que tenía por consecuencia que los Gresley se vieran obligados a tolerar la ofensiva botella en su propia mesa. Era lo que la señora Gresley llamaba una «cruz»; y el señor Gresley siempre temía que se conociera la mera presencia de la botella en su mesa y que Warpington y el mundo en general la malinterpretara sin remedio.

Los niños sabían que Hester se hallaba sumida en la desgracia, pues en vano trataba de comer la rodaja de cordero asado ya dura y con pequeñas láminas azules de salsa cuajada encima, que había sido colocada delante de su silla hacía media hora, cuando la pieza de carne fue retirada de la mesa para la cena de los criados. A los niños les gustaba «tía Hester», pero sin entusiasmo; salvo a Regie, el mayor, que la adoraba como a sí mismo. Ella les contaba historias y les hacía mariposas y caballos y perros de papel, pero nunca podía unirse a sus juegos, ni siquiera a los encantadores divertimentos nuevos que inventaba para ellos. Siempre estaba cansada de antemano. Y nunca les montaba sobre su espalda para darles un paseo, como hacían las niñas mayores y bondadosas de los Pratt. Y quedaba sumamente consternada si no jugaban limpio, hasta el punto de que, en una ocasión, el señor Gresley tuvo que intervenir y recordarle que un juego era un juego y que lo mejor era dejar que los niños jugaran como quisieran, antes que ver en ellos defectos sin cesar.

Tal vez nada en su vida en la vicaría representara para Hester mayor prueba que ver las reglas del juego limpio rotas por los niños con la connivencia de sus padres. El señor Gresley nunca había asistido a una escuela pública y, por tanto, se había perdido el abecé de lo que en sus etapas posteriores se llama «honor». Era un jugador de hockey admirable, pero no se solicitaba su participación en los frecuentes partidos de Slumberleigh, pues nunca jugaba limpio ni le importaba que se lo afearan.

—Tía Hester se está dejando toda la grasa —señaló de improviso Mary con una voz estridente y la porción de pera en el carrillo izquierdo mientras hablaba.

No tenía la menor idea de que no debía llamar la atención sobre las flaquezas de los demás.

Sólo estaba impaciente por ser la primera en ofrecer una información interesante.

—Da igual —dijo la señora Gresley, admirándose de su propia moderación—. Termínate la pera.

Si había algo en la conducta de Hester que enojaba más que nada a la señora Gresley —y había unas cuantas más—, era la manera que tenía de dar vueltas a la comida en el plato y dejarse la mitad.

Hester lo hizo otra vez y la señora Gresley, ya irritada por su impuntualidad, trató de mirar a otra parte como para no verlo y rezó pidiendo paciencia. Las cien libras al año que Hester aportaba como pequeño canon habían facilitado las cosas en muchos aspectos en aquella vivienda en apuros; pero, a veces, la señora Gresley se preguntaba si el dinero, por necesario que fuera, compensaba las fricciones perpetuas que ocasionaba la presencia de su cuñada.

—¡Padre!

—Sí, hijo.

—¿No está mal beber vino?

—Sí, hijo.

—Entonces, ¿por qué lo bebe tía Hester?

Hester fijó la mirada de inmediato en su hermano. ¿La defendería ante los niños?

—Porque ella piensa que le hace bien —respondió el señor Gresley.

Ella apartó la mirada. Su mano, que sostenía una cucharadita de pudín de arroz frío, titubeó. Una tenue coloración le invadió el rostro y, finalmente, se instaló en la punta de la nariz. A su manera, quería a los niños.

—*Ach, mein Herr* —casi gritó Fräulein, que adoraba a Hester y percibía la gravedad de la situación—, *aber Sie vergessen* que el Herr Doctor Brrrrrrrown le ha dado una orden tajante, muy tajante...

—No puedo permitir en mi mesa una discusión sobre los méritos o deméritos del alcohol —dijo el señor Gresley—. Yo sostengo una opinión, el doctor Brown sostiene otra. Debo suplicar que se me permita discrepar de él. Niños, dad gracias.

Era miércoles y día festivo a medias y la señora Gresley dispuso llevar a los niños en el carruaje del poni a que les tomaran medidas para unas botas nuevas. Estas expediciones a Westhope constituían un gran acontecimiento. A las dos en punto exactamente, los tres niños bajaron corriendo la escalera, Regie llevando en la mano su hucha de latón, donde se oía dar brincos a una única moneda. Hester sacó una resplandeciente moneda de tres peniques para cada niño, una de las cuales quedó enterrada para siempre en la hucha de Regie, y las otras dos se extraviaron de inmediato en la alfombra del carruaje. Sin embargo, Hester las encontró y las introdujo dentro de sus guantes blancos y la expedición partió acompañada por *Boulou*, un diminuto perro castaño claro y blanco de origen francés. *Boulou* era un alma afable y bonachona. Había en sus patas traseras cierta arrogancia apresurada, pero sólo era una actitud. En realidad, no era más engreído que la mayoría de los perros pequeños que llevan el rabo en alto.

Hester los vio alejarse y, unos minutos después, el señor Gresley partió en su bicicleta en dirección contraria para acudir a una reunión de capítulo comarcal. En el momento en que Hester atravesó el pequeño vestíbulo, oyó el «clinc» que hizo la cancela de la vicaría cuando él salió y entonces, de repente, se detuvo en seco y se retorció las manos. Había olvidado decirle a los dos

que el obispo de Southminster iba a pasar por allí esa tarde. Sabía que venía a propósito para verla, pero habría resultado increíble para los Gresley. No había leído la carta de Rachel donde le anunciaba su llegada hasta que se refugió en el prado donde se quedó dormida, y su equilibrio mental estaba tan alterado por la molestia que lamentó haber causado a los Gresley en el almuerzo que había olvidado el tema por completo hasta este instante.

Salió disparada de la casa y volando por el camino. Pero ese día la fortuna no sonreía a Hester. Llegó hasta la curva de la vereda, pero desde allí vio la figura encorvada del señor Gresley agitarse con ligereza ya casi fuera del alcance de la vista, con los faldones traseros de su traje de clérigo meciéndose con elegancia a su espalda a ambos lados de la rueda trasera, como si fuera una falda abierta.

Hester regresó desolada a la casa, sin aliento, polvorienta y con ganas de llorar de irritación. «Jamás creerán que olvidé avisarles —pensó—. Todo lo que hago está mal a sus ojos y es una estupidez a los míos». Y se sentó en el primer peldaño de la escalera y apoyó la cabeza contra la barandilla.

De inmediato se le presentó un ángel de los menesterosos en forma de Fräulein, que había pedido un huevo en la cocina, lo había cocido en su fogoncito de alcohol y, ahora, lo ofrecía con efusividad a su amiga en una bandejita con dos finas rebanadas de pan y mantequilla.

—Eres todo bondad, Fräulein —dijo Hester, levantando su pequeño rostro ojeroso de entre las manos—. Está mal que cause tantos problemas.

No quería el huevo, pero sabía que ese óvalo era la única manera con la que Fräulein sabía expresar su callada simpatía. De modo que lo aceptó agradecida y se lo comió en la escalera mientras Fräulein contemplaba con tierna severidad cada bocado que daba.

La vida no parecía un afán tan carente de esperanza cuando hubo terminado el refrigerio. Después de todo, se veían claros entre las nubes. Rachel venía esa tarde para verla. Como a menudo decía Fräulein, Hester era «fácil de entristecer y fácil de alegrar». El leve estímulo del huevo «le alegró» de nuevo. Besó a Fräulein y subió corriendo a su habitación, donde despojó a su pequeña persona hasta de la última mota de polvo contraída en el camino, alisó un pliegue invisible en su vestido de Holanda, volvió a colocarse el pequeño mechón de pelo detrás de la oreja, que se había soltado con la carrera detrás de su hermano, y después bajó sonriendo y sosegada para esperar a su amiga en el salón.

Hester raras veces se sentaba en el salón, en parte porque era el único salón de su cuñada y en parte porque era el lugar predilecto de las niñas de los Pratt, quienes (con lo que a Hester le parecía una desagradable familiaridad) se asomaban por las ventanas desde fuera cuando venían de visita y, si veían a alguien dentro, entraban por allí mismo y hacían imposible retirarse.

Cuando Hester llegó a la comarca, las señoritas Pratt se mostraron dispuestas a tomarse un interés amigable pero quebradizo por «la hermana de su vicario». De hecho, la señora Gresley se sintió en la obligación de advertir a Hester que no confiara demasiado en sus atenciones, «pues a veces dejaban de lado a las personas con la misma rapidez con la que se acercaban a ellas».

Hester ignoraba cómo era la vida en el campo, su reducida sociedad, sus inevitables relaciones con vecinos antipáticos tan sólo porque eran vecinos; e ignoraba sobre todo la clase a la que la señora Gresley y los Pratt pertenecían, y de la que su insensata tía había protegido durante toda su vida a su sobrina, como de la peste. Al principio le asombró que los Pratt la llamaran por su nombre de pila sin su permiso, hasta que descubrió que hablaban de todo el condado utilizando nombres de pila, incluso llamando a los dos hermanos pequeños de Lord

Newhaven —a quienes no conocían personalmente— como Jack y Harry, aun cuando sus propios familiares los llamaban siempre John y Henry.

Cuando, tras la muerte de su tía, y siguiendo el consejo de los pocos parientes que le quedaban, se estableció en casa de su hermano, tanto en interés de su hermano como en el suyo propio, pues él era pobre y su familia aumentaba, viajó a Warpington acompañada del agradable sentimiento de que, en cualquier caso, no iba a vivir entre extraños. Iba a visitarlos con frecuencia a Middleshire, a Wilderleigh, en tiempos del anciano señor Loftus, por quien ella albergaba una veneración fervorosa; o a la abadía de Westhope, donde encontraba a un firme aliado en Lord Newhaven; y a algunas otras casas de Middleshire. Era lo bastante tonta para pensar que conocía Middleshire lo bastante, pero después de instalarse en Warpington descubrió poco a poco la existencia de una gran corriente subterránea en una sociedad de la que no sabía nada en absoluto y en la que, lo quisiera o no, vivía inmersa en el hecho de que era la hermana de su hermano.

Hester percibió con la suficiente claridad que su hermano no pertenecía por nacimiento a este grupo, aun cuando su profesión lo hubiera puesto en contacto con él; pero que comprendía que de forma evidente, si bien involuntaria, ese grupo lo había adoptado para bien o para mal; tal vez porque un hábito dictatorial suele verse obligado a encontrar compañerismo en una categoría social inferior a la propia, donde una voz estruendosa y cierta tendencia al monólogo pautado por chistes prehistóricos y juegos de palabras forzados se daban cita con una audiencia más paciente. En los primeros meses de su vida en Warpington, Hester hizo muchos descubrimientos acerca de sí misma, el primero de cuya serie le sorprendió más que cualquiera de los posteriores.

Descubrió que era orgullosa. Tal vez no tenía la inmensa opinión de sí misma que la señora Gresley con tanta frecuencia deploraba, pues los pensamientos de Hester raras veces giraban en torno a sí misma. Pero, en todo caso, la alteración de las circunstancias de su vida le impusieron el dato enseguida, igual que el reventón de una tubería extiende sus aguas por una cortina de damasco.

Hasta el momento, en los ocho años transcurridos desde que abandonara la escuela, siempre había sido la «señorita Gresley», un pequeño personaje tratado con consideración cada vez que iba y muy *choyée*[25] por su talante exquisito y su talento para la conversación. Ahora experimentaba la curiosa sensación, tan novedosa para ella como familiar para la mayoría de nosotros, de no ser nadie, lo cual le desagradaba. Los modales del grupo en el que se desenvolvía también crispaban sin descanso su escrupuloso gusto. Primero se sorprendía y, después, se indignaba al oír a sus viejos amigos de Middleshire, cuya simplicidad sobrepasaba con creces la de su nueva amiga, criticarla por «elegante» —sin tener con ellos más que una familiaridad oficial—, por preocuparse sólo por «la gente de Londres» y por ser «aduladores», pues con frecuencia acogían en sus casas a gente de clase alta, con la mitad de las cuales guardaban parentesco. Todo aquello era nuevo para Hester. Descubrió que, aunque visitara esas casas, nunca debía mencionarlas, pues hablar de personas con título se consideraba el colmo de la vulgaridad.

La señora Gresley, que se quedó de piedra cuando llegó la primera de estas invitaciones, sintió que era su obligación advertir a Hester del apego a la gente de clase alta recordándole que era muy malo labrarse un nombre a base de correr detrás de las personas con título.

—James y yo siempre hemos guardado las distancias con esos juegos —subrayó con dignidad—. Por mi parte, diría que pensarás que soy muy anticuada, pero debo reconocer que no entiendo que las personas con título o riquezas sean ni una pizca más amables o complacientes que las que no lo tienen.

Hester se mostró de acuerdo.

—Y nuestro objetivo siempre ha sido —proseguía la señora Gresley— ser independientes, no postrarnos ante nadie. Si soy poco mundana es porque gozo del beneficio de haber tenido unos padres que imprimieron en mí la artificialidad de todas las distinciones sociales. Si los Pratt recibieran un título mañana, me comportaría con ellos exactamente igual que ahora.

Si Lady Susan Gresley hubiera pasado a todos sus conocidos por un tamiz menos exclusivo, tal vez Hester habría recibido el provecho de oír todos estos sentimientos gastados y descubrir el punto de vista de un gran número de sus congéneres antes de convertirse en un ser que pasara desapercibido entre ellos.

Pero si la señora Gresley estaba apesadumbrada por la predilección de Hester por la sociedad de lo que ella llamaba los «estupendos» (aunque extinguida en buena medida en regiones civilizadas, esta palabra se puede oír de vez en cuando en zonas rurales), le apesadumbraban todavía más las amistades que Hester establecía con personas a quienes su cuñada consideraba «insuficientes».

La señora Gresley se mostraba siempre sumamente educada y los Pratt en absoluto con la señorita Brown, la hermana impedida del médico. Pero Hester trabó amistad con ella, a pesar de las advertencias de la señora Gresley de que una cosa era la cortesía y otra, la intimidad.

«Lo cierto es —diría la señora Gresley— que Hester adora la adulación y, como no puede obtenerla de los Pratt ni de nosotros, tiene que acudir a quienes están por debajo de ella en la escala social, como la señorita Brown, que se la brindará. Tal vez la señorita Brown sea muy culta. Yo diría que lo es, pero va lamiendo los zapatos de Hester».

Sybell Loftus, que en Wilderleigh residía muy cerca, al otro lado del Drone, era, además de la señorita Brown, una de las muy pocas personas entre sus nuevos conocidos que alabó a Hester de inmediato por ser un espíritu afín, para indisimulada sorpresa de los Pratt y los Gresley. Sybell adoraba el libro de Hester, que los Gresley y los Pratt consideraban bastante peculiar «para haber emanado de la pluma de la hermana de un clérigo». Sybell sugirió con entusiasmo a Hester que no costaría mucho introducir algunas mejoras que habrían cambiado por completo su orientación. Llegó incluso a atrincherarse en el sacrosanto recinto del tiempo eterno de una mujer casada para escribir el principio de varios romances, que estaba segura de que Hester, con su maravilloso talento, podría erigir en magníficas obras de arte. Siempre irrumpía en la vicaría para confiar a Hester los singulares pensamientos que le habían sido concedidos mientras contemplaba una rosa, a su hijo, a su marido o a los tres juntos.

Hester la recibía mitad entretenida, mitad fascinada, y se arrepentía de haber perdido muchas de las mañanas que todavía le quedaban por pasar junto a los Pratt y los Gresley atendiendo a las efusiones de esta alma de mariposa que imaginaba que todas las flores en las que, sin pretenderlo, se posaba y de las que extraía polen eran de producción suya en exclusiva.

Pero el mejor amigo de Hester en Middleshire era el obispo de Southminster, con quien Rachel se alojaba y cuya visita esperaba esta tarde.

CAPÍTULO XII

*De mi desvelo la hondura y el ensueño,
la senda amarga que lleva al extravío,
Tú sabes, Tú, que eres creador del fuego,
Tú sabes, Tú, que eres creador del barro.*

RUDYARD KIPLING[26]

Cuando las alegrías y tristezas de naturaleza emocional son desmesuradas, suelen despertar la compasión de quienes tienen un corazón de pocas miras y cierto desprecio entre los más obtusos de sus congéneres.

Pero tal vez sea un error sentir compasión por las personas como Hester, pues aunque sus vidas, por lo general cortas, tengan muchos días y semanas aciagos, también contienen momentos de dicha pura, horas de contemplación asombrada y de arrebatos exquisitos que, a largo plazo, seguramente igualan las alegrías más sólidas, como las que aportan una buena renta y una buena digestión y, es más, tal vez incluso la brasa perpetua de los temperamentos más felices de entre todos los seres felices, que por sí sola limita la naturaleza de los demás, no aprecia ninguna diferencia molesta entre un derecho moral y otro legal y cree que puede ponderar la vida con la misma precisión admirable con la que miden las cortinas del salón.

Cuando Hester y Rachel se sentaron en el salón de la vicaría, los fieles ojos caninos de Rachel no detectaron el menor rastro de lágrimas en los ojos danzarines y traviosos de Hester. Estaban solas, pues el obispo había dejado a Rachel cuando iba de camino a hacer una visita a un clérigo enfermo y había concertado pasar por la vicaría para recogerla a su regreso.

Hester percibió enseguida que Rachel no deseaba hablar de sí misma, por lo que dibujó una imagen pintoresca de su vida en Warpington, la que describió «no muy sabiamente, pero bastante bien». Pero fue fiel a su sustento. No dijo nada de los Gresley a lo que aquellas dignidades pudieran haber puesto alguna objeción en caso de que hubieran estado presentes. De hecho, habló de ellos de un modo que ellos mismos habrían calificado como «muy adecuado», de su amabilidad hacia ella cuando estuvo enferma, de cómo el propio señor Gresley le llevaba la bandeja del desayuno todas las mañanas y cómo, en primavera, le enseñó a montar en bicicleta.

—Pero, ¡oh!, Rachel —añadió Hester—, en los últimos nueve meses mi orgullo se ha visto atravesado de heridas, cada una lo bastante grande para matar a esa pobre criatura. Mi vida aquí me ha mostrado unos horribles defectos propios que jamás habría imaginado. Siento como si desde que llegué aquí me hubieran planchado de arriba abajo y como si ese proceso hubiera dejado a la vista toda clase de palabras desagradables que estuvieran impresas con tinta invisible.

—Estoy absolutamente alarmada —dijo Rachel con calma.

—Debes estarlo. En primer lugar, yo pensaba que no me preocupaba en absoluto por la comida. No recuerdo haber pensado jamás en ella cuando vivía con la tía Susan. Pero aquí..., aquí tengo problemas con la comida. Trato de comerla, pero lo cierto es que con frecuencia no puedo. Y entonces la dejo en el plato, que es una costumbre deleznable que siempre me ofende en los demás. Ahora, soy tan mala como cualquiera de ellos; de hecho, en mi caso es peor porque sé que el pobre James no es muy rico.

—¿Supongo, entonces, que la cocina es nauseabunda?

—No sé. Nunca reparé en lo que comía hasta que vine aquí, así que no puedo juzgarlo. Tal vez no sea muy buena. Pero lo peor es que me importe. No lo habría creído de mí misma. James y Minna nunca dicen nada, pero sé que les molesta, como, por supuesto, debe ser.

Rachel miró críticamente al rostro inocente e infantil de Hester. Cuando Hester no era una mujer de mundo culta, era una niña. Por desgracia, no había término medio en su carácter. Rachel se fijó en lo delgadas que se le habían quedado la cara y las manos y en la mirada tensa de sus ojos. El leve color de sus mejillas tenía un tinte violáceo.

No despilfarró palabras en el asunto de la cocina. Veía con bastante claridad que la salud ya frágil de Hester estaba en declive.

—¿Y esta vez has estado trabajando?

—Sí quieres llamarlo trabajar... Así lo llamaba yo antes, pero ahora ya no sé. Sí, consigo sacar unas cuatro horas diarias. He hecho otro descubrimiento agradable sobre mí misma: que cuando me interrumpen tengo un carácter de mil demonios.

—Pero seguro que cuando llegaste dijiste a los Gresley que no se te debía interrumpir a ciertas horas, ¿no?

—Lo hice. Lo hice. Pero, por supuesto..., es muy natural..., ellos consideran que es una estupidez y que lo hago para darme importancia. Aquí se me considera muy tonta, Rachel. Y a James no le importa que le interrumpan cuando escribe sus sermones. Y los Pratt tienen la costumbre de venir por las mañanas.

—¿Y quiénes se supone que son los Pratt?

—Son lo que *ellos* llaman «aristócratas». El padre ganó una fortuna con el petróleo y hace unos años construyó cerca de aquí una casa ribeteada de torreones. En Londres conocí muy superficialmente al capitán Pratt, el hijo. Jamás bailarían con él. Venía a nuestras «reuniones en casas», pero nunca se le invitaba a cenar. Para un determinado grupo de aquí es un gran *parti*. Su madre y sus hermanas fueron muy amables conmigo cuando llegué, pero entonces no estaba tan acostumbrada como ahora a ser tratada con familiaridad y me llamaban «Hessie», cosa que nadie me ha llamado nunca, y me temo que no fui tan atenta como ahora veo que debería haber sido. Por aquí parece que tus amigos son las personas de quienes vives cerca, no las que te gustan. Es una forma curiosa de organizarse. Y como los Pratt son los mejores amigos de James y de Minna, no deseo ofenderlos. Y después, por supuesto, los ofendí mortalmente perdiendo los nervios cuando subieron a mi habitación para lo que ellos llamaban «hacerme salir», aunque les había dicho que por las mañanas estaba ocupada. Estaba trabajando en un pasaje muy difícil y cuando entraron no sabía ni quiénes eran, porque en ese momento sólo eran reales para mí las personas del libro. Y entonces, cuando los reconocí y la escena que había estado esperando semanas en mi mente quedó hecha trizas como una lámina de vidrio, casi me puse enferma y fui bastante grosera. Y luego, al rato, me avergoncé tanto que me puse a llorar de rabia y desesperación.

Ni siquiera soportaba recordararlo. Hester se enjugó dos lagrimones en un pañuelito muy cuco que tenía el tamaño justo para recogerlos y prosiguió con la voz trémula:

—Me quedé tan impresionada que me resultó bastante fácil decirles al día siguiente que sentía haber perdido los nervios, pero ya no han sido los mismos desde entonces. No es que yo quisiera que fuesen los mismos. Preferiría que fueran distintos. Pero estaba ansiosa por mantener una relación cordial con los amigos de Minna. Ella misma discute con ellos, pero es distinto. Supongo que es inevitable si tienes mucha confianza con personas que en realidad no te importan.

—De todas formas, ¿no han vuelto a interrumpirte?

—Nnn... no. Pero, aun así, me interrumpían con frecuencia. Minna tiene mucho que ver con eso, precisamente ahora no es tan rigurosa y a menudo manda subir a alguno de los niños, y yo estuve tan a punto de ser brusca con uno de ellos, pobres criaturas, que me pareció que el riesgo estaba volviéndose demasiado grande, así que dejé de escribir entre el desayuno y la comida y, en cuanto amanece, me levanto de inmediato. Ahora hay luz muy pronto. Aunque lo malo que tiene todo esto es que estoy tan cansada el resto del día que apenas puedo tirar de mí misma.

Rachel no dijo nada. Raras veces comentaba las confidencias que se le hacían. Veía que Hester, siempre frágil, estaba realizando un esfuerzo enorme en unas condiciones pésimas, lo que, sin duda, tendría consecuencias desastrosas para su salud. El libro estaba extrayéndole las energías como un vampiro y, por lo que parecía, los Gresley la agotaban aún más al salpicar su camino de obstáculos impremeditados. Rachel no los conocía, pero suponía que pertenecían a ese gran grupo cuyos ojos están retenidos.[27]

—¿Y el libro? ¿Está casi acabado?

El rostro de Hester cambió. Habló del libro a su amiga con impaciencia, con timidez, con entusiasmo, como una joven habla de su amante. Todo lo demás quedó olvidado. Los ojos de Hester ardían. El color de la cara iba y venía. Estaba transfigurada.

Cuando miraba a Hester, desapareció el afecto protector y ansioso del rostro de Rachel para dejar paso a una cierta admiración anhelante, casi envidiosa. Ella misma se había visto sacudida por todas aquellas emociones en una ocasión, hace años, cuando estaba enamorada. Las consideró una revelación mientras duraron y... después... un escarpado peldaño, un muy escarpado peldaño de la escalera de la vida. Pero ahora se daba cuenta de que las personas como Hester viven de forma ininterrumpida en un mundo en el que la mayor parte de nosotros sólo ingresa cuando la pasión humana nos proporciona la llave; ese mundo que, cuando nos cierra sus puertas, los más groseros no nos avergonzamos de ridiculizar y desdeñar.

Hester hablaba de su libro con la voz entrecortada, con fervor y sobrecogimiento, como si hablara de alguna presencia poderosa, de una fuerza limitadora exterior a sí misma. Lo veía completo, hermoso, como una imagen fascinante, inaccesible como una puesta de sol.

—No puedo estar a su altura. No puedo aproximarme a él —dijo—. Cuando intento escribirlo, es como tratar de dibujar con un pedazo de carbón vegetal un ángel con las alas extendidas. Dejo sin matizar toda clase de detalles. Sin embargo, trabajo día tras día para imitarlo caricaturizando los hermosos pensamientos que me vienen a la mente. Al ponerlo en palabras convierto todo en un tópico y en una vulgaridad. Me voy sola al bosque y me siento durante horas entre los árboles, absolutamente inmóvil. Y, poco a poco, comprendo y sé. Y escucho y la Naturaleza habla, habla de verdad... No es una *façon de parler*, como piensan las personas que te explican lo que tú quieres decir con unas palabras que no quieren decir eso... Y siento que su espíritu se funde con el mío. Y siento que nunca más puedo malinterpretarla, que nunca más puedo errar al interpretarla, nunca

más alejarme tanto de ella que todas y cada una de las anémonas blancas y todos y cada uno de los plantones de helecho me rechacen y aguarden en silencio hasta que la forastera se haya marchado. Y regreso a casa, Rachel, y a veces intento durante más de media noche encontrar palabras a las que traducirlo. Pero no hay palabras o, si las hay, no logro encontrarlas y, al final, recorro a algún símil basto y, presa de la desesperanza, lo escribo. Y, ¡oh!, Rachel, lo peor es que, de inmediato, cuando he olvidado lo que debería haber sido, cuando la imagen se desvanece, sé que *admiraré* lo que he escrito. Es eso lo que me rompe el corazón.

El viejo, viejo lamento de quienes rinden culto al arte, el amante más severo del mundo, quedó sumido en el silencio del pequeño salón. Rachel lo comprendía sólo en parte, pues siempre había tenido la vaga sensación de que Hester idealizaba a la Naturaleza, como idealizaba a las criaturas que la poblaban, como idealizaba todo, y no comprendía por qué Hester se desesperaba porque no pudiera hablar adecuadamente de la vida o de la naturaleza tal como las veía. Rachel pensaba con perplejidad que eso era exactamente lo que Hester sabía hacer.

En ese momento, un carruaje se aproximó a la puerta y, al cabo de un largo rato durante el que se pudo oír con claridad a través de la ventana de la cocina la voz furiosa de la cocinera, que desde la parte trasera de la casa recordaba a «Hemma» cuál era su obligación, «Hemma» hizo pasar sin aliento al obispo de Southminster.

CAPÍTULO XIII

La originalidad irrita a las clases religiosas, que no serán arrancadas de sus perezosas formas de pensar; que tienen una queja en ristre contra ella y para la que tienen dispuestas las soeces palabras de herejía y heterodoxia.

W. W. PEYTON

El obispo era un hombre muy menudo y sobrio, con el porte fibroso y el rostro accidentado y curtido por el clima. Si se le hubiera visto manejando una grúa en el solar de un cantero, o comandando la excitación y el afán de una vana esperanza, o haciendo navegar barquitos de papel con un niño, se habría tenido la sensación de que era el hombre adecuado para la ocasión precisa. Nadie había dudado nunca de que también estaba en el lugar adecuado como obispo. El señor Gresley era la única persona que, de vez en cuando, alimentaba recelos acerca de la vocación del obispo como auténtico sacerdote, pero los dejaba al margen porque los consideraba desleales.

Se atribuye a Jowett haber dicho: «Un obispo sin sentido del humor está echado a perder». Según la apreciación de Jowett, esa pudo haber sido una de las razones por las que la sede eclesiástica de Southminster se ofreció a su actual ocupante. Aunque traslucía una voluntad indomeñable, la boca del obispo tenía el labio ligeramente torcido y sus ojos hundidos y benévolo exhibían cierto brillo que hacía que personas como Lord Newhaven y Hester lo proclamaran de inmediato su aliado, pero que debía de ser una señal de peligro para algunos de sus hermanos de profesión clerical..., en concreto para el señor Gresley.

El obispo respetaba y apoyaba al señor Gresley como clérigo, pero el joven vicario le agotaba como conversador. Si se conociera la verdad (cosa que nunca sucedía), él era quien había organizado la visita a Hester cuando supo que el señor Gresley estaría manteniendo la reacia atención de una reunión de capítulo comarcal.

Cuando tomó conciencia de que Hester y Rachel eran las únicas ocupantes del salón fresco y en penumbra, dio un suspiro de alivio. Según parecía, la señora Gresley también había salido.

Hester hizo té y, enseguida, el obispo, que parecía agotadísimo, se animó. Esa tarde había asistido a dos moribundos, uno de ellos, un amigo en el lecho de muerte y, el otro, el último vestigio de la paz, que expiraba en medio del clamor de una parroquia de la iglesia de base distraída y un clérigo de la jerarquía eclesiástica, que sólo pudieron confrontarse a modo de címbalos. Por un instante, hasta su espíritu audaz había quedado desalentado.

—La otra noche —dijo a Hester— vi en casa de los Newhaven a un hijo de Anak que afirmaba que eras su prima; un tal señor Richard Vernon. Rompió el hielo informándome de que yo le impartí el sacramento de la confirmación y de que, tal vez, me gustaría saber que se había

vuelto mejor de lo que él mismo esperaba.

—El bueno de Dick —dijo Hester.

—Al final, lo recordé. Su padre era el hacendado de Farlow, donde fui rector antes de venir a Southminster. Dick no era una fuente de placer inagotable para sus padres. A la edad de ocho años sembró la mesa de billar paterna con berros y mostaza cuando su padre no estaba y recogió una buena cosecha, y realizó otros experimentos atroces. Creo que batió todos los récords anteriores de Eton de azotes con vara de abedul. Recuerdo que mientras estuvo allí ganó una apuesta a otro muchacho que no podía pagarle y se apropió de los pantalones de críquet del perdedor. Cuando los llevó a casa, sus padres quedaron consternados por el episodio y yo traté de hacerle ver que no debía habérselos incautado. Pero Dick se mantuvo firme. Decía que era una especie de diezmo y que, si no podía obtener lo que correspondía en dinero efectivo como hacía yo, tenía que recaudarlo en pantalones. Debo reconocer que ahí me venció. Me fijé en que llevaba los de diario tan largos que en la mentalidad de sus padres pervivieron las dudas acerca de si debían devolverlos. Después de aquello, tuve la certeza de que triunfaría en la vida.

—Creo que está triunfando en Australia.

—Aconsejé a su padre que lo enviara al extranjero. En Inglaterra estaba claro que no había sitio para él y, por desgracia para el ejército, los examinadores se plantaron ante su rigurosa ortografía fonética. Me dice que ya no es edecán y que se dedica a la vinicultura porque, cuando la gente está contenta en el mundo, siempre bebe sin cortapisas y, si «tienen una mala racha», beben aún más para ahogar las preocupaciones. El razonamiento me pareció sensato.

—James y él solían discutir muchísimo en vacaciones —dijo Hester—. Era siempre por la misma razón, sobre el juego limpio. El pobre James no sabía que los juegos eran asuntos de una relevancia terrible y que una regla era algo sagrado. Me pregunto por qué los clérigos tienen tan a menudo el mismo código de honor que las mujeres, un código de todo punto distinto del de la media de los hombres.

—Creo —explicó el obispo— que se debe a esa diferencia de códigos el hecho de que las mujeres choquen tan irremediabilmente con los hombres cuando tratan de competir o trabajar con ellos. Las mujeres no tienen que arrancarse con el *esprit de corps* que la mayoría de los hombres corrientes posee. Cuán difícil es extraer de un hombre cualquier dato o hecho que resulte lesivo para un amigo suyo, o incluso para un simple conocido, por obvio y necesario que pueda ser que se le deba pedir esa información y él deba darla. Sin embargo, he conocido a muchas mujeres buenas, sinceras y afectuosas que llevan una vida generosa y que «traicionarán» a su mejor amiga ante la menor provocación, o sin provocación siquiera; informarán a propos de nada que la dejaron plantada hace años. Las causas de la humillación y el desastre en la vida de una mujer parecen carecer del mínimo carácter sagrado para sus amigas. Pero si esa misma amiga a la que habían desprestigiado está enferma, la vilipendiadora la cuidará día y noche con una devoción por entero desinteresada.

—Eso me ha dejado perpleja muchas veces —dijo Rachel—. Parece que siempre cometo errores con las mujeres, y quizá sea esa la razón. Se muestran capaces de brindar un afecto profundo o de hacer algún gran sacrificio, y las respeto y las admiro, y creo que serán así en toda circunstancia. Pero, de repente, un día no son tan sinceras o son culpables de alguna pequeña mezquindad..., alguna mezquindad que un hombre que ni siquiera es digno de embetunarle los zapatos jamás se rebajaría a cometer.

Los ojos de Hester se fijaron en su amiga.

—¿Y se lo dices? ¿Las pones en evidencia ante sí mismas —preguntó— o te apartas de ellas?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Rachel—. Las trato exactamente igual que antes.

—Entonces, ¿no eres tú también un poco hipócrita?

El rostro menudo de Hester se endureció como el pedernal.

—Creo que no —contestó Rachel sin alterarse—, no más que ellas. El bien está ahí, visible, y el mal está ahí también, sin duda. ¿Por qué debería yo señalar el mal, que no es más que la parte que desaparecerá de ellas enseguida, mientras permanezca la buena voluntad?

—Creo que Rachel tiene razón —intervino el obispo.

—No creo que la tenga en absoluto —replicó Hester irritada, administrando su oposición a diestro y siniestro ante sus dos mejores amigos, como los picotazos afilados de un pajarillo común—. Creo que debemos creer en lo mejor de los demás hasta que se demuestran indignos de que lo hagamos, y entonces...

—Entonces, ¿qué? —preguntó el obispo acomodándose en la silla.

—Entonces, una se aparta de ellos en silencio.

—Sólo conozco el silencio de una mujer por referencias. Nunca lo he visto. ¿De verdad reprochas a los cardos que no den uvas?

—No. Si idealizo a un cardo hasta el extremo de hacernos pensar al cardo y a mí que es una parra, es culpa mía. Pero si las personas parecen amar y respetar determinadas verdades que saben que lo son todo para mí y declaran su afinidad conmigo en esos elementos comunes y, después, los abandonan cuando llega un apuro, porque siempre llega, y actúan por motivos mundanos, entonces sé que nunca se han preocupado en realidad por lo que afirmaban amar, que lo que imaginé que era un principio no era más que un tema de conversación..., y entonces... me retiro.

—¡Te retiras! —repitió el obispo—. Eso es terrible.

—Exactamente igual que haría si me dedicara a la política —prosiguió Hester—. Si un hombre uniera su suerte a la mía y, después, cuando considerara que era probable obtener alguna ventaja mundana en el bando contrario se entregara a él, yo, en consecuencia, no le creería capaz de ser un buen marido, padre ni propietario. Nunca más creería que se preocupaba por aquello a lo que yo había apostado todo. Y si empezara a hablar otra vez como si le preocupara (como siempre hacen, como si no hubiera pasado nada), no se lo haría notar. Ya lo he intentado y no sirve para nada. Yo tendería a...

—¿Denunciarlo por apóstata? —propuso el obispo.

—No. A partir de ese momento, él sería para mí como un pagano.

—¡Un hombre tres veces miserable!

—Después de eso, ¿no pretenderá que yo lo trate como a un hermano?

—Por supuesto que no, pues seguramente le disgustaría aún más.

En ese momento, un huracán pareció atravesar la casita y, acompañados por *Boulou*, los tres niños irrumpieron en el salón en un estado de excitación frenético. En el carácter de *Boulou*, al igual que en el de Hester, no había término medio. Era lo que la señora Gresley llamaba un perro «muy franchute», y hacía gala ahora de su «franchutez» mediante una desaforada exhibición de sí mismo dando vueltas y vueltas por toda la habitación con su absurdo rabo extranjero orientado de la forma equivocada.

—Madre se bajó en casa de la señora Brown —vociferaba Regie con su tono de voz más

agudo— y yo he conducido.

—Oh, Regie —protestó Mary, la virtuosa e invariable correctora de las afirmaciones de los demás—. Sujetaste las riendas, pero William iba andando al lado.

Hester pidió a los niños que estrecharan la mano de los invitados y, después, se arremolinaron a su alrededor para mostrarle lo que habían comprado.

Aunque el obispo era cariñoso con los niños, se volvió arisco de repente. Sacó el reloj y manifestó con nerviosismo su asombro por lo rápido que pasaba el tiempo. Se pidió que trajeran el carruaje y, al cabo de pocos minutos, el solemne vehículo se lanzaba de regreso a Southminster a toda velocidad.

—No me quedo muy tranquilo con Hester —dijo el obispo—. Parece enferma e irritable, y tiene esa expresión tensa de quien está realizando un esfuerzo colosal para ser paciente y cuya paciencia, después de atender con éxito veinte requerimientos a lo largo del día, se viene abajo por entero con el número veintiuno. Es una experiencia humillante.

—Hablaba como si ella supusiera una prueba para su hermano y su esposa.

—Creo que lo es. Albergo cierta simpatía hacia Gresley por lo que se refiere a su hermana. Ha sido amable con ella de acuerdo con su propio criterio y, si ella escribiera libros un poquito beatos, él la admiraría muchísimo, al igual que la mitad de la comarca. Se consideraría apropiado. Pero Hester se sacude las ideas preconcebidas que establecen que las hermanas e hijas de un clérigo deberían presentar en ofrenda sin pensárselo dos veces su juventud, los cabellos, los dientes y la vista sobre el altar de la labor parroquial. Lo hace, y no es eso lo que la costumbre consagrada por el tiempo espera que haga ni espera que sea. En la familia de un clérigo, la originalidad está fuera de lugar, simplemente porque se la requiere con urgencia. Es una fuente de fricción constante. Pero, por otra parte, lo mejor que podría sucederle a Hester es que fuera arrojada durante una temporada entre personas que la consideraran alguien insignificante, que no tuvieran ningún sentido del humor y a quienes ella no pudiera hablar de ninguno de los temas que lleva en el corazón. Si Hester se hubiera quedado en Londres tras el éxito de su *Idyll*, habría sido objeto de tanta simpatía y admiración que seguramente su siguiente libro habría sufrido las consecuencias. Es tan susceptible, tan expansiva, que la represión, por así decir, es positivamente necesaria para que le permita adquirir fuerza. No hay mejor lugar para adquirir fuerza que una vicaría rural acordonada en su interior por vacas y, en el exterior, por vecinos afables moderadamente desdeñosos de la originalidad en cualquiera de sus formas. En la etapa en que ella se encuentra no puede simpatizar con ninguno de ellos. Es un fracaso de ella, no de ellos. A los cuarenta simpatizará con ellos y los apreciará como yo; pero esa es otra historia. Lleva trabajando todo el invierno en este libro con una devoción y una concentración que su aislamiento le ha ayudado a provocar. Tiene una deuda de gratitud con su entorno y algún día se lo diré.

—Dice que se le ha puesto un carácter de mil demonios.

—Es apasionada, no cabe duda. Esta tarde casi no nos ha escuchado a ninguno de los dos. El incidente más nimio le afecta demasiado. Todo le causa una impresión vívida y la sacude de arriba a abajo. Ahora resulta de todo punto absurdo y desproporcionado, como las largas patas de un potrillo, pero es una señal de crecimiento. Mi experiencia es que las personas que, por una parte, carecen de esa brasa de entusiasmo y, por otra, de justa indignación nunca consiguen nada, salvo en la vida doméstica. Si Hester sobrevive, dejará atrás su naturaleza apasionada o, al menos, crecerá, madurará y se volverá pasiva, contemplativa. Entonces, en lugar de ira y excitación desproporcionadas, esa misma naturaleza suya que ahora se molesta siempre por las

impresiones habrá aprendido a recibirlas con serenidad y, precisamente gracias a su carácter engañoso y a su intuición, llegará lejos.

CAPÍTULO XIV

*Sólo aquellos que conocen la supremacía de la vida intelectual
—la vida que tiene una semilla de ideas y de propósito ennoblecedores dentro de sí—
pueden entender el dolor de alguien que desciende de esa serena
actividad a la lucha absorbente y agotadora con los problemas mundanos.*

GEORGE ELIOT[28]

Entretanto, Hester manifestaba su asombro y estupefacción ante las compras de los niños, quienes, con la excepción de Mary, habían gastado toda su pequeñez en regalos para Fräulein, cuyo cumpleaños era el día siguiente. Una vez que se descubrió que la diminuta sombrilla de hueso de Mary era un estuche para agujas, y cuando hubieron sido recogidas del suelo la mayoría de ellas, Regie extrajo de su envoltorio una vaquita de porcelana. Pero, por desgracia, las orejas y los cuernos de la vaca seguían en la bolsa, debido con toda probabilidad al incesante tránsito del paquete de un bolsillo a otro durante el camino de regreso a casa. Regie miró los restos en la bolsa y se le estremeció el labio mientras Mary, con su sombrilla guardada a buen recaudo, exclamaba «¡Oh, Regie!» en tono de reproche incisivo.

Pero Hester sugirió enseguida que ella volvería a colocarlos en su sitio con toda facilidad y que a Fräulein le gustaría igualmente. Aun así, fue un golpe. Regie apoyó la cabeza en el hombro de Hester.

Hester apretó la mejilla contra su cabecita morena. Sybell Loftus le había dicho a menudo que no tendría la menor idea de la felicidad que proporciona la caricia de un niño hasta que fuera madre: que ella misma no tuvo la menor idea hasta ese momento. Conque quizá le fuera concedido a Hester un triste sucedáneo de ese exquisito sentimiento.

—Todavía tiene el rabo —susurró sin demasiada alegría, pero como quien estando en la oscuridad ve un destello de luz a lo lejos.

El rabo de la vaca estaba pintado en azul sobre el costado.

—Cuando la compré —dijo Regie con una voz ahogada—, y ha sido una vaca de un montón de dinero, deseaba que hubiera tenido el rabo separado y hacia atrás; pero ahora creo que es más seguro que esté así.

—Las mejores vacas son las que tienen el rabo en el costado —indicó Hester—. Y mañana por la mañana, cuando te hayas vestido, sube corriendo a mi habitación y la encontrarás exactamente igual que estaba.

Y puso a un lado con cuidado los trozos con el animal herido.

—Y ahora, ¿qué ha traído Stella?

Stella sacó una bolsa de golosinas que, en marcado contraste con la vaca, en el transcurso del regreso a casa se habían pegado tanto entre sí que resultaba dudoso que fueran a volver a separarse alguna vez.

—Fräulein no come golosinas —repuso Mary, que era lo que sus padres llamaban «una niña muy sincera».

—Yo sí —contestó Stella, volviendo su personita contra el sofá y adoptando la forma de un cogollito de coliflor, hasta que sólo quedaron visibles un círculo de contornos blancos con un núcleo de ribetes mudos y dos piernas sonrosadas pataleando ligeramente en lo alto.

Stella siempre se ponía cabeza abajo si la conversación adquiría un giro personal. En edades más avanzadas y situaciones más convencionales encontramos un triste equivalente de esa señal de desaprobación en el cambio de tema.

Hester apenas acababa de colocar a Stella del derecho cuando se abrió la puerta de nuevo y entró la señora Gresley, acalorada y cansada.

—Corred arriba, niños —dijo—. Hester, no deberías retenerlos aquí abajo ahora. Ya ha pasado la hora del té.

—Hemos venido nosotros, madre —explicó Regie—. Fräulein dijo que podíamos, para enseñarle a tía Hester nuestros secretos.

—Bueno, no importa; marchaos corriendo ahora —los apremió la pobre madre, dejándose caer pesadamente en una silla baja— y llevaos a *Boulou*.

—Estás agotada —se lamentó Hester deslizándose del asiento hasta arrodillarse para desabrochar las botas marrones de su cuñada.

La señora Gresley miró con una sombra de reparo a la frágil figura arrodillada y con el rostro colorado por la acción de agacharse y lo intrincado de los nudos de las botas cubiertas de polvo. Pero mientras observaba se fijó en las mejillas enrojecidas y, como era adivina de los estados de ánimo, se preguntó de qué se avergonzaría ahora Hester.

Cuando Hester se incorporó, su cuñada le tendió con una vacilación momentánea una delgada bolsa de papel en la que una forma oval anunciaba su húmeda presencia al permitir que se la distinguiera por haberse adherido ligeramente a su envoltorio.

—Vi que no almorzaste, Hester, así que te he traído un lenguado pequeño para la cena.

Algunas de nosotras, pobres Martas, nos pasamos la existencia, por así decir, en las cocinas de la vida. Nunca nos alejamos de allí lo suficiente para llegar al salón. Nuestras conquistas, nuestros sacrificios, se alcanzan a través del sebo, la grasa y los cogotes de cordero. Lidiamos con la grasa y ascendemos hasta cotas superiores peldaño a peldaño, no desde nuestro propio cuerpo muerto, sino del de los corderos y los bueyes.

El lenguado era una respuesta directa a la oración. La señora Gresley tenía la facultad de reprimir su irritación contra esta delicada, caprichosa y elegante dama que tenía por cuñada —recubierta, además, de encajes, no debemos olvidarlo—, quien, según las ideas de la señora Gresley, no conocía ninguna de las dificultades reales de la vida, las bajas que causaba, las atenciones de comadrona que requería, la continua vigilancia de unos niños frágiles ni el prolongado esfuerzo por encajar extremos que no se aproximan. Debemos de conocer muy poco de nuestros congéneres si el húmedo lenguado de la bolsa nos parece diferente de la señal externa y modesta de una conquista interior y espiritual.

Y así lo entendió Hester y besó a la señora Gresley y le dio las gracias, y a continuación se fue corriendo a la cocina con la ofrenda de paz y regresó con los zapatos bajos de estar en casa de su cuñada.

El señor Gresley estaba guardando la bicicleta en el pasillo y ella lo atravesó. Por lo general, el señor Gresley era en exceso jocosos con su bicicleta. Con frecuencia le decía «Ya está, *Emma*». Pero hoy también él estaba cansado y dejó a un lado a *Emma* en silencio.

Cuando Hester regresó al salón, la señora Gresley se había recuperado lo suficiente para fijarse en todo lo que le rodeaba. Tenía los pies cubiertos por unas medias marrones y firmemente plantados en la alfombra, en lugar de distendidos y estirados, y los ojos amenazadores fijos en la mesa de té y el pastel de semillas.

El corazón atribulado de Hester hizo un gesto hacia su lado con el aire de culpabilidad de un cómplice.

—¿Quién ha venido a tomar el té? —preguntó la señora Gresley—. Me he encontrado a los Pratt y a los Thursby en Westhope.

Hester se asustó. Por necesidad tenemos que asustarnos en presencia de quienes juzgan a los demás.

—Han estado aquí el obispo y Rachel West —dijo, ruborizándose—. Se marcharon hace unos minutos.

—Bien, por si fuera poco, cuando James y yo estábamos fuera. ¿Has oído James? El obispo ha estado aquí mientras estábamos fuera. Y te digo una cosa, Hester —volviendo a mirar a la mesa—, jamás me has pedido la tetera de plata.

—No se me ocurrió —dijo Hester, arrepentida.

Le resultaba casi imposible modificar las costumbres de toda una vida y acordarse de salir corriendo y alterar a toda prisa las rutinas diarias si había presente alguna visita. Lady Susan siempre utilizaba su maltrecha tetera todos los días y Hester no podía comprender de ningún modo por qué tenía que haber una para unos días y otra para otros. Miró con resentimiento a la vasija de loza ocre que había utilizado con tanta despreocupación hacía media hora. ¿Por qué nunca recordaba los deseos de los Gresley?

—Hester —dijo la señora Gresley, fijándose de repente en el immaculado vestido marrón de Holanda de Hester, que contrastaba dolorosamente con su deteriorada blusa rosa de cuello y puños rígidos y lazo de imitación, anudado de por vida en el establecimiento donde nació—. Eres muy lista; creo que tú sabías que venían.

Si había algo que ofendía a Hester más que nada, era que le dijeran que era *lista*.

—Confío en no ser nunca lista —respondió, no sin el toque de la arrogancia que algunas personas ignorantes toman por aires de grandilocuencia, pero con un cambio de tono sutil y una actitud que parecía situarla al instante a una distancia enorme de la otra mujer, con sus insinuaciones y sus medias marrones.

Inconscientemente, la señora Gresley recogió los pies.

—Cuando me vestí esta mañana no sabía que hoy iba a venir el obispo.

—Entonces, ¿sí supiste después que iba a venir?

—Sí, Rachel West me escribió esta mañana para decírmelo, pero no abrí la carta en el desayuno y estaba tan afligida por haber llegado tarde al almuerzo que se me olvidó mencionarlo en ese momento. Me acordé en cuanto James salió y corrí detrás de él, pero cuando le llamé ya

estaba demasiado lejos para oírme.

A Hester le costó mucho dar esta explicación, pues era consciente de que la visita del obispo había sido para ella y sólo para ella.

—Vamos, vamos —dijo el señor Gresley con tono sentencioso y el natural aborrecimiento masculino ante una disputa femenina—. No vayas poniendo excusas estúpidas que no engañan a nadie, Hester, y tú, Minna, no critiques la ropa de Hester. Es culpa del obispo por no escribir él mismo sus notas. Debía de saber que la señorita West iba a escribir a Hester, en lugar de a mí. No puedo decir que piense que Hester se comportara con mucha delicadeza con nosotros actuando así, pero no estoy dispuesto a oír más discusiones al respecto. Deseo que este tema cese ahora mismo.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en el mismo tono con el que el señor Gresley ponía fin al servicio matinal y se percibieron como concluyentes. En realidad no estaba tan disgustado por no haber visto al obispo, a quien contemplaba con parte de la desconfianza recelosa con la que cierto tipo de mentalidad contempla siempre lo que es superior a ella. Hester salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado.

—James —dijo la señora Gresley mirando a su pastor con lágrimas de admiración en los ojos —, jamás seré tan buena como tú, así que no lo esperes. No sé cómo puedes ser tan generoso y paciente con ella. Es superior a mis fuerzas.

—Debemos aprender a ser condescendientes —expuso el señor Gresley con el tono más cariñoso que encontró y llevando a su esposa cansada y llorosa a su lado, en el sofá.

E hizo té nuevo para ella y la atendió, y ella le habló de las botas de los niños y del lenguado, y él le habló del extraordinario discurso que había pronunciado en la reunión del capítulo y del sentimiento que había nacido en él, cuando regresaba a casa, de que debería escribir dentro de poco algo contundente sobre la Sucesión Apostólica. Y fueron felices juntos, pues aunque él a veces la reprobaba como sacerdote porque ella se permitía obsesionarse con la posibilidad de que le nombraran obispo, era un esposo muy cariñoso.

CAPÍTULO XV

Desconfía del perro que no ladra y de las aguas quietas.

Si se viaja a través de Middleshire en el ferrocarril local que une Southminster y Westhope, una vez que se ha dejado atrás Wilderleigh, con sus tejados grises a dos aguas y el muro de su parque, se verá acurrucada a poca distancia (al menos, el señor Gresley decía que se acurrucaba) la vicaría de Warpington; y quizá, si se sabe dónde mirar, se capte un atisbo de la angosta ventana del dormitorio de Hester, bajo el tejado. Poco más de medio kilómetro más allá, en Warpington Towers, la espléndida residencia de los Pratt irrumpe en la vista con una bandera ondeando en la torre y unos puentes rústicos muy ceñidos que se inclinan sobre el Drone. Desde el ferrocarril no se ven todos los pabellones de Warpington Towers, lo cual es una fuente de cierto pesar para el señor Pratt; pero si por casualidad se viaja con él, señalará dos de ellos, unas immaculadas construcciones góticas enfoscadas y con vidrieras, e informará de que las otras tres están en las vertientes septentrional y oriental, lo que indica someramente la dirección a Escocia y a Irlanda.

Y el Drone, al que se mantiene a raya a la izquierda de la línea de las colinas de Slumberleigh, nos seguirá y nos abandonará, nos abandonará y regresará por todo el camino a Westhope. Uno se baja en Westhope, por supuesto, si es de Middleshire. Porque Westhope está al borde de Middleshire y el tren no va más allá; al menos, sólo se adentra en uno de los insignificantes condados que se atropellan para aferrarse a Middleshire como una especie de Sáhara ignotos, donde los pasajeros que se duermen despiertan y se descubren naufragados.

La abadía de Westhope se alza en medio de sus extensas praderas y huertos, cerca de la pequeña ciudad, donde, uno tras otro, sus tejados rojos se rezagan sobre las empinadas calles adoquinadas.

Por la gran nave central se camina a cielo abierto sobre piedra cubierta de musgo entre las altas flechas de pilares medio derruidos. Las estrellas de Dios contemplan de nuevo desde lo alto el lugar que la piedad del hombre les ocultó durante largo tiempo. A través de las finas tracerías de lo que antes era la ventana oriental, se puede ver, en lugar de santos vidriados y un crucifijo, la pequeña ciudad abrazando su colina.

La clemátide morada y la pequeña hoja de la hiedra, como un lagarto, han tendido sus tiernas manos sobre todo lo que queda de esa regia casa de oración. Las palomas revolotean en ella y anidan en sus oquedades. El suave murmullo contenido de las plegarias de los pájaros ha sustituido al otro, más amargo, de la plegaria humana. Una fina hierba agitada por el viento ocupa la cumbre de los muros desmochados en todas las esquinas. Las piedras caídas, con sus pintorescas tallas de ángeles y grifos, retroceden poco a poco año tras año, ayudadas por la lluvia

y obstruidas por la escarcha, replegándose despacio por el suelo frente a las generaciones de manos humanas que las sostuvieron y labraron y ante las que se postraron hace centenares de años. El espíritu retorna al Dios que lo impartió y la piedra, a la mano que la moldeó.

El monasterio adyacente se había convertido en vivienda sin alterar su exterior, y era allí donde Lord Newhaven adoraba pasar los meses estivales. En su único y alargado pasillo se abrían muchas habitaciones, a las que se accedía subiendo unos peldaños de piedra blancos y pasando bajo unos arcos; habitaciones que otrora habían sido dormitorios de monjes o celdas de abades y donde Lady Newhaven y sus invitados se ondulaban ahora el cabello y dormían bajo edredones hasta el mediodía.

Era este largo pasillo, con su interminable hilera de ventanas enrejadas, lo que Lord Newhaven estaba convirtiendo en un almacén para las armas inglesas antiguas que coleccionaba poco a poco. Ahora estaba de pie, mirándolas con ternura, pasando un dedo lentamente por un arcabuz taraceado, cuando un grito procedente del jardín le hizo darse la vuelta y asomarse.

Montado en su bicicleta sobre la hierba bien cortada estaba Dick, que pedaleaba con cuidado entre los lechos de flores en alcorques, con un albaricoque en cada ancha mano abierta, mientras sermoneaba con aire desapasionado a los dos niños pequeños y excitados que corrían en vano en pos de los frutos. La institutriz y Rachel miraban. Rachel había llegado a Westhope el día anterior procedente de Southminster.

—Tómate tu tiempo, hijo —dijo Dick, evitando por los pelos avasallar un lecho de geranios que había junto al niño mayor—. Si sois tan despreocupados y bobos para romperos la cabecita contra el reloj de sol, me comeré yo los dos. La señorita Turner dice que podéis tomarlos, así que sólo tenéis que cogerlos. No puedo seguir ofreciéndooos todo el día. Mi tiempo —(Dick subió la bicicleta junto a un bancal y, en cuanto los chicos llegaron arriba, volvió a bajarla)—, mi tiempo es muy valioso. ¿No los queréis? —Hizo un gesto de renuncia estridente y una nueva arremetida—. Se lo agradecen mucho, señorita Turner, pero no les interesan los albaricoques.

Medio segundo más y Dick se deshizo con habilidad de la bicicleta y quedó cargado con sus dos admiradores, que le golpeaban con fuerza lo más alto que podían llegar. Cuando la señorita Turner los llevó a otro sitio, cada uno mordiendo un albaricoque y volviendo la cabeza para lanzar miradas de ansia hacia su amigo, Rachel y Dick se dirigieron hacia la cara norte de la abadía y se sentaron a la sombra.

Lord Newhaven todavía podía verlos, todavía podía apreciar el rostro entretenido de ella bajo su amplio sombrero blanco. Hacía todo lo posible por ayudar a Dick y Dick, a su propio entender, estaba sin duda teniendo su oportunidad y aprovechándola al máximo.

«De todas formas, no creo que tenga ninguna posibilidad —se dijo Lord Newhaven—. A pesar de sus modales sinceros y de su dominio de sí misma, esa mujer tiene miedo de los hombres; no de que se casen con ella por su dinero, sino del hombre en sí. Y con independencia de lo que Dick pueda no ser, es un hombre. Es la mejor oportunidad que ella va a tener nunca, de manera que es probable que no la aproveche».

Lord Newhaven regresó dando un paseo por la angosta escalera de roble negro para dirigirse a su habitación en la planta baja. Se sentó en su escritorio y sacó de su bolsillo una carta que, por lo que parecía, ya había leído antes. Ahora la leía despacio, una vez más.

«Me abrieron la última carta que me dirigiste —escribía su hermano desde la India—, o no la habías cerrado como corresponde. Como escribías sobre asuntos de negocios, quisiera que fueras más cuidadoso».

«Lo seré», se dijo Lord Newhaven, y preparó una nota breve con su caligrafía pequeña y erguida, cerró el sobre, escribió la dirección, lo lacró y salió al jardín por la puerta de baja arcada.

Dick estaba sentado a solas en el borde de piedra tallada del estanque donde antaño se aseaban los monjes y ahora llevaban vida de clausura unos peces de colores. Un momento de depresión pareció apoderarse de este personaje alegre.

—Acompáñame hasta la oficina de correos —pidió Lord New-haven.

Dick se recompuso y se plantó despacio sobre sus grandes pies.

—Todos los millonarios sois iguales —contestó—. Si poseéis una casa abarrotada de criados hasta el techo, tenéis que ir vosotros mismos a la oficina de correos para comprar un sello de un penique. Es como si tuvieras perro y ladraras tú.

—No se me antoja que yo ladre mucho —dijo Lord Newhaven.

—No, y no muerdes *con frecuencia*, pero cuando lo haces te llevas el pedazo. ¿Recuerdas a aquel tipo rubicundo de Broken Hill?

—Se lo merecía —dijo Lord Newhaven.

—Se lo merecía con creces. Pero tú le diste lo suyo, en todo caso, pobre diablo. Fuiste tan inusualmente apacible y blando al principio y dejaste pasar cosas que no deberías haber dejado pasar que, como la bestia inmunda que era, él pensó que podía jugar contigo como se hace con un perro y que nunca te volverías contra él.

—Es una costumbre que tienen los gusanos.

—Oh, deja a los gusanos; no importa si se revuelven o no. Pero las cobras no se preocupan por imitarlos hasta que los pobres novatos piensan que no tienen veneno y que pueden encantarlas con un simple movimiento. ¡Menudo salvaje descomunal era aquel tipo! ¡Le rompiste algo cuando lo derribaste! Le vi justo antes de marcharme de Adelaida. Desde entonces anduvo cojo.

—Él lo habría hecho conmigo si hubiera podido.

—Claro que lo habría hecho. Le hiciste hervir la sangre. Quería romperte el espinazo. Una vez le vi deslomar a un tipo y tampoco le llevó mucho tiempo. Lo oí crujir. Pero, para empezar, ¿por qué le permitiste llegar tan lejos antes de frenarlo? Eso es lo que nunca he podido entender de ti. Para empezar, si te comportaras de otra forma, ellos se comportarían de otro modo contigo. Sabrían que tienen que hacerlo.

—No tengo tus artes —repuso Lord Newhaven sin alterarse— para informar a un hombre cuando está descontrolándose de que, a menos que vaya en serio con alguien más, habrá pelea y se verá envuelto en ella. No estoy hecho de esa pasta.

—Funciona bien —dijo Dick—. Es una especie de forma pacífica de llevarse bien y conservar las amistades. Si hicieras saber a esos bravucones lo que deben esperar de ti, no tendrían por norma el ansia de pasarse de la raya. Pero tú nunca se lo haces saber.

—No —respondió Lord Newhaven mientras arrojaba la carta por la embocadura de latón de la pared de la cabaña, justo debajo de un escaparate con distintas clases de caramelos—. Nunca lo hago. No lo defiendo, pero...

—Pero ¿qué?

El rostro de Lord Newhaven experimentó un cambio sutil. Sus ojos se fijaron en una botella de caramelos de menta con forma de corazón y después, con la mirada franca y clara de un colegial, buscó los de Dick.

—Pero, no sé por qué, por mucho que lo intente, hasta que las cosas se ponen serias..., *no puedo*.

Dick, cuyas percepciones eran más de orden gigante que sutil, percibió en todo caso que le habían hecho una confidencia y cambió de tema.

—¿No vas a comprar unos sellos? —preguntó, plenamente consciente de que Lord Newhaven tenía sus razones para ir andando hasta la oficina de correos.

Lord Newhaven, a quien el dependiente de la oficina de correos contemplaba con afectuoso interés desde detrás del mostrador, entró, se golpeó la cabeza contra un jamón que había colgado y, a continuación, apareció con el pelo manchado de salazón y sellos por valor de un chelín en la mano.

Ese mismo día, más tarde, cuando Dick y él subían por la callejuela con la idea de echar un vistazo al páramo —pues, en realidad, aunque Middleshire está en las Midlands tiene un coto donde se cazan urogallos—, el dependiente salió a toda prisa con su mandil blanco y los abordó.

—Siento lo la carta, milor —repetía prolijo, mesándose el flequillo—. Espero la señora le dijera no podía recuperarla, pos lo habría hecho con seguridad para complacer a milor y a la señora, que lo pidió aposta. Pero el servicio correos es tan mezquino y desconfiado que no me deja la llave y, en cuanto hay algo dentro, dentro se queda.

—¡Ah! —dijo con calma Lord Newhaven—. Bien, Jones, no es su culpa. No debería haber cambiado de opinión. Supongo que la señora le hizo llegar mi mensaje de que quería recuperarla.

—Sí, milor, y vino la propia señora, ni diez minutos después custé se hubiera marchado. Pero yo no tengo más poder sobre ese recertáculo de ahí que el de un huevo sin fecundar, y esa es la cuestión. Lo dicho siempre y lo vuelvo a decir: «Quienes están a cargo la oficina de correos deberían tener la llave».

—Cuando me hagan director general de correos, la tendrás —dijo Lord Newhaven con una sonrisa—. Es la primera reforma que instauraré.

E hizo un gesto de asentimiento a aquel hombre sonriente que se disculpaba y se marchó a buen paso, con Dick a su lado, que en apariencia estaba absorto en la acción de su caballo ruano.

Pero la mente de Dick había encajado un duro golpe. Le dejó estupefacto que Lady Newhaven, «esa mujercilla alegre», la cariñosa madre de esos dos «chiquillos alegres», fuera culpable de tan deshonesto ardid.

El pobre Dick había ingresado en la vida sintiendo una veneración religiosa por las mujeres; había llevado su frágil propiedad a la vida rural en Australia, durante la cual, tras dos mandatos como edecán y muchas vicisitudes, había llevado consigo sana y salva de regreso a su tierra natal junto con un gran envío de su propio Borgoña. Estaba todavía lo bastante intacta —salvo por un par de desconchaduras— como para constituir un bonito regalo de boda para su futura esposa. Pero había sufrido un percance desde que montó el caballo ruano. Pues, por desgracia, el tipo de hombre que alberga lo que se llaman «ilusiones» con las mujeres suele ser con demasiada frecuencia el hombre cuya capacidad para discriminar matices se orienta en otras direcciones, en campos donde no se admiten zapatos de tacón.

Rachel tenía la dudosa ventaja de saber que, a pesar de la sagacidad de Dick para percibir matices en las diferencias entre los vinos de moscatel, ella y Lady Newhaven estaban clasificadas en la mente de Dick en todo caso en el mismo pedestal, como hermanas gemelas sin defecto y de idéntica belleza moral. Pero, después de este día en particular, Rachel observó que Lady Newhaven había caído sin saber cómo del pedestal y que ella, Rachel, tenía el honor de ocuparlo

en solitario.

CAPÍTULO XVI

Une grande passion malheureuse est un grand moyen de sagesse.[29]

Rachel se marchó de Londres antes de lo previsto tras convertirse en la confidente no deseada del secreto de Lady Newhaven y buscó refugio en ese amigo de todas las almas que era el obispo de South-minster. Se sentía incapaz de volver a ver a Hugh sin dejar transcurrir un intervalo de tiempo de respiro. Sabía que, si le veía mucho más, Hugh confiaría en ella y ella no rehuiría recibir una confidencia del hecho en extremo desagradable del que ya tenía conocimiento. Tal vez pretendiera también apartarse sin querer por miedo a que él se degradara ante ella contándole sólo la verdad a medias. En los oídos de Rachel se vertían a menudo confesiones tristes que conocía desde hacía años. Jamás traslucía que tuviera ya conocimiento de ellas ni corregía nunca las medias verdades que acompañan al susurro de tantas autoacusaciones. Confidencias y confesiones suelen ser un medio para evadir la justicia, constituyen la exposición de un caso ante un juez por parte del demandante sin conceder al acusado la posibilidad de personarse o apelar a un testigo. A fuerza de tan larga experiencia, que para ella hacía despacio el trabajo de la imaginación, Rachel había dejado ya de sorprenderse ante las palabras y los hechos crudos referidos de corazón por las almas generosas. Sabía o imaginaba la traición o el engaño no referidos que habían desencadenado una palabra o acto en apariencia descarnado.

No tenía sobre sus congéneres las ideas exaltadas de Hester, sino que poseía el raro don de la reticencia. Encarnaba el lema «sean amigos o enemigos, no hables de la vida de los demás». Y en el alma serena de Rachel habitaba un profundo amor y una inmensa compasión por esos mismos congéneres. Había vivido y trabajado muchos años entre aquellos cuyos cuerpos padecían hambre, mal vestían y se habían degradado. Cuando dispuso de dinero, gastó (según le dijo su abogado) sumas desproporcionadas en ese pobre cuerpo humano que andaba a trompicones entre el vicio y el hambre. Pero ahora, a lo largo del último año, cuando su enorme riqueza la arrojó de improviso a la sociedad elegante, conoció la otra cara de la vida hasta el punto de que su resistente corazón se le encogía: almas hambrientas en cuerpos exquisitamente alimentados, lujosamente vestidos y con la vida espiritual atrofiada, en espantoso contraste con las comodidades físicas y el lujo que la ahogaban. La segunda experiencia fue más difícil de soportar que la primera. Y del mismo modo que antes compartiera su pan y su queso con quienes pasaban más hambre que ella y apenas había dedicado pensamientos a quienes tenían pan de sobra, así ahora no sentía sino un interés pasajero por aquellos de entre sus nuevas camaradas que combatían con éxito el chantaje del lujo, la lepra de la mundanalidad, el egoísmo que sepulta sin remedio el alma que viste. Su corazón sufría más bien por quienes pasaban hambre espiritual, los adulados, los caídos en ese pequeño

gran mundo cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida, sino en el de Burke; ese pequeño mundo al que se llama «Sociedad».[30]

Anhelaba consolarlos, elevarlos, borrar de sus manos y su vestimenta las turbias manchas doradas de la cloaca en la que habían caído, eliminar de sus rostros las arrugas de preocupaciones mezquinas. Pero en su vida anterior fue mucho más sencillo compartir su bien ganado pan con quienes lo necesitaban que compartir ahora sus igualmente bien ganados pensamientos y suaves destellos de conocimiento espiritual, los ingredientes propios de la paz que experimentaba.

Todavía no se había recuperado por completo de la avasalladora pasión amorosa que, admitida sin miedo hacía unos cuantos años, devastó la ciudadela de su corazón, como a sangre y fuego, sumiendo sus hospitalarias moradas, sus templos y sus palacios en la desolación generalizada. De esa desolación reconstruía sin darse cuenta su ciudad, pero todavía estaba bastante demacrada y desnuda, los árboles no habían tenido tiempo de crecer en las calles y en torno a ella había una fea fortificación de piedra desfigurada y abrasada que otrora se alzaba en lo alto con un minarete y una torre y que ahora sólo servía como baluarte frente a todos los visitantes.

Si Dick hubiera tenido problemas o, más bien, si ella hubiera conocido los problemas que él había atravesado y que le habían hecho apretar con tanta fuerza su boca torcida, Rachel tal vez habría sido capaz de ofrecerle algo más valioso que el papel moneda de su amistad. Pero Dick era, a todas luces, independiente. Podía arreglárselas sin ella, mientras que Hugh le reclamaba algo. Los pensamientos de Rachel pasaban a ocuparse una y otra vez de Hugh. ¿Interpretaba él su propia conducta igual que ella? Sobre ella se cernía el temor agobiante de que no fuera así. Y, con una intensidad que por el momento descompensaba cualquier otro sentimiento, ansiaba que le confesara su pecado sin tapujos, por entero: que lo percibiera en toda su fealdad y se reconcentrara en un profundo arrepentimiento en vez de sumirse en el silencio o de iniciar una nueva senda en la vida. Habría dado su mano derecha por conseguirlo.

Y, en menor grado, simpatizaba con Lady Newhaven. Lady Newhaven era consciente de la compasión y ternura que despertaba en Rachel y la utilizaba al máximo, pero, por desgracia, la interpretó por error como admiración de su personalidad, mezclada con pesar compasivo por su corazón destrozado. Si se hubiera visto a sí misma como Rachel la veía, habría percibido, no por sí misma, sino gracias a Rachel, parte de la aversión que poco a poco destilaba en su mente sin cesar las gotas de amargura hacia su esposo. No lo habría matado. Se consideraba incapaz de cometer un acto criminal tan monstruoso. Pero si él se hallara sentado bajo las ruinas del jardín y estas temblaran ostensiblemente indicando que estaban a punto de derrumbarse, no se lo habría advertido ni su conciencia le habría reprochado nada jamás con posterioridad.

—Ojalá la señorita Gresley viniera y se quedara aquí en lugar de apartarte de mí —le dijo a Rachel en tono lastimero una mañana cuando realizó el desagradable descubrimiento de que Rachel y Hester eran amigas—. No me interesa demasiado ella, pues es de todo punto grosera y terriblemente irreverente. Pero a Edward le agrada hablar con ella. Prefiere a las personas artificiales. Me pregunto por qué no se casaría con ella. La vieja solterona de Lady Susan Gresley siempre intentó que se enamorara de ella. Ojalá dejara de dedicarse a tratar de persuadirte para que me abandones durante horas. Paso muchísimo miedo cuando me quedo sola con Edward. Vivo en el temor perpetuo a que diga algo delante de los niños o de los criados. Es cruel hasta decir basta.

—Jamás dirá nada.

—Siempre eres muy resuelta, Rachel. No ves las posibilidades y no lo conoces como yo. Es

capaz de cualquier cosa. Escribiré una nota para que se la llesves a la señorita Gresley, si es que *debes* marcharte allí hoy.

—Tengo muchas ganas de ir.

—Y después, ¿te quedarás aquí otra semana, venga ella o no?

Hubo una pausa momentánea antes de que Rachel respondiera en tono jovial.

—Me quedaré otra semana, con mucho gusto. Pero temo que Lord Newhaven se muestre reacio a aceptarme en la cena.

—¡Oh! Tú le agradas. Siempre prefiere a las personas que no sean de su familia.

Rachel se rio.

—Me halaga usted.

—Nunca halago a nadie. Tú le agradas y, además, la semana próxima viene gente a la cacería del urogallo. Supongo que el joven y corpulento Vernon se le endosará y le asediará. No es culpa mía que ande siempre detrás de ti. Edward insistió en que vinieras. Yo no quisiera tenerle aquí, haciéndome honores y rindiéndome pleitesía a *mí*.

—Él y yo salimos a montar en bicicleta juntos en Warpington. Los Gresley son primos suyos. Si hace mucho calor, esperamos a que se ponga el sol para regresar, si podemos.

—Como quieras —dijo Lady Newhaven con aspereza—. Pero te aconsejo que tengas cuidado, mi querida Rachel. Nunca parece que se te ocurra pensar que los espectadores ven las cosas a la primera, es decir, que el señor Vernon está enamorado de tu fortuna.

—Según la opinión generalizada, se trata de un apego muy encomiable —replicó Rachel, que ya estaba harta—. Lo he oído comentar con frecuencia.

Lady Newhaven la miró. No le sorprendió que su conversación tuviera el efecto de la mostaza. Veía que Rachel estaba volviéndose reticente y, por supuesto, la razón era palpable. Estaba sopesando casarse con Dick.

—Bueno, querida —dijo tendiéndose en un sofá cerca de la ventana enrejada y abriendo una novela—. No es preciso que te incomodes conmigo por tratar de salvarte de un matrimonio mercenario. Hablo sólo por el cariño que te tengo. Pero cualquier matrimonio es tan bueno como otro. Yo misma me casé por amor; no tenía ni un penique. Y, sin embargo, ya ves que mi matrimonio se ha convertido en una tragedia, una tragedia amarga, muy amarga.

Tableau. Una joven hermosa, con gesto triste, casada y vestida de blanco, reclinándose entre cojines verde pálido junto a un tiesto de claveles rosas, tratando de inducir sentimientos elevados en una soltera inexperta, pero no juvenil, vestida con una falda para montar en bicicleta. Decididamente, la imagen no resultaba halagadora para Rachel.

CAPÍTULO XVII

On s'ennuie presque toujours avec ceux qu'on ennue.[31]

Hester no erró una segunda ocasión en advertir a los Gresley de la llegada de invitados. Lo mencionó con tiempo para que se pudieran hacer bizcochos y el señor Gresley señaló con gentileza su intención de regresar pronto de las visitas parroquiales de la tarde, cuando se esperaba que llegaran Dick y Rachel, mientras que la señora Gresley proclamó que la ocasión era propicia para invitar a tomar el té a los Pratt.

—A la señorita West le gustará conocerlos —subrayó a Hester, que se quedó boquiabierta al oír el nombre de los Pratt—. Y es muy probable que, si les resulta de su agrado, le pidan que se aloje en Towers mientras esté en la comarca. Si el capitán está en casa, le pediré también que venga. Los Pratt son siempre muy agradables y hospitalarios.

Hester se sintió desconcertada de inmediato ante la magnitud de los afanes sociales que la llegada de Rachel parecía concitar. Pero, por una vez, tuvo la presencia de ánimo suficiente para no mostrar su desaliento y ayudó a la señora Gresley a cambiar los protectores de lana de sofás y sillones, bordados con gatos descoloridos, saltarines y juguetones, por los mejores, otros de seda de tursor.

La tarde todavía era joven cuando concluyeron todos los preparativos y la señora Gresley subió para cambiarse de ropa mientras Hester se hacía cargo de los niños, pues Fräulein había dispuesto con mucha antelación tocar música esa tarde concreta con el médico y la señorita Brown. Y era muy buena música la que escapaba por las ventanas abiertas de la casa de ladrillo rojo del médico, enfrente de la casa de Abel. Hester podía oírla desde el fondo del jardín, cerca del muro del cementerio parroquial, y allí llevó a los niños donde, bajo el sicomoro, rodeado por un banco, las muñecas tomaron el té. Hester se había provisto de un terrón de azúcar y una galleta, con los que prepararon muchos platos que quedaron dispuestos sobre un pañuelo limpio extendido sobre la hierba. Regie llevó a cabo los preparativos haciendo de mayordomo con una precisión solemne y, aunque Mary, que había heredado el sentido del humor paterno, consideró adecuado retirar el pañuelo y descomponerlo todo, vio que «tía Hester» recibía con tanta frialdad aquella ocurrencia, pese a que le explicó que su padre siempre lo hacía, que de inmediato se amoldó al gusto de sus acompañantes y contribuyó a reparar el desastre.

Hacía mucho calor. Todos los muñecos, desde el anodino guardiamarina hasta la colosal belleza profesional sentada en su propio y carísimo cochecito de bebé (regalo de la señora Pratt), sentían el calor y lo reflejaban en sus rostros humedecidos. La única personita que estaba fresca era una niñita china desnuda en su bañera de zinc, propiedad de Stella, cuya determinación para

comprender hechos esenciales y penetrar en la raíz de las cuestiones adoptó en ese momento la forma de desarmar o chupar todo lo que se pudiera desarmar o chupar de los objetos de interés. Cuando Hester, que se había presentado con el bebé flotando en la bañera, observaba a Stella desmenuzando a conciencia todas las costuras de los compartimentos de serrín de una muñeca muy bien vestida, se preguntaba a veces lo que el señor Gresley pensaría de su hija cuando dirigiera su atención hacia la teología.

Todos estaban sentados formando un círculo apretado en torno al pañuelo. Regie contemplaba a Hester preparar una nueva remesa de platos cortando con sus pequeñas tijeras doradas unas hojas planas, mientras Mary y Stella trataban alternativamente de lamer un grano de azúcar inaccesible en el fondo de la vaina de una bellota.

Rachel y Dick aparecieron con sus sigilosas ruedas y estuvieron observándolos por encima del muro antes de que Hester tuviera conciencia de su presencia.

—¿Podemos sumarnos al té? —preguntó Rachel, y Hester se sobresaltó.

—Me temo que la cancela está cerrada —dijo—. Pero quizá podáis saltarla.

—No podemos dejar las bicicletas fuera, en todo caso —contestó Dick, y echó un vistazo detenido a la pesada puerta cerrada con candado.

A continuación, la sacó con cuidado de las bisagras, introdujo las bicicletas y volvió a colocar la cancela en su sitio.

Rachel lo miró.

—¿Siempre haces lo que quieres? —no pudo evitar preguntar.

—Ahorra problemas —respondió—. Sobre todo cuando nadie puede ser un estúpido tan de primera categoría como para pensar que un candado va a mantener cerrada una puerta. Cualquiera esperaría que la abrieran.

—Pero padre dijo que ya nadie podía entrar por ahí —explicó Regie, quien había contemplado boquiabierto el izado de la puerta—. Padre dijo que no se podía abrir nunca más. Se lo dijo a madre.

—¿Sí, hijo? —respondió Dick mientras besaba a todo el mundo, empezando por Hester y terminando por los muñecos.

A continuación, todos se sentaron a tomar el té y participaron por extenso de las exquisiteces y, después del té, Dick preguntó solemnemente a los niños si habían visto el medio penique volador que había traído desde Australia. Los niños se arremolinaron alrededor de él y se extrajo el medio penique, que corrió de mano en mano. Todos los niños lo tocaron y a todos les pareció que era de verdad. Tía Hester y tía Rachel lo examinaron. Se pidió a *Boulou* que lo olfateara. Y, después, fue depositado sobre la hierba y sobre la moneda se extendió el pañuelo que había cumplido con su misión como mantel.

Las evoluciones del medio penique eran tan extraordinarias que hasta Rachel y Hester manifestaron asombro. En una ocasión apareció en la mano de Rachel, en la que otra mano grande lo había depositado con cuidado. Pero nunca se lo hallaba dos veces en el mismo lugar, aunque todos los niños se apresuraban a buscarlo con fervor allá donde se lo hubiera visto por última vez.

En otra ocasión, tras una larga búsqueda, se descubrió que la muñeca de la bañera estaba sentada sobre él y, una vez que voló hasta la espalda de Regie, y en medio de la excitación desaforada de los niños, su frío descenso fue descrito por él con una minuciosidad penetrante hasta el momento en que apareció cayendo por sobre su calcetín, a la altura de la rodilla.

—Haz que vuele también bajando por mi espalda, tío Dick —gritó Mary—. Regie, dámelo.

Pero Regie bailó en círculo en torno a Dick sosteniendo en lo alto el medio penique prodigioso.

—Hazlo bajar volando por mi garganta —gritó, demasiado excitado para saber lo que estaba haciendo, y se metió el medio penique en la boca.

—Saca eso de ahí inmediatamente —espetó Dick sin moverse.

Hubo una pausa de un instante, en la que la sangre abandonó de súbito el corazón de las dos mujeres.

—No puedo —dijo Regie—. Me lo he tragado.

Y empezó a gimotear y, a continuación, de pronto, a revolcarse llorando sobre la hierba.

Dick se abalanzó sobre él como una pantera, lo alzó por los pies, cabeza abajo, y lo agitó con violencia.

Resultaba espantoso ver el rostro del niño.

Hester ocultó la cara entre las manos. Rachel se levantó y se acercó a Dick.

—Creo que esas sacudidas son excesivas —dijo mientras observaba con atención la pobre cara amoratada.

—Me veo obligado a continuar —insistió Dick con vehemencia—. ¿Se mueve, Regie?

—Está bajando —gritó Regie de repente.

—Eso no es —dijo Dick, que volvió a agitar al niño hasta que el medio penique salió volando y cayó en la hierba—. ¡Gracias a Dios! —exclamó entonces, antes de dejar al niño jadeando sobre el regazo de Hester y alejarse.

Unos minutos más tarde, Regie se reía y hablaba y se sentía como un héroe. Enseguida se bajó de las rodillas de Hester y corrió hacia Dick, que estaba tendido en la hierba a unos pocos pasos, con la cara oculta entre las manos.

—Haz volar otra vez el medio penique, tío Dick —gritaban todos los niños mientras tiraban de él.

Dick levantó el rostro ceniciento un instante y dijo con voz grave:

—Llévatelos.

Hester reunió a los niños y los metió de nuevo en la casa por la puerta de la cocina.

—No digas que hemos llegado —le susurró Rachel—. Entraré con él enseguida.

Y se sentó cerca del viticultor, que estaba postrado bocabajo. El presidente de la Asociación de Viticultores del Australia Meridional parecía muy grande cuando estaba tendido.

Se sentó al instante. Tenía el rostro demacrado y ojeroso, pero recibió la severa mirada de simpatía callada de Rachel con una sonrisa forzada y torcida.

—Es un tipejo alegre —dijo guiñando los ojos de halcón.

—No ha sido culpa tuya.

—Eso no habría mejorado la situación para sus padres —dijo Dick—. He tenido tiempo de pensarlo mientras me dedicaba a sacudir ese monederito. Además, en cierto modo, ha sido culpa mía. Jamás volveré a jugar con los niños de otros. Son demasiado frágiles. Me he librado por poco unas cuantas veces en el río Fly y en las islas del Mar del Sur, pero nunca por tan poco como en esta ocasión, en este jardincito florido de vicaría con una iglesia asomándose por el muro.

Hester volvió la vista hacia ellos para mirarlos.

—No se lo digas a James ni a su esposa —le pidió a Dick—. Tiene que intervenir esta noche en una reunión contra el consumo de alcohol. Se lo diré cuando haya terminado la reunión.

—Sí, está bien —dijo Dick—, pues sé que, si James me sermoneara sin parar, tendría que actuar siguiendo el lema de que es más dichoso dar que recibir.

—¿En ese sentido?

—En todos los sentidos —dijo Dick—. De palabra o con los puños. No importa cómo siempre que des más de lo que recibes. Y el lema es de todo punto correcto. *Es* una bendición, pues lo he probado una y otra vez y me ha parecido cierto en todas las ocasiones. Pero no quisiera probarlo con James si sigue comportándose como cuando era coadjutor.

—No ha cambiado mucho —añadió Hester.

—Es de ese tipo de hombres que no cambian demasiado —dijo Dick—. Espero que a Dios Todopoderoso le guste tal como es.

Mientras tanto, el señor y la señora Gresley recibían en el salón a la señora Pratt y a las dos señoritas Pratt. Selina y Ada Pratt eran delicadas jóvenes bien parecidas con la boca alargada que llevaban su elegante sombrero marinerino inclinado hacia atrás para mostrar su tupido flequillo y cuyas cadenas de manguitos con juguetones colgantes en forma de corazón, blusas de seda, cinturones de lentejuelas y botas marrones representaban para la señora Gresley la más alta cima del mundo de la moda.

Selina era la más popular, susceptible de proferir sonoras carcajadas ante la menor ocurrencia y siempre dispuesta para ese tipo de entretenimiento denominado «intimidación» y «oportunismo». Pero Ada era la más admirada. Pertenece a esa especie que entre el personal de los hoteles y en las pequeñas ciudades rurales se califica siempre de «majestuosa». Ella «mantenía a los hombres a distancia». Ella «nunca les permitía tomarse libertades», etcétera, etcétera. Llevaba la frente bien alta y los codos desplegados, y la sección de la sociedad de Middleshire en la que resplandecía la consideraba muy distinguida. A la señora Pratt le contaban con frecuencia que su hija parecía una duquesa, y este facsímil de la aristocracia, o mejor dicho de los rasgos más inquietantes de sus miembros más recientes, tenía una forma tremendamente admirada de repantigarse con las piernas cruzadas en el carruaje paterno de dos caballos. «Parece como si hubiera nacido para ello», señalaba el señor Pratt a su esposa.

Cuando se vio a dos figuras esbeltas atravesando la pradera, con Hester entre ambas, la señora Gresley empezó a temer que el resto de sus invitados no acudiera.

El señor Gresley salió para recibirlos y el aire estival trasladó al salón los estallidos de bienvenida y sorpresa.

—Pero estaba cerrada con candado. Yo mismo la cerré.

Respuesta inaudible.

—Con candado. Sólo se abre con una palabra mágica. La llave está en la cadena de mi reloj.

—¡Los goznes! ¡Ja, ja, ja! Muy bien, Dick. Bonita historia. Veo que eres el mismo de siempre. Historias de viajeros. Pero no es tan fácil tomarnos el pelo, ¿verdad, Hester?

En lo que se refería a los Pratt, la señora Gresley tenía sin duda el don de la profecía. La señora Pratt experimentó como convenía la esperada «complacencia» por Rachel y le insistió en que, mientras estuviera en la comarca, se alojara en «The Towers» y entablara más relación con sus «jóvenes damas».

—Ada es muy puntillosa —señaló lanzando una sonrisa hacia ese ser individual que conversaba con Dick—. No traba amistad con todo el mundo y me reprende —(decía con orgullo maternal)— cuando pido a gente con la que ella no congenia que se quede en nuestra casa. Dice que por aquí hay muy mala suerte y que la mayoría de las damas jóvenes son tan maleducadas y hueras que no le interesa trabar amistad con ellas. No sé de dónde saca todos esos conocimientos. Estoy segura de que no es de su madre. Ada, ven y habla un poco con la señorita West.

Ada se levantó con el aire de quien concede un favor y Rachel le dejó sitio en el sofá mientras la señora Pratt se apretaba tras la mesa de té con la señora Gresley.

La conversación pasó a versar sobre las bicicletas.

—Yo monto en bicicleta en el campo cada dos por tres —dijo Ada—, pero no lo he hecho mucho últimamente. Acabamos de venir de la ciudad y, *por supuesto*, en Londres nunca monto en bicicleta.

Rachel acababa de decir que ella sí.

—Tal vez te ponga nerviosa el tráfico —sugirió Rachel.

—Oh, no tengo ningún miedo al tráfico, pero es una vulgaridad montar en bicicleta en Londres.

—Eso, por supuesto, depende de cómo se haga —contestó Rachel—, pero estoy segura de que en tu caso no tienes por qué preocuparte.

Ada miró a Rachel y no contestó.

Cuando se marcharon los Pratt, dijo a su madre:

—Bueno, puedes quedarte con tu Rachel West si quieres, pero si lo haces yo me marchó. No es más que una Birmingham y, aun así, es engreída al máximo.

Los Pratt eran más de «Liverpool».[32]

—Bueno, cielo —dijo la señora Pratt con un orgullo natural—. Es bien sabido que nadie es lo bastante bueno para ti. Pero yo me encariñé con la señorita West, huérfana y todo, con todo ese dinero, pobre.

—No tiene el menor estilo —añadió Selina—, pero tiene una cara bonita y viene a alojarse con Sibbie Loftus la semana próxima, cuando deje a Vi Newhaven. Tal vez sea una Birmingham, Ada, pero con la gente del condado es igual de sofocante que con nosotras.

—No me enteré bien —intervino la señora Pratt con tono reflexivo— si ese caballero alto, el señor Vernon, va detrás de la señorita West o de Hessie Gresley.

—¡Ay! ¡Mamá! Siempre estás pensando en quién va detrás de quién —dijo con impaciencia Ada, cuya alta alcurnia obligaba a ser bastante autoritaria con su sencilla madre—. El señor Vernon es un indigente y Hessie también. Y, además, Hessie no es el tipo de chica con la que alguien querría casarse.

—Bueno, no estoy tan segura —replicó Selina—. Pero si hubiera tenido la menor oportunidad, sé que me lo habría dicho, porque yo le conté todo acerca del capitán Cobbett y el señor Baxter.

CAPÍTULO XVIII

Le monde est plein de gens qui ne sont pas plus sages.

LA FONTAINE[33]

Si, tras la marcha de los Pratt, Rachel esperaba poder cambiar unas palabras con Hester, estaba condenada a la decepción. El señor Gresley tomó asiento en el sofá junto a Rachel en el lugar que Ada Pratt había dejado vacante y, al cabo de unos cuantos comentarios amables y elogiosos sobre el obispo de Southminster y las responsabilidades de los ricos, orientó la conversación hacia las deterioradas rutinas de Warpington.

Rachel demostró ser una oyente atenta y, una vez que el señor Gresley la hubo provisto por extenso de sustanciosos detalles acerca de la labor parroquial, prosiguió diciendo:

—Esta noche celebro en el salón parroquial un acto contra los excesos del alcohol. Señorita West, me gustaría poder convencerla de que se quedara para asistir y, así, recabar sus simpatías para un asunto de vital importancia.

—Están ya recabadas desde hace diez años —respondió Rachel, que todavía no estaba acostumbrada a la invariable presuposición por parte del señor Gresley de que nadie se interesaba por la más obvia de las buenas labores hasta que él la había expuesto y encabezado—. Pero me quedaré con mucho gusto —añadió.

Dick, que empezaba a sentirse un tanto intranquilo por las indagaciones de la señora Gresley sobre los Newhaven, se mostró de repente interesado por la reunión sobre la moderación en el consumo de alcohol.

—He visto a más de un buen amigo echarse a perder con la bebida en las colonias, lo que es una lástima —subrayó Dick—. Creo que yo también asistiré, James. Y si desea oír unas pocas palabras claras, puede invitarme a hablar.

—Lo haré —dijo el señor Gresley, muy satisfecho—. Siempre insisto en animar a los seculares a expresarse, al menos a quienes de entre ellos están plenamente imbuidos de las enseñanzas de la Iglesia. Escuchar a ambas partes, es lo que siempre digo. El obispo no deja de exigir a sus clérigos que se esfuercen por extraer la opinión de los seculares. Esta noche ocupará la presidencia el señor Pratt, un secolar.

La reunión contra los excesos del alcohol iba a celebrarse a las siete en punto y, con seguridad, Rachel se sintió predispuesta a asistir al acto por la esperanza de disfrutar de media hora de tranquilidad con Hester en su habitación. En todo caso, la obtuvo.

Cuando se quedaron solas, Rachel sacó la nota de Lady Newhaven.

«Ven a Westhope —le decía—. Mientras estés bajo ese techo, parece casi imposible verte, a menos que estemos cerca de él. —Y tocó con la mano el techo inclinado—. Y, sin embargo, fui a Westhope y voy a ir a Wilderleigh, en parte, para estar cerca de ti».

Hester sacudió la cabeza.

—El libro está casi acabado —informó. La luz tenue que entraba por la ventana de la buhardilla incidía de lado sobre su escueto semblante, con los labios muy apretados.

Un espíritu indómito, inmortal, buscaba escapar un instante por los ojos grises de Hester. El espíritu era a todas luces voluntarioso, pero la carne se debilitaba día a día.

—Cuando esté terminado —prosiguió—, iré a todas partes y haré lo que quiera, pero lo que debo hacer hasta que esté acabado es permanecer aquí. Además, no soy apta para la sociedad en este momento. Estoy enmohecida. ¿Recuerdas cómo se reía aquella horrenda Lady Carbury ante las hijas de los hacendados del condado porque eran unas provincianas? He descendido un peldaño más que el de ser provinciana, me he vuelto pueblerina.

Se oyó un golpe en la puerta y por la abertura apareció el rostro cantarín y apacible de Fräulein.

—Temo molestarlas —dijo—, pero Regie dice que no puede irse a dormir hasta que la vea.

Hester presentó a Fräulein a Rachel y bajó con sigilo la escalera hasta la habitación de los niños.

Mary y Stella ya estaban dormidas en sus cunas de altos barrotes. La persiana estaba bajada y Hester sólo podía adivinar la figura blanca de Regie sentada y con el pijama puesto. Se sentó en el borde de la cama y lo tomó en sus brazos.

—¿Qué sucede, tesoro?

—Tía Hester, ¿he sido malo con lo del medio penique volador?

—No, cariño. ¿Por qué?

—Porque madre siempre dice que no me meta peniques en la boca y nunca lo he hecho hasta hoy. Y ahora Mary dice que he sido muy malo.

—No importa lo que diga Mary —replicó Hester dirigiendo una mirada fulminante al ángel durmiente de la cuna contigua, que sólo de día era Mary—. Pero no debes volver a hacerlo nunca y le contarás todo a tu madre mañana.

—Sí —musitó Regie—, pero, pero...

—Pero ¿qué?

—Tío Dick dijo que era medio penique volador y tú también lo dijiste, y esa otra tía nuestra también. Y pensé que no pasaba nada por meterse en la boca medio penique volador, sólo los normales.

Hester comprendió el escollo en la mentalidad de Regie.

—Cuando lo tenía dentro, parecía normal —murmuró Regie con aire dubitativo— y, sin embargo, tú y tío Dick dijisteis que era medio penique volador.

Los ojos grandes de Regie se volvieron hacia ella con una interrogación solemne. Es en crisis como esta cuando nuestros ideales se ven cuestionados.

Regie siempre consideró que Hester era la encarnación misma del honor, ese misterioso honor que estaba empezando a asimilar de forma vaga a través de la lealtad que ella sentía por él y que, en su mente, le pertenecía tan en exclusiva a ella como el pequeño dormitorio bajo el tejado.

—Regie —respondió Hester con vacilación al ver que, sin querer, había colocado un

obstáculo ante aquellos piecitos blancos que tanto adoraba—, cuando jugábamos a tomar el té con las muñecas y tú eras el mayordomo, yo no entendí que tú fueras realmente un mayordomo, ¿no? Yo sabía, y tú también, y todos sabíamos, que todo el tiempo eras Regie.

—Sí...

—Era un juego. Y así, cuando el tío Dick nos encontró jugando a tomar el té con las muñecas, él propuso otro juego con medio penique volador.

—Entonces, después de todo, era medio penique normal —dijo Regie con un suspiro profundo.

—Sí, era medio penique normal, sólo que el juego consistía en que podía volar, igual que el otro juego consistía en que las vainas de las bellotas eran tazas de té de verdad. Así que el tío Dick y todos nosotros no estábamos diciendo nada que no fuera cierto. Todos estábamos jugando. ¿Entiendes, ratoncito?

—Sí —respondió Regie con otro suspiro abultado.

Y Hester reparó con gratitud en que fue el medio penique y no ella lo que había caído de su pedestal.

—Ahora entiendo, pero cuando dijo «¡abracadabra!» y salió volando, creí verlo volar. Mary dijo que ella también. Y supongo que lo de la puerta también era otro juego.

Acostó a Regie y lo tapó.

—Y tú ahora te vas a dormir. Y yo pediré a tío Dick, la próxima vez que venga, que nos muestre cómo hizo el juego del medio penique.

—Sí —dijo Regie, decepcionado—. Preferiría saber lo que hay que saber. Sólo *pensé* que era medio penique volador. Buenas noches, tía Hester.

Se quedó a su lado unos minutos hasta que la respiración regular le indicó que estaba dormido y, a continuación, regresó de puntillas a su habitación. Cuando salía del dormitorio de los niños, sonó el timbre de la puerta. Había llegado la delegación de Liverpool para la reunión contra el alcohol. Se oyó la voz de bienvenida del señor Gresley diciendo que sólo faltaban diez minutos para las siete.

En consecuencia, unos minutos antes de esa hora, el señor Gresley y su comitiva entraron en el salón parroquial. Estaba abarrotado. Los bancos traseros estaban llenos de un gran contingente de jóvenes, cuya expresión mitad avergonzada, mitad hosca hacía pensar que su presencia allí se debía a las presiones recibidas. Sería difícil explicar por qué los parroquianos habían acudido en semejante número. Tal vez, hasta una reunión contra el alcohol representara un cambio en la tediosa monotonía de la vida rural de Warmington. Muchos de los rostros llevaban impreso el sello de esa monotonía, pensó Rachel mientras rechazaba el destacado banco delantero al que le señalaba la señora Gresley y se sentaba cerca de la puerta con Hester.

Dick, que había estado terminándose un cigarrillo fuera, entró un instante después y se detuvo en mitad del paso, ocupándolo completamente, mientras recorría con la mirada la concurrencia y, como bien sabía Rachel, la buscaba. La vio enseguida, encerrada cuatro o cinco asientos más adentro, al otro lado de los últimos recién llegados. Había un espacio libre entre ella y la pared, pero parecía inaccesible. Haciendo caso omiso de las inquietas autoridades eclesiásticas, que le hacían señas para que avanzara, Dick desapareció entre los jóvenes de la parte trasera y Rachel no volvió a pensar en él hasta que un gran zapato Oxford descendió despacio, como salido de la nada, sobre el asiento vacío que había junto a ella y Dick, que había convencido a los jóvenes de

que le permitieran apoyar el pie en sus asientos y había pasado por encima de los altos respaldos de varios «formularios escolares», se sentó al lado de ella.

Todo se hizo con pulcritud y Rachel no pudo evitar sonreír. Pero asaltó su mente la idea de que Dick era ese tipo de hombre que, de uno u otro modo, triunfaría allá donde se propusiera triunfar y se casaría con la mujer que se propusiera casarse. No cabía la menor duda de que ella era esa mujer y, mientras él se sentaba tranquilamente a su lado, ella deseó con un estremecimiento de nerviosismo que su elección hubiera recaído sobre otra persona.

La reunión dio comienzo con una ferviente oración en tono nasal pronunciada por un archidícono vecino. Nadie podía arrodillarse salvo las personalidades de la tarima, pero todo el mundo pretendió hacerlo. El señor Pratt, que ocupaba la presidencia, presentó a continuación al orador principal. El rostro del señor Pratt, muy estrecho en la frente, se ensanchaba ligeramente en la zona de los ojos y alcanzaba su máxima anchura cuando llegaba a las comisuras de la boca y, finalmente, se dividía en dos largos bigotes abigarrados. En estas ocasiones adoptaba un aire de solemnidad pontifical hacia sus «humildes hermanos», admirablemente adecuado para quien, después de haber lidiado muchos años con una patente de petróleo, es consciente de que ha prosperado en la «familia del condado».

Los parroquianos de Warpington lo escucharon inmóviles.

Después intervino la delegación procedente de Liverpool, un hombre delgado y con aspecto de asceta de muchos huesos y poca ropa, que habló contra el alcohol, en todas sus variedades, con la ira reconcentrada de un fanático. Dick, que hasta el momento se había interesado más por los guantes de Rachel, que se le habían caído y él recogió amablemente, que por el desarrollo del acto, se incorporó y fijó sus ojos acerados en el orador.

Un movimiento de inquietud en el público siguió al discurso, que fue sonoramente aplaudido por el señor Gresley y los Pratt.

Entonces, subió a la tarima el señor Gresley.

El señor Gresley tenía una enorme ventaja como orador en la tarima y como predicador en los púlpitos gemelos de la iglesia y el hogar debido a su convicción de que había penetrado en el núcleo de cualquier tema que se discutiera y era capaz de emitir sobre él un juicio concluyente. Tenía por costumbre abordar todos los temas mediante la afirmación preliminar de que «lo había desmenuzado». Ese desmenuzamiento había sido tan concienzudo que apenas había un tema, ni siquiera de la descripción más complicada, que él fuera incapaz de despachar con unas pocas palabras significativas. «¡La evolución! ¡Ja! ¡Ja! Descendientes de un mono. Yo, por lo menos, no me lo creo». Al mismo tiempo, los derechos de las mujeres recibían un golpe mortal mediante una alusión jocosa a la posibilidad de que las mujeres guiaran un arado mientras el hombre se sentaba junto al hogar y mecía una cuna.

Con la misma noble simplicidad trataba de resolver el espinoso y complejo tema de la moderación con la bebida, expresión con la que se refería a la abstinencia absoluta de alcohol. Informó a sus oyentes «con el tono intolerante de un casado abstemio» de que él había llegado a la raíz de la cuestión —las raíces se encontraban, al parecer, en la superficie— y de que no servía de nada llamar negro a lo blanco y blanco a lo negro. Por su parte, él no era partidario de confundir lo negro y lo blanco, como algunas personas tibias propugnaban hasta convertir todo en una masa gris y sucia. No; o la bebida estaba bien o estaba mal. Si no estaba mal emborracharse, él no sabía qué estaba mal. Él no era un hombre de medias tintas. El alcohol era un siervo del diablo y corromperse con él era corromperse con el mal en sí mismo; ni tocarlo ni probarlo ni

olerlo. Por lo que a él se refería, jamás se alinearía con el diablo.

Una vez concedido el tiempo para que se comprendiera esta elevada manifestación, el señor Gresley miró a su alrededor, al mar de rostros estólidos y hoscos, y concluyó diciendo que el presidente cedería la palabra ahora a su primo, el señor Vernon, para que les hablara de los impresionantes males de que él mismo había sido testigo en Australia como consecuencia de la bebida.

Dick no estaba aquejado de timidez. Se desencajó de su asiento con la ayuda de los jóvenes y, muy despacio, ascendió a la tarima. Parecía de una talla demasiado grande para ella y para los demás oradores, y el traje amplio de tweed y los calcetines grises y rojizos representaban un contraste tan marcado con los trajes negros abotonados hasta el cuello de los demás ocupantes como su rostro rotundo y entusiasta y sus musculosas manos con las de los oradores anteriores.

—Eso es un hombre —dijo una voz masculina detrás de Rachel—. Apuesto lo que quieras a que no lo criaron con agua de acequia.

—Señor presidente, damas y caballeros —comenzó Dick—, sólo tienen que escucharme medio minuto para averiguar sin que yo se lo diga que la Naturaleza no hizo de mí un gran orador. No soy ningún gran parlanchín. Soy un trabajador —un reconocimiento por el que el señor Pratt habría preferido arder en su propio petróleo antes que haberlo hecho—, en los últimos siete años he trabajado doce horas diarias y he acabado por creer más en lo que un hombre obtiene con sus propias manos que en los sentimientos que es capaz de exponer entre resuellos después de una comida abundante. Pero el señor Gresley me ha pedido que les diga lo que sé acerca de la bebida, pues he visto innumerables muestras de ello en Australia.

A continuación, con una sublime desconsideración por la gramática y una sinceridad que se acrecentaba a medida que avanzaba, Dick pasó a extenderse sobre los efectos malignos de la bebida tal como él los había presenciado. Expuso que había visto emborracharse con «analgésicos» a hombres que no podían proveerse de bebidas espirituosas; que había visto a ganaderos jóvenes y fuertes, que no habían probado las bebidas espirituosas durante meses, bajar desde las montañas con cien libras en el bolsillo y bebérselas en tan sólo dos semanas hasta convertirse en ancianos «temblorosos» en la ciudad más próxima, donde permanecían borrachos a base de licores adulterados hasta que sus bien ganados sueldos habían desaparecido.

Toda la sala escuchaba sumida en un silencio sepulcral. Nadie cruzaba siquiera los pies. El señor Gresley contemplaba con aire de superioridad la espléndida figura y la gran mano extendida de Dick, con el dedo corazón torcido que se había descoyuntado por error en el despoblado paisaje australiano y que él mismo había vuelto a colocar en su sitio. Entonces, el joven vicario miró al público sonriendo y con la sensación de que ciertamente había recabado una «opinión seglar» de la mejor especie.

—Ahora bien, ¿cuáles son las causas de todas estas cosas terribles? —prosiguió Dick—. Me dirijo a los hombres de aquí, no a las mujeres. ¿Cuáles son las causas de toda esta pobreza, vicio, destrezas venidas a menos, miradas lánguidas y manos temblorosas por encima de esos elevados salarios? Les diré que provienen de dos cosas, y que la una es tan mala como la otra. Una es beber demasiado y la otra es beber al-cohol malo. Todo hombre que se precie —dijo Dick apoyando su largo dedo torcido en el centro de la palma de la otra mano— debe saber cuándo ha bebido suficiente. Algunos toleran más, otros menos.

El señor Gresley se sobresaltó e hizo señas a Dick, pero Dick no lo vio.

—El alcohol de mala calidad está en la raíz de la mitad de la embriaguez que conozco.

Supongo que no habrá aquí esta noche muchos taberneros, pues esta reunión no va mucho con ellos y, si los hay, no pueden haber venido esperando recibir cumplidos. Pero si ustedes, amigos, piensan que en las tabernas de estos pagos les dan alcohol de calidad, les digo que están absolutamente equivocados.

—¡Sí, señor! ¡Eso es! —gritaron varias voces.

—En el curso de la última semana he estado en la mayoría de las tabernas de Southminster, Westhope y Warpington, donde he visto los mejunjes que venden y por mi alma les digo, caballeros, que si me estableciera en Warpington, me volvería, me volvería... —Dick vaciló mientras buscaba un símil lo bastante contundente—, me volvería abstemio hasta que me marchara de aquí, antes que tragarme el veneno de serpiente que les sirven.

Hubo una carcajada general, en medio de la cual el señor Gresley, cuyo aspecto se había vuelto más severo, se puso de pie como un resorte y se desvivió por llamar la atención de Dick, pero Dick no veía nada más que su público. El señor Gresley empezó a hablar con voz aguda y cantarina.

—Mi joven amigo —dijo—, ha confundido usted el objeto de esta reunión. En resumen, debo...

—En absoluto —interrumpió Dick—, en absoluto; pero si la gente ya se ha cansado de escucharme, ocuparé su silla mientras usted hace otra intervención.

En un instante, la sala estalló en un clamor.

Se oían gritos de «no, no», «continúe», «déjele hablar».

En el tumulto, la voz del señor Gresley en lugar de ser solista se convirtió tan sólo en un instrumento más de una orquesta, si bien era el trombón.

—Pero coincido plenamente con los caballeros que han hablado antes que yo —prosiguió Dick una vez restablecida la paz—. La abstinencia total está muy por debajo de la moderación con la bebida, pero en todo momento es mejor que la ebriedad. Y si un hombre no puede pasar sin tres sorbos, que prometa no probar el alcohol. Hay aquí esta noche uno o dos que sería mejor que lo hicieran. Pero, a mi juicio, la abstinencia total es como una cama de agua. Es buena para un hombre enfermo y es buena para un hombre con la voluntad débil, que es otro tipo de enfermedad. Pero para quienes están sanos lo mejor es la moderación. Hay un texto en la Biblia que dice que la producción de vino alegra el corazón del hombre. Es un buen texto del que partir. Muchas veces los textos son como bolsas, y el hombre mete en ellas toda su basura y espera que alguien lo recoja todo. Hay hombres que deberían saberlo bien y que, en realidad, eluden ese texto diciendo que la Biblia se refiere al licor sin fermentar. —El señor Gresley se puso colorado—. ¿Es así? Entonces, ¿qué hay del otro lugar donde se nos habla de que el vino nuevo revienta los pellejos viejos? ¿Qué es lo que los hace reventar? La fermentación, claro está, como sabe hasta el más tonto de cualquier pueblo. No, yo entiendo que cuando la Biblia dice vino se refiere a vino. El vino es una bebida fermentada; ¿y qué es una bebida no fermentada? Nada más que «un refresco».

Dick pronunció la última palabra con un profundo desprecio, lo que fue recibido con un aplauso entusiasta.

—Mis últimas palabras para ustedes, caballeros —prosiguió Dick—, son para que recuerden dos asuntos: en primer lugar, busquen un tabernero honesto, si es que existe semejante cosa, que compre sólo el mejor alcohol a los mejores proveedores y no que esté obligado por las fábricas de cerveza a vender cualquier mejunje que le envíen. Únanse y pónganselo difícil a los taberneros esclavos. Échenlos, aun cuando sea el mayordomo del hacendado.

El señor Pratt tenía un aspecto furibundo.

—Y el segundo punto es el siguiente: recuerden que unos hombres tienen cabeza y otros no. No tiene sentido que un cojo participe en una carrera de obstáculos. Un hombre fuerte puede atizarse un lingotazo (si lo toma con la comida) y le hará bien, mientras que un hombre débil no podrá ni sostener el sombrero cuando se le pase la primera sonrisa.

A ello siguió una tormenta de aplausos, que tal vez fueran más sentidos en virtud del iracundo gesto del señor Gresley. Dick fue aplaudido sin cesar mientras descendía de la tarima y, despacio, abandonaba la sala palpándose los bolsillos para buscar su petaca de tabaco. Una cuadrilla de hombres jóvenes salió disparada tras él y otros lo siguieron en grupos de dos y de tres, de modo que quedó relativamente ahogada la meliflua voz del señor Pratt, quien, desatendiendo su posición de presidente, se puso de pie entonces para verter sobre las turbulentas aguas petróleo, ese del que sólo en cierto modo había tenido siempre suministro abundante. El señor Pratt encontró cierta dificultad para interrumpir a un miembro de una familia del condado que, con el ojo de la fe, había percibido con claridad que era Dick y, al mismo tiempo, un huésped de «los Newhaven». En los escasos momentos de su trato con los Newhaven, los Pratt experimentaron parte de ese temor sublime, de ese arrebato sumiso que otros experimentan en las catedrales. El señor Pratt también experimentó un placer momentáneo con la derrota del señor Gresley, que no tuvo con él la deferencia que consideraba que se le debía a su persona y su «presidencia». El señor Pratt siempre esperaba que el vicario, en razón de su menor renta, adoptara la actitud de una especie de primer criado del hacendado; y había visto tantos casos de este afortunado estado de cosas que estaba molesto a perpetuidad por la actitud «independiente» del señor Gresley; mientras que el señor Gresley estaba igualmente irritado por «el ansia de control clerical» y el ejercicio de pastoreo que el señor Pratt, su cordero más grande y más lanudo, demostraba con demasiada frecuencia.

Cuando el presidente expresó con benevolencia su aprobación de ambos puntos de vista y suavizó los perfiles de ambos para congregarlos, la atención del público deambuló hasta ocuparse de las carcajadas y los vítores ocasionales procedentes del patio. Y cuando, unos minutos más tarde, Rachel apareció con el torrente de gente, vio a Dick de pie, bajo el solitario farol, dirigiéndose en tono serio a una pequeña multitud de hombres y jóvenes. Las carcajadas habían cesado. El aspecto alicaído de todos hablaba por sí solo.

—Bien, buenas noches, amigos —dijo Dick con cordialidad, levantándose el sombrero levemente, y se reunió con Rachel y Hester en la entrada.

Cuando Dick y Rachel hubieron partido en sus bicicletas, y cuando la delegación se hubo retirado a descansar tras una cena frugal, y cuando la puerta del salón quedó cerrada..., entonces, y sólo entonces, el señor Gresley dio rienda suelta a sus sentimientos.

—Y no paraba —repetía una y otra vez, casi presa del histerismo, cuando la manguera de la abstinencia total de su ira había cargado contra Dick hasta que casi se agotó toda reserva de insultos—. Yo le hacía señas; le hablaba. Me viste hablarle y no paraba.

Ante la angustia cruel desatada en su hermano por la momentánea experiencia de lo que él tan despiadadamente infligía, Hester experimentó esa emoción repentina que puede desembocar en lágrimas o en carcajadas.

—Me habló con altanería —dijo el señor Gresley con la voz temblorosa—. Se enfrentó a mí en mi propia aula. Por supuesto, me culpo a mí por pedirle que tomara la palabra. Debería haber indagado en sus principios con mayor meticulosidad, pero me engañó por completo diciendo una

cosa en esta habitación y exactamente la contraria sobre la tarima.

—Yo pensé que sus opiniones eran las mismas en ambos lugares —dijo Hester— y en ese momento te admiré por haberle pedido que hablara, teniendo en cuenta que es viticultor.

—¿Que es qué? —casi gritó el señor Gresley.

—Viticultor. Seguramente sabes que tiene uno de los viñedos más extensos de Australia Meridional.

Durante un instante, el señor Gresley se quedó sin habla.

—Y tú lo sabías y guardaste silencio —dijo, al fin, mientras la señora Gresley dirigía una mirada de reproche a su cuñada, pero sin sorprenderse.

—Claro. ¿De qué iba a hablar? Pensé que lo sabías.

—Jamás he tenido noticia hasta este momento. Eso explica enteramente sus opiniones. Quiere promocionar sus propios vinos. Claro, la ebriedad trabaja a favor de sus intereses. Ahora lo entiendo todo. Con ese discurso ha arruinado el trabajo de años a cambio de recibir unos cuantos pedidos. Es deleznable. Confío, Hester, en que no sea amigo tuyo, pues si regresa me sentiré en la obligación de hablar con él con mucha dureza.

Pero Dick no volvió a aparecer. Estuvo fuera y muy lejos antes de que los terrores de la iglesia pudieran recaer sobre él.

Aunque su recuerdo permaneció fresco en Warrington.

—Dicen —contaba Abel a Hester unos días después, plantando la pala en el suelo y pasando despacio sobre ella las botas para retirar la arcilla adherida— que señor Vernon les dio un baño nel patio la escuela que no se les va olvidar dun día para otro. Dijo que no sabía hablar delantel público femenino, pero no le costós coger las palabras cuando salió. Barnes decía que su lengua habría levantado ampollas en los postes de la cerca. Pero tenía su arte, pese a todo. Sabló mucho del en el mercado el miércoles pasado y Jones y Peg están locos por volver a Australia con él. No estoy muy seguro —prosiguió Abel, poniendo fin a la conversación con un enérgico golpe de su pala en la tierra— de que una de las cosas que más les animara fuera cuando dijo que, como vivía en un clima cálido, sabía lo que era la tentación cuando estaba un poco flojo o de buena suerte. Pratts nunca lo habría reconocido.

El pueblo siempre hablaba del señor Pratt en plural y sin artículo.

—Voy a char un ojo a las reuniones contra la bebida —dijo con indulgencia— porque al amo le gusta, aunque yo siempre tengo mi copa, claro está. Pero jamás he oído a ninguno de los oradores plantar las cosas así. Esos lo que dice la gente; que por muy caballero que fuera les habló dombre a hombre, no como si fuéramos criados o niños.

CAPÍTULO XIX

*Le bruit es pur le fat.
La plainte est pur le sot.
L'honnête homme trompé
S'en va et ne dit mot.*
M. DELANONI[34]

—¿Y no puedes convencer a la señorita Gresley de que venga a pasar con nosotros la semana próxima? —preguntó Lord Newhaven irrumpiendo en el comedor de la abadía de Westhope, donde Rachel y Dick estaban sentados ante una mesa pequeña dispuesta para dos ante el altar mayor. Lo que antes había sido la capilla era ahora el comedor, pero el altar de piedra tallada seguía bajo la ventana oriental.

Lord Newhaven acercó una silla y Rachel sintió un ligero alivio con su presencia. Lord Newhaven tenía mucha intuición para saber cuándo aparecer... y cuándo esfumarse.

—No puede abandonar su libro —respondió Rachel.

—Su primer libro era muy inteligente —dijo Lord Newhaven— y, lo que es más importante, era veraz. Espero por su bien que deje atrás su amor a la verdad o, de lo contrario, le reportará enemigos mortales.

—Y buenos amigos —añadió Rachel.

—Tal vez —respondió Lord Newhaven, mirándola con severidad y casi obligado a creer que le había contestado sin vergüenza—. Pero, en todo caso, si abandona sus principios espero que no abandone su afilada lengua. Me gustó desde la primera vez que vino a esta casa, hace diez años, con Lady Susan Gresley. Recuerdo haber dicho que el capitán Pratt, que vino mientras ella estaba aquí, era un «borde». Y la señorita Gresley dijo que ella no pensaba que fuera en absoluto un borde, sólo que estaba en el borde de la inteligencia. Si conocierais al capitán Pratt, sabríais que eso lo califica con precisión.

—Ojalá no hubiera dicho eso —intervino Rachel con un suspiro—. Se busca problemas diciendo ese tipo de cosas. ¿Está Lady Newhaven en el salón?

—Sí, la he oído cantar «The Lost Chord» no hará ni diez minutos.

—Iré a verla —dijo Rachel.

—Creo —comentó Lord Newhaven cuando se marchó Rachel— que siente afecto por la señorita Gresley.

—No es preciso ser un detective bien camuflado para apreciarlo —contestó Dick.

—No. Por lo general, es preciso ser una lupa para ver la amistad de una mujer, y luego sólo es oportuna hasta que llegamos nosotros, Dick. No tienes por qué sentir celos de la señorita Gresley. La señorita West se olvidará de ella por completo cuando sea la señora Vernon.

—No parece muy entusiasmada con la idea —dijo Dick con una sonrisa forzada—. Estoy aguardando mi momento. Ya no soy tan atrevido como antes.

—Bueno, la culpa es tuya por depositar tus afectos en una mujer que no está deseando casarse. No te hace ninguna objeción a ti. Lo que no le gusta es el matrimonio.

—¡Bah! ¡Tonterías! —soltó Dick—. Todas las mujeres desean estar casadas y, si no, deberían desearlo.

Tuvo la sensación de que se había hecho un comentario ingrato sobre Rachel.

—En todo caso, hasta un tuerto puede ver que las mujeres con dinero o con alguna cosa que las haga independientes de nosotros no nos halagan con su entusiasmo por casarse con nosotros. Se volverán locas por amor, no por nada más importante, y se casarán por amor. Pero me subleva esa otra actitud hacia nosotros, que somos sus amos y señores naturales, como si directamente ya no fuéramos necesarios para ellas como trampolín para tener un hogar y una posición reconocida. Si hubieras seguido mi consejo desde el principio, te habrías decidido por alguna otra de la multitud de mujeres cuya existencia misma depende de un matrimonio. Es la bendita costumbre de amontonar todo en el hijo mayor y dejar a las mujeres de la familia casi sin un penique lo que nos suministra esposas sin tener que molestarnos. Seamos lo que seamos, tienen que aceptarnos. Una joven corriente que asiste a los bailes y vive con todos los lujos en la casa de su padre se encuentra entre la espada y la pared. Nosotros solemos ser la espada, pero no debe sorprendernos que no pueda hacer frente a la alternativa, una pobreza para la que no fue educada y en la que ha visto vivir a sus viejas tías solteras. Pero supongo que, en tu caso, tú necesitas realmente el dinero.

Dick miró con bastante dureza a Lord Newhaven.

—No debería haber dicho eso a menos que supiera que era mentira —continuó este último— porque me desagrada que me golpeen. Pero dime una cosa, Dick: no le habrás expuesto —preguntó con una duda repentina— ningún proyecto matrimonial esta tarde, ¿verdad?

—No, no he sido tan estúpido.

—Bueno, esas cosas ocurren. Ya sabes, la luz de la luna, etcétera, etcétera. En una ocasión fui poseído por un demonio y propuse matrimonio a la luz de la luna, como saben los amigos de mi esposa y, seguramente, su doncella. Pero, en serio, Dick, no estás haciendo progresos, como admites tú mismo.

—¡En fin! —dijo con aire bastante hosco.

—Bueno, los espectadores vemos la mayor parte del partido. La señorita West puede..., no quiero decir que lo esté..., pero si las cosas siguen así otra semana, puede acabar aburriéndose un poco. Esa es la razón por la que he venido cuando estabais cenando. Creo que ya ha tenido suficiente por el momento.

—¿De mí? —preguntó Dick ruborizándose por debajo del bronceado.

—Exacto. No tiene importancia después del matrimonio, pero se debe evitar antes. ¿Vas en serio con esto?

Dick se entregó pausada e intencionadamente a ciertos tópicos.

—Bueno, espero oírte decir todo eso de nuevo algún día ante un clérigo. Mientras tanto...

—Mientras tanto, sería mejor que me largara.

—Sí; no me agrada decirlo delante de mi propia galantina con mahonesa, pero así es. Vete... y regresa.

—Si tienes una guía de ferrocarriles —dijo Dick—, busco ahora mismo un tren. Creo que hay un expreso a Londres sobre las siete de la mañana, si puedes hacer que me lleven a la estación.

—¡Pero el correo no llega hasta las ocho!

—Bueno, puedes enviarme mis cartas después.

—Diría que puedo, mi diplomático amigo. Pero no vas a marcharte hasta que haya llegado el correo, cuando recibas cartas de negocios que requieran tu presencia en Londres de inmediato. No vas a hacer notar a una mujer que te marchas por ella.

—Eres muy agudo, Cackles —musitó Dick con tono sombrío—. Seguiré tu ejemplo y mentiré, si crees que es lo correcto. Pero espero que sepa muy bien que lo que me ha llevado a Londres es el mismo negocio que me llevó a aquella infernal reunión contra los excesos del alcohol.

Rachel se sintió aliviada cuando Dick partió la mañana siguiente. Por lo general, no se sentía presionada por las atenciones que recibía de los jóvenes, quienes en el momento apropiado quedaban «señalados» y después daban lugar a proposiciones expresadas con más o menos esmero o torpeza. Pero le incomodaba pensar en Dick y su marcha fue como la desaparición de una carga, no muy pesada, pero en todo caso perceptible. Porque Rachel era consciente de que Dick iba terriblemente en serio y que el amor de él crecía sin cesar, casi sin pensarlo, y se acumulaba como la nieve, copo a copo, sobre la ladera de una montaña. Algún día, tal vez después de transcurrido mucho tiempo, pero algún día, se produciría una avalancha y, según los términos que él mismo empleaba, «se vería envuelta en ella».

CAPÍTULO XX

Si l'on vous a trahi, ce n'est pas la trahison qui importe; c'est le pardon qu'elle a fait naître dans votre âme [...]. Mais si la trahison n'a pas accru la simplicité, la confiance plus haute, l'étendue de l'amour, on vous aura trahi bien inutilement, et vous pouvez vous dire qu'il n'est rien arrivé.

MAETERLINCK[35]

Rachel y Hester estaban sentadas a la sombra del muro del cementerio parroquial donde tan desafortunadamente Hester se quedara dormida en una ocasión anterior. Era el primero de muchos encuentros clandestinos. El señor y la señora Gresley no se daban cuenta de que Hester y Rachel deseaban «contarse cosas», como habrían dicho ellas, y los Gresley sentían que la llegada de Rachel era el momento apropiado para dejar a un lado provisionalmente sus pasatiempos diarios y unirse a Hester y Rachel en el jardín para mantener actividad social. A los Gresley les agradaba Rachel. Quienes escuchan por lo general agradan. Tal vez también sus modales amables y modestos no representarían una variación desagradable tras la indiferencia habitual de los Pratt.

Las dos amigas soportaron su destino durante algún tiempo desviviéndose de impaciencia y, después, no sin remordimientos, «practicaron el engaño». Hay personas obtusas que impulsan a otras, de natural rectas, a evitarlas y sortearlas, del mismo modo que las personas verdaderamente malvadas, que hacen provocaciones *vivâ voce*, nos inducen a caer por las grietas de las mentiras, por las que, si existiera justicia en algún lugar, tendrán que responder el último de los días. El señor Gresley dio el empujón definitivo a Hester y Rachel con una arenga exhaustiva sobre lo que él llamaba socialismo. Al advertir que ellas analizaban alguna de sus fases, aproximó una silla y les informó de que él había «desmenuzado» el tema en su totalidad.

—El socialismo —comenzó diciendo, encantado con la cortés resignación de sus oyentes, que durante toda su vida confundió con el interés más atento—. La comunidad de bienes. La gente no entiende que, si hoy repartiéramos todo y todo el mundo recibiera un chelín, antes de la semana próxima las personas ahorradoras tendrían un soberano y las derrochadoras estarían sin un penique. La comunidad de bienes es imposible mientras la naturaleza humana siga siendo como es. Hablé de ello en una ocasión a Lord Newhaven después de su discurso en la Cámara de los Lores. Pensé que era más culto y bastante menos irreflexivo de lo que suelen serlo las personas ricas y ociosas, y que lo entendería si se le exponía con claridad. Pero lo único que dijo era que mis argumentos eran indiscutibles y se escabulló.

Fue después de esta conversación o, más bien, de este monólogo cuando Hester y Rachel dispusieron reunirse con disimulo.

Estaban sentadas cómodamente sobre la hierba rala, con la espalda apoyada contra el muro del cementerio, y tenían el sombrero ladeado sobre los ojos.

—Ojalá hubiera conocido a este señor Dick hace cinco o seis años —dijo Rachel dejando escapar un suspiro.

Hester era la única persona que tenía conocimiento de la catástrofe amorosa anterior de Rachel.

—A largo plazo, Dick siempre consigue lo que quiere —indicó Hester—. Si yo estuviera en tu lugar, le ofrecería matrimonio de inmediato. Ahorraría muchos problemas y acabará exactamente igual al final.

Rachel se rio, pero no con jovialidad. Hester sólo había expresado una convicción propia que le perturbaba.

—Dick es el tipo de hombre adecuado con el que casarse —prosiguió Hester sin apasionamiento—. Vive de acuerdo con lo que piensa. Si eso no es un gran elogio, no sé lo que es. Es bueno, pero, en cierto modo, su bondad no ofende a nadie. Se le puede justificar. Y si a una le preocupan esas cosas, guarda por las mujeres un respeto absoluto, que lleva consigo en una caja de caudales exclusivamente suya.

—No quiero casarme con un hombre por sus cualidades y su mobiliario mental —protestó Rachel sin demasiada energía—. Si lo hiciera, escogería al señor Dick.

Hubo un breve silencio.

—Estoy segura —dijo, por fin, Rachel— de que no te das cuenta de lo común y corriente que soy. Ya conoces a las heroínas convencionales de las novelas de segunda categoría, que aman tremendamente una vez y, luego, cuando las cosas van mal, se convierten en estatuas de mármol y pasan el resto de la vida con un corazón de piedra. Bueno, querida, yo soy así. Sé que es deleznable. He luchado contra ello. Es ridículo realizar generalizaciones basándose en una experiencia personal. Tengo en mente que otros hombres *no* son como él. Sé que no son así, y, sin embargo..., en cierto modo creo que lo son. Estoy asustada.

Hester volvió los ojos, abiertos de par en par, hacia su amiga.

—Después de cuatro años, ¿sigues pensando que él te hizo daño?

Rachel levantó la vista para mirar el paisaje triste. La fatiga del pleno verano se había cernido sobre él. Una mano voluminosa parecía haberse tendido sobre las cumbres de las colinas lejanas.

—Le di todo lo que tenía —dijo despacio— y lo tiró todo. No me queda nada para nadie más. Tal vez es porque soy, por naturaleza, ahorradora —añadió con una leve sonrisa— por lo que ahora, al volver la vista atrás, me parece un derroche espantoso.

—Sólo en apariencia, no en realidad —dijo Hester—. Parece un derroche de vida ese descenso desde nuestros mejores años producido por una pasión implacable que se derrumba sobre ellos. Pero no es así. Cada año que vivo estoy más convencida de que el desperdicio de vida reside en el amor que no hemos dado, en las capacidades que no hemos empleado, en la prudencia egoísta que no corre ningún riesgo y que, al reducir el dolor, se pierde también la felicidad. Nadie fue nunca todavía más pobre a largo plazo por, una vez en la vida, «soltar del todo las riendas».[36]

—Quieres decir que me hizo bien —dijo Rachel— y que él fue una especie de benefactor disfrazado. Diría que tienes razón, pero ya ves que no me tomo un interés imperioso por mi propio carácter. Mi posición mental no me resulta muy... absorbente. ¿No es así como lo llama la señora

Loftus?

—En todo caso, fue un benefactor —dijo Hester en tono resuelto—. No lo creí en ese momento y, si hubiera podido atropellarlo con un ómnibus, lo habría hecho con mucho gusto. Pero creo que llegará un día en que cubras esa sepultura con un monumento magnífico erigido en agradecimiento a él por no haberse casado contigo. Y ahora, Rachel, ¿me perdonas de antemano por lo que voy a decirte?

—¡Uf! —exclamó Rachel con remordimiento—. Cuando dices eso sé que es el prelude de algo espantoso. Vas a sacar una daga y yo voy a ser la vaina directamente.

—Eres toda una profetisa —comentó Hester.

—Sí, verdugo.

—Mi querida, queridísima amiga, a quien más quiero en el mundo, cuando sucedió aquello mi corazón se retorció por ti. Habría dado todo lo que tengo, la vida misma, no es que eso sea decir mucho, por haberte evitado esos momentos.

—Lo sé.

—Pero si hubiera tenido capacidad para salvarte, cosa que, gracias a Dios, no tenía, habría sido yo la verdadera enemiga. Esos momentos tuvieron que llegar. Era necesario. Tal vez no te preocupe mucho tu carácter, pero a mí sí. Hay en ti algo de obstinado e inflexible, la cara sórdida de tu valentía y tu constancia, que te impide penetrar con facilidad en los sentimientos de los demás o ponerte en su lugar. Creo que es falta de imaginación; quiero decir, capacidad para ver las cosas como son. Eres ese tipo de mujer que, si se hubiera casado apaciblemente con alguien que le gustara mucho, habría acabado convirtiéndose en Sybell Loftus, que jamás comprende ningún sentimiento más allá de los suyos propios, diminutos, y que mide el amor con su minúscula preferencia por Doll. No sentirías por nadie más conmiseración que la que siente ella. Las personas como Sybell creen que uno sólo puede conmiserarse con lo que ha experimentado. Esa es la razón por la que siempre están diciendo «como madre», o «como esposa». Si eso fuera cierto, el mundo tendría que arreglárselas sin la conmiseración, pues no hay dos personas que tengan la misma experiencia. Sólo una naturaleza huera cree que el parecido de dos copas significa que ambas contienen el mismo vino. Sybell lo cree y tú habrías sido en buena medida igual, no por falta de percepción, como en su caso, sino por carencias en el uso de tu capacidad de percepción. Si no hubieras vivido un despertar angustioso a todas las grandes realidades de la vida, el amor, el odio, la tentación, el entusiasmo habrían acabado siendo para ti lo que han acabado siendo para Sybell, simples palabras bonitas para enhebrar conversaciones superficiales. Esa es la razón por la que no puedo soportar oírle hablar de ellas, porque cada palabra que dice demuestra que no las ha conocido. Pero la espada que te atravesó el corazón hizo entrar por la fuerza a los ángeles, que habían estado llamando donde no había puerta... hasta entonces.

Silencio.

—¿Desde cuándo las personas recurren a ti para buscar consuelo y conmiseración?

No hubo respuesta.

—Rachel, con la mano en el corazón, ¿te preocuparon de verdad alguna vez los pobres de Londres antes de que tú misma fueras pobre y vivieras entre ellos?

—No.

—Pero estaban ahí todo el tiempo. Los veías por la calle. No es que sólo oyeras hablar de ellos. Los veías. Sus agonías, su degradación estaba escrita bien grande en la cara. Había un

suburbio casi detrás de aquella espléndida casa de Portman Square donde viviste muchos años con tus padres con todos los lujos.

—No sigas —dijo Rachel con el labio tembloroso.

—Debo hacerlo. No te preocupaban. Si se ponía ante ti algún caso flagrante, dabas algo como cualquier otra persona poco caritativa que detesta sentirse incómoda. Pero ahora te preocupas. Vas en busca de quienes te necesitan. Contéstame. ¿Te salió barato o no adquirir esa compasión y amor por los degradados y por quienes sufren, que fue consecuencia de los años de pobreza que viviste en Museum Buildings?

—Salieron baratos —afirmó Rachel con convicción, pero hablando con dificultad.

—¿Los habrías adquirido si hubieras seguido viviendo en Portman Square?

—¡Bueno, Hester! ¿Los habría adquirido así alguien?

—Sí, claro que sí. Pero esa no es la cuestión. ¿Tú los habrías adquirido?

—N... no —respondió Rachel.

Hubo un largo silencio.

La mente de Rachel tomó un bastón y recorrió despacio, humildemente, unos cuantos pasos más difíciles de ese empinado camino por el cual «la experiencia se convierte en pensamiento, como una hoja de morera se transforma en satén».[37]

Al fin, volvió los ojos serios a su amiga.

—Entiendo lo que quieres decir —señaló—, todavía no he llegado a ese lugar, pero puedo creer que llegaré algún día, cuando me sienta tan agradecida por aquella complicación como me siento ahora por haber conocido la pobreza. Sí, Hester, tienes razón. He sido una mujer dura y sin imaginación. Me han enseñado de la única forma que podía aprender: con la experiencia. He sido muy afortunada.

Hester no respondió, pero se inclinó hacia adelante y besó las manos de Rachel. Era como si le hubiera dicho: «Perdóname por encontrar defectos en alguien que está tan por encima de mí». Y así fue entendido el acto.

Rachel se ruborizó y permanecieron sentadas un instante de la mano, los corazones muy próximos.

—¿Cómo puedes estar tan segura de estas cosas, Hester? —preguntó Rachel en voz baja—. Cuando las dices, veo que son ciertas y las creo..., pero ¿cómo llegas a *saberlas*?

Una sombra muy tenue atravesó el rostro de Hester. «El amor conoce el secreto del dolor».[38] Pero ¿puede el amor afirmar ese conocimiento si le pregunta cómo llegó a él alguien que debería haberlo sabido? La pregunta se deslizó entre las dos amigas y las separó. El tono de voz de Hester cambió.

—Minna diría que las he tomado de la conversación de James. Bueno, los Pratt están absolutamente convencidos, por supuesto, de lo que he intentado ocultar, a saber: que las escenas de amor del *Idyll* fueron compuestas a base de retazos que reuní a partir del compromiso de James con Minna. Y todos los fragmentos cómicos los reclama una colonia de primos de Devonshire que dice que cualquiera que «las hubiera oído decir» habría escrito el *Idyll*. Y, según parece, cualquiera que no las hubiera oído. Los pasajes calificados de soeces son lo único que me queda como propio.

—Tú estás siendo ahora soez —dijo Rachel sonriendo, pero dolida secretamente por la frivolidad de la que se había investido.

Unos gritos lejanos les distrajeron y vieron a Regie correr desaforadamente hacia ellas imitando a un caballo de asalto, seguido de Fräulein y las dos niñas.

Regie se detuvo con brusquedad ante Rachel y la miró con desconfianza.

—¿Dónde está tío Dick? —preguntó.

—No lo sé —respondió Rachel, ruborizándose a su pesar y bajando la vista con cierta sensación de culpabilidad ante quien le interrogaba.

—Entonces, ¿no ha venido contigo?

La mentalidad de Regie era lo que su padre calificaba como «firme e inmutable». El señor Gresley solía decir que prefería un niño así antes que uno espabilado y ostentoso.

—No, no ha venido conmigo.

—¡Mary! —gritó Regie—, no ha venido.

—Sabía que no había venido —replicó Mary—. Cuando vi que no estaba aquí, supe que estaría en otro sitio.

La pequeña Mary era por naturaleza la favorita de los Gresley. Por concienzudamente que trataran de liberarse de la parcialidad paterna, no podían sino señalar que era tan sensata como una persona adulta.

—Pensé que estaría en algún lugar cercano —explicó Regie—, en un árbol o algo así —mientras levantaba la vista hacia un pequeño tejo—. Con un mago como el tío Dick nunca se puede saber, ¿o tú sí puedes, tía Hester, diga lo que diga Mary?

—Por lo general, Mary se equivoca —dijo Hester—, pero por una vez tiene razón.

Mary, que estaba adquiriendo muy pronto la cómoda costumbre de oír sólo los comentarios que resonaban en su propio pecho, oyó que tenía razón y dijo con tono estridente:

—Le dije a Regie cuando todavía iba por el camino que tío Dick no estaba aquí. Mamá no va siempre con papá, pero él dijo que vendría corriendo a verlo.

—Llegarremos muy tarde a almorzar —intervino Fräulein con premura, ruborizándose y bajando la vista al broche de ónice de su cuello vuelto y llevándose a Mary.

—A lo mejor te dejó el medio penique —dijo Regie—. A Fräulein le gustaría verlo.

—No, no —contestó Fräulein con lágrimas en los ojos—. No quierro verrrlo de ningún modo. Estuve llorrrando media noche cuando me enterrré.

—Yo sólo lloro cuando el niño me pega —comentó Mary apoyándose en una pierna.

—No tengo el medio penique —dijo Rachel, y los tres adultos ignoraron a conciencia los recuerdos personales de Mary.

Fräulein partió con los niños y las amigas se besaron y se separaron.

—Mañana voy a Wilderleigh —anunció Rachel—. Entonces estaré mucho más cerca de ti.

—No es bueno luchar contra Dick y el destino —objetó Hester moviendo un dedo ante ella—. Ya ves que todo se ha decidido ya sin ti. Hasta los niños lo dan por hecho.

CAPÍTULO XXI

*Si durante toda su vida un insensato vive con un sabio,
nunca llega a conocer la senda de la sabiduría,
como la cuchara nunca llega a conocer el sabor de la sopa.[39]*
DHAMMAPADA

—No concibo qué es lo que te arrastra a Wilderleigh —dijo Lady Newhaven a Rachel—. Cada vez que voy, me muero de aburrimiento. Sybell es absolutamente egocéntrica.

Tal vez una de las razones por las que Lady Newhaven y Sybell Loftus no «congeniaban» se debía a ciertas semejanzas superficiales entre ambas.

Ambas exigían atención y, si se encontraban en la misma habitación, la sala raras veces podía acoger suficiente atención para abastecer las necesidades de las dos. Al igual que «Celia Chettam», ambas eran conscientes desde el nacimiento de su primer hijo de que sus opiniones acerca de la literatura, la política y el arte habían adquirido un peso y una solidez adicionales y de que una esposa y madre podía manifestarse con decisión acerca de materias importantes, mientras que una soltera prosperaba sólo a base de mantener el sosiego. A ambas les encantaba decir «como mujer casada que soy, creo tal o cual cosa»; sin embargo, ambas eran conscientes de que les molestaba e irritaba oírsele decir a la otra. Y no cabe duda de que Sybell se sintió demasiado indispuesta para presentarse en la fiesta al aire libre celebrada en el jardín de Lady Newhaven el verano anterior, pues Lady Newhaven había expuesto unos cuantos días antes su apreciada teoría de «una vida, un amor», para deleite de Lord Newhaven y el natural enojo de Sybell, cuyo segundo esposo estaba en ese momento sirviendo té y respondiendo «eso depende» cuando se le preguntaba.

Como dijo Sybell a Hester posteriormente, «¡como si una mujer pudiera evitar ser el ideal de dos hombres!».

—Sybell resulta ahora tan aburrida —prosiguió Lady Newhaven— que no sé cómo será cuando sea mayor. No sé por qué vas precisamente a Wilderleigh.

—Voy porque me lo pidieron —dijo Rachel— y, en parte, porque estaré más cerca de Hester Gresley.

—No creo que la señorita Gresley pueda estar muy ansiosa de verte, pues de lo contrario habría venido aquí cuando la invité. Dije a varias personas que iba a venir y ese tal señor Carstairs, que tan buena opinión tiene de sí mismo, acudió aquí expresamente para conocerla. Resulta tedioso que se comporte así, sobre todo porque no dijo que tuviera ningún otro

compromiso. Te equivocas, Rachel, si andas corriendo detrás de personas que no se van a tomar la molestia de acudir a verte. Es una cosa que yo jamás hago.

—En este momento vive encerrada en su libro.

—No me imagino de qué tiene que escribir. Pero supongo que recoge cosas de otra gente.

—Supongo. Es una observadora atenta.

—Creo que te equivocas en eso, Rachel, porque cuando estuvo aquí hace unos años nunca miraba siquiera a su alrededor. Y le pregunté cómo juzgaba a la gente y me dijo: «por las apariencias». Pero eso es una estupidez, porque, como le expliqué, las apariencias son extremadamente engañosas y yo misma he considerado muchas veces que una persona con modales fríos era fría de corazón y, después, he descubierto que estaba de todo punto equivocada.

Rachel no respondió. Se preguntaba en qué consistiría ese don, que poseían tanto Lady Newhaven como Sybell, de llevar todas las conversaciones a un punto muerto.

—Es curioso —prosiguió Lady Newhaven después de una pausa— que los libros estén escritos en su mayoría por las personas que menos saben de la vida. Fíjate en *Sonnets from the Portuguese*. La gente los tiene en muy alta estima. Estuve echándoles un vistazo el otro día. ¡Anda!, no son nada comparado con lo que yo haya sentido. A veces creo que si yo escribiera un libro, no quiero decir que tenga ningún talento especial, pero si me sentara y escribiera un libro que contuviera todas las facetas profundas de la vida y mis propios sentimientos religiosos, y describiera el amor y la tragedia del amor tal como son, tendría mucho éxito. Arrollaría el mundo como una tormenta.

—Cualquier libro que se ocupe con sinceridad de uno de esos temas no fracasaría en el intento de ser un gran éxito.

—Oh, sí. No temo fracasar. Desearía que no te fueras, Rachel. Tenemos tanto en común... Y es tan reconfortante estar con alguien que sabe por lo que una está atravesando... Creo que tú también participas del suspense conmigo.

—Sí, lo siento... profundamente.

—A veces creo —dijo Lady Newhaven con el rostro envejecido de súbito bajo una emoción tan deformadora que Rachel tuvo que bajar la vista ante ella—..., a veces estoy casi segura de que fue Edward quien extrajo la cerilla más corta. ¡Oh! ¿Crees que, si la sacó, obrará en consecuencia cuando llegue el momento?

—Si la extrajo, seguro que asume las consecuencias.

—¿Lo hará? ¿Tú crees? Estoy casi segura de que la sacó. Está haciendo tan pocas cosas que parece como si supiera que no va a seguir viviendo. Oí al señor Carstairs pedirle que fuera con él a Noruega la próxima primavera y Edward se rio y dijo que nunca planeaba nada con más de unos pocos meses de antelación.

—Me temo que podría haber dicho eso pensando que tú lo oías.

—No pretendía que yo lo oyera. Lo oí sin que él se diera cuenta.

Rachel bajó la cabeza.

—Después de lo que me contaste acerca de la carta, me prometiste que jamás volverías a hacer esas cosas.

—Bueno, Rachel, no lo he hecho. Ni siquiera he mirado sus cartas desde entonces. Esa vez no pude evitarlo porque pensaba que tal vez se lo había contado a su hermano, que está en la India. Pero ¿no crees que diciendo eso al señor Carstairs parece como...?

Rachel negó con la cabeza.

—Sus planes se me escapan —dijo—. Detrás de eso puede haber algo que no sepamos.

—Tengo el presentimiento, me viene una y otra vez últimamente, de que quedaré libre y Hugh y yo seremos felices juntos.

Y Lady Newhaven volvió la cara contra el alto respaldo de la silla de roble tallada y se puso a sollozar, presa de la histeria.

—¿Podrías ser feliz si hubieras provocado la muerte de Lord Newhaven? —preguntó Rachel.

Su voz irradiaba ternura y compasión, no por la infelicidad que veía postrada ante ella, sino por la pobre alma atrofiada. ¿Sería capaz de llegar a ella? Habría dado todo lo que poseía en ese momento por un instante del don de Cristo para devolver la vista con una caricia a aquellos ojos ciegos.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? Yo no lo he provocado. Ni siquiera tenía noticia de ese espantoso sorteo hasta que estuvo hecho. Fue todo cosa suya.

Rachel suspiró. El anhelo apasionado hacia su acompañante se replegó sobre sí mismo.

«El defecto está en mí —se dijo—. Si fuera más pura, más humilde, más cariñosa, tal vez se me permitiría ayudarla».

Lady Newhaven se levantó y estrechó a Rachel con fuerza entre sus brazos.

—Cuento los días —dijo con voz ronca, temblando de la cabeza a los pies—. Ahora mismo faltan dos meses y tres semanas. El veintinueve de noviembre. ¿Me prometes fielmente venir a verme y acompañarme en ese momento? ¿No me abandonarás? Pase lo que pase, seguro que... ¿vendrás?

—Vendré. Lo prometo —dijo Rachel.

Y se inclinó y le besó los ojos cerrados. Al menos, eso podía hacerlo.

CAPÍTULO XXII

*Hermano, ya te está creciendo un rabo.
Canción de viaje de los bandar-log*[\[40\]](#)

Rachel llegó a Wilderleigh después del té y subió directamente a su dormitorio con la excusa del cansancio. Fue una cobardía momentánea que le tentó para rendirse a la fatiga. Estaba convencida de que en Wilderleigh daría con Hugh Scarlett. No tenía ningún motivo para la convicción, más allá del muy inadecuado de que se lo había encontrado en la casa de Sybell en Londres. No obstante, estaba segura de que se encontraría entre los invitados y necesitaba un pequeño respiro después de separarse de Lady Newhaven y antes de verlo. Enseguida, Sybell acudió volando y le dio un abrazo efusivo.

—¡Ay, lo que te acabas de perder! —dijo sin aliento—. Pero pareces cansada. Hiciste muy bien en acostarte antes de la cena, eres la única que no está acostada ahora. Hemos tenido una conversación fantástica abajo. Los demás han salido a dar un paseo en barca con Doll, menos el señor Harvey, el fantástico señor Harvey, ya sabes.

—Me temo que no lo conozco.

—Sí lo conoces. El autor de *Unashamed*.

—Ahora recuerdo.

—Bueno, está aquí, descansando después de su nuevo libro, *Rahab*. Y nos ha estado leyendo los primeros capítulos, sólo a la señorita Barker y a mí. Es absolutamente maravilloso. Tan doloroso, ya me entiendes. No le ahorra nada al lector, él cree que no es correcto omitir nada, pero tiene mucha fuerza.

—¿Es la misma señorita Barker que criticó *The Idyll*, a quien conocí en tu casa en la temporada de la sociedad londinense?

—Sí. ¡Cómo lo destrozó! Ya ves que ella lo sabe todo de East London y todo eso. Sabía que te gustaría volver a verla porque tú también eres un espíritu filantrópico. Pensó que no tenía tiempo que perder para acudir aquí, pero le pareció que regresaría más rejuvenecida si mantuviera los lamentos lejos de sus oídos durante una semana. ¡Los lamentos! ¿No te resulta espantoso? Me parece que deberíamos hacer más de lo que hacemos, ¿no crees?

—Deberíamos, en efecto.

—Pero, bueno, ya ves que yo, como mujer casada... no puedo dejar a mi marido y mi niño y enterrarme en el East End, ¿o sí?

—Claro que no. Seguro que es cosa comprensible que el matrimonio exime a las mujeres de

todas las obligaciones impersonales.

—Sí, eso es exactamente. ¡Qué bien lo has dicho! Pero otros sí podrían hacerlo. Muchas veces me pregunto por qué después de escribir *The Idyll* Hester nunca se arrima a East London. En su lugar, yo me habría marchado directamente y echado mi suerte con ellos.

—¿Has encontrado alguna vez a alguien que haga lo que tú habrías hecho si hubieras estado en su lugar?

—No, nunca. No parece que lo vean. Es algo que no logro comprender, por qué la gente no actúa de acuerdo con sus convicciones. Y, aunque no se lo diría a Hester por nada del mundo, yo sé que el hecho de que se vaya a vivir cómodamente al campo después de sacar ese libro hace que la gente sesuda, no yo, por supuesto, sino otras personas con mentalidad más formal, piensen que es una estafa.

—Podría ocurrir..., naturalmente —dijo Rachel.

—Bueno, ahora me alegro de que estés de acuerdo conmigo, porque le dije algo parecido al señor Scarlett anoche y él no lo entendía. Es bastante obtuso. Diría que te acordarás de él.

—Perfectamente.

—No me importa mucho lo que diga, porque es muy superficial y la señorita Barker dice que tiene una conversación anodina. Le pregunté porque..., no digas una palabra de ello..., pero porque como mujer casada una debe ayudar a los demás y... ¿te acuerdas de cómo defendió a Hester aquella noche en Londres?

—Por su libro, te refieres.

—Bueno, es lo mismo. Los hombres son hombres, querida. Permite que te diga que jamás habría hecho eso si no hubiera estado enamorado de ella.

—¿Quieres decir que los hombres nunca defienden las verdades evidentes a menos que estén enamorados?

—Ahora finges no comprenderme —dijo Sybell en tono desenfadado, lo que convertía su pequeña cara de ardilla en un principio de mueca—. Pero no tiene sentido que trates de engañarme. Y marcha sobre ruedas. ¡Está allí en este instante!

—¿En la vicaría?

—¡Dónde si no! Le pedí que fuera. Le insté a que fuera. Le dije que estaba segura de que ella le esperaba. Una debe ayudar en estas cosas.

—Pero si es obtuso, aburrido y superficial, ¿puede agradar a Hester?

—Querida mía, lo mejor que le puede suceder a una mujer es el matrimonio. Y tú y yo somos amigas de Hester. Así que debemos hacer todo lo que podamos por su felicidad. Esa es la única razón por la he mencionado este asunto.

El gong que empezaba a avisar del almuerzo retumbó.

—Debo marcharme volando —dijo Sybell mientras depositaba un beso de mariposa sobre la frente de Rachel.

Y se fue volando.

«¡Ojalá supiera lo que siento por él! —se dijo Rachel—. No me agrada demasiado oír que le llaman obtuso y superficial, pero supongo que me gustaría menos oír que Sybell lo elogia. Jamás la he oído todavía elogiar nada que no sea la mediocridad».

Si Rachel hubiera sido siquiera introspectiva, habría intuido una pista acerca de sus sentimientos por Hugh en el inusual cuidado con el que se atusó el cabello y en su decisión de

último momento de descartar el vestido verde claro que estaba a la vista sobre la cama en favor de uno de seda blanca adornado con claveles rosas muy espaciados. El vestido era una obra maestra, diseñado expresamente para ella por un fantástico sombrerero francés. Rachel se preguntaba muchas veces quién se habría dejado la vista con aquellos maravillosos claveles, pero esa noche no les dedicó un minuto de su pensamiento. Miró con seria insatisfacción su pálido y anodino rostro, su anodino cabello y sus anodinos ojos. No sabía que sólo las mujeres con hijas casaderas la verían como ella se estaba viendo en el espejo.

Cuando salió de su habitación se abrió una puerta en el otro extremo de la misma ala de la que salió un hombre alto. La parte de clase media que había en ella dijo: «Muy refinado». El gusto exquisito de él afirmó: «Una mujer sencilla».

Pasado un instante, se reconocieron.

«¡Muy refinado! ¡Qué absurdo!», pensó cuando cruzó su mirada impaciente y vacilante con la de él.

«Una mujer sencilla. ¡Rachel, sencilla!». Él percibió la bienvenida en sus ojos y veía belleza en todos y cada uno de sus movimientos y elegancia en cada pliegue de su vestido blanco.

Cuando se encontraron, el gong volvió a resonar justo detrás de ellos y no pudieron más que sonreírse el uno al otro mientras se estrechaban la mano. El mayordomo, que parecía ser un artista en sus quehaceres, demostró emplearse al máximo con el gong y ambos descendieron la escalera juntos y atravesaron el vestíbulo antes de que su común estremecimiento les permitiera hablar.

Cuando él estaba a punto de hacerlo, la vio hacer una mueca repentina. Rachel tenía la mirada fija delante de sí, hacia la pequeña multitud del salón. Durante un instante, su rostro cambió del blanco al gris y levantó la mano sin querer como si quisiera apartarse de algo. Entonces, una adorable coloración se encaramó a sus mejillas; Rachel se aproximó y entró en el salón mientras Hugh, detrás de ella, lanzaba una mirada vehemente a todos y cada uno de los hombres, uno detrás de otro.

Es siempre lo inesperado lo que sucede. Mientras los ojos medio ausentes de Rachel recorrían el grupo del salón resplandecientemente iluminado, su corazón se replegó sin aviso y emprendió la retirada. Sólo pudo hacer acopio de la suficiente presencia de ánimo para impedir llevarse la mano al pecho. Él estaba allí, delante de ella..., el hombre a quien había amado apasionadamente durante cuatro años y que le había atormentado.

El señor Harvey (el magnífico señor Harvey) dio un gran paso adelante y Rachel encontró su mano envuelta en otra grande y suave que parecía tener un huevo escalfado en la palma.

—Es un placer que he esperado mucho tiempo —murmuró el gran hombre, todo puños de camisa y solitario, inclinándose sobre la mano de Rachel en lo que él habría calificado de un «gesto caballeroso»; mientras tanto, Doll, de pie, muy cerca, se preguntaba con aire sombrío «por qué estos tipejos que escribían eran siempre tan sinvergüenzas».

Rachel pasó a saludar a la señorita Barker, plantada sobre la alfombrilla de la chimenea, en esta ocasión vestida de pana de color magenta, pero presumiblemente todavía cansada de la Biblia, conversando con el antiguo amante de Rachel, cuya mirada estaba depositada en el suelo, y cuya mano se agarró a la repisa de la chimenea. Él la había visto..., la había reconocido.

—Permíteme que te presente al señor Tristram —dijo Sybell a Rachel.

—Ya nos conocemos —respondió Rachel con amabilidad mientras él se inclinaba sin mirarla y ella extendía la mano.

Estaba obligado a tocarla, obligado a mirar un instante a los ojos claros y serenos que otrora habían albergado amor ilimitado por él, confianza ilimitada en él; que, como bien sabía, habían llorado, medio ciegos, por él.

El señor Tristram era uno de los muchos que juzgan sus actos a la luz de circunstancias posteriores y que, cuando alcanzan la mediana edad, descubren que el mundo es un mundo traicionero. Cuando se enamoró de Rachel no estaba «en situación de casarse». Pero se había enamorado tanto de ella como constante había sido con la moderada pasión permanente que sentía por sí mismo y su futuro, ese futuro que el auténtico artista debe preservar siempre sin restricciones. «Las altas esperanzas se desvanecen al calor de una chimenea»[41], etcétera. Había sentido profundamente romper con Rachel. Más adelante, cuando la marea de riqueza subió hasta el quinto piso de Museum Buildings, reconoció por primera vez que había cometido un gran error en la vida. A la soberbia del amor desconcertado se había unido un punzante remordimiento, no tanto por la riqueza perdida como por haber infligido sobre sí mismo y sobre ella un dolor espantoso e innecesario. Pero ¿cómo podría haber previsto cosa semejante? ¿Cómo podría explicarlo?, se preguntó con muda estupefacción cuando le llegó la noticia. ¡Menuda tramposa era la vida! ¡Qué bruja veleidosa era la diosa Fortuna!

Desde el memorable día en que Rachel encontró medios para dar descanso al fantasma que la obsesionaba, él no había dado ninguna señal.

—No esperaba que me recordara —dijo reapropiándose de su compostura.

—Tengo buena memoria —dijo Rachel, consciente de que la señorita Baker estaba escuchando y de que Hugh se enojaba a su lado—. Y el niño español con el que fue usted tan amable y que vivía justo debajo de mí en Museum Buildings tampoco le ha olvidado. Sigue preguntando por el «Cavaliere».

—El señor Tristram se ruboriza fehacientemente al verse confrontado con sus buenos actos —intervino Sybell al descubrir que la atención de parte de sus invitados se había desviado de sí misma—. Sí, querido —terció dirigiéndose a su esposo—, acompaña tú a Lady Jane. Señor Scarlett, ¿acompaña usted a la señorita West?

—He ido a visitar a tu amiga, la señorita Gresley —comentó Hugh una vez que superó su irritación momentánea al descubrir que el señor Harvey estaba al otro lado de Rachel—. No sabía que vivía tan cerca hasta que su hermano cenó aquí anoche.

—¿No te lo dijo la señorita Loftus? —preguntó Rachel recordando los comentarios de Sybell antes de la cena.

—Me lo dijo cuando mencioné el deseo de ir a verla. Me rogó incluso con tanta insistencia que fuera que yo...

—Que estuvo a punto de no ir.

—Exacto. Pero, en esta ocasión, perseveraré porque soy, o espero ser, amigo suyo. Pero no obtuve recompensa.

—Pensé que dijiste que la habías visto.

—Bueno, sí, la vi, y vi que parecía muy enferma. Pero me resultó imposible mantener ninguna conversación con ella en presencia del señor y la señora Gresley. Cada vez que hablaba con ella, respondía el señor Gresley y a veces también la señora Gresley. De hecho, el señor Gresley creyó que la visita se la había hecho a él. La señora Loftus me dice que es mucho más inteligente que su hermana, pero no tuve yo esa impresión. Y después de que hube repasado todos los temas imaginables tuve que emprender la marcha.

—Hester debió haber acudido al rescate.

—Lo intentó. Ofreció mostrarme el atajo a Wilderleigh por los prados. Pero, por desgracia...

—Imagino lo que vas a decir.

—Estoy seguro de que te lo puedes imaginar. El señor Gresley nos acompañó y la señorita Gresley se volvió en la primera cancela.

—Tienes mi conmiseración.

—Espero tenerla, porque ha sido un rato muy duro y la merezco. El señor Gresley fue en extremo cordial —prosiguió Hugh con cierto remordimiento— y dijo que era un placer para él recibir a todo aquel que estuviera interesado por asuntos intelectuales. Supongo que se refería a mis lugares comunes. Dijo que vivir en el campo le aislaba casi por completo de la sociedad de sus iguales intelectuales; tanto que, en ocasiones, se le pasaba por la cabeza mudarse a Londres y establecer un pequeño núcleo para la sociedad de intelectuales. Según él, toda la comarca vivía sumida en un estado de apatía irredenta, con la excepción de la señora Loftus. Decía que ella era la única persona culta y realmente inteligente de Middleshire.

—¿Eso decía? ¿Y el obispo de Southminster?

—No le mencionó. Mi relación con la señora Loftus es muy superficial —añadió Hugh en tono interrogativo, mirando a su elegante y animada anfitriona.

—Suponía que la conocías bastante bien porque estás aquí.

—No. Me pidió que viniera en el último momento. Me imaginé que yo era un «relleno». Acepté con la esperanza, aunque muy vaga, de encontrarte aquí.

Para sorpresa de Rachel, su corazón le hizo a Hugh el cumplido de latir una brizna más deprisa de lo acostumbrado. Rachel miró al frente y sus ojos ausentes recayeron sobre el señor Tristram, sentado enfrente de ella, hablando con cierto mal humor a la señorita Barker. Rachel le miró fijamente.

El señor Tristram era ya apuesto antes y el paso de cuatro años le había alterado muy poco en ese aspecto. Todavía no se había vuelto rechoncho, pero era evidente que la Naturaleza le tenía reservada esa ofensa. Volverse rechoncho no es necesariamente tener una apariencia ordinaria, pero si hay un rasgo de vulgaridad intrínseco al hombre o la mujer, una superficie adicional muy pequeña la pondrá de manifiesto, del mismo modo que la ampliación de una fotografía magnifica sus defectos. Ese «poquito más y, sin embargo, cuánto»[42] se había abalanzado sobre el infortunado Tristram, antaño el más delgado entre los delgados. Al parecer, la vida no le había ido demasiado bien. La autocompasión y el aspecto atormentado procedentes del enojo por nimiedades le habían dejado su huella. Su arte no había tomado posesión de él. «Las altas esperanzas se desvanecen al calor de una chimenea»[43]. Pero a veces también se adivina en la vivienda de un soltero. El efecto global que producía en el hombre era convertirlo en alguien de segunda clase mental, moral, social. Parecía a la par que los amigos de segunda clase de los que a Sybell le encantaba rodearse. Hugh y Dick estaban vengándose del rival que les obstaculizaba el paso. Cualesquiera que fueran sus defectos, ellos eran unos caballeros y el señor Tristram sólo era un «perfecto caballero». Rachel no conocía la diferencia cuando era joven. La veía ahora.

—Confío, señorita West —dijo la voz profunda de Harvey, revolviéndose despacio y girando hacia ella con el solitario—, en que gozo de su simpatía en la gran causa a la que me he dedicado, la emancipación de la mujer.

—Pensaba que la mujer nueva había llevado a cabo su propia emancipación —observó

Rachel.

El señor Harvey no prestó a su comentario mayor atención que a cualquiera que tuviera una teoría que proponer con la idea de exponerla al mundo en su conjunto.

—Me atrevo a pensar —prosiguió fijando su grandes ojos apagados en un punto situado sobre ella— que aunque acepto con toda reverencia la posición de la mujer como alguien igual al hombre, tal como proclama en *The Princess* nuestro valiente y laureado autor, yo doy un paso más allá en ese aspecto. Sostengo —matizó en un tono calculado para impresionar a toda la mesa— que la mujer es superior al hombre y que se degrada cuando se esfuerza por situarse en igualdad con él.

Hubo un silencio momentáneo, como el que los viajeros cuentan que sucede al rugido de un león en su sabana primigenia, que acallaba incluso el trino de los pájaros.

—¡Qué cierto es eso! —dijo Sybell, sobrecogida por el estridente esplendor del genio del señor Harvey—. La mujer es superior al hombre, no igual. He tenido esa sensación toda mi vida, pero jamás he percibido en qué medida hasta este momento. ¿No lo cree usted así también, señorita Barker?

—Jamás he desperdiciado una oportunidad para afirmarlo —dijo la apóstol con el codo sobre el pan del señor Tristram, mirando al señor Harvey con cierta aspereza por cazar en los dominios de su mansión—. Todas las mujeres sensatas suscriben esa afirmación desde hace años.

CAPÍTULO XXIII

*Con manos doloridas y pies ensangrentados
excavamos y apilamos, colocamos piedra sobre piedra;
Soportamos la carga y el calor
del largo día, ¡y deseamos que hubiera terminado!
Hasta que regresan las horas de luz
no discernimos lo que hemos construido.*

MATTHEW ARNOLD[44]

Era domingo por la mañana. La noche se desenterraba del cielo para inclinarse pálidamente hacia la muerte sobre la superficie de la tierra. Más por lo que se imaginaban que por lo que se veían, las formas grandes de los árboles eran oscuridad hecha visible. En medio de la noche de los altos olmos que rodeaban Warpington, una única llama amarillenta ardía en la ventana más alta. Había estado ardiendo toda la noche. Y ahora, cuando la noche se desvanecía, la pequeña llama se desvanecía con ella. Al final, se apagó de repente.

Hester se acercó a la ventana y se asomó. Había luz, pero todavía no alboreaba. La estrella matutina mantenía su vigilancia en el este en medio del cielo gris y sobre la tierra gris.

Se sentó y apoyó la frente contra el cristal. No sabía que dolía. No sabía que tenía frío y que estaba exhausta, tan exhausta que la estrella matutina del cielo y la estrella matutina de su alma eran para ella lo mismo. Declinaron juntas y se fundieron en una luz magnífica que anunciaba el día perfecto que llegaría de inmediato.

La noche había pasado y esa otra larga noche de esfuerzo y paciencia y fe, y de remar sin cesar en plena oscuridad y contra la corriente, también había pasado por fin..., por fin. El libro estaba terminado.

Desde los ojos de Hester y sobre sus manos entrelazadas rodaron despacio las lágrimas, esas benditas lágrimas ante las que ninguna mano humana podrá interponerse para enjugarlas.

Para algunos de nosotros, Cristo llega en los albores de la vida espiritual caminando sobre las turbulentas aguas del arte. Y le reconocemos y de buen grado acudiríamos a Su encuentro. Pero nuestros congéneres y nuestros propios temores nos disuaden. Dicen que no es más que un espíritu y que Cristo no camina sobre las aguas, que la tierra hacia la que remamos es el lugar que Él mismo ha designado para que nos encontremos con Él. Así que nuestra pequeña fe nos mantiene en la barca o nos arroja a las olas de ese mar agitado por el viento.

A Hester le parecía como si una vez, hace mucho tiempo, encogida y tiritando, ella hubiera

permanecido desesperada en la orilla de un ancho océano y hubiera oído decir a una voz procedente de la otra orilla: «Ven». Prestó atención, trató de no acudir. Retrocedió un centenar de veces ante la fría caricia del agua que, cada vez que lo intentaba, le dejaba los pies temblorosos. Y ahora, después de un lapso interminable, después de haber confiado y haber dudado, de haber caído y haberse levantado, de haber conocido el viento y la lluvia, después de haber quedado sumida en la desesperación y haber vuelto a levantarse, no sabía cómo, ahora, con todo detalle, una gran ola, la última, la había arrojado medio ahogada en la orilla. Se había producido un milagro. Había llegado a la otra orilla y estaba tendida en medio de un gran sosiego tras la tempestad sobre la solemne orilla y bajo una magnífica estrella blanca.

Hester permaneció inmóvil. La estrella palidecía y palidecía ante la aparición de otra mayor que ella. Durante la pausa que Dios había interpuesto entre la noche y el día llegaban las primeras palabras del petirrojo. Llegaron a los oídos de Hester como procedentes de otro mundo, de un mundo que había quedado atrás. Las notas fragmentarias flotaban a su alrededor, venidas desde una distancia inconmensurable como burbujas dispersas a través de aguas profundas.

Se aproximaba el día. Las criaturas de los árboles y los campos y las montañas de Dios adquirían forma. La criatura del hombre, la pequeña y robusta iglesia situada entre ellas, imponían una vez más sus contornos plebeyos bajo el cielo de Dios. Las formas tenues avanzaban a través de las oquedades de los prados. Unas voces llamaban por entre la grisura. Muy cerca de los aleros se gorjeaba un secreto, transmitido de pico en pico. Abajo, en la habitación de los niños, un suave trino de infancia despertando rompió la quietud de la casa.

Pero Hester no lo oyó. Había quedado sumida en un sueño profundo al pie de la ventana baja, con la frente pálida apoyada contra el cristal; un sueño tan profundo que ni siquiera le despertó la algarabía del bebé ni la entrada de Emma con el agua caliente.

—James —dijo la señora Gresley una hora después, cuando ella y su esposo regresaban del primer servicio matutino en medio de la blanca neblina—, Hester no ha venido. Pensé que te había prometido venir.

—Sí, me lo prometió.

Hubo un instante de silencio.

—Tal vez no se encuentre bien —aventuró el señor Gresley mientras cerraba la puerta del cementerio parroquial para entrar en el jardín.

El corazón de la señora Gresley se inflamó con un sentimiento de injusticia. Ella misma no se sentía bien a menudo, tenía una salud frágil ya antes del nacimiento de sus hijos, pero ¿alguna vez había aducido mala salud como excusa para ausentarse de uno de los muchos servicios religiosos que su esposo sostenía que eran resorte de la vida religiosa?

—No creo que pueda sentirse muy mal. Ahora mismo está de pie junto a la magnolia —dijo con el labio tembloroso y retirando la mano del brazo de su esposo.

Casi odiaba a aquella delgada figura elegante que no pertenecía a su mundo y que, como ella pensaba, se interponía entre él y su esposo.

—Hablaré muy seriamente con ella —dijo el señor Gresley con desaliento, que recordaba que ya había «hablado muy seriamente» con Hester muchas veces ante la insistencia de su esposa y sin resultados apreciables. Y mientras acudía en solitario para reunirse con su hermana, rezó con devoción para que se le concediera el don de la palabra adecuada que decirle.

Un rayo de sol, tenue como un eco, atravesó a hurtadillas la persistente niebla dividiéndola por ambos lados hasta recaer sobre Hester.

Hester, de pie y con un vestido blanco bajo los árboles velados de un claro de plata y ópalo tembloroso, donde seguramente jamás había pisado el pie de ningún mortal, parecía infinitamente alejada de él. Él sintió vagamente que ella era una con ese misterioso universo matutino y que él, el propietario, era un forastero y un intruso en su propio jardín.

Pero el atisbo de sus matas de pepinos en el fondo le tranquilizó. Avanzó con paso firme, como se avanza entre aliados.

Hester no le oyó.

Contemplaba una flor solitaria que había en lo alto de la magnolia, tan absorta que estaba aislada de todas las demás imágenes y de los sonidos. Ayer tenía una yema. Pero hoy, los grandes pétalos blancos de la almendra que lo protegían superponiéndose celosamente unos a otros se habían abierto de par en par y aquella flor perfecta, que no se guardaba nada, había dejado desnuda toda su alma blanca y pura ante su Dios.

Cuando el señor Gresley se detuvo a su lado, Hester volvió hacia él su pequeño rostro apretado y marchito y sonrió. Algo en la apasionada claudicación de la flor ante sí misma se reflejaba en sus ojos.

—Querida Hester —dijo viendo sólo el rostro demacrado y ojeroso—. ¿Estás enferma?

—Sí. No. No creo —respondió Hester con vacilación, devuelta de pronto a sí misma.

Hester parecía atropellarse. El universo del rocío y la plata le había abandonado, había estallado como una burbuja iridiscente ante una caricia. La magnolia desapareció. Hester se descubrió trasplantada de súbito a la prosa de la vida, subrayada por un largo atuendo clerical y un lecho de coles de Bruselas.

—Te he echado en falta —dijo el señor Gresley con cierto énfasis.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Los ojos de Hester perdieron la concentración y la cambiaron por una mirada perdida.

El señor Gresley trató de someter su incipiente enojo.

Hester estaba actuando, fingiendo no comprender y él lo veía.

—Ante el altar de Dios —replicó con severidad, pues el sacerdote había ganado la partida al hombre.

—¿No me has visto allí? —dijo Hester en voz muy baja, pero tan baja que, por fortuna, su hermano no oyó las palabras y se ahorró la blasfemia que significaban.

«Apelaré a sus mejores sentimientos —se dijo él—. Deben de estar ahí... ¡Si pudiera tocarlos!».

Él no sabía que para tocar los mejores sentimientos de nuestros congéneres debemos poder llegar a ellos, pues, de lo contrario, en virtud de nuestra baja estatura sólo conseguiremos apelar a los más bajos, por mucho que nuestras buenas intenciones se pongan de puntillas. ¿Es esa la razón por la que este tipo de llamamientos encuentran con demasiada frecuencia el sarcasmo y la indignación más amargos?

Pero, por suerte, una creencia sólida en que la causa de todas las faltas son las diligencias del demonio y la convicción de que quienquiera que se opusiera al señor Gresley se oponía a la Deidad apoyaban y cegaban al joven vicario en este tipo de emergencias.

Habló seriamente y por extenso con su hermana. Rechazó la tímida excusa de que se había

quedado dormida después de pasar toda la noche insomne y que acababa de vestirse sólo un instante antes de que él la encontrara en el jardín. Le rogó que dejara a un lado semejante insinceridad, tan indigna de ella. Le recordó los largos meses que había pasado en Warrington con las peculiares oportunidades espirituales que le ofrecía; que había que culparlo a él si no lo había insistido lo suficiente sobre la capital importancia de la vida religiosa, el amor siempre presente de Dios y los medios para acercarse a Él a través de los sacramentos. Le imploró que sumara sus oraciones a las de él con el fin de salvarse del culto a su propio talento, que la aislaba del culto a Dios, de que se salvara de su terrible indiferencia hacia todo lo sagrado y de la impaciencia hacia toda enseñanza religiosa que él tanto lamentaba ver en ella.

Habló bien el concienzudo y ciego aspirante a líder que se esforzaba por llevarla a la zanja de la que, sin que él supiera cómo, había salido, pero muy afectado por la oposición que percibía, pues con mucho gusto habría vuelto a empujarla a esa misma zanja.

Había lágrimas en los ojos de Hester, pero los propios ojos eran como pedernales vistos a través del agua. Hester reprimió muchos impulsos fieros y crueles de hablar con la misma llaneza con la que él le hablaba para decirle que no era la religión lo que aborrecía, sino la forma bajo la que él se la presentaba, y que el pecado contra el Espíritu Santo era esa falta de fe como la de él en la religión de los demás. Pero ¿cuándo semejantes palabras sirvieron para algo? ¿Cuándo se han creído? Hester tenía una lengua afilada y estaba aprendiendo poco a poco a protegerse de ella como de su peor enemigo. Depuso muchas armas antes de confiar en que podía hablar.

—Es bueno que te preocupes por lo que vaya a ser de mí —dijo con amabilidad, pero con un tono de voz frío—. Siento que me tengas en esa consideración. Pero, desde tu punto de vista, hacías bien en hablar... como..., como lo has hecho. Aprecio el afecto que lo ha impulsado.

«No puede responderme con limpieza —pensó el señor Gresley con una ira repentina ante la mezquindad de semejante táctica—. Dicen que es muy inteligente, pero no es capaz de refutar una sola de las palabras que digo. Parece que cede y, a continuación, me desafía. Siempre me despacha así».

El sol había derrotado a la niebla y, bajo una luz resplandeciente, las dos figuras avanzaron en silencio una al lado de la otra, de regreso a la casa; una de ellas con algo muy parecido a la ira en su interior, a la ira que en días pasados encontraba expresión en la hoguera y los haces de leña.

Tal vez, el mayor problema con el que Hester se vio obligada a enfrentarse en su vida tuviera su misterioso origen en aquella mañana de ópalo y gasa en que se abrió la magnolia.

CAPÍTULO XXIV

*Il le fit avec des arguments inconsistants et irréfutables,
de ces arguments qui fondent devant la raison
comme la neige au feu, et qu'on ne peut saisir,
des arguments absurdes et trimphants de curé
de campagne qui demontre Dieu.*

GUY DE MAUPASSANT[45]

Los participantes en la fiesta de Sybell se disgregaron el sábado, con la excepción de Rachel y el señor Tristram, que fue incapaz de terminar para esa fecha un boceto que estaba haciendo de Sybell. Cuando Doll descubrió que su esposa había pedido a ese caballero que se quedara hasta el sábado, él suplicó a Hugh en términos muy emotivos que hiciera lo mismo.

—No tengo espíritu literario —dijo Doll, que siempre consideraba necesario explicar que él no era lo que nadie pensaba que era—. Detesto toda esa clase de cosas. Una completa tontería, lo llamo yo. Por el amor de Dios, Scarlett, quédese donde está. Debo ser decoroso con la bestia que habita en mi propia casa y, si se va usted, tendré que enfrentarme a solas a toda la palabrería que me arrojen en el salón de fumar hasta altas horas de la noche.

Fue fácil convencer a Hugh, y así sucedió que la congregación matutina de Warpington tuvo la ventaja de contemplar furtivamente a Hugh y al señor Tristram sentados juntos en el banco de piedra de Wilderleigh, con Sybell y Rachel en un extremo, y Doll en el otro. Nadie miraba a Rachel. El sombrero que llevaba despertó una atención momentánea, pero su rostro ninguna.

Por el contrario, las señoritas Pratt, bien recubiertas por su sombrerero, bien almohazadas, bien enrizadas, sí constituían un elemento destacado de la exigua congregación. El espectador de tantos detalles, a todos los cuales se otorgaba la máxima importancia, tenía sin darse cuenta una sensación opresiva de que todo lo que se podía hacer ya se había hecho. No quedó ninguna alternativa que probar.

Su hermano, el capitán Algernon Pratt, sentado detrás de ellas, las miraba con aire grave y reconocía que eran mujeres hábiles. Pero no estaba tan completamente satisfecho de ellas como lo estaba en los viejos tiempos, antes de ingresar en el ejército y dar comienzo a la verdadera obra de su vida: ascender en la escala social.

El capitán Pratt era un joven alto y de tez blanca, *assez beau garçon*, vestido impecablemente, con unos modales serenos muy bien aprendidos. No era mal parecido, con su labio superior oculto por un bigote cuidado a la perfección; pero ciertas ojeras y una fina arruga en la mejilla, que no

hacían pensar que estuvieran causadas por el exceso de trabajo o la reflexión, le conferían una apariencia un tanto repulsiva.

Jesus, lover of my soul,

cantaban las voces agudas de los niños del coro, apoyadas por Regie y Mary, quienes de pie, juntos, sostenían su común libro de himnos entre ambos a una distancia exactamente igual de cada uno de ellos, con los dos pequeños pulgares tocándose.

Al otro lado de Hester, Fräulein cantaba con toda su alma acompañada por un movimiento pendular del cuerpo:

*Cover my defenceless 'ead
Wiz ze sadow of zy wing.* [46]

Después de aullar como un sabueso por entre los versos iniciales, el señor Gresley subió al púlpito y se entregó a la oración. La congregación coreó un amén y se sentó. Mary apoyó su rubia cabeza en su madre y Regie, en Hester.

Había llegado para el señor Gresley el instante supremo de la semana.

Pronunció el texto:

—¿Puede el ciego guiar a un ciego? ¿No caerán ambos en la zanja?

Quienes somos gentes de iglesia somos conscientes de que el del sermón es un momento admirablemente idóneo para la reflexión serena.

«Una buena mujer no ama sino una vez», se dijo el señor Tristram en actitud atenta, con los afilados ojos fijos con decoro en una columna que tenía delante. Algunos de nosotros estaríamos tan indefensos sin una generalidad o un tópico puritano que sustentara nuestra mente como un inválido lo estaría sin su extracto de concentrado de carne.

«Rachel es una mujer buena, una santa. Una mujer así no ama apresuradamente, pero cuando lo hace ama para siempre». ¿Cuál era ese poema que él y ella habían leído juntos tantas veces? De Tennyson, ¿no?, sobre el amor que no se altera «si percibe una mudanza» [47], sino que lo sostiene incluso hasta el estallido del juicio final. Excelente poeta, Tennyson, conocía el corazón humano. Hacía cuatro años, ella, sin duda, lo adoraba con esa devoción con la que él necesitaba que lo amaran. ¡Y cuánto la había adorado él! Por supuesto, se había comportado muy mal con ella. Ahora lo veía. Pero si lo hizo no fue por falta de amor. Ella fue incapaz de percibirlo en aquel momento. Las mujeres buenas eran cerradas y difíciles, y no comprendían a los hombres. Esos eran sus defectos. ¿Había aprendido ella algo desde entonces? ¿Se daba cuenta de que era mucho mejor que se casara con un hombre que la amara por sí misma y que todavía la amara, en lugar de con algún cazafortunas como ese espingarda de Scarlett? (El señor Tristram llamaba espingarda a todos los hombres esbeltos). Él reconocería con franqueza su falta y pediría perdón. Miró un instante al amable rostro familiar que tenía al lado.

«Me perdonará —se dijo para tranquilizarse a pesar de cierto recelo de duda interior—. Me alegro de haberlo dispuesto todo para quedarme. Hablaré con ella esta tarde. Se ha suavizado

mucho, así que enterraremos el pasado y empezaremos desde el principio juntos».

«Esta tarde subiré andando a Beaumere —se decía Doll mientras estiraba una pierna por fuera del extremo descubierto del banco—. Ojalá Gresley no llamara gusanos a los no conformistas. Algunos de mis mejores arrendatarios lo son y no les gustará oírlo. Y me pasaré a ver las crías de faisán». (Doll hacía esto o algo parecido todos los domingos por la tarde, pero siempre lo ensayaba cómodamente con el pensamiento los domingos por la mañana). «Y si está por allí Withers, daré una vuelta en la barca, en la grande, pues la pequeña hace agua, y colocaré un par de palangres para mañana. No sé si pondré uno en la orilla sur, ya que la última vez hubo que calafatear la barca cuando aquella bestia de anguila se metió entre los tablones. Preguntaré a Withers qué opina. Ojalá Gresley no llamara a los no conformistas lazarillos ciegos de los ciegos. Son muy malas maneras y no creo que el texto pretendiera decir eso, para empezar, ¿y qué sentido tienen las hostilidades en una parroquia? Y le propondré a Scarlett que me acompañe. Nos escabulliremos después del almuerzo y dejaremos a ese sinvergüenza que se las arregle solo. Y el viejo *Crack* también vendrá. El tío George siempre le llevaba».

«Sencillamente, James está superándose —pensaba la señora Gresley con el brazo en torno a su hija pequeña—. ¡Gusanos! ¡Qué espléndida comparación! El clérigo maduro junto a la gran talla de Cristo, y el no conformista invertebrado (creo que el querido James quiere decir «inebriado») como un gusano pegado a la tierra. Pero seguramente Dios, en su misericordia, les permita colarse en el cielo por una puerta trasera. Cuánto me gusta que diga eso, tan generoso, con tanta amplitud de miras, asumiendo la visión esperanzada de todo. Cuánta nobleza muestra. Estos son días en los que deberíamos seguir leales en nuestras trece. Me pregunto cómo se le ocurrirán esas cosas tan hermosas. Por mi parte, creo que el deber del auténtico pastor no es humillarse ante la multitud y llamar incorrecto a lo correcto y correcto a lo incorrecto en aras de ganarse una popularidad pasajera. ¡Qué asombroso! ¡Qué lección para el obispo si estuviera aquí! Es muy laxo con los no conformistas, como si lo correcto y lo incorrecto fueran asuntos de mera opinión. ¡Cuánto talento tiene! Sé que no va a comer nada para almorzar. Ojalá viviéramos en otro sitio donde las mejores piezas fueran más habituales y se apreciara más su talento». Y la señora Gresley cerró los ojos y rezó con fervor mientras se le deslizaba una lágrima desde la mejilla sobre la fina y sedosa melena de Mary, pidiendo que ella pudiera ser menos indigna de ser la esposa de alguien que estaba tan por encima de ella, que los niños crecieran hasta ser como él y que a ella se le concediera la paciencia para soportar a Hester, aun cuando Hester la irritara.

El ojo crítico del capitán Pratt recorrió la congregación. Ignoró por entero a la señora Gresley y a Fräulein. Se detuvo un instante en Hester. Sabía lo que era eso que él llamaba «buena educación» cuando lo veía y era consciente de que Hester la poseía, aunque sus hermanas se hubieran reído de la sola idea. Había visto muchas mujeres muy bien educadas y con ese aspecto ocupar altas cumbres sociales, cuyas casas en este momento le estaban prohibidas. Las hermanas Pratt estaban encerradas en su inteligencia, igual que algunos rostros están encerrados en una sonrisa. No era una sonrisa espontánea, fugitiva, evanescente, exhibida con elegancia ni ligeramente dejada de lado como en el caso de Hester. Conoció a Hester de forma superficial en Londres durante varios años. La había visto en condiciones de cercanía, de una forma que nunca se mostraba a sus hermanas, con hombres y mujeres inaccesibles con los que había trabado conocimiento y cierta relación, pero a los que, a pesar de muchos avances cuidadosamente

escondidos, le había resultado imposible conocer más... El capitán Pratt había llegado a ese estadio de su profesión de ascenderse a sí mismo cuando se convirtió en un barómetro social. Cuidaba en exceso con quién se relacionaba, con qué mujeres bailaba, qué casas visitaba, y cualquiera de sus conocidos que quisiera determinar al milímetro cuál era la posición social que ocupaban sólo tenía que sopesarlo con la piedra de toque de la conducta del capitán Pratt hacia ellos.

A Hester, que percibía muchos datos de esta naturaleza, siempre le divertía la fría consideración con la que él la trataba en sus raras visitas a las Towers de sus padres; y que sus hermanas sólo podían interpretar como un signo de que «Algy tenía interés por Hester».

«Pero nunca se casará con ella —se decían la una a la otra—. Algy apunta más alto».

Era verdad. Si Hester hubiera sido Lady Hester, es posible que, aun cuando el apellido de Pratt fuera rechazado con frecuencia por mujeres más valientes, se le hubiera ofrecido en última instancia. Pero el capitán Pratt estaba decidido a casarse con la alta sociedad y nada que anduviera muy lejos de una Lady Algo le servía para nada. Una Ilustre era mejor que nada, pero para él no valía gran cosa. Tenía forma de ausentarse cuando fuera necesario. A nadie se le anunciaba como Ilustre. Ni siquiera aparecía en las tarjetas. Se podía pasar por alto. Para que el título revistiera algún valor práctico, debía ser patente, obvio. ¡Lady Georgiana Pratt! ¡Lady Evelina Pratt! Cualquier apellido serviría con ese prefijo. Su mirada viajó nada menos que hasta Sybell y volvió a detenerse. Ella era «de las adecuadas» y vestía de la forma apropiada. ¿Por qué no podían imitarla Ada y Selina? Pero él nunca le había perdonado el hecho de que se hubiera topado en su casa con «infinidad de granujas», con los que después se había visto obligado a saludarse en Rotten Row. No, Sybell no le habría servido. Se rodeaba de personas vulgares.

El capitán Pratt tenía unos modales demasiado buenos para ser culpable de mirar fijamente a alguien, excepto a las criadas o las dependientas bonitas, y su ojo se desplazaba siguiendo la estricta política de la etiqueta que regía todos y cada uno de sus movimientos. Se detuvo momentáneamente en Rachel. La conocía, como todo soltero de Londres. Una heredera colosal. No era ni sencilla ni guapa. Tenía buena figura, pero no lo bastante buena para compensar su rostro insulso. No tenía el aire de distinción que él detectaba con tanta rapidez y aprecio. Era una insignificancia social. No le preocupó mirarla por segunda vez. «No me casaría con ella aunque su fortuna fuera el doble de la que es», se dijo.

La mano de Regie se había inmiscuido en la de Hester. Su respiración regular, que más se sentía que se oía cuando cayó dormido sobre el hombro de ella, rodeaba a Hester de la atmósfera de paz y comodidad que su padre había quebrado a primera hora del día. Regie solía devolverle lo que su padre le arrancaba.

Escuchó el sermón como desde un cálido nido bien resguardado por encima del pantanoso suelo de los sentimientos personales.

«¡Querido James! ¡Qué bueno es! ¡Qué sincero! Pero los gusanos no entran por puertas traseras. ¿Por qué no se enseña a los clérigos unas pocas reglas elementales de composición antes de que se ordenen? Pero tal vez nadie repare en ello salvo yo. James es sin duda un santo. Tiene la valentía de manifestar sus opiniones. Creo que ama a Dios y a la iglesia con todo su corazón y que estaría dispuesto a ir a la hoguera por ellas, o me enviaría a mí a ella si pensara que lo hacía por el bien de mi alma. ¿Por qué no tiene ningún poder? ¿Por qué gusta tan poco en la parroquia y en el vecindario? Estoy segura de que no es porque tenga capacidades reducidas, haga juegos de

palabras burdos y diga las cosas claras. ¡Cuántos clérigos excelentes que hacen eso mismo son muy queridos! ¿Es porque trata a todo el mundo como me trata a mí? ¡Qué cosas tan espantosas piensa de mí! No me extraña que esté preocupado por mí. ¡Menudos indignos motivos de tozuda ceguera y arrogancia está atribuyendo a los no conformistas! ¡Ay, James, James! ¡No verás nunca que es la falta de fe en la sinceridad de la religión de los demás, porque no adopta la misma forma estrecha que la tuya, lo que despoja de todo efecto a todo tu fervor y tu honestidad! Crees que la oposición que suscitas en todo el mundo es la oposición del mal al bien, de la indiferencia a la piedad. ¡Cuándo aprenderás que es el bien que hay en quienes te oyen lo que se opone a ti, el amor de Dios que hay en ellos lo que se ve ofendido por la representación que haces de Él!».

Hugh tenía la mirada fija en la misma columna que el señor Tristram, pero, si hubiera sido consciente de ese detalle, habría escogido otra. Su rostro fino y bien parecido estaba empezando a mostrar las huellas de la tensión y el agotamiento mental. Sus ojos mostraban la mirada imperturbable de alguien que, encerrado por todas partes, atisbara una curva cerrada delante de sí en un camino desconocido.

«¡Rachel! ¡Rachel! ¡Rachel! ¿No me oyes llamarte? ¿No me oyes decirte que no puedo vivir sin ti? El himno tenía razón. “*Other refuge have I none, Hangs my helpless soul on Thee*”[48], ha sido escrito para ti, no para ese Dios tan, tan lejano que no se preocupa. Preocúpate sólo por mí. Ámame sólo a mí. Dame sólo a mí esas manos frescas para que pueda apoyar mi frente sobre ellas. Ninguna ayuda puede llegar a mí salvo a través de ti. Inclínate hacia mí y elévame, pues yo te amo».

El sol entró de improviso y una sombra fría cayó sobre la columna y sobre el corazón de Hugh.

El amor y el matrimonio no eran para él. Ese Dios remoto, ese Juez de negra toca había dictado sentencia contra él, le había condenado a morir por sus pecados. Cuando se sentó en la iglesia de su aldea el mismísimo domingo anterior, entre su madre y su hermana, vio en el muro del presbiterio el lugar vacío donde se instalaría la placa en su memoria. Cuando atravesó el cementerio, con su madre agarrada del brazo, mientras acomodaba su paso al de ella, frágil, vio el espacio vacío junto a la tumba de su padre ya lleno por el montículo de tierra virgen que dentro de poco le cubriría. Le dolía el corazón por su madre, por su hermana cariñosa y de mentalidad quebradiza que había transferido el interés por la vida, que mantiene cuerpo y alma unidos, desde su existencia incolora a la de su hermano. Hughie era el romance de su vida gris: lo que Hughie decía, lo que Hughie pensaba, la esposa de Hughie... ¡Oh, celoso pensamiento al que sólo se puede hacer frente mediante la oración! Pero, después, el gozo de los gozos..., ¡los hijos de Hughie! Antes y ahora, había reparado en ello vagamente, durante un instante, pero jamás con tanta intensidad y plenitud como el domingo anterior. Rehuyó ese recuerdo y su mente deambuló de nuevo por el laberinto de pensamientos entrecortados y retorcidos del que no lograba encontrar salida.

«Debe de haber alguna salida». Todas estas semanas en las que no había visto a Rachel, un día tras otro, había ido dando tumbos despiadadamente hacia su siguiente encuentro con ella, como un hombre medio ciego avanza a tientas hacia la luz. Pero la presencia de Rachel no aportaba ninguna pista para salir del laberinto. ¿Qué vana esperanza era esta que él había abrigado inconscientemente de que ella podría ayudarlo? No había ayuda posible para él. No había salida. Estaba en una trampa. Debía morir, y pronto, a manos de sí mismo. ¡Increíble y absurdo destino! Se estremeció y miró a su alrededor sin querer.

Su mirada, respetuosa, inundada de anhelo atemorizado, recayó sobre Rachel y su corazón clamó de súbito: «Si me ama, no seré capaz de abandonarla».

CAPÍTULO XXV

Mírame a la cara; es mi nombre El-que-pudo-haber-sido; también pueden llamarme No-más, Demasiado-tarde, Hasta-la-vista.

DANTE GABRIEL ROSSETTI[49]

Era domingo por la tarde. El señor Tristram se apoyó en la barandilla de piedra que cercaba la alargada terraza de Wilderleigh. Observaba dos figuras lejanas, seguidas por un punto negro, alejarse paseando por el parque. Una de ellas parecía arrastrarse de mala gana. El señor Tristram se congratuló por la perspicacia que le había llevado a mantenerse escondido hasta que Doll y Hugh partieran hacia Beaumere.

Con el tono de voz de quien cumple un rito religioso, Sybell había anunciado en el almuerzo que descansaría hasta las cuatro en punto y que a partir de esa hora estaría dispuesta a posar para el retrato de su labio superior.

Ahora no eran más que las dos y media. El señor Tristram se plantó exactamente delante de las ventanas de Rachel con la espalda hacia la casa. «Me tendrá esperando, pero saldrá a tiempo», se dijo, nervioso y confiado, por turnos, descansando la cabeza sobre la mano con bastante dignidad. Su conocimiento de la feminidad le sostenía como un salvavidas, pero se decía que, a veces, los salvavidas ponen cabeza abajo a quienes los llevan. Se conocían teorías que exhibían la misma tendencia vengativa hacia quienes depositan su confianza en ellos.

«Por supuesto, tiene que mostrarme que está ofendida conmigo —reflexionaba mientras miraba ininterrumpidamente a las colinas galesas—. No habría salido si se lo hubiera pedido, sino que vendrá sin duda porque no lo he hecho. Le daré media hora».

Mientras tanto, Rachel estudiaba al señor Tristram desde la ventana de su dormitorio con ese interés desapasionado por el escrutinio que los más vanidosos harían bien en evitar refugiándose en una cueva maloliente.

«Me pregunto —se decía ella— si Hester siempre lo vio como yo lo veo ahora. Creo que sí».

Rachel se puso el sombrero y tomó los guantes. «Si esto soy realmente yo y ese es realmente él, será mejor que baje ahí y lo acepte», se dijo.

El señor Tristram le había dado media hora. Ella apareció en la entrada de piedra antes de que hubieran pasado los cinco primeros minutos del tiempo fijado y él experimentó un auténtico sobresalto cuando oyó sus pasos sobre la grava. El respeto que sentía por ella cedió un poco ante esta premura.

—Estaba aguardando con la esperanza de verla —dijo tras un instante de vacilación—. Estoy

deseando mantener una conversación importante con usted.

—Claro —contestó ella.

Caminaron por la terraza y, enseguida, llegaron al pequeño soto adyacente. Se sentaron en un banco de madera en torno a un viejo cedro, en el corazón de la tarde dorada.

Era una tarde cuyo secreto jamás contarán al invierno y el verano el otoño y la primavera, en la que podrían hacerse realidad los sueños de amor más agrestes, en la que hasta la muerte podría descender y depositar sus cálidos labios sobre los nuestros y no nos sorprenderíamos.

Un martín pescador se mostró con fugacidad en el claro de regreso al riachuelo próximo, huyendo del inmóvil esplendor de los bosques abrasados por el sol, donde no era más que un cortesano, hasta el reducido universo ventoso de piedras grises y agua, donde era un rey enojado.

Cuando el martín pescador les dejó *tête-à-tête*, el señor Tristram descubrió que estaba en una posición en extremo incómoda sobre el bancal de hierba. Tuvo la sensación de que no había reparado lo bastante de antemano en las peculiares dificultades que, en el lenguaje del derecho, «se habían visto implicadas en su caso».

Rachel se sentó a su lado en silencio. Si se hiciera una crónica diciendo que ese pesar compasivo por el aprieto en que se encontraba su acompañante era el principal sentimiento que ocupaba su mente, Rachel sería un ángel.

El señor Tristram se detuvo un rato entre dos opiniones. Finalmente, dijo con la voz entrecortada:

—¿Puede usted perdonarme?

¿Qué mujer, aun con el pelo ya cano, incluso después de haber pasado toda una vida lejos del alcance del oído, olvida alguna vez el tono que adopta la voz de su amante cuando este se ve en apuros? Rachel se ablandó al instante.

—Le perdoné hace mucho —dijo con amabilidad.

Algo indefinible en la mirada franca y clara con que respondió a la de él le intimidó. Él la miró con ansia. Le parecía como si estuviera de pie en medio del frío y la oscuridad, asomándose por las ventanas de los ojos despreocupados de ella para ver el cálido hogar soleado que antaño había sido suyo, cuando tan extraordinariamente bien le había tratado, pero del que había perdido la llave.

Una hoja amarilla aislada, crujiente y cóncava como una barca para enamorados, llegó surcando una corriente de aire imperceptible hasta descansar sobre la rodilla de Rachel.

—Al principio estaba enfadada —dijo con un tono que cayó atravesando el silencio como otra hoja—. Y después, al cabo de un tiempo, le perdoné. Y luego, mucho después, descubrí que usted jamás me había ofendido..., que no tenía nada que perdonar.

Él no comprendía y, como no comprendía, explicó con detalle —pues aquí sentía que pisaba suelo firme— que, por el contrario, tenía mucho que perdonar, que había actuado como un canalla endemoniado, que los hombres eran bestias rudas, indignas de besar las correíllas del zapato de una mujer buena, etcétera, etcétera. Identificó su conducta con la del conjunto de su sexo, sin aludir a ella como la del individuo Tristram. Dejó claro que no afirmaba haberse comportado mejor que «la mayoría de los hombres».

Rachel escuchaba con atención. «Y yo le amaba de verdad», se dijo.

—Pero la cualidad divina de la mujer es su capacidad para perdonar. Su amor eleva a un hombre, lo transfigura, ennoblece su vida entera —etcétera, etcétera.

—Parece que mi amor no tuvo en absoluto ese efecto sobre usted en aquel momento —replicó Rachel, lamentando las palabras en el instante mismo en que las pronunció.

El señor Tristram se sintió aliviado. Ahí, por fin, tenía el reproche que estaba esperando.

Le tranquilizó diciéndole que hacía bien en estar enfadada. Él se acusó una vez más. Denunció la maldita moral de la época según la cual él debía haber ascendido; la moral, ojalá lo supiera, de todos los hombres no casados.

«Eso es un golpe contra el señor Scarlett», se dijo con desdén y, a continuación, su mejilla palideció cuando recordó que, después de todo, Hugh no estaba exento. Se sintió repentinamente cansada, impaciente, pero esperó en silencio la inevitable proposición.

El señor Tristram, que tenía el don de la expresión enfática y superficial que las gentes convencionales consideran la rúbrica del genio, se había quedado tan enredado en la moral de la época que le costó cierto tiempo liberarse del tema antes de poder pasar a suplicar con vehemencia la causa del hombre que, por indigno que pudiera ser, la había amado mucho tiempo, la amaba ahora y la amaría siempre, en este mundo y en el venidero.

Fue la proposición más extensa que Rachel había recibido, y había recibido muchas. Pero si la proposición fue extensa, la negativa lo fue más. Rachel, que tenía buena memoria, la introdujo opinando que la vida artística planteaba grandes exigencias, que el verdadero artista debe vivir enteramente para su arte, que la vida doméstica podría revelar ser un impedimento. Había leído en algún sitio que las altas esperanzas se desvanecen al calor de una chimenea[50]. El señor Tristram echó por tierra estas objeciones tan despiadadamente como los patos picotean a sus polluelos cuando no los han visto durante un par de días.

Aun cuando se vio obligada a volverse más explícita, al señor Tristram le resultaba imposible creer al principio que ella lo rechazara. Pero el conocimiento, bien arraigado como el roble de un bosque, de que ella le había amado con devoción no logró imponerse frente a la odiosa convicción de que estaba decidida a no casarse con él.

—Entonces, en ese caso, ¿no me amó usted nunca?

—No le amo ahora.

—¿Está decidida a no casarse?

—Al contrario, espero hacerlo.

Las palabras de Rachel le pillaron por sorpresa a ella misma. Hasta ese momento no tenía la menor idea de que estuviera deseando algo de semejante naturaleza.

—Prefiere a otro. Esa es la auténtica verdad.

—Prefiero a otros.

El señor Tristram la miró con recelo. Sus respuestas no concordaban con lo que conocía anteriormente de ella. Tal vez olvidó que durante su ausencia había encargado a su dócil alumna deberes para un largo fin de semana con el fin de que aprendiera y que ella había aprendido.

—Usted cree que sería más feliz con algún aristócrata cazafortunas que con un hombre sencillo de su misma clase que, por muchos defectos que tuviera, la ama por usted misma.

¿Por qué la palabra aristócrata aplicada a un caballero resulta tan ofensiva como la de lacayo aplicada a un criado?

Rachel se acercó imperceptiblemente.

—Eso depende del cazafortunas —dijo con ese toque de *hauteur* que, cuando los vulgares recurren por fin al uso de la insolencia que es la cara oculta de su gentileza, siempre produce en

ellos el mismo efecto que un trapo rojo ante un toro.

Utilizando sus propias palabras, ellos siempre «le hacen frente». El señor Tristram lo hizo física y mentalmente. También levantó la voz, lo que provocó que dos conejos se apresuraran a entrar en su madriguera.

Las mujeres, dijo, eran impredecibles. Jamás volvería a creer a otra. Su desconfianza en la mujer se elevó incluso hasta la colonia de grajos de los altos olmos que tenían al lado. Resultaba increíble que ella, Rachel, a quien él siempre había considerado la primera entre todas las mujeres, estuviera deslumbrada por el *glamour* vacuo de las clases altas ahora que su fortuna ponía a su alcance ese tipo de matrimonios. Él habría rechazado semejante insinuación con desprecio si no la hubiera escuchado de sus propios labios. Bueno, la abandonaría a la vida que ella había escogido. Sólo le quedaba agradecerle que le hubiera arrancado sus últimas ilusiones y despedirse de ella.

—No volveremos a vernos nunca —dijo sosteniéndole la mano y ofreciendo, sin ilusiones ya, un aspecto muy semejante a cuando las tenía.

Él había leído en algún sitio un poema sobre «A Woman's No», que en el último momento significaba «sí».[51] Y también había otro que refería cómo, tras varias estrofas de reprobación, «corrieron a echarse el uno en brazos del otro». Ambos le vinieron ahora a la cabeza. Muchas veces había pensado cuán ciertos eran.

—No creo que volvamos a vernos nunca —dijo Rachel, quien, por lo que parecía, tenía una naturaleza poética—, pero me alegra por mí bien que nos hayamos encontrado en esta ocasión y haber mantenido esta conversación. Creo que nos lo debíamos el uno al otro y a nuestro... antiguo apego.

—Bien, adiós.

Sostenía todavía la mano de ella. Si ella no tenía cuidado, iba a perderlo.

—Adiós.

—¿Entiende que es para siempre?

—Lo entiendo.

Se quedó lívido de repente. La amaba más que nunca. ¿Le dejaría marchar de verdad?

—No soy de esos hombres a los que se puede hacer regresar con un silbido —dijo con brusquedad.

Era una súplica y un desafío, pues era exactamente ese tipo de hombre y los dos lo sabían.

—Claro que no.

—¿Es su última palabra?

—Mi última palabra.

Dejó caer su mano y se dio casi la vuelta para marcharse.

Ella no hizo ningún gesto.

Luego, salió del bosquecillo con brusquedad y sin volver la vista atrás. En la portezuela se detuvo un instante para tratar de escuchar. No oía ninguna voz que le llamara. Los poetas no sabían de lo que hablaban. Con la mano temblorosa, cerró la cancela de un portazo y se marchó.

Rachel permaneció mucho tiempo sentada en el banco de madera, tanto que la caída del sol descubrió los solemnes brazos extendidos del cedro y los acarició hasta que resplandecieron de verde como las alas de un escarabajo. Todas y cada una de las ramas y ramitas quedaron de

manifiesto, de oro puro ante el ocaso que acechaba bajo las ramas más gruesas.

Estaba sentada tan inmóvil que una ardilla se acercó sigilosa por el musgo e irguió la cola un instante para observarla. La miró inquisitivamente, primero con uno de sus redondos ojos y, después, volviendo la acicalada cabeza, con el otro, hasta que concluyó que era inofensiva.

Al instante, un petirrojo se dejó caer junto a ella mostrando sus costados grises bajo las alas mientras se posaba con suavidad para elevarse después hasta el corazón del cedro, desde cuyas profundidades teñidas de sol dijo su trino.

El petirrojo nunca olvida. En las tardes de otoño, cuando las sombras se alargan, canta a la tristeza del corazón. Si estamos alegres, le cerramos los oídos, pues mientras canta podemos conservar la paz, pero nunca la alegría. Lo sabe todo de ella, «trabajos de amor perdidos», el rostro gris del joven Amor muerto, la sepultura labrada en la roca viva donde yace enterrado. Y habla de él otra vez, y otra vez, y otra vez, como si la afilada espada del Amor hubiera ruborizado ciertamente su pequeño pecho, hasta que duele el corazón de oírlo. Pero también cuenta que el consuelo está envuelto no en el olvido, sino en el recuerdo. Esa es la razón por la que canta en el silencio del alba otoñal, antes de que la memoria cierre los ojos, y de nuevo cuando se aproxima la puesta de sol, cuando la memoria despierta.

Rachel continuaba inmóvil.

Se había esforzado como una idiota para olvidar, con una pasión irreflexiva, igual que un hombre se desuella la mano una noche tras otra, una semana tras otra, un mes tras otro, para limar los barrotes de su prisión. Descubrió por fin que el olvido no provenía de la oración y el ayuno; que no era propio de ella olvidar. El pasado parecía extender su cruel mano profanadora por todo el futuro, aislándola de la posibilidad de encontrar el amor y el matrimonio, y de los niños a quienes en sueños sostenía entre sus brazos. Como le dijo a Hester, pensaba que no tenía ya «nada que dar».

Pero ahora, en el encuentro con su antiguo amante, el pasado muerto se había levantado de su tumba y, en un instante, en dos breves días y noches desveladas, abandonó aquella falsa afirmación sobre su vida. Veía que era falsa, que se había sentido atemorizada donde no había miedo, que su liberación residía en el recuerdo mismo, no en las esposas con las que hasta ahora había inmovilizado a su libertador.

El señor Tristram había regresado a su vida y, con sus propias manos, había destruido la imagen derribada de sí mismo que se interponía como una barrera en su corazón. Él la había sustituido por un exposición precisa de sí mismo, como en realidad era.

«Sólo lo que se sustituye está destruido»^[52], y a menudo es nuestro propio yo y sus harapos de indígena y no, como imaginamos celosamente, otro rey de púrpura y boato quien nos ha sustituido en la sala del trono del corazón que nos amó. Rachel no olvidó hasta el final de su vida al señor Tristram, igual que el ámbar no olvida a su mosca. Pero cuando se marchó fue vagamente consciente de que la había dejado libre. Escuchó la marcha de sus pasos casi sin atreverse a respirar. Era demasiado bueno para ser cierto. Por fin había un silencio sepulcral. Ni el eco de una pisada. Desaparecido por completo. Se había marchado no sólo de su presencia, sino de su vida.

Volvió a respirar. Un estremecimiento como el que agita la primera hoja verde bajo los cielos de marzo irrumpió en su corazón aplastado, vacío por fin, vacío por fin. Levantó la mano tímidamente hacia el sol. Era libre. Miró a su alrededor deslumbrada, desconcertada. El pequeño mundo de rayos de sol y azules turquesa del cielo esparcido entre el entramado dorado de árboles

le sonreía, como quien trae buenas noticias.

Un cierto abrazo familiar a la vida y la naturaleza, tan antiguo que resultaba casi nuevo, que había olvidado, pero que su antiguo yo solía sentir, regresó de repente sobre ella como un antiguo amigo venido de ultramar. Las escamas parecían caerse de sus ojos. La luz era demasiado para ella. Había olvidado lo hermoso que era el mundo. Todo era posible.

En la noche de su desolación, algunos logran encontrar consuelo cuando ven la estrella matutina estremecerse de blanco en el este y dicen: «Valor, el día está próximo».

Pero otros nunca advierten que su noche ha terminado hasta que el sol ha salido. Rachel se había instalado en un estupor prolongado. El mensaje escrito en las estrellas para consolarla en letras grandes de que la noche sin duda se desvanecía no le había llegado, sumisa como se consideraba bajo la mano de Dios. Y el seguro regreso del sol irrumpió por fin en ella como un milagro.

CAPÍTULO XXVI

No todo el mundo puede pescar un salmón.[53]

Todo el que conoce Middleshire sabe que el pequeño lago de Beaumere está rodeado en uno de sus lados por tierras de Westhope y, en el otro, por las de Wilderleigh, siendo el límite el ubicuo Drone, que lo atraviesa de forma inconstante y que, con ayuda de varios arroyos, convierte Beaumere en lo que es, a saber (citando la guía local): «la extensión más noble de agua rodeada por parte de los paisajes más pintorescos de Middleshire».

Hacia allí emprendieron camino Doll y Hugh con el aire ocioso de los hombres cuya ortodoxia obliga a considerar el domingo un día de descanso.

Doll señaló a Hugh el bosquecillo que su predecesor, el señor George Loftus, había plantado. Hugh lo contempló sin emoción. Ambos coincidieron en que se estaba poniendo muy bonito. Hugh pensaba que también debía plantar algo en sus tierras. Doll le dijo que no se podía hacer todo a la vez. El siguiente objeto de interés fue una gran explotación nueva.

—Tío George reconstruyó Greenfields de la nada —señaló Doll mientras atravesaban el camino alto y se entregaba a los campos de cultivo, donde «los almiarres permanecían grises bajo el sol».

Hugh asintió. Doll pensó que era un tipo muy honrado, aunque bastante triste. Hugh pensó que si el señor George Loftus estuviera vivo, tal vez podría haberle consultado. En medio de un silencio amistoso, roto de vez en cuando por los silbidos para llamar a *Crack*, que correteaba con la vista nublada y asmático en busca de madrigueras de conejos, la pareja llegó a Beaumere; y después, siguiendo el sendero que atravesaba el bosque, llegó de improviso al pequeño lago encerrado en el corazón de una foresta en unas laderas muy empinadas.

Doll se detuvo y señaló con el bastón por miedo a que a Hugh se le pasara por alto.

—Vengo aquí todos los domingos —comentó.

Una sensación de irrealidad y presagio se apoderó de Hugh cuando el rostro inmóvil del agua levantó la vista hacia él. ¿Dónde lo había visto antes, este mar de cristal que reflejaba los árboles amarillentos que se inclinaban hasta la mismísima orilla? ¿Qué tenía que ver con él?

—Ya he estado aquí —dijo sin querer.

—Diría que sí —asintió Doll—. Newhaven pasea por aquí conmigo. La linde está junto a ese grupo de abedules. El Drone entra por ahí, pero no se ve. Los Newhaven son amigos suyos, ¿verdad?

—Conocidos —corrigió Hugh distraídamente, con la mirada fija en el agua.

Nunca había estado ahí. La memoria tanteaba a ciegas en busca de un eslabón perdido, como quien reconoce por un segundo un rostro en medio de una multitud y trata de ponerle nombre sin conseguirlo. Igual que el rostro desaparece, así también desapareció de la mente de Hugh esa impresión repentina.

—Espero que haya estado aquí con ellos —dijo Doll—. Un buen hombre, Newhaven.

—Antes, hubo un tiempo en que los veía bastante —señaló Hugh—, pero últimamente parecen haberse olvidado de mí.

—Bueno. Eso es ella —dijo Doll—. Siempre anda viendo mucho y dejando de ver a las personas. Un día se encapricha de alguien y, al día siguiente, le desagrada. Pero él no es así. Uno siempre sabe dónde dar con él. Un hombre sólido, Newhaven. No dice gran cosa, pero lo que dice, lo mantiene.

—Da esa impresión —comentó Hugh.

—Creo que está ahí ahora —añadió Doll señalando a la otra orilla—. Veo una figura que se mueve y dos manchitas pequeñas. No me extrañaría que fuera él con los niños. Suelen venir aquí los domingos por la tarde.

—Tiene usted buena vista —apreció Hugh.

Desde que hicieran el sorteo, Hugh había visto varias veces a Lord Newhaven y siempre se habían saludado con frío civismo. Pero Hugh le evitaba siempre que podía sin llamar la atención sobre el hecho de que lo hacía.

—¿Va a dejarse caer por allí? —preguntó.

—Mejor no —respondió Doll—. Nunca he colocado un solo palangre ni disparado un solo tiro más allá de ese grupo de abedules, ni tampoco el tío George lo hizo.

Los dos hombres escogieron el camino que bajaba por la ladera de la colina entre los altos y delgados troncos de los árboles. Salvo los perros de la parcela del guarda, no había nadie y el camino estaba despejado cuesta abajo. Doll recogió la llave del cobertizo de las barcas de un agujero que había bajo el alero.

—Creo que Withers debe de estar fuera —señaló por fin después de golpear y llamar a la puerta y asomarse por la ventana, ambas cerradas. Hugh fue de esa misma opinión durante un momento—. Se habrá marchado con su esposa, espero. Da igual, podemos arreglárnoslas sin él.

Se deslizaron junto al tronco seco del haya hasta el cobertizo. Doll abrió la puerta y se subió a una de las barcas. Hugh y *Crack* le siguieron. Bajaron de un estante alargado una caña para percas y media docena de palangres. Después, se alejaron un trecho de allí y se detuvieron cerca de un archipiélago de hojas de nenúfar.

Doll sacó la caña y el flotador e hizo un lanzamiento.

—Esto no es pescar —dijo en tono de disculpa, mitad para su invitado y mitad para el Creador—. Pero seguro que cogemos algunos cebos.

Hugh asintió y bajó la vista para mirar el pequeño bosque en el agua. Veía a la perca moverse con algunos acompañantes en las aguas inmóviles más allá de los árboles del agua. Enseguida se acercó al anzuelo malamente disimulado una perca, una muy pequeña, en solitario al principio, con la cabeza rígida y moviendo la cola.

«No, no, pequeña idiota», dijo Hugh para sí. Pero la perca sabía que había llegado el momento en que una perca debe juzgar por sí misma.

El flotador hizo una genuflexión y se hundió y, al segundo siguiente, la criaturita independiente

estaba en la barca.

«Según parece, en este mundo hay más estúpidos, además de mí», se dijo Hugh.

—Servirá, pero ojalá fuera un leucisco —lamentó Doll mientras introducía a la víctima en una lata con agujeros en la parte superior—. Con media docena bastará.

Consiguieron la media docena, cebaron y colocaron los palangres con la cara blanca hacia arriba, y se habían dado ya la vuelta para remar de regreso cuando la mirada de Doll se quedó fija de súbito en un punto.

—Por Júpiter, hay algo ahí —dijo señalando a un palangre, a cierta distancia.

Ambos se esforzaron por mirar. Crack percibió que sucedía algo y dejó de olisquear la lata de peces vacía.

El palangre empezó a inclinarse, a recostarse y, entonces, se volvió del revés bruscamente y se quedó inmóvil.

—Están soltándolo —dijo Doll.

Mientras lo decía, el palangre experimentó una sacudida y se sumergió. A continuación, reapareció para agitarse con torpeza en la superficie.

—¡Eh! ¡Maldita sea! Es domingo —se quejó Doll—. No podemos coger lucios los domingos.

Y tomó los remos y bogó a toda prisa hacia el palangre.

Tan pronto como estuvieron a menos de una barca de distancia, volvió a desaparecer, a reaparecer y estuvo dando saltitos a lo largo de la superficie del agua. Doll lo persiguió con cuidado y lo agarró.

—Ahora con cuidado —advirtió mientras recogía los remos—. Si no estamos atentos, se meterá debajo de la barca y nos sacudirá. Yo juego con él y tú le echas la red por debajo. ¡Maldita sea! ¡Dios me perdone! Hemos salido sin salabre. Dios bendito, Scarlett, no puedes arponearlo con un sacacorchos. Ahí, tú tira de él y yo lo agarro como pueda. Lo he hecho otras veces. *Crack*, túmbate, loco del demonio. Scarlett, si tiras así, lo perderás de todas, todas. ¡Arrea! Es grande.

Doll se quitó el abrigo y se remangó la camisa.

—Va debajo de la barca. Si le dejas meterse debajo de la barca, te aseguro que nos sacudirá bien. Estoy bastante preparado.

Los botones del chaleco de Doll se restregaban contra la borda.

—Acércalo poco a poco. Por el amor de Dios, aparta los pies del sedal porque, si se lanza de golpe contra algo, te tumbará. Dale hilo. Mantén los codos separados. Déjate libres las manos. No permitas que tire de ti. Si no le das más hilo cuando tira, lo perderás. Todavía no está ni medio agotado. ¡Maldito seas, Scarlett, sujétalo con todas tus fuerzas! De acuerdo, viejo amigo, de acuerdo. No me hagas caso a mí. Ahora, ahora. ¡Fíjate! ¿Lo has visto esta vez? Es un fuera de serie. Mantenlo firme. Acércalo con cuidado. Sigue y tira un poco de él. Sigue así.

Doll sacó la cabeza por la borda y metió los brazos en el agua. Hubo un remolino, se vio un atisbo momentáneo de la cara imperturbable y el principio del tronco de un pez y la barca se enderezó.

—¡Se me escapó, por mi vida! —jadeó Doll—. Acércalo otra vez.

Hugh soltó de nuevo el resbaladizo hilo y volvió a tirar de él poco a poco, paso a paso. Doll asomaba la cabeza redonda por encima de la borda y tenía las largas piernas extendidas para adherirse al suelo de la barca. *Crack*, fuera de sí de excitación, se subió al asiento y ladraba sin cesar.

—Ahí viene otra vez —alertó Doll con una voz gutural, deslizando hacia adelante la mano izquierda—. Tengo que agarrarlo por los ojos, pero después dudo que pueda izarlo. Es una bestia grande. Arrastra barca y todo. Ya está casi agotado. ¡Con firmeza! ¡Ahora!

El gran costado del lucio apareció agitándose un momento sobre la superficie y los dedos índice y pulgar izquierdos de Doll palparon en busca de los ojos. Pero el lucio agonizante hizo un último esfuerzo. Doll lo tenía agarrado con la mano izquierda, pero no logró izarlo.

—¡Tira de él ahora, con todas tus fuerzas! —gritó a Hugh mientras se agarraba a la barca con la mano derecha.

Las piernas empezaron a perder agarre bajo las violentas contorsiones del lucio. La barca basculaba enloquecida. Hugh se inclinó hacia delante para ayudarlo. Hicieron un esfuerzo frenético y volcaron.

—Mala suerte —farfulló Doll cuando sacó la cabeza y mientras la sacudía como un spaniel—. Pero todavía lo atraparemos. Está sangrando como un cerdo. Subirá directamente. Dios mío, el agua está como el hielo. Debemos de estar delante de uno de los arroyos. Supongo que estás bien, Scarlett.

Hugh había emergido, pero de forma muy diferente.

—Sí —dijo en voz baja agarrándose a la barca volcada.

—No estoy seguro —dijo Doll, sin dejar de mover una mano— de que no fuera mejor ir a la orilla y traer la otra barca. El agua le congela a uno.

—No sé nadar —dijo Hugh con un castañeteo de dientes.

Ya era un hombre delicado en las mejores condiciones y ahora el frío estaba apoderándose de él.

Doll le miró los labios morados y las manos temblorosas y adoptó una expresión seria. Calculó con la mirada la distancia que había a la orilla. La barca se había alejado de forma traicionera.

—Yo no soy un gran nadador —dijo— desde que me rompí el brazo el invierno pasado, pero puedo llegar a la orilla. La pregunta es: ¿puedes aguantar agarrado mientras regreso y traigo la otra barca, o probamos a regresar juntos?

—Puedo agarrarme bien —respondió Hugh al instante, consciente de que Doll no se creía capaz de remolcarlo hasta la orilla, pero se mostró cortésmente dispuesto a arriesgar la existencia en el intento.

—Regreso de inmediato—dijo Doll. Y sin demorarse un segundo, se fue.

Hugh desplegó toda su fuerza en el empeño de subirse de algún modo para salir del agua helada. Pero con cada intento la barca volcada se iba alejando de él como un caballo asustadizo y, cada vez que intentaba luchar contra ella, no hacía más que volver a resbalar hasta el agua agotado, por lo que tuvo que agarrarse como pudo.

Mientras permanecía agarrado a la borda, oyó una ligera tos cerca de la oreja. Alguien se estaba ahogando. Debía de ser *Crack*, debajo de la barca. Le llamó, trató de tranquilizarle arrullándolo como si no pasara nada. Extendió una mano todo lo que pudo por debajo de la barca buscándolo a tientas. Pero no lo alcanzó. Enseguida, el leve y dificultoso sonido cesó, volvió a comenzar, se detuvo y ya no volvió a oírse.

Un silencio inmenso pareció irrumpir en tromba tras la extinción de ese pequeño sonido. Se

inclinó sobre Hugh y lo envolvió. Todo estaba muy en calma, muy inmóvil. La barca seguía girando despacio, dando vueltas, era lo único que se movía. La luz del sol temblaba sobre la quilla húmeda y volteada. Ya se estaba secando en algunas zonas. La miró. El frío le minaba las fuerzas como si sangrara.

«En el tiempo que Loftus tarda en traer una barca podría haberla construido», se dijo levantando la vista a su alrededor. Ni una señal de Doll. Estaba solo en el mundo. El frío se apoderaba de él despacio, con confianza. ¿Por qué llevaba puestos unos guantes tan gruesos que le hacían palpar con tanta torpeza. Miró sus manos desnudas y descubrió que le estaba abandonando la sensibilidad para agarrarse. Sintió que estaba a una distancia razonable de acabar soltándose sin querer.

De repente, un recuerdo del siniestro rostro del agua la primera vez que la vio a través de los árboles relampagueó en todo su cuerpo. Ahora comprendía. Este era el lugar establecido para que muriera. Se agarró con más fuerza con la mano derecha, pues tenía la izquierda paralizada.

«No moriré —dijo—. Nada me inducirá a ello. Viviré y me casaré con Rachel».

El frío avanzó en él como a bayoneta calada.

«¿Por qué no morir? —decía otra voz—. ¿Será dentro de tres meses más fácil que ahora? ¿Volverá a ser tan fácil alguna vez? Mira lo cerca que está la muerte de la vida, como una rueda dentro de otra[54], dos anillos entrelazados. Un roce y pasas de la una a la otra».

Hugh miró con ansia a su alrededor. El sol acariciaba con calidez las copas de los árboles. No podía ser que fuera a morir *aquí y ahora*; aquí, bajo la luz del sol, con los rostros amistosos y serenos de las colinas a su alrededor.

Apretó con más fuerza la mano entumecida, estuvo a punto de soltarse, recuperó el asidero. Los calambres que tanto había mantenido a raya le vencieron.

Y la barca seguía dando vueltas bajo el crepúsculo. Llegó al límite de sus fuerzas y se mantuvo más allá de ellas. Oyó alguien cerca, muy cerca, asfixiándose entre jadeos prolongados. Esta vez no era *Crack*, sino él mismo.

La barca siempre giraba en la oscuridad.

La lucha había terminado. «Es mejor así —dijo la otra voz a través del rugido de una catarata contigua—. Tu madre lo soportará mejor así. Y todas las dificultades se han acabado, y el dolor ha pasado, y la vida ha pasado, y dormir es mejor».

«Pero ¿Rachel?».

Ella estaba allí, en la cálida oscuridad que le mecía. Estaba con él. Era la Muerte. La muerte no era más que sus brazos alrededor de él en medio de una paz inmensa. La muerte era mejor que la vida. Soltó la estúpida barca que le apartaba de ella y se volvió por entero hacia ella, con los ojos cerrados sobre su pecho.

CAPÍTULO XXVII

La principal diferencia entre las personas parece consistir en que un hombre se somete a obligaciones en que podéis confiar y otro no. Si no tiene una ley en su interior, nada podrá atarle.

EMERSON[55]

—Padre —dijo Teddy a Lord Newhaven—, venga, haz de caballo y yo monto por el agua.

—Y yo —dijo Pauly.

—No tengo demasiadas ganas de ser un caballo, Teddy. Estoy bastante contento como soy.

Lord Newhaven estaba estirado en una actitud cómoda pero vulnerable sobre la orilla salpicada de brezos, con las manos detrás de la cabeza. Sus dos hijos fueron corriendo hacia él a la vez y se arrodillaron sobre el pecho.

—Promételo —gritaron mientras le golpeaban con los puños—. Dos vueltas cada uno.

Hubo un combate desorganizado y Lord Newhaven lo prometió.

—Por tu honor. Dos vueltas cada uno, y por lo hondo.

—Por mi honor —dijo Lord Newhaven.

Sus dos hijos se bajaron del pecho y Teddy trepó a su espalda para prepararse cuando su padre se sentó y empezó a desabrocharse las botas.

—Más arriba —decía Teddy por encima del hombro, con los brazos muy apretados en torno al cuello de su padre mientras Lord Newhaven se remangaba los pantalones.

—Oye, pequeño negrero, no suben más arriba.

—Dijiste «por mi honor»

—Bien, Shylock, lo *estoy haciendo* «por mi honor».

—La última vez los llevabas por encima de las rodillas.

—Esa vez llevaba bombachos.

—¿Estos no son iguales?

—No suben ni un centímetro más.

—Entonces, una, dos y tres... ¡Arre! —gritó Teddy clavando los talones en la espalda paterna.

El caballo hacía gala de una agilidad sorprendente. Hacía cabriolas, coceaba, saltaba un pequeño desagüe y entraba corriendo en el agua salpicándolo todo.

Los dos niños gritaban de entusiasmo.

Pero, finalmente, el caballo se sentó en la orilla resollando, se secó la frente y, a pesar de las súplicas frenéticas, procedió a ponerse los calcetines y las botas.

Lord Newhaven no iba a moverse una segunda vez. Encendió un cigarrillo y observó que había llegado el momento de hacer navegar barquitos.

Las barcas zarparon oportunamente. Lord Newhaven se inclinó el sombrero sobre los ojos y ejerció de árbitro.

—No es habitual hacer navegar barcos del revés —dijo viendo a Teddy volcar deliberadamente el suyo.

—Fuera sí lo hacen —replicó Teddy, que encontraba una razón para la mayor parte de las cosas.

Y siguió haciendo navegar su barco cabeza abajo.

Lord Newhaven se incorporó y recorrió el agua con la mirada. Su rostro acusó interés. A continuación, la mirada inquieta recayó sobre los niños.

—Teddy y Pauly —dijo—, prometedme que los dos vais a jugar en este trocito de arena y que no vais a meteros en el agua hasta que yo regrese.

Lo prometieron mirando a su padre desconcertados.

Al momento siguiente, Lord Newhaven avanzaba entre los matorrales que rodeaban la orilla del agua.

Cuando se iba aproximando al cobertizo de las barcas, vio otra figura intentando echar al agua la barca que quedaba.

Era Doll. Lord Newhaven la empujó y subió de un salto.

Doll estaba casi sin habla. Respiraba entre intensos jadeos. El sudor le mojaba la frente. Señaló a la barca negra volcada.

—Esta hace agua —dijo Lord Newhaven enseguida.

—Tiene que servir de todas formas, y rápido —corrigió Doll con voz ronca.

Lord Newhaven tomó una lata de pesca y remó como jamás había remado.

—¿Quién es? —preguntó mientras la barca salía disparada a aguas más abiertas.

Doll achicaba agua como un poseso.

—Scarlett —dijo—. Y está junto a uno de los arroyos. Tendrá calambres.

Lord Newhaven se entregó a sus remos.

La consciencia iba regresando, iba aflorando poco a poco, entre largos intervalos de tiempo y de espacio, hasta el punto en que, al fin, como si fuera una tortura, compareció a medias. Hugh se agitaba sin fuerzas en la oscuridad de una gran desolación y soledad.

—Rachel —dijo—. Rachel.

Le levantaron la cabeza con cuidado y le llevaron una taza a los labios. Tragó un poco.

Palpó en la oscuridad en busca de una ventana y, entonces, abrió los ojos. Lord Newhaven retrocedió un par de pasos y se quedó mirándolo.

Las miradas se cruzaron.

Ninguno habló, pero los ojos de Hugh, oscuros por la sombra de la muerte, dijeron con claridad: «Has vuelto a encontrarme, enemigo mío».[56]

Luego, apartó despacio la mirada, como la aparta un niño para mirar al cielo, a los árboles, que se inclinaban unos sobre los hombros de otros para contemplarlo a él, a la tierra cálida sobre

la que estaba tendido. A poca distancia se veía extendida una pequeña forma con el pelo hirsuto. Los ojos de Hugh se fijaron en ella. Estaba muy quieta.

—*Crack* —dijo de pronto, incorporándose sobre un codo.

No había discurso ni lenguaje. El rabo de *Crack*, ese cortés elemento, no hacía ninguna señal.

—Estaba debajo de la barca —dijo Lord Newhaven mirando con rigor el rostro exhausto del hombre a quien había salvado e incapaz, ni aunque su vida dependiera de ello, de ofrecer un sentimiento de compañerismo momentáneo por el perrillo.

Hugh recordó. Todo le volvió a la memoria: la barca, los jadeos estertóreos de *Crack*, la lucha agónica, la angosta puerta que conducía a la muerte, el arduo paso a través de ella, la calma posterior. Casi la había atravesado y le habían arrastrado de vuelta.

—¿Por qué interfiere? —preguntó, con una vehemencia repentina y los ojos llameantes en la cara pálida.

Una leve coloración apagada tiñó las mejillas de Lord Newhaven.

—Pensé que había sido un accidente —dijo—. Si no lo fue, le suplico perdón.

Hubo un instante de silencio.

—Fue un accidente —dijo Hugh con la voz ronca, y se volvió sobre el otro costado y miró fijamente al agua, de tal modo que su acompañante no viera la expresión de su rostro.

Lord Newhaven se alejó caminando despacio en dirección a Doll, cuya lejana figura corría hacia ellos seguida de otra.

«Conque también hay una Rachel, ¿verdad? —se dijo, tratando en vano de armarse de valor frente a su adversario.

—¿Cómo está? —preguntó Doll acercándose desde una distancia en que pensaba que ya podría oírle.

—Está bien, pero sería mejor que se pusiera ropa seca, y tú también.

—Que se cambie en la orilla —dijo Doll mientras tomaba un fardo del guarda—. Hace tanto calor como en un horno a pleno sol. ¡Hombre, Scarlett sentado! Cuando lo dejamos en la orilla, pensé que se había marchado ya demasiado lejos, ¿no? Supongo que... —añadió vacilante— ¿*Crack*?

Lord Newhaven negó con la cabeza.

—Ahora tengo que regresar con los niños —se excusó—; de lo contrario, se pondrán a hacer travesuras.

Doll asintió. Lord Newhaven y él habían librado un duro combate para llevar a tierra la barca que hacía agua con Hugh tendido en el fondo. Se había llenado amenazadoramente de agua cuando Doll dejó de achicarla para ayudarle a subir el pesado cuerpo inconsciente.

Hubo un instante en que, pese a ser poco aprensivo, Doll recordó con vértigo que Lord Newhaven no sabía nadar.

—Todo el mundo debería saber nadar —fue la moraleja que extrajo del incidente y repitió a su esposa, quien, atascada en la sonoridad del comentario, se lo repitió a los Gresley.

Lord Newhaven deshizo sus pasos despacio junto a la orilla con las botas llenas de agua. Estaba cansado y no corrió, pues a lo lejos veía dos pequeñas figuras sentadas obedientemente en un tronco, donde las había dejado.

—Muy bien, chicos —casi gritó.

A su pesar, sus pensamientos regresaron con Hugh. Sus sentimientos hacia él no habían

cambiado, pero en la última media hora se habían visto obligados a abandonar su atrincheramiento original para salir a tierra descubierta, donde eran vulnerables a ataques desde direcciones nuevas.

No importaba que hubiera salvado prácticamente la vida de Hugh, pues Doll jamás le habría llevado a una barca que hacía aguas y lo habría mantenido a flote en solitario. Ese primer momento de entusiasmo en que frotó las extremidades insensibles, e insufló aire en aquellos labios fríos y sintió su corazón palpar cuando retornó a ellos la vida vacilante..., ese momento había pasado y le dejaba frío.

Pero le obsesionaban los ojos melancólicos de Hugh cuando volvió a abrirlos a este mundo y se topó con los suyos impávidos, y la repentina ira por su injerencia. Era el atrincheramiento de su desprecio lo que Lord Newhaven echaba de menos.

Una naturaleza más mezquina no le habría absuelto con tanta facilidad como lo había hecho Hugh.

«Fue un accidente —se dijo a regañadientes—. Él no tenía por qué haberlo reconocido, pero yo estaría ahora en un brete si no lo hubiera hecho. En otras circunstancias, ese hombre y yo podríamos haber sido amigos. Y si él se hubiera hundido más en un apuro de esta naturaleza, tal vez le hubiera ayudado a salir de él. Él lo acusa. En los últimos dos meses ha envejecido mucho. Pero tal como está la situación... Doy mi palabra: si fuera un chiquillo, habría tenido que liberarlo. Habría sido demasiado sangriento. Pero tiene veintisiete años. Es lo bastante adulto para saber lo que debe hacer. Ella le puso en evidencia, por supuesto. Ya me puso en mayor evidencia a mí antes, pues yo... me casé con ella».

Lord Newhaven repasó con mente desapasionada su noviazgo y su matrimonio.

«Es una flor del viento —se dijo—. Yo la compararía con una flor del viento. ¡Dios mío! Y yo tenía treinta años, mientras que este pobre diablo tiene veintisiete».

Lord Newhaven se detuvo en seco con la mirada fija.

«Creo que tendría que haberle perdonado —se dijo casi en voz alta—. Creo que le absolvería si no estuviera tan seguro como de que estoy aquí ahora mismo de que jamás lo hará».

CAPÍTULO XXVIII

*Cuanto menos sentido común tiene un hombre,
menos consciente es de que le falta.*

Durante el servicio religioso de las seis en punto, Hester siempre se hacía cargo de los tres niños mayores y Fräulein, del bebé, de tal modo que la niñera pudiera asistir a la iglesia. Esta tarde de domingo en particular, Hester y los niños estaban esperando en el pequeño vestíbulo hasta que la campana dejara de sonar, momento antes del cual tenían prohibido salir de la casa. El señor y la señora Gresley acababan de partir hacia la iglesia, el señor Gresley con aspecto cansado y atormentado, pues desde el almuerzo había recibido lo que él calificó de «una carta absolutamente inexplicable» de uno de sus parroquianos más importantes, un no conformista, que estuvo presente en el servicio matutino y a quien el señor Gresley confiaba esperanzadamente que hubiera impresionado el sermón. La esperanza estaba justificada, pero no del modo en que el señor Gresley anticipó. El señor Walsh opinaba, con una caligrafía redonda muy grande, que como los gusanos (subrayado dos veces) no solían pagar voluntariamente tasas eclesiásticas y educativas, él ya no sentía la obligación de hacerlo, etcétera, etcétera. La carta supuso un inmenso golpe inesperado. ¿Quién podría haber previsto semejante resultado de la elocuencia matutina?

—Lo cierto —dijo el señor Gresley con vacilación— es que no atienden ni atenderán a razones. No pueden refutar lo que digo, así que se refugian en rencores insignificantes como este. Debo reconocer que Walsh me ha decepcionado. Es un hombre de cierta educación y liberal en lo que se refiere al dinero. Pensaba que era mejor que la mayoría de ellos y ahora me lo devuelve así.

—Es una costumbre que tienen los gusanos —intervino Hester.

—Bueno, Hester, no lledes la comparación hasta el último extremo —le reprochó el señor Gresley con impaciencia—. Si hubieras escuchado lo que traté de decir esta mañana, habrías visto que sólo utilicé la palabra «gusano» en sentido figurado. Jamás pretendí usarla literalmente, como cualquiera que no esté decidido a malinterpretarme podría comprender. ¡Gusanos que pagan tasas escolares! Si no es maliciosa, semejante tontería es manifiestamente repugnante.

Hester guardaba silencio. Se sentía profundamente molesta por la actitud de su hermano ante el incidente.

Cuando la campana de la iglesia dejó de sonar, la puerta batiente se abrió y *Boulou* salió corriendo como un gran personaje, consciente de que los demás han esperado y despidiendo un aroma a estofado irlandés y cebolla que indicaba que había estado intercambiando fiestas con la cocinera. Porque es preciso reconocer la verdad. ¡Ninguna soltera de más de cuarenta años podía

permanecer impassible ante *Boulou*! Peor para la cocinera de la vicaría, que «se había mantenido intacta *ante sí misma*» durante casi cincuenta años para acabar cayendo víctima de una «*grande passion*» por *Boulou*.

El pequeño Lovelace se unió a la expedición y partieron. Le tocaba a Regie escoger dónde irían y se decidió por «los matorrales», un bosquecillo a través del que discurría un camino particular que conducía a Wilderleigh. Doll Loftus había dado a los Gresley permiso para llevar a los niños allí.

—Oh, Regie, siempre vamos allí —se quejó Mary con aire lastimero, que invariablemente escogía el parque de los Pratt, con sus puentes y *châlets* rústicos, que el señor Pratt en un momento de amabilidad había «abierto» a los Gresley los domingos porque, según decía él, «deben de sentirse absolutamente encerrados en su pequeño jardín».

Pero Regie se aferró a su determinación y fueron a «los matorrales». Hester también estaba cansada de jugar con ellos, demasiado cansada incluso para contarles un cuento; así que se sentó debajo de un árbol mientras ellos daban vueltas por el bosquecillo próximo.

Cuando crecemos, nos damos cuenta de que en los nuevos jardines donde la vida nos lleva nunca nos aprendemos los matorrales y los árboles de memoria como hacíamos de niños en nuestro viejo jardín del Edén, en torno a la casita donde nacimos, con su tejado a dos aguas. De niños éramos muy meticulosos. Conocíamos la parte inferior de todos y cada uno de los arbustos de laurel, la forma de sus tenebrosos racimos de ramas, el polvillo verde que nuestros pequeños e incansables cuerpos arrancaban de sus ramillas más bajas con el roce. Ahora vemos con ojos de extraño esas pequeñas y sonrosadas colas de caballo colgantes que los ancianos melancólicos llaman *grosellas*, pero que en una ocasión, hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven, conocíamos de igual a igual, y los pequeños y compactos insectos negros que hay sobre ellas, y el singular sabor que tienen, y su nítido aroma. En aquellos tiempos, todo tenía un sabor y era sometido a esa prueba, pues hasta que no se había lamido el auténtico color de cualquier objeto de interés no se podía determinar nada. Había una tal dulcamara, muy roja por fuera y muy blanca por dentro, de la que se nos advertía que era mortalmente venenosa. Transcurrido un cuarto de siglo, ¡qué bien recordamos su sabor amargo! ¡Cuánto mejor que el de muchas otras frutas prohibidas debidamente probadas en años posteriores! Comíamos aquellas dulcamaras y sobrevivíamos, pese a que se nos había advertido lo contrario.

De inmediato, *Boulou*, que no podía hacer nada con sencillez, encontró un ratón muerto en un lugar donde cualquiera podría haberlo visto, en medio del camino, e hizo de ello una ocasión para hacer una espectacular exhibición de gruñidos y contorsiones. Los niños decidieron enterrarlo y, tras el apropiado silencio, se oyeron sus voces cantar «Home, Sweet Home» mientras bajaban el cuerpo al interior de la sepultura previamente excavada por *Boulou*, a quien fue necesario sujetar por la fuerza para impedir que siguiera cavando una vez que las exequias hubieron concluido.

—Nunca sabe cuándo parar —dijo Regie sin demasiada energía mientras *Boulou*, con una fina capa de tierra en el hocico, era devuelto a Hester entre toses.

Cuando Hester lo cogió, Rachel y Sybell descendían despacio por el camino en dirección a ellos y la última saludó a Hester con una efusividad que hacía pensar que, cuando dos no es compañía, tal vez tres lo sea.

—Ha sucedido algo extremadamente enojoso —proclamó Sybell con aire satisfecho sentándose bajo el árbol de Hester—. En realidad, no creo que tenga yo la culpa. ¿Conoces al señor Tristram, el encantador artista que ha estado con nosotros?

—Le conozco —respondió Hester.

—Bueno, estaba empeñado en hacer un boceto de mí para uno de sus grandes cuadros y tenía que haberlo dejado terminado hoy. No veo que cause ningún daño dibujar en domingo. Sé que a los Gresley sí y yo adoro a los Gresley, ¡él tiene un intelecto tan poderoso!; pero una debe pensar por sí misma y sólo era el labio superior, de modo que accedí a posar para él a las cuatro en punto. Me fijé en que parecía estar un poco..., bueno..., bastante...

—Precavido —dijo Hester.

—Los últimos días. Pero, por supuesto, no le di importancia. Una mujer casada suele tener que tratar con este tipo de cosas sin hacer alboroto con ellas. Bueno, me quedé dormida y eran casi las cuatro y media cuando me desperté. Y cuando acudí al salón, un criado me trajo una nota. Era de él, diciendo que se había visto obligado a abandonar Wilderleigh de repente por cuestiones de negocio urgentes y pidiendo que se le enviara el equipaje con posterioridad.

Hester levantó los ojos un poco, como si le fallaran las palabras. La conversación de Sybell siempre le interesaba.

«Tal vez la razón por la que nunca le dicen nada —se dijo— sea que el terreno para edificar la confianza ya está siempre ocupado por una ficción de invención suya que no le agradecería ver destruida».

—¿Quién iba a pensar —prosiguió Sybell— que se fuera a comportar así porque llegué tarde media hora escasa? Y, por supuesto, el pretexto de los negocios urgentes es demasiado transparente, pues los domingos no hay correo y el chico del telégrafo no ha venido. Le pregunté. Y estaba deseando terminar el boceto. Casi me pidió quedarse hasta el domingo con ese propósito.

Rachel y Hester miraron al suelo.

—Rachel dijo que hacía justo un instante estaba perfectamente en el jardín, ¿verdad, Rachel?

—Dije que pensaba que estaba un poco nervioso.

—¿Y de qué te habló?

—Habló de la relajación de la moral de nuestros días y del matrimonio.

—¡Ah! No me extraña que te hablara, Rachel, ¡eres tan simpática! Espero que montones de personas te confíen sus problemas y asuntos amorosos. ¡La moral de la época! ¡El matrimonio! ¡Pobre señor Tristram! Se lo contaré a Doll tranquilamente esta noche. Ahora que pienso en todo esto, está bien que se haya marchado.

—Sí, está bien —repitieron Rachel y Hester con una sorprendente unanimidad.

CAPÍTULO XXIX

*Con la misma rapidez que la que un poco de levadura
se propagaría en nosotros, así de incalculable
es el efecto que ejerce una personalidad sobre otra.*

GEORGE ELIOT[57]

Hugh no enfermó después de lo que el señor Gresley llamó «su inmersión», pero se sintió débil y agotado varios días. Sybell casi olvidó que no le agradaba, insistió en que se quedara indefinidamente en Wilderleigh e, impertérrita tras su alarmante experiencia con el señor Tristram, leyó poesía a Hugh por las tardes y lo rodeó de atenciones muy sentidas. Doll no dejó de comportarse con él con sosiego y amabilidad.

Fue durante estos días cuando Hugh y Rachel se vieron mucho, durante esos días cuando Rachel ingresó, a pesar de sí misma y superando el ansioso interés personal que Hugh había despertado en ella, en ese territorio resbaladizo y muy trillado de incómodas posibilidades en donde se encuentran los no casados.

Hugh le atraía y le repelía.

Por desgracia, era fácil decir por qué le repelía. Pero ¿quién podría decir por qué le atraía? ¿Se ha descubierto alguna vez la ley secreta que hace que un hombre y una mujer se atraigan en medio de toda una multitud? Hugh no se encontraba entre los mejores hombres que hubieran deseado casarse con ella, pero en todo caso era el único hombre después del señor Tristram que había conseguido hacerla pensar continuamente en él. Y tal vez ella supiera a medias que, aunque hubiera sido amada por hombres mejores, Hugh la amaba mejor que ellos.

¿Qué acabaría siendo más fuerte, la atracción o la repulsión?

«¿Cómo puedo...? —se preguntaba una y otra vez—. Cuando recuerdo a Lady Newhaven, ¿cómo puedo...? Cuando pienso en lo que ha sido su conducta durante todo un año, ¿cómo puedo...? ¿Puede él albergar algún sentido del honor para haber actuado así? ¿Está, siquiera, realmente arrepentido? Es fascinante, muy culto y me ama. Parece bueno, pero ¿qué es lo que sé de él, excepto el mal? Parece como si pudiera ser fiel, pero ¿cómo puedo confiar en él?».

Hugh quedó sumido en un abatimiento profundo después de haberse salvado por tan poco. El doctor Brown dijo que era postración nerviosa y Doll fue a caballo hasta Southminster y regresó cargado de periódicos cómicos. ¿Quién podía decir si la causa era física o mental? Hugh había visto la muerte muy de cerca por primera vez y la idea de la muerte le obsesionó. Cuando participó en el sorteo, no se dio cuenta de que estaba corriendo el riesgo de una posibilidad *así*,

de semejante desaparición absoluta, del espantoso desgarró de su ser que la escueta palabra «muerte» le transmitía ahora. No tenía la menor idea de que sería *así*. Y tenía que volver a hacerlo. Esa era la cruz. Tenía que volver a hacerlo.

Débil y entre escalofríos, se recostó en la tumbona de la rosaleda donde estaba tendido.

Enseguida apareció Rachel, que se aproximó a él por el estrecho paseo de hierba que había entre dos altas paredes de malvarrosas. Llevaba una taza de té en la mano.

—Te he traído esto —dijo— con la advertencia de que sería mejor que no entraras a tomar el té allí. Se ha visto al señor Gresley subir por el camino. La señora Loftus pensaba que te gustaría verle, pero recordé que el señor Brown recomendó que guardaras mucho reposo.

Desde el accidente, el señor Gresley se pasaba todos los días por allí para saludar al doliente, por quien sentía una enorme simpatía. Hugh le había visto una vez y, después, nunca se sintió lo bastante fuerte para repetir el proceso.

—¿Tienes que regresar? —preguntó.

—No —respondió ella—. La señora Loftus y él son buenos amigos. Yo me interpondría demasiado entre los dos.

Y se sentó junto a él.

—¿Te sientes mal? —inquirió con gentileza al reparar en su rostro preocupado.

—No —contestó—. Sólo estaba pensando. Estaba pensando —prosiguió después de una pausa— en que daría todo lo que poseo por no haber hecho algo que hice.

Rachel miró fijamente delante de sí. Por fin llegaba la confesión. El corazón se le aceleró.

—He obrado mal —dijo despacio— y estoy sufriendo por ello y sufriré más antes de que haya acabado. Pero lo peor es...

Ella le miró.

—Lo peor es que no puedo soportar todas las consecuencias. Una persona inocente pagará el castigo de mi pecado.

La voz de Hugh titubeó. Estaba pensando en su madre.

La mente de Rachel voló de inmediato a Lord Newhaven.

«Entonces, Lord Newhaven extrajo la cerilla más corta», pensó, y se sonrojó mucho.

Hubo un largo silencio.

—¿Crees —preguntó Hugh, esbozando una leve sonrisa— que las personas tienen alguna vez una segunda oportunidad?

—Siempre —respondió Rachel—. Si no aquí..., después.

—Si yo tuviera otra... —dijo Hugh—. Si se me concediera al menos otra ahora, en esta vida, la aprovecharía.

Estaba pensando que ojalá se le absolviera de esa muerte terrible y autoinfligida. Ella pensó que se refería a que se arrepentía de su pecado y que de buen grado se enmendaría.

Muy cerca se oyó un ruido de voces. Sybell y el señor Gresley se acercaban por el paseo de hierba hacia ellos.

—La sociedad londinense —iba diciendo el señor Gresley—, vivir en una calle sofocante, lejos de las bellezas de la Naturaleza, de sus pájaros y flores, pasar la mitad de los días tendiendo trampas para formular invitaciones y la mitad de las noches sonriendo como un idiota en salones asfixiantes, escuchando conversaciones insulsas... ¡No, gracias! Se me ocurren cosas mejores que preocuparme por la sociedad londinense. A Hester le interesa, lo sé, pero es que a Hester no le

importa lamer las botas de los poderosos, y a mí sí. De hecho...

—Al final, he traído al señor Gresley, a pesar del doctor Brown —dijo Sybell—, porque estábamos en mitad de una conversación tan interesante sobre las trampas de la sociedad que sabía que os gustaría oírla. En fin, habéis tenido un día apagado con Doll lejos en sus reuniones del consejo del condado.

Esa noche, cuando Rachel se sentó en su habitación, repasó aquella confidencia hecha a medias e interrumpida sin compasión.

«Si se arrepiente... —se dijo recordando el rostro preocupado de Hugh—, si se arrepiente, ¿puedo yo pasar por alto el pasado? ¿Puedo ayudarle a empezar desde cero? Si no hubiera cometido esa acción deshonrosa, podría haberme atraído. ¿Puede atraerme ahora?

CAPÍTULO XXX

La boca del necio es su ruina.[58]

El lector más superficial de estas páginas tal vez lo haya olvidado, pero el más riguroso recordará sin duda que en un capítulo anterior se refirió que se iba a celebrar un mercadillo que tendría lugar en los jardines de Wilderleigh a finales de agosto.

El final de agosto había llegado ya y, con él, en uno de los terrenos de Doll con el césped mejor cortado brotaron una mañana dos grandes carpas cual gigantescos champiñones. Él gemía para sus adentros mientras contemplaba su instalación. Echarían a perder la hierba.

—Para eso también podrían aplanarlo con una plancha caliente —dijo presa del desconsuelo a Hugh—. Pero, por supuesto, este tipo de cosas..., el Fondo Diocesano, ¿eh? En estos tiempos debemos apoyar lo nuestro.

Repetía la expresión del señor Gresley. Doll raras veces se aventuraba a proferir una opinión no sancionada por el tiempo, o que no hubiera oído repetirse hasta que su novedad hubiera quedado convenientemente borrada por su esposa o por los Gresley.

Los dos hombres observaron con tristeza el desarrollo del procedimiento. No podían evitar o, al menos, les dijeron que no podían evitar que las mujeres se entregaran con mucho ajeteo a preparar y decorar los tenderetes. Todavía estaban allí en libertad, pero Doll sabía lo que le esperaba por la tarde tan bien como un perro al que van a bañar y estaba ya deprimido de antemano.

—No permitas que te metan en esto —dijo a Hugh con generosidad—. No estás en condiciones. Para lidiar con este tipo de cosas hace falta ser un hombre fuerte. A los débiles los mata como moscas. Túmbate tranquilamente en el salón de fumar hasta que todo haya terminado.

—Lo único que puedo decir —señaló la señora Gresley mientras ella y Hester llevaban el asno y el carro de la vicaría por el camino, cargados hasta los topes con el trabajo de muchos meses— es que los Pratt se han comportado rematadamente mal. Ahí están, la gente más rica de la parroquia, con diferencia, y ni siquiera van a hacerse cargo de un puesto, ni siquiera van a proveer uno a medias, y dijeron que estarían fuera y, después de todo, están en Towers. A nadie le agradan los Pratt más que a mí ni nadie ve como yo sus facetas buenas, pero no puedo permanecer ciega al hecho de que son los más tacaños entre los tacaños.

Los Pratt sólo habían aportado dos «cobertores», una «funda de sábanas» y un juego de protectores para sillones. Si el lector desea saber qué son «cobertores» y «fundas de sábanas», que le pregunte a su prometida y así verá si se casa con una mujer que sabe decírselo.

La señora Pratt había comprado los protectores para las Towers y los adoró en secreto hasta que Ada los declaró vulgares. El número de cosas que Ada descubría que eran vulgares aumentaba a diario, para mayor angustia de la pobre dama. La señora Pratt se hizo una idea de la envergadura de la cuestión cuando concentró el amor por los colores brillantes en el parasol de uso propio. Esta tarde en particular, vertió lágrimas por el hecho de que Ada se había negado a acompañarla si su madre llevaba un singular vestido de seda naranja cubierto con lo que parecía ser una plaga de gusanos negros.

Como es natural, el mercadillo iba unido a una fiesta en el jardín y, poco después de las tres en punto, uno tras otro empezaron a llegar carruajes y Sybell, con un esposo apenado, apuesto e intachablemente bien vestido, ocupó su posición en la zona sur para recibir a los invitados.

Toda la comarca estaba invitada y, por lo general, una anfitriona de cierta experiencia podía estimar con razonable precisión quién iba a responder a la llamada y quién se mantendría al margen. Sybell y su esposo se hallaban entre aquellos a quienes no se veía en este tipo de celebraciones, ni los Newhaven, salvo que se celebrara en sus terrenos, ni los Pontisbury ni el obispo de Southminster. Por supuesto, se habían enviado invitaciones a todos ellos, pero nadie esperaba que aparecieran.

Enseguida, entre el torrente de invitados que llegaban, Sybell reparó en la esbelta figura de Lady Newhaven y, asombrosa visión, Lord Newhaven a su lado.

«Las maravillas nunca dejarán de producirse», dijo Doll, sacudido un instante de la apatía de la resistencia física.

Sybell levantó las cejas y avanzó para recibir a sus inesperados invitados con el más hermoso aire de *empressement*. No, era a todas luces imposible que las dos mujeres se agradaran. Tenían la misma edad, aproximadamente la misma estatura y el mismo color de piel, su posición social era demasiado semejante y sus viviendas con solera también estaban próximas. Lady Newhaven era, con diferencia, la que mejor apariencia ofrecía, pero esa no era una particularidad que atrajera a Sybell. En esta ocasión, el rostro de Sybell adoptó su gesto más propio de una ardilla, pues la mala suerte había dispuesto que llevaran un vestido muy semejante.

Lady Newhaven tenía un aspecto muy etéreo cuando se aproximaba despacio a través de la hierba en su ornamentado y casi transparente vestido blanco, cubierto con un velo suelto del color negro más fino y transparente. Sus ojos azules parecían inquietos y brillantes, y los labios exhibían una sonrisa mecánica. Al verla, Rachel experimentó una repentina punzada en su innegable atractivo. La hirió de súbito como nunca le había herido. «Comparada con ella soy una mujer corriente, anticuada —se dijo—. No me extraña que él...».

Como por instinto, retrocedió cuando Lady Newhaven se dirigió rápidamente hacia ella.

—Querida mía —dijo Lady Newhaven sin dejar de mover los ojos sin descanso por toda la multitud—, ¿sigues todavía aquí? Vayamos juntas a comprar algo. ¡Qué guapa estás! —exclamó sin mirarla.

Llevó a Rachel aparte en dirección a los tenderetes.

—¿Dónde está? —preguntó de repente—. Sé que está aquí. Me he enterado del accidente, aunque Edward no me lo dijo. No le veo.

—No está en el jardín. No va a salir. Todavía está bastante afectado.

—Cuando me enteré, creí que iba a morirme. Ah, Rachel, no ames nunca a nadie. No sabes lo que es. Pero tengo que verle. He venido aquí a propósito.

—Eso supuse.

—Además, Edward iba a venir. Apareció en el último momento, cuando el carruaje vino a recogerme, aunque jamás en su vida le he visto acudir a una fiesta en un jardín. Pero Rachel, ¿dónde está?

—En algún lugar dentro de la casa, supongo.

—No voy a saber dónde encontrarlo. No puedo andar deambulando yo sola por la casa de esta mujer. Debemos desaparecer juntas, Rachel, y tienes que llevarme hasta él. Debo verle a solas cinco minutos.

Rachel movió la cabeza.

De repente, apareció a su lado el capitán Pratt, alto, pálido, precavido, impecable, con el bastón sujeto a lo largo de la columna vertebral.

—La señora Loftus es afortunada en su día —señaló dirigiéndose a Lady Newhaven y observándola con la mirada fija de fría admiración—. Raras veces acudo a este tipo de actos, pero los vecinos del campo deben apoyarse. Veo que van de camino a los tenderetes. Le ruego que me permita cargar con sus compras.

—¡Oh! No quisiera causarle molestias —dijo Lady Newhaven retrayéndose imperceptiblemente.

Pero no representaba ningún problema para el capitán Pratt y siguieron caminando juntos.

Lord Newhaven, que no podría haber estado muy lejos, se unió a Rachel.

—Bueno, cariño —le dijo la señora Pratt a Ada—, después de todo, podías haberme dejado llevar mi vestido naranja y negro, porque ya ves que Lady Newhaven lleva algo muy parecido, sólo que el suyo es blanco por debajo. ¿Y ves que lleva prendidas dos mariposas de brillantes, la pequeña en el cuello y la grande para sujetar los claveles blancos? Pero tú no me dejarías llevar ni una sola. Ahora, Algy se ha unido a ella —prosiguió la señora Pratt, para desviar la atención enseguida de sus errores—. Ahora caminan juntos. Qué guapa está con esa ropa tan bonita. Algy y Lord Newhaven y el señor Loftus tienen todos el mismo aspecto, ¿verdad? Todos los amigos juntos, como me gusta decir, todo un consuelo entre la gente del condado. Podrías pasear un poco con Lord Newhaven, Ada. Es inexplicable las pocas veces que le vemos, pero siempre es muy agradable cuando le vemos. ¡Ah! Está hablando con Rachel West. Van a los puestos, por fin. Bueno, digas lo que digas, creo que deberíamos ir y comprar algo también. Papá dice que no va a echarse la mano al bolsillo para que los Loftus se lleven todo el mérito y que deberíamos haber podido elegir si el mercadillo se celebraba en Towers, así que no va a comprar nada; pero yo creo que sería bonito que fuéramos y compráramos alguna cosita. Sólo un billete de cinco libras. Te lo gastas tú, cariño, si quieres.

—Es una auténtica insensatez —dijo Lord Newhaven cuando Rachel compró un caro cubretetera a Fräulein—. En estos tiempos de impuestos de sucesiones no se puede tener cuatro teteras, y tú ya has comprado tres cubreteteras.

—Para eso he venido —contestó Rachel mientras sacaba un talonario de cheques—. ¿Cuánto ha dicho, Fräulein?

—Veintisiete chelines y seeeis peniques —respondió Fräulein.

—Ahora que la veo a plena luz, me he encaprichado con él —dijo Lord Newhaven—. Nunca

he visto nada que se le parezca. No creo que pueda permitirle apropiarse de él, señorita West. Está usted llevándose las mejores cosas.

—Tengo una cosa muy bonita para caballeros —dijo Fräulein—. *Herr Brown* acaba de comprar una.

—Muy elaborados, ciertamente. ¿Son marcapáginas para biblias? ¡Oh! ¡Refuerzos para la ropa! No importa, me serán igualmente útiles. Me los llevo. Pero ahora quiero el cubretetera. Está por debajo de su precio. Considero que, con la golondrina de felpilla, vale treinta chelines. Ofrezco treinta por él.

—Treinta y dos chelines y seis peniques —dijo Rachel.

—El interés de los propietarios de tierras no va a dejarse intimidar por los mineros. Treinta y tres con dos peniques.

—Cuarenta chelines —terció Rachel.

—Cuarenta y dos —subió Lord Newhaven.

En la tienda, todo el mundo se volvió para contemplar la puja.

—Cuarenta y dos con seis —dijo Rachel.

Fräulein se ruborizó. Ella había hecho el cubretetera. Para ella era una sonata de felpa roja.

—Tres guineas —intervino el capitán Pratt, percibiendo la situación con un instinto infalible y situándose en el foco del interés general.

La puja cesó de inmediato. Lord Newhaven se encogió de hombros y se volvió. Fräulein, todavía agitada por emociones en conflicto, entregó el cubretetera al capitán Pratt. Él lo recogió con una sonrisa agria, disgustado en silencio ante el repentino cese de un interés por el que él había pagado una suma tan alta, y se volvió hacia Lady Newhaven.

Pero había desaparecido.

—Bonito capricho que usted y Algy pujan así contra otro —dijo Ada Pratt con aire de superioridad a Lord Newhaven, pues aunque Ada era arrogante en sociedad, en términos generales, podía ser juguetona e, incluso, obsequiosa con aquellos de sus congéneres a los que ella calificaba de «geniales»—. Mañana medio Middleshire estará diciendo que después discutieron.

—Sólo quienes ignoran lo íntimos que somos el capitán Pratt y yo podrían pensar que hemos discutido —corrigió Lord Newhaven con la mirada perdida entre la multitud—. Pero le estoy interrumpiendo el paso a usted y a la señora Pratt. ¿Cómo está, señora Pratt? Señorita West, lleva usted una carga mayor de la que puede soportar. Se le está cayendo a usted parte de ella. No sé qué es, pero puedo cerrar los ojos mientras lo recojo. Insisto en llevar la mitad de vuelta a la casa. Producirá la agradable impresión de que he comprado muchísimo. ¿No le gustó el dinero que le hemos sacado al capitán Pratt? Nunca se le ocurrió pensar que la puja se detendría. Eso será todo lo que aporte esa familia, a menos que la buena de mamá Pratt compre algo. Es la única de la familia a la que puedo soportar. ¿Sigue allí Scarlett? Debería haber preguntado por él antes.

—Está aquí, pero no se encuentra bien. Está ocultándose en el salón de fumar.

—Tiene suerte de no estar peor. Yo en su lugar tendría fiebre reumática. Qué fresco se está aquí después de haber estado al sol fuera. ¿Debe usted salir de nuevo? Bueno, considero que he cumplido con mi deber y que puedo permitirme honestamente fumar un cigarrillo en paz.

—De verdad, señor Loftus, estoy de todo punto apesadumbrada. ¡Qué absurdo

desfallecimiento! El tenderete estaba abarrotadísimo y no corre mucho viento hoy, ¿verdad? Me recuperaré si consigo sentarme tranquilamente un rato en el vestíbulo. ¡Qué fresco más delicioso hace aquí dentro después del sol de fuera. ¿Un vaso de agua? Gracias. Sí, lo único que detesto es ser tan latosa. ¿Y qué tal se encuentra después de aquel fatídico accidente en la barca?

—¡Oh! Yo estoy bien —dijo Doll, quien a esas alturas ya detestaba el tema—. Fue Scarlett quien se quedó casi tan congelado como el cordero de Nueva Zelanda.

Doll había oído al señor Gresley lanzar el símil del cordero y lo consideró sensato.

—¡Qué gracioso es usted! Siempre me hace reír. Supongo que se habrá marchado ya, ahora que se ha descongelado.

—¡Oh, no! Está todavía aquí. No le dejaremos marchar hasta que se encuentre mejor. No está para gran cosa. Es un tipo frágil, en el mejor de los casos, diría yo. Está descansando en el salón de fumar hasta que la gente se haya marchado.

—El señor Scarlett es un viejo amigo nuestro —señaló Lady Newhaven, dando un sorbo de su vaso de agua y derramando un poco—, pero casi no puedo perdonárselo; no, la verdad es que no puedo, por el peligro en que ha puesto a Edward. Ya sabrá usted, o quizá no lo sabe, que Edward tampoco sabe nadar. Ni siquiera ahora puedo soportar pensar en lo que podría haber sucedido.

Cerró los ojos para hacer visible su emoción.

El rostro estólido de Doll para las recepciones al aire libre se relajó. «Una buena mujer —pensó—. Afectuosa con él todo lo que puede».

—Bien está lo que bien acaba —apuntó en voz alta.

Doll no sabía que estaba citando a Shakespeare, pero sí sabía por experiencia que en esa frase se podía confiar por ser adecuada para la ocasión, o para cualquier ocasión que pareciera un tanto «inestable» y acabara bien.

—Y ahora, señor Loftus, debo insistir fehacientemente en que me deje aquí sin preocuparse lo más mínimo. Estoy segura de que usted quería salir y yo me culparía a mí misma si desperdiciara un minuto más conmigo. No ha sido más que el sol lo que me ha afectado. No se lo mencione a Edward. Siempre es muy quisquilloso conmigo. Descansaré aquí con toda tranquilidad un cuarto de hora y, después, me reuniré con todos ustedes en el jardín.

—Espero no molestar a nadie —aventuró Lord Newhaven mientras entraba en el salón de fumar sin hacer ruido—. Bien, Scarlett, ¿cómo está?

Hugh, que estaba tumbado en un sofá con los brazos levantados y las manos detrás de la cabeza, levantó la vista y le cambió el gesto.

«Estaba pensando en algo inusualmente agradable —dedujo Lord Newhaven—, diría que no en mí ni en nada mío».

—He venido a fumar un cigarrillo con tranquilidad —añadió en voz alta—, si no tiene objeción.

—Claro que no.

Lord Newhaven encendió el cigarrillo y expulsó humo un instante, en silencio.

—Hace calor fuera —dijo.

Hugh asintió. Se preguntaba cuánto tardaría en poder ofrecer un pretexto para levantarse y abandonar el salón.

Se oyó un leve frufú de seda y Lady Newhaven, pálida, sin aliento, entró presurosa y cerró la

puerta. Al segundo siguiente vio a su esposo y retrocedió dando un grito ahogado. Lord Newhaven no la miró. Tenía la vista fija en Hugh.

El rostro de Hugh se volvió de repente desagradable, lívido. Se puso de pie despacio y se quedó inmóvil.

«La odia», se dijo Lord Newhaven. Y apartó la mirada y dio un paso adelante.

—¿Me buscabas, Violet? —comentó—. No tengo la menor duda de que estás deseando regresar a casa. Nos marcharemos de inmediato. —Arrojó el cigarrillo—. Bueno, adiós, Scarlett, en caso de que no volvamos a vernos. Me atrevería a decir que hará una visita a Westhope más adelante. ¡Ah, capitán Pratt! De modo que ha huido usted del mundanal ruido, como nosotros. Le recomiendo los cigarrillos de Loftus. Yo mismo acabo de fumarme uno. Adiós. ¿Has dejado las compras en el vestíbulo, Violet? ¿Sí? Entonces, las recogeremos cuando nos marchemos.

Marido y mujer estaban a medio camino de la gran escalera cuando Lord Newhaven dijo con su habitual voz átona:

—Tengo que pedirte una vez más que recuerdes que no quiero que haya ningún escándalo vinculado a tu nombre. ¿No has visto que ese sabueso mestizo de Pratt estaba siguiéndote el rastro? Si no hubiera estado yo allí cuando entró, habría extraído sus propias e infames conclusiones y, por una vez, habrían sido acertadas.

—Él no podría pensar de mí peor que tú —respondió la esposa, mitad intimidada, mitad insolente.

—No, pero podría decirlo, cosa que yo no haría o, lo que es más probable, podría utilizar su conocimiento para aprovecharse de ti. Es un hombre peligroso. No te pongas a su merced.

—No quiero, ni a la de nadie.

—Entonces, evita el escándalo en lugar de coquetear con él y no vuelvas a repetir el disparate de esta tarde.

El capitán Pratt no permaneció mucho tiempo en el salón de fumar. Sólo tenía con Hugh una relación muy superficial, que no parecía capaz de ensancharse. Hizo algún que otro esfuerzo, demostró sus propiedades poco flexibles y, enseguida, salió.

Hugh se desplazó despacio hacia la ventana y apoyó la frente palpitante contra el parteluz de piedra. Todavía se sentía débil y el encuentro con Lady Newhaven le había conmocionado.

«¿Qué ha querido decir? —se preguntó perplejo y receloso—. “¡A lo mejor voy a pasar unos días a Westhope más adelante!”. Pero, por supuesto, no volveré a ir jamás. Lo sabe tan bien como yo. ¿Qué ha querido decir?».

CAPÍTULO XXXI

*Hacia el azul sin límites tendió sus áureas alas
el Pájaro del Tiempo y quiere a lo infinito
su vuelo remontar.*

OMAR KHAYYÁM[59]

Era la tercera semana de noviembre. El invierno, ese destructor, llegaba tarde, pero por fin había llegado. Se palpaba la muerte en el aire. Un susurro de muerte avanzaba poco a poco por los campos yermos y la ladera desnuda de la colina. Los pájaros lo oían y guardaban silencio. El viento de noviembre corría por la abadía de Westhope y agitaba sus árboles desnudos.

Lord Newhaven miraba fijamente hacia el este a las colinas bajas, a lo lejos, a través de la llanura. Permaneció así tanto tiempo que el día murió y el crepúsculo empezó a borrar primero las colinas y, después, las alargadas líneas blancas de los prados inundados y los borrosos sauces desmochados. De inmediato, la bruma del río se alzó para encontrarse con la oscuridad inminente. Hacia el este, una leonada luna baja y estridente intimidaba al cielo cárdeno. No proyectaba ninguna luz sobre la tierra gris.

Lord Newhaven se apartó de la ventana, donde había acabado por convertirse en una sombra más entre las sombras, y se sentó en la oscuridad de su escritorio.

Acto seguido, encendió la lamparilla eléctrica que tenía al lado y extrajo una carta del bolsillo. El círculo de luz matizada recayó sobre su rostro mientras leía: el rostro estrecho y serio con unos ojos inmutables e inescrutables.

Leyó la carta despacio; por lo que parecía, no por primera vez.

«Si no me hubiera tomado por sorpresa en aquel instante, no habría consentido en la forma de resolver nuestras diferencias. Personalmente, considero preferible el viejo modo de solventar las cuestiones al que usted aludió lamentándose en aquel momento (“pistolas para dos y café para cuatro”, lo recuerdo a la perfección) y, como usted mismo parece pensar, ¿no sería aconsejable recuperarlo? Esperando que el acuerdo original dé tan plena satisfacción a sus deseos como los míos, confío en que tenga en cuenta esta sugerencia y acepte celebrar la semana próxima un encuentro con las armas de su elección bajo cualquier pretexto que considere oportuno citar».

Ahí terminaba la carta. Iba sin firmar.

«El tiempo sin duda se reduce —se dijo Lord Newhaven—. Tiene razón cuando afirma que sólo queda una semana. Si no fuera por el escándalo para los niños, y si pensara que él realmente iba a cumplir el acuerdo, le daría satisfacción, pero no va a hacerlo. Se arrugó cuando extrajo la

cerilla. No lo hará. Tiene la valentía suficiente para plantarse delante de mí dos minutos y aprovechar su oportunidad, pero no para volarse los sesos él mismo. No. Y si supiera lo que le aguarda en caso de no hacerlo, tampoco tendría la valentía para afrontarlo. Ni yo si estuviera en su pellejo, ¡pobre diablo! Los primeros seis pasos de terreno serían suficiente para mí».

Arrojó al fuego la carta con su sobre y los contempló arder.

A continuación, tomó la pluma de oro que su esposa le había regalado, examinó el plumín, lo mojó muy despacio en la tinta y escribió con una repentina celeridad.

«Permítame recordarle que en aquel momento no planteó usted ninguna objeción a la forma de nuestro encuentro y mi elección de las armas, mediante lo cual se evitaba toda publicidad. El riesgo era idéntico. Ahora, cuando casi no queda tiempo, propone usted que yo me someta al proceso una segunda vez y de un modo que causará escándalo de inmediato. Debo declinar hacerlo si no quiero reabrir el asunto, que había recibido ya mi consideración más atenta antes de decidir al respecto. He quemado su carta y desearía que quemara usted la mía».

«¡Pobre diablo! —dijo Lord Newhaven depositando la carta no en la bandeja de correo que tenía al lado, sino en el bolsillo—. Loftus y yo le jugamos una mala pasada cuando le sacamos del agua».

La carta se tomó su tiempo, pues debía evitar posibles inconvenientes. Evitó la compañía de las demás cartas de Westhope, eludió la oficina de correos del pueblo, pero se envió con la demora de un día y descansó entre otro centenar en un buzón de correos de la estación. Y, después, corrió, corrió, tan deprisa como el tren expreso pudo llevarla, hasta que alcanzó su dirección londinense y subió con sigilo las escaleras y se tendió con otras cuantas sobre la mesa del desayuno de Hugh.

Desde su visita a Wilderleigh, Hugh había sido durante muchas semanas como un hombre en una barca sin remos, a la deriva lenta e imperceptiblemente sobre la plácida corriente de un río poderoso, desde donde se oyerá a lo lejos la catarata del Niágara zumbando como un abejorro en el cáliz de un lirio.

Mucho tiempo atrás, en verano, habría reconocido el sonido, había percibido la abrupta agonía hacia la que la corriente le transportaba y había luchado con denuedo, impotente, contra lo inevitable. Pero en los últimos tiempos, pese a que tenía siempre en los oídos ese sonido que brotaba desde la melancólica distancia, había cejado en la inútil lucha y permanecía inmóvil bajo el sol contemplando cómo se deslizaban los bosques estivales y se alejaban las nubes, cada vez más lejos, siempre lejos, en dirección al nacimiento del río, hasta esa vitalidad palpitante del corazón de las colinas que la mano de una mujer podría abarcar, el pulso infantil del gran río futuro.

Los pensamientos de Hugh se replegaban como las nubes hacia ese diminuto arroyo de pasión de su vida. Tenía la sensación de que podía haberlo olvidado, y a sí mismo, como si hubiera sido arrastrado al torbellino de un torrente montañoso que se precipitara saltando sobre su propio cauce salvaje, llevándose todo lo que encontraba a su paso. Había visto a otros hombres arrollados, barridos de su compostura por un torrente semejante de la empinada ladera de su juventud. Pero no había sucedido así con él. Él había caminado con más cautela que ellos. Mientras caminaba, se había detenido para mirar el hilo de agua que manaba a borbotones de entre sus guijarros blancos. Era tan bonito, tan frágil, tan claro... Sin proponérselo, lo siguió, lo observó crecer, se entretuvo con él desdeñosamente, le ayudó en su curso eliminando obstáculos

de su cauce. Nunca se precipitaba. Nunca saltaba. Era un juguete. Llegó el día en que se extendió con cautela y poca profundidad en la planicie y él se embarcó en su caudal. Pero se cansó enseguida de él. Estaba empezando a enfangarse a través de un terreno ordinario, a discurrir junto a sucias ciudades y aldeas contaminadas. Hacía mucho tiempo que las colinas habían desaparecido. Se volvió para remar hasta la orilla. Pero he aquí que los remos habían desaparecido. Había quedado atrapado en su propia destrucción.

Hugh nunca se había tomado en serio su intriga con Lady Newhaven. Se había sentido atraído, excitado, en parte, esclavizado sin quererlo del todo. En aquel momento pensaba que la amaba, suposición que le reafirmó en el cinismo fácil acerca de las mujeres. Aquella era, pues, la irrisoria e insignificante corte de ella, en la que un hombre rendía un remedo de homenaje y ella jugaba a ser reina. Hugh hizo el descubrimiento de que el amor era una pasión muy sobrevalorada. Siempre lo había supuesto, pero cuando se cansó de Lady Newhaven estuvo seguro de ello. Después de todo, su experiencia no era más que la misma que la que muchos hombres adquieren mediante el matrimonio y mantienen inalterada a lo largo de una vida larga y provechosa. Pero Hugh no fue capaz de conservar los tesoros de esta primera experiencia. Perdió el valor, tal vez se volvió un tanto despreciable por otra experiencia posterior, la de enamorarse de Rachel, y por el asombroso descubrimiento de que estaba enamorado por primera vez. Había vendido su primogenitura por un guiso de lentejas, tan positivamente como cualquier hombre o mujer que se casa por dinero o por apariencias. No había creído en su primogenitura y, al tenerla por inservible, la entregó a la primera persona que le ofreció algo a cambio.

Toda su alma se había ido endureciendo poco a poco ante Lady Newhaven. Si la hubiera amado, se decía, podría haber soportado su destino. Pero el esfuerzo no había merecido la pena. Su posición era detestable, pero podría haberla soportado (o, al menos, eso pensaba) si hubiera gozado de su prosperidad. Pero no la tenía. Esa idea le exasperaba. Ser expulsado a la fuerza de la vida por haber tomado por auténtico el papel moneda no sólo era injusto, era grotesco.

Sin embargo, poco a poco, en Hugh fue amainando el ardiente odio que sentía por Lady Newhaven, su sensación de injusticia e ira contra el destino, olvidando todo con su amor por Rachel. Ese amor acabó convirtiéndose en la única realidad de su vida.

Permaneció en Londres durante los meses de octubre y noviembre, canceló todos sus compromisos porque ella estaba allí. Había comprendido sólo vagamente cuál era el trabajo de ella: que estaba entregando parte de su colosal fortuna y a sí misma en el East End, pero no se interesó por ello. En este momento era incapaz de incorporar más intereses a su vida. Pasaba muchas tardes tranquilas con ella en la casa de Park Lane que Rachel había adquirido recientemente. La secretaria que vivía con ella siempre tenía una ligera sonrisa y más tarea de escritura pendiente de lo habitual en las tardes que él cenaba con ellas.

Durante toda su relación reinó una paz inmensa. Tal vez fuera la quietud que precedía a la tormenta, cuya sombra se cernía, se cernía sobre la mente de ambos con cada sucesivo día que pasaba. Sólo una vez una repentina ráfaga de emoción agitó el ambiente sosegado, pero volvió a detenerse de inmediato. Se produjo en el momento en que Hugh le confesó la mancha de su pasado. Cuanto más veía a Rachel, el pasado iba adquiriendo cada vez un aspecto más desagradable y repulsivo que nunca. Resultaba difícil expresarlo con palabras, pero habló de él. El espectro del amor se alzó como un fantasma entre ambos cuando se miraban seriamente el uno al otro, ambos pálidos incluso ante la rubicunda chimenea.

Hugh tenía intenciones sinceras. Estaba decidido a no mentir nunca a Rachel. Aludió

implícitamente a una intriga con una mujer casada, a una desviación no sólo de la moral, sino también del honor. No dijo más. Pero cuando él miró el rostro tenso de Rachel le pareció que ella esperaba algo más. Un silencio terrible se interpuso entre ambos cuando él hubo terminado. ¿Es que ella no tenía una palabra que decirle? Los ojos de Rachel, mudos, suplicantes y sombríos por la agonía del suspense, se encontraron con los de él durante un segundo y cayeron al instante. Rachel no habló. Su silencio inundó a Hugh de desesperación. Se levantó.

—Se está haciendo tarde. Debo marcharme —tartamudeó.

Ella se levantó como una autómatas y extendió la mano.

—¿Puedo volver otra vez? —preguntó mientras sostenía la mano con más fuerza de lo que pensaba y mirándola atentamente.

¿Iba a ser rechazado?

El dolor que le causaba en la mano le recordó a sí misma. Una expresión de desconcierto atravesó su rostro y, a continuación, reparó en la incertidumbre de Hugh y dijo en tono serio:

—Puedes volver otra vez.

Le besó la mano y la sostuvo y, mientras lo hacía, supo por primera vez que ella le amaba. Pero Hugh no podía hablar de amor después de lo que acababa de contarle. Cuando llegó a la puerta, volvió la vista atrás y la vio de pie donde la había dejado. Rachel levantó la mano y se la llevó a los labios.

Aquello sucedió tres días atrás. Desde entonces, Hugh no se había atrevido a acudir a verla. No podía pedirle que se casara con él cuando faltaban pocos días para que el llamado honor le reclamara para dar satisfacción a Lord Newhaven. Sin duda, no podía estar de nuevo ante su presencia sin pedirselo. Una vez más, las sombras de las últimas semanas se volvieron realidades abominables. El rumor del Niágara ahogaba todos los demás sonidos. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a hacer ante el dilema hacia el que llevaba tanto tiempo avanzando a la deriva y que ahora se abalanzaba sobre él? ¿Quién sabría decir qué horror, qué agonía mental, qué frenética búsqueda de una salida, qué angustia de amor desconcertado se abarrotaban en la mente de Hugh durante estos últimos días? En el último momento, se agarró a un clavo ardiendo y escribió a Lord Newhaven ofreciéndole enfrentarse a él. No se preguntó qué haría si Lord Newhaven se negaba. Pero cuando Lord Newhaven se negó, su determinación, alimentada tanto tiempo sin darse cuenta, cobró existencia madura en un súbito acceso de ira apasionada y furia ciega.

«¡No va a enfrentarse a mí, no lo hará! Piensa que voy a morir como una rata en una trampa teniendo toda la vida por delante. No lo haré. Le he ofrecido una oportunidad justa de vengarse... Yo habría disparado al aire... Y si él no la aprovecha, es responsabilidad suya, ¡maldita sea! Puede dispararme en cuanto me vea si lo desea. Que lo haga».

CAPÍTULO XXXII

*Nunca digas:
«De esta agua no beberé».*

Si pudiéramos escoger nuestras aflicciones, no escogeríamos el suspense. Rachel había envejecido ostensiblemente en las últimas semanas. Sus robustas manos blancas adelgazaron, los ojos sin brillo y el rostro ojeroso lo traicionaban. Con el transcurso de los años, cuando un amor humano le falló, se dijo: «Jamás me someteré a esta tortura una segunda vez. Suceda lo que suceda, no lo soportaré de nuevo».

Y ahora estaba soportándolo, aunque de forma distinta. En la devoción que algunas mujeres profesan hacia los hombres hay un componente de amor materno. En primera instancia, eso abrió la puerta del corazón de Rachel a Hugh y se fue fundiendo poco a poco con otros sentimientos hasta profundizar en el doloroso amor de una mujer que no está en su primera juventud por un hombre de quien no está segura.

Rachel no estaba segura de Hugh. De su amor por él sí estaba segura, pero no del propio hombre, de la naturaleza amable, refinada y encantadora que calladamente le adoraba y se aferraba a ella. No podía repudiarlo más de lo que podría repudiar a un niño. Pero todo lo que sabía de él, el conocimiento que proporciona el amor —lo único que aporta conocimiento verdadero de nuestros congéneres— llevaba entrelazada una hebra de angustia dubitativa. Podía hacerse alguna idea de cómo actuarían en determinadas circunstancias hombres como Dick, Lord Newhaven o el obispo, pero no lograba hacerse una idea clara de cómo actuaría Hugh en idénticas circunstancias. Sin embargo, conocía a Hugh mil veces mejor que a cualquiera de los otros. ¿Por qué sucedía esto? Muchas mujeres antes que Rachel han pretendido averiguar con esmero y han cerrado los ojos con esmero para no descubrir qué es lo que hay de oscuro para ellas en el carácter del hombre a quien aman.

Tal vez Rachel supiera a medias todo el tiempo de la sutil disparidad del carácter de Hugh. Tal vez le amara aún más por eso. Tal vez supiera que, si él hubiera carecido de una determinada debilidad imposible de definir, no se habría visto atraído por la fortaleza de ella. Ella era más fuerte que él y tal vez lo amara más de lo que pudiera haber amado a un igual.

«*Les esprits faibles ne son jamais sincères*».[60] Rachel había topado con esa frase un día en un libro que estaba leyendo y se volvió de pronto ciega y reticente de ira. «Es sincero —dijo con energía, como si estuviera repeliendo una acusación—. Jamás me engañaría». Pero nadie había acusado a Hugh.

Esa misma tarde le hizo la confesión que tanto llevaba esperando. Cuando empezó a hablar

con un aire de suspense insoportable, se apoderó de ella una especie de modalidad nueva y aguda de una enfermedad conocida. ¿Iba él a vivir o a morir? Al final lo sabría. ¿Iba a apartarse de él, a enterrar el amor por segunda vez, o iba a conservarle, a ser su esposa y la madre de sus hijos?

A medida que él fue contándose, su lenguaje se fue volviendo más confuso y ella apenas le escuchaba. Sabía todo desde hacía demasiado tiempo. Le había perdonado, no sin lágrimas; pero, aun así, le había perdonado hacía mucho. Entonces, él se detuvo. A Rachel le pareció como si hubiera llegado a un momento de la vida que sería incapaz de soportar. Esperó, pero aun así él no hablaba. En ese caso, Rachel no iba a saber. Iba a ser el grano entre las piedras de molino de otros cuatro espantosos días más, con sus noches. De repente, cuando miró al rostro empalidecido de Hugh, advirtió que él creía que ella iba a rechazarlo. Jamás le había entrado esa idea en la cabeza.

—¿No sabes que te amo? —le preguntó Rachel en voz baja mientras él le besaba la mano.

Cuando se marchó, le sobrevino un destello de consuelo, el único destello que iluminó los días y las noches que siguieron. No era culpa de Hugh haber hecho una confesión a medias. Si hubiera continuado y le hubiera hablado del sorteo con las cerillas y de quién había extraído la fatídica, habría demostrado una falta del sentido del honor. Al hombre al que había injuriado le debía mantener el secreto absoluto.

«Me contó el pecado que podría afectar al hecho de que me casara con él —decía Rachel—, pero el resto no tenía nada que ver conmigo. Ha hecho bien no hablándome de él. Si me lo hubiera contado y a continuación, unos cuantos días después, Lord Newhaven se hubiera suicidado, él sabría que yo encajaría las piezas y sabría quién era la mujer, y el secreto no habría perecido con Lord Newhaven, como debía suceder. Pero si Hugh era el hombre que tenía que suicidarse, podría habérmelo contado así sin quebrantar el secreto, porque entonces yo jamás habría imaginado quiénes eran los otros. Si él fuera el hombre, podría habérmelo contado, sin duda me lo habría contado, pues no podría causar ningún daño a nadie. Está claro que Lady Newhaven debe de estar en lo cierto con lo de que su esposo extrajo la cerilla más corta. Y ella misma habría obtenido idéntica impresión a partir de lo que Hugh había dado a entender vagamente en Wilderleigh. Pero ¿qué son las impresiones y suposiciones, sino el alimento del suspense?». Rachel suspiró y aceptó la carga lo mejor que pudo. Al menos, la confesión de Hugh contenía una fuente de consuelo, triste consuelo frío si él estaba a punto de abandonarla. Por la sensación de confianza y fe absolutas que afloraron al afrontar la acusación que él hacía sobre sí mismo supo aquella misma noche, mientras no dormía, que ella no había confiado plenamente en él hasta ahora. Lo que podría haber apartado el corazón de Rachel de él había surtido el efecto contrario. «Pese a correr el riesgo de perderme al hacerlo, me contó lo peor de sí mismo. Deseaba que yo lo supiera antes de pedirme matrimonio. Aunque actuó deshonrosamente en una ocasión, es un hombre honorable. Ha demostrado ser recto tratando conmigo».

Hugh no regresó más después de aquella tarde. Rachel se dijo que sabía por qué, comprendió. Él no podía hablar de amor y matrimonio cuando el hombre a quien había ofendido se encontraba al borde de la muerte. El corazón de Rachel se detenía cuando pensaba en Lord Newhaven, el hombre noble y amable que era casi su amigo y que, con una dignidad tan sobria, estaba jugando una partida que iba a perder. Hugh le había arrebatado a su esposa y, con ese mismo acto, estaba ahora arrebatándole también la vida.

«Fue un azar imparcial —gemía ella—. Hugh no es responsable de su muerte. ¡Oh, Dios mío! Al menos no es responsable de eso. Podría haber sido él quien tuviera que morir en lugar de Lord

Newhaven. Pero si es él, no podría dejarme sin decir una palabra. Si es él, habría venido a despedirse. No puede sumirse en el silencio sin decir una palabra. Si es él, todavía vendrá».

Padeció los dos días restantes casi desmayándose de miedo cada vez que sonaba el timbre, por si fuera Hugh.

Pero Hugh no acudió.

Entonces, después de recibir reiterados telegramas frenéticos de Lady Newhaven, abandonó Londres a toda prisa para ir a verla, como había prometido, el veintiocho de noviembre, la noche del último día de los cinco meses.

CAPÍTULO XXXIII

En cuanto tomó el bocado, salió. Era de noche.[61]

Casi había oscurecido cuando Rachel llegó a la abadía de Westhope. Una gran paz parecía invadir los alargados contornos borrosos de los jardines y acumularse en los solemnes arcos de las ruinas ante el cielo que se oscurecía. A través de la entrada baja se asomaba una tenue luz de bienvenida. A medida que iba avanzando fue percibiendo dos figuras altas que paseaban amistosamente bajo el crepúsculo. Cuando pasó junto a ellas oyó la risa grave de Lord Newhaven por algo que había dicho su acompañante.

Se apoderó de ella una sensación de irrealidad. No era el mundo el que estaba dislocado, el que se precipitaba hacia la destrucción. Debía de ser ella la que estaba loca, loca de remate por haber creído en semejantes quimeras.

Cuando salió del carruaje se oyeron levemente unos pasos sobre la grava y Lord Newhaven apareció en el pequeño anillo de luz que había junto a la arcada.

—¡Qué bien que haya venido! —dijo en tono cordial con la mano extendida—. Mi pobre esposa está muy indispuesta y le esperaba con impaciencia. Me dijo que había enviado el carruaje para que la recogiera.

Todo era irreal; los pasillos y habitaciones familiares, el parpadeo de la luz de la leña en el salón, la sala en penumbra por la que Rachel caminó sin hacer ruido y se arrodilló junto a una figura blanca y temblorosa, que la retuvo con un abrazo sofocante.

—Estaré en el salón después de la cena —susurró con voz ronca Lady Newhaven—. No voy a cenar abajo. No puedo soportar verlo.

Todo era irreal, salvo los celos que de súbito atenazaron a Rachel por la garganta hasta casi ahogarla.

«Me he hecho cargo de algo que excede mis fuerzas —se dijo mientras se vestía con premura para cenar—. ¿Cómo reaccionaré cuando hable de él? ¿Cómo voy a soportarlo?».

Enseguida estuvo cenando sola con Lord Newhaven. Él señaló que era Dick Vernon la persona con la que estaba paseando cuando Rachel llegó. Dick estaba en Southminster por una mezcla de asuntos de negocios y cuestiones de caza y se había pasado por allí. Lord Newhaven miró furtivamente a Rachel mientras mencionaba a Dick. La indiferencia de Rachel era, en apariencia, auténtica.

«No ha adelgazado y se ha desprendido del poco atractivo que tenía a cuenta de Dick», se dijo; y se le pasó por la mente el recuerdo de la primera palabra que dijo Hugh cuando recuperó

la conciencia tras estar a punto de ahogarse: «Rachel».

—Iba a pedirle a Dick que viniera a cenar —prosiguió Lord Newhaven cuando los criados se marcharon—, pero me pareció que dos eran compañía y tres, multitud, y que no era justo para usted y para Violet tenerle a su cargo, pues debo marcharme a Londres por cuestión de negocios antes de que salga el expreso de la noche.

Le asombró el efecto instantáneo que surtieron sus palabras.

El rostro de Rachel se quedó lívido y la joven se recostó en la silla. Él percibió que fue sólo mediante un esfuerzo supremo como ella se impidió desmayarse. La verdad relampagueó en la mente de Lord Newhaven.

«Lo sabe —se dijo—. Ese idiota, esa víbora sin cerebro a quien estoy atado se lo ha confesado. Y Scarlett y ella están enamorados y el suspense la está desgastando».

Apartó la mirada de ella premeditadamente y prosiguió con una conversación aleatoria, pero se le ensombreció el rostro.

Entraron los niños y se arrojaron uno a cada lado de su padre, con los ojos clavados en las cerezas escarchadas. Rachel se había recuperado y contempló a los niños y a su padre con un dolor de corazón peor que el desfallecimiento.

Era incapaz de creer que, si Lord Newhaven hubiera extraído la cerilla más corta, permaneciera tranquilamente allí, ante el fatídico día de mañana, bajo el mismo techo que Teddy y Pauly. ¡Oh! Sin duda, nada horrible podría suceder tan cerca de ellos. Pero, por lo que parecía, tenía intención de abandonar Westhope. Entonces, después de todo, tal vez no hubiera extraído la cerilla más corta. En el momento en que el suspense, apaciguado por un instante, se alzaba de nuevo horrendo y descomunal, él mencionó con desinterés que se marchaba antes de que partiera el tren nocturno. La razón era evidente. La conmoción que le produjo ese alivio la dejó anonadada.

«Lo hará tranquilamente mañana, lejos de casa», se dijo mientras le observaba con ojos desgraciados cuando él repartía las guindas por igual entre los niños. Se sentía amedrentada para subir a ver a Lady Newhaven, pero cualquier cosa era mejor que permanecer en el comedor. Se levantó a toda prisa y los niños corrieron hacia la puerta y se pelearon por cuál de ellos se la abriría.

Lady Newhaven estaba tendida en un sofá junto a la chimenea del salón.

Rachel avanzó directa hacia ella y dijo con voz ronca:

—Lord Newhaven me dice que se marcha a Londres esta noche, antes de que salga el tren nocturno.

Lady Newhaven levantó los brazos.

—Entonces, es él —murmuró—. Como seguía quedándose aquí hasta hoy, empecé a temer que, después de todo, no fuera él; y sin embargo pocas cosas me hicieron tener más certeza de que lo era y de que sólo estaba esperando a hacerlo ante mí y ante los niños. He vivido absolutamente aterrorizada. ¡Oh! ¡Ojalá se marchara y nunca, jamás, volviera a verle la cara!

Rachel se sentó junto a la ventana enrejada y se asomó a la oscuridad. No podía soportar mirar a Lady Newhaven. ¿Podía encontrar en algún lugar fuera de ella algún alivio para el espanto de la muerte, para este demonio de los celos en su interior?

«Soy su única amiga —se decía una y otra vez—. No puedo soportarlo y debo hacerlo. No puedo abandonarla ahora. No tiene a nadie a quien recurrir más que a mí».

—Rachel, ¿dónde estás? —preguntó con voz débil y quejumbrosa.

Rachel se levantó y acudió vacilante hacia ella. Era una suerte que la habitación sólo estuviera iluminada por el fuego de la chimenea.

—Siéntate aquí, a mi lado, en el sofá, y deja que apoye la cabeza en tu hombro. Tú me consuelas, Rachel, aunque no digas nada. Eres la única amiga auténtica que tengo en el mundo, la única mujer que de verdad me quiere. Tienes las mejillas húmedas y estás temblando. Siempre te compadeces de mí. Puedo sentirlo ahora que estás aquí y que él se marcha.

Cuando los niños fueron a acostarse a regañadientes, Lord Newhaven llamó a su ayuda de cámara, le dijo que le preparara el equipaje, que no quería que le acompañara y, a continuación, se marchó a su gabinete de la planta baja.

«Scarlett parece una persona afortunada —decía, paseando de un lado a otro—. Esa mujer le ama y, si se casa con él, le reformará. ¿Va a salvarse por completo en este mundo y en el venidero, si es que hay venidero? ¿No hay justicia en ningún lugar? Tal vez en este momento esté pensando que ha salvado su conciencia ofreciendo enfrentarse a mí y que, al fin y al cabo, no puedo hacer nada para impedir que viva y se case con ella, si así lo decide. Sabe de sobra que no voy a tocarlo ni a interponer una demanda de divorcio por miedo al escándalo. Cree que me tiene acorralado. Y está en lo cierto. Pero se confunde si cree que no puedo hacer nada. Puedo ir a Londres y ver con mis propios ojos si sigue de pie mañana por la noche. No es más que una mera formalidad, pero lo haré. Podría haberme imaginado que intentaría mancillar su propio nombre y a los niños a través de ella si tuviera la oportunidad. Ella me vencerá, no obstante, a menos que sea cauteloso. ¡Oh! ¡Vive Dios! ¿Por qué me casé con una loca que ni siquiera sabe cuáles son sus propios intereses? Si volviera a nacer, me casaría con una Becky Sharp, cualquier encarnación del demonio, con tal de que tuviera cerebro. No se puede esquivar a una loca porque no se puede predecir su línea de actuación. Pero la señorita West, milagrosamente, es prudente. Guarda el rostro bajo llave. Pero no para Scarlett. ¿Se lo contó el propio Scarlett a ella en un arrebato de meticulosa limpieza moral preparatoria para el matrimonio? No. Tal vez le haya dicho que estaba envuelto en problemas con alguna mujer, pero no le habrá referido el sorteo con las cerillas. Con independencia de cuáles sean sus defectos, tienen el instinto de un caballero y mantiene la boca cerrada. En ese aspecto, puedo confiar en él como en mí mismo. Pero ella no es para él. Tal vez él crea que va a casarse con ella, pero yo establezco la diferencia ahí. Violet y yo tenemos otras perspectivas para él. Puede seguir viviendo si así lo desea y, según parece, lo desea, pero es una cuestión muy distinta si seguirá queriéndolo. Pero no tendrá a Rachel. Ella debe casarse con Dick».

Se oyó un estruendo lejano cuando el carruaje pasó bajo el portón de los establos de camino a la puerta principal.

Lord Newhaven tomó una novela con un marcapáginas entre las hojas y salió de la habitación. En el pasillo se detuvo un instante al pie de la estrecha escalera de roble negro que conducía a las habitaciones de los niños, que antaño habían sido sus propias habitaciones. Todo estaba en silencio. Prestó atención, vaciló, apoyó el pie en el primer peldaño. El mayordomo dobló la esquina para anunciar que el carruaje ya estaba listo.

«Regresaré dentro de cuatro días, como máximo», se dijo. Y se volvió y se dirigió con rapidez hacia el vestíbulo, donde el cortante aire de la noche entraba con el pataleo de los impacientes cascos de los caballos.

Un minuto más tarde, las dos mujeres que escuchaban desde arriba oyeron el carruaje adentrarse en la oscuridad y sobre la casa se cernió un silencio inmenso.

CAPÍTULO XXXIV

*Dice el necio:
¿quién iba a pensarlo?*

El invierno trajo consigo algunos problemas a la vicaría de Warpington. Había llegado un nuevo bebé y el antiguo estaba aprendiendo, no en silencio, lo que los reyes y ministros sufren cuando son depuestos. Hester nunca se había preocupado demasiado por el antiguo bebé. Le temía en silencio. Pero, cuando le llegó la hora de la adversidad, se entregó a él, y Hester y Regie pasaban muchas horas consolándolo por la llegada del pequeño ser en fase de desarrollo que se encontraba arriba.

La señora Gresley se recuperaba despacio y, antes de que volviera a bajar, Regie contrajo una de esas enfermedades súbitas y repentinas de la infancia que a las mujeres sin hijos hacen dar gracias a Dios por denegárselos en sus oraciones.

La señora Gresley no estaba lo bastante bien aún para que le informaran y, durante muchos días, el señor Gresley, Hester y el doctor Brown se esforzaron por arrancar a Regie por la fuerza del valle de las sombras desde donde, desde que se meciera la primera cuna en el principio de los tiempos, los tiernos piecitos de los niños han penetrado en los corazones de las madres que en vano impedían el paso.

A medida que iban pasando los días, el rostro del señor Gresley fue adelgazando hasta parecerse al de Hester. En su circuito, pues no permitía que nada interfiriera su trabajo, gruesos campesinos en sus carros de dos ruedas, que se enfrentaban a él en las reuniones de la sacristía, se detenían para preguntarle por Regie. Los más hoscos de sus parroquianos le saludaban levantándose el sombrero cuando pasaba y las madres de familia a las que nunca se podía inducir a abandonar la cocina para asistir al servicio matutino, que se sentían profundamente ofendidas porque, en consecuencia, se las llamara «cristianas de sobremesa», olvidaron el término oprobioso y le llevaban pequeñas ofrendas de huevos recién puestos y manzanas sonrosadas para tentar al «amito».

El señor Gresley se sentía conmovido, agradecido.

—No creo que les haya hecho justicia siempre —dijo a Hester un día—. Al fin parecen comprenderme un poco mejor. Walsh no me ha dirigido la palabra desde mi sermón sobre los no conformistas, aunque siempre me ocupé de mostrarme afable con él, pero hoy se ha detenido y me ha dicho que estaba al tanto de los apuros en que estaba envuelto, y que él perdió... —la voz del señor Gresley flaqueó— hace mucho tiempo..., pero que, cuando tenía aproximadamente mi edad, perdió a su hijo mayor y que se acuerda siempre de Regie en sus oraciones; y que debo mantener

la esperanza. Nos estrechamos la mano —dijo el señor Gresley—. A veces creo que Walsh tiene buena intención y que, después de todo, tal vez sea un hombre de buen corazón.

Bajo la arrogancia que la fe en la sucesión apostólica parece inducir en naturalezas como las del señor Gresley, igual que el aire de la montaña induce el asma en determinados pulmones, la flecha de la angustia desesperada había penetrado hasta rozar una fina capa de humildad. Hester sabía que esa capa sólo se veía alterada de forma pasajera y que el viejo yo se reafirmaría infaliblemente, pero el atisbo momentáneo atrajo su corazón hacia su hermano. Él era consciente de ello y entre ellos casi nació el cariño mientras velaban junto a la cama de Regie.

Por fin, tras una noche interminable, los dubitativos pies llegaron hasta la línea divisoria entre dos caminos y vacilaron. El amanecer vertió su color gris sobre los atentos rostros del médico y de Hester y sobre la muda incertidumbre del pobre padre. Y con un suspiro, como el de quien sabe a medias que está cometiendo un error para toda la vida, Regie se acomodó sobre el hombro de Hester y se quedó dormido.

Pasaron varias horas. La luz se fue intensificando y Regie seguía durmiendo. El doctor Brown puso unos almohadones detrás de Hester y le dio alimento. La miraba con preocupación.

—¿Puedes aguantar? —le susurró más adelante, cuando el sol entraba a raudales por la ventana de la habitación del niño.

Y ella le devolvió una sonrisa de burla. ¿Si podía aguantar? ¿Por quién la tomaba?

Finalmente, Regie se estiró y abrió los ojos. El médico lo tomó suavemente de los brazos de Hester, le dio comida y lo acostó.

—Está bien —dictaminó—. Dormirá todo el día.

El señor Gresley, que apenas se había conmovido, ocultó el rostro entre las manos.

—No intente moverse, señorita Hester —dijo el doctor Brown con gentileza.

Hester no lo intentó. No podía. Tenía el rostro y las manos rígidas. Le miró aterrorizada.

—Tendré que gritar en otro momento —susurró.

El viejo doctor le ayudó a levantarse y la llevó enseguida a su habitación, donde Fräulein la atendió.

Después, bajó el médico y encontró al señor Gresley esperándolo al pie de la escalera.

—¿Está seguro de que está bien? —preguntó.

—¡Claro! Fräulein está con él. Empezó a mejorar al amanecer.

—¡Gracias a Dios!

—Bueno, yo diría también gracias a su hermana. Ella lo ha salvado. Le digo una cosa, Gresley, ni usted ni yo podríamos haber permanecido sentados todas esas horas sin movernos como ha hecho ella. Transcurrida la primera hora no ha dejado de tener calambres. Hay un voluntad de hierro en ese frágil cuerpo suyo.

—No tenía ni idea de que estuviera incómoda —dijo el señor Gresley, medio incrédulo.

—Esa es una de las razones por las que siempre digo que no deberías ser clérigo —espetó el doctorcito, y se marchó.

El señor Gresley no se ofendió. Estaba demasiado abrumado por el agradecimiento para sentir rencor.

—El viejo Brown —dijo con indulgencia—. Ha estado en vela toda la noche y está tan cansado que no sabe que dice cosas absurdas. Como si un hombre que no comprendiera los calambres no estuviera cualificado para ser sacerdote. ¡Ja, ja! Siempre le gusta lanzarme algún

ataque, y puede sentirse libre de hacerlo. Tan sólo debo acercarme en silencio y dar un beso a mi querida Hester. Jamás habría dicho que llevara dentro la preocupación por alguien como ha mostrado que se preocupa por Regie. Se lo diré, y le diré lo sorprendido que estoy y cuánto la quiero por ello. Siempre me ha parecido de todo punto insensible, inhumana. Pero, si Dios quiere, este es el principio de una vida nueva para ella. Si lo es, jamás oírás de mí una palabra de reproche por el pasado.

Transcurridos un par de días, el obispo de Southminster sufrió un ataque de reumatismo y el doctor Brown fue a visitarlo. Tal vez esta dolencia pasajera pueda explicar al lector un incidente que siguió siendo inexplicable para el señor Gresley hasta el fin de su vida.

Dos días después de que Regie hubiera invertido el curso hacia la salud, y en la tarde del mismo día en que el doctor Brown atendió el reumatismo del obispo, se pudo ver el carruaje episcopal comprimiendo sus augustas proporciones por el angosto acceso para coches de la vicaría de Warington; al menos, siempre se le llamaba acceso para coches, aunque los hocicos de los caballos se reflejaban en el cristal de la puerta de entrada mientras las ruedas traseras todavía estaban encajadas entre los postes de la entrada.

Del carruaje no salió el obispo, sino la figura alta de Dick Vernon, que tocó la campana y, a continuación, examinó una grieta del porche.

Tuvo mucho tiempo para hacerlo.

—¡Señor! ¡Qué estúpidos! —soltó casi en voz alta—. Esta tontería está diciendo a gritos que va a caérseles en la cabeza y ponen una abrazadera en la grieta. También podrían haber puesto una máscara antigás a los aborígenes esclavizados. ¿Está en casa el señor Gresley? Bien, dígame sólo que salga un momento, ¿quiere? Mira, James, si quieres que te demanden por una masacre, deja este porche tal como está. No, no he venido expresamente desde Southminster para decírtelo, pero ya que estoy aquí te lo digo.

—Yo mismo hice el porche cuando llegué a esta casa —replicó en tono poco amistoso el señor Gresley, que no había olvidado ni perdonado la gravedad de la conducta de Dick en la reunión sobre la abstinencia de alcohol.

—Debí haberlo supuesto —dijo Dick, exaltándose con el asunto y subiéndose a una silla pequeña del jardín—. Algún lunático fugado de algún sitio ha puesto una abrazadera en el enfoscado.

—Yo mismo puse la abrazadera —respondió el señor Gresley—. De verdad, no hay ninguna necesidad de que pierdas tu tiempo y me hagas perder el mío con esto. Entiendo el porche a la perfección. La grieta es meramente superficial.

—¿Sí? —preguntó Dick—. Entonces, ¿por qué recorre estos dos pilares agotados? Te digo que está cansado de mantenerse en pie. Va a sentarse. Fíjate aquí —Dick arañó el enfoscado con su navaja y cogió la abrazadera cuando cayó al suelo—, esa abrazadera sólo estaba agarrada al enfoscado. Jamás llegó a la piedra, o a la madera, o a lo que quiera de que esté hecha esta casetilla. Deberías dar gracias porque no se te haya venido abajo encima de uno de los niños o sobre tu propia cabeza. Habría golpeado a todos los textos que fueran a salir de ella durante alguna temporada.

El señor Gresley no parecía muy agradecido mientras le conducía hacia su despacho.

—Hoy estuve almorzando con el obispo —comentó Dick— y estaba allí el doctor Brown. Nos contó los problemas que ha habido aquí. Dijo que el pequeño Regie marchaba como una máquina. El obispo me pidió que te preguntara expresamente por él.

—Mejora cada día de manera asombrosa —respondió el señor Gresley suavizando el tono—. ¡Qué amable ha sido el obispo al enviarte a preguntar! Al no tener niños, jamás se me habría ocurrido...

—No —dijo Dick—. A ti no. ¿Recuerdas cuando estuvimos en Cheam y encontraron el soberano marcado de Ogilvy en el bolsillo de mis pantalones de franela? Eras el único niño, tú y esa víbora de Field, que no estaba seguro de que yo no lo hubiera cogido. Dijiste que todo tenía una pinta malísima, y así era.

—Nadie se alegró tanto como yo cuando se aclaró el asunto —replicó el señor Gresley.

—No —contestó Dick—, pero no nos importa gran cosa lo que cualquiera piense una vez que se ha aclarado. Es antes cuando importa. ¿Está Hester en casa? Tengo dos notas para ella. Una de Brown y otra del obispo, y tengo órdenes de llevármela. Esa es la razón por la que el obispo envió el carruaje.

—Me temo que Hester apenas tendrá ganas de dejarnos en este momento —dijo el señor Gresley—. Mi esposa está postrada en el sofá y Regie todavía está muy débil. Regie se ha encaprichado por ella de una de esas maneras inexplicables y no va a poder soportar que desaparezca de su vista.

—El obispo se ha encaprichado por ella de otra de esas maneras inexplicables —replicó Dick mirando de lleno al señor Gresley con aire desdeñoso—. No soy de los que sostienen que los párrocos deban salirse con la suya en todo. Ya he visto demasiados misioneros. Me limito a arrojar por la borda a coadjutores y vicarios, y a todo aquel que se atreva a tratar de interponerse en mi camino si lo intenta. Pero cuando aparecen con botas de caña alta con botonadura y polainas..., por Júpiter, me rindo ante ellos o, al menos, lo hago ante hombres como el obispo. Él sabe bastante más. Me ha dicho que no regrese sin Hester y no voy a hacerlo. ¡Ah! Ahí está, en el jardín.

Dick estaba dando su ancha espalda a la ventana, pero en el cristal de una recomendación enmarcada, que ocupaba un lugar destacado en la pared del despacho, vio el reflejo del paso de una figura y, de inmediato, salió al jardín y entregó las notas a Hester.

Hester estaba desconcertada ante la idea de marcharse de War-pington, en donde parecía haberse convertido en un budista bajo su higuera. Se mostró reacia, lo pensaría un poco, etcétera. Pero, después de echar un vistazo a su rostro agotado, Dick se mostró tozudo. No estaba dispuesto a atender a ninguna razón. Él no se marcharía solo. Ella y Fräulein metieron con muchos nervios un poco de ropa en una caja, Fräulein tan nerviosa por la aparición de un joven y una posible aventura amorosa, que apenas dobló los vestidos de Hester.

Cuando Hester bajó con el sombrero puesto, encontró a Dick con el aire más amistoso posible quitando el neumático de la bicicleta del señor Gresley mientras el encolerizado propietario permanecía a su lado protestando.

—Te aseguro, Dick, que no quiero que la toque nadie. Conozco bien mi máquina. Si fuera un simple pinchazo, lo repararía yo mismo, pero no quiero que un ignorante eche a perder todo el artefacto. La llevaré a Southminster tan pronto como tenga oportunidad.

—No es necesario —dijo Dick alegremente—. También podrías ir a ver a un médico para que te cortara las uñas. Hazlo en casa. ¿No crees en la prueba del agua? ¡Oh! Tonterías. Creerás en ella cuando la veas. Ahora estás aprendiendo. ¡Ahí está! Ahora la he metido en el balde; ¿ves toda esa fila de burbujitas que salen atropelladamente hacia arriba. Eso es un escape en la válvula. No, no hay escape. Sólo está floja. ¡Dios mío, James! Sólo está floja y pensabas que la máquina entera

estaba averiada. Aquí, ya, la he apretado. ¡Burbuja del demonio! ¿Qué estás diciendo de blasfemar en tu presencia? ¡Oh! ¡No te disculpes! No puedes evitar ser un clérigo. Ocúpate de tus cosas. Si miras hacia otro lado justo cuando un tipo de buena intención te está enseñando, no aprenderás nunca. Yo pondría otra vez el neumático, pero, como dices que sabes hacerlo mejor que yo, no lo haré. Siento tenerte esperando, Hester. Y fíjate, James, deberías montar más en bicicleta. Te fortalece las piernas para tocar el armonio los domingos. Porque no diría que lo que tienes en esa iglesia de mala muerte es un órgano. Adiós, Fräulein, adiós, James. A casa, Coleman. Y fíjate —añadió Dick sacando su malvado rostro por la ventanilla cuando el carruaje viraba—, si vas a reunir fuerzas para celebrar otra reunión contra el abuso del alcohol, yo soy tu hombre.

—Adiós, querido James —interrumpió Hester a toda prisa, y el carruaje se marchó.

—Parece agarrotado —dijo Dick tras una pausa—. Un tipo como James no tiene ninguna fuerza en los brazos ni en las piernas. Puede arrodillarse en la iglesia y rodear con su brazo la cintura de la señora Gresley, pero eso es todo lo que está en condiciones de hacer. No hace suficiente ejercicio.

—No se encuentra bien. No creo que haya debido dejarlos solos.

—No tenías elección. Brown ha dicho que, a menos que te alejaras de aquí de inmediato, acabarías en la cama. Estuve en el palacio episcopal a la hora del almuerzo cuando lo dijo. La hermana del obispo andaba demasiado ocupada con sus buenas obras para venir ella misma, de modo que vine yo en su lugar. Dije que no regresaría vivo sin ti. Se ve que pensaban que regresaría de todas formas, pero, por supuesto, era absurdo. Yo quería que el obispo apostara algo, pero no lo hizo.

—¿Consigues siempre lo que quieres? —preguntó Hester.

—Por lo general, cuando depende de mí. Pero a veces las cosas dependen de otros, además de mí. En tales casos, a veces me ganan.

Estaban pasando por la abadía de Westhope, envuelta en el esplendor de la puesta de sol y la niebla.

—¿Sabías que la señorita West está allí? —preguntó Dick de improviso.

—No —respondió Hester, sorprendida—. Creía que estaba en Londres.

—Vino anoche para acompañar a Lady Newhaven, que no se encuentra bien. La señorita West es buena amiga tuya, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, sólo tiene un defecto, y se trata de un defecto que no puedo soportar. No va a fijarse en mí.

—No lo toleres —dijo Hester en voz baja—. Todas las mujeres tenemos nuestros defectos, querido Dick. Pero, si los hombres nos los señalan de forma amable, a veces podemos remediarlos.

CAPÍTULO XXXV

Cuando el sol traspone, ¿quién no espera la noche?

SHAKESPEARE[62]

Habían transcurrido dos noches desde que Lord Newhaven se marchara de la abadía. Y ahora, el segundo día, primero del mes de diciembre, estaba llegando a su fin. Rachel no sabía cómo había podido soportarlos. El día veintinueve del mes era la fecha señalada. Ambas mujeres habían aguantado hasta ese momento con la sensación de que entonces terminaría todo. Ninguna de las dos contempló la posibilidad de no tener noticia del asunto durante dos días más. Mucho después, en años de mayor sosiego, Rachel trató de recordar esos dos días con sus noches. Pero la memoria sólo le brindaba destellos morbosos, como los de un relámpago en medio de la oscuridad. En uno de esos destellos recordó que Lady Newhaven enfermó, que se ordenó ir a buscar al médico y que vivió sumida en el sopor de los somníferos. En otro se veía caminando por los inhóspitos jardines helados de escarcha y a los dos niños corriendo hacia ella por la hierba.

Cuando el sol descendió la tarde del segundo día, se asomó para verlo sentada a solas, junto a la ventana. Después de pasar todo el día aterrada, Lady Newhaven se quedó afortunadamente dormida. Rachel permanecía sentada oteando la lejanía por la ventana, asomándose más allá de los angostos confines de su angustia. ¿Acaso todo hombre o mujer que ha padecido no se ha sentado junto a una ventana, asomándose al exterior, sin ver nada, pero aun así mirando a ciegas pasar una hora tras otra?

Tal vez la serena madre tierra nos contemple y nos susurre a los oídos sordos...

Warte nur, balden

Ruhest du aunch[63]

Un débil pulso de vida se retuerce de dolor en nuestras camisas de fuego, mas la camisa no está hecha más que de la arcilla tejida por nuestra madre, quien nos la quitará al instante cuando volvamos a recostar la cabeza sobre su pecho.

Durante todo el día había estado soplando el viento, un viento fuerte y desagradable que acompañó a la pesadilla de aquel día igual que un lamento acompaña al dolor. Pero ahora había desaparecido con el sol, que se estaba poniendo con poco espectáculo al otro lado de las tierras llanas. La totalidad del cielo, de norte a sur y de este a oeste, estaba cubierto por una fina capa de nubes tenues y trilladas por el viento, y por jirones de nubes a través de los que, como a través de

un velo, se asomaba el rostro inalterable del cielo, al otro lado.

Y, de repente, de este a oeste y de norte a sur, hasta los árboles y el terreno ondulado del tenue oriente olvidado, las agotadas nubes amaratas se sonrojaban oleada tras oleada, legua a legua, rojas como el corazón de una rosa. La tierra azotada por el viento quedó inmóvil. Los árboles contenían la respiración. Negros por completo, destacaban ante el resplandor de la cruz tallada sobre el tejado adyacente. Y, en un instante, la poderosa oleada de colores desapareció como había llegado, retirándose con rapidez a través de sus infinitas orillas de cielo. Y de súbito cayó la noche expectante.

«¡Oh, Dios mío! —dijo Rachel extendiendo las manos para repeler la oscuridad—. Otra noche no. No puedo soportar otra noche».

Se oyeron unos pasos lentos recorrer la grava; pasaron bajo la ventana y se detuvieron en la puerta. Alguien llamó. Rachel se abrió con descuido el cuello del vestido. Estaba angustiada. Su respiración profunda y prolongada parecía sofocar todos los demás sonidos. Sin embargo, lo oyó: las pisadas débiles de alguien en el vestíbulo, la apertura y cierre lejanos de las puertas. Un estremecimiento difuso e indescriptible pareció recorrer la casa.

Salió sigilosamente de su habitación y recorrió el pasillo. Ante la puerta de Lady Newhaven, su doncella francesa vacilaba con la mano en el picaporte.

Abajo, en la escalera, estaban un clérigo y el mayordomo.

—Soy portador de tristes noticias —anunció el clérigo.

Rachel reconoció que era el archidiácono de quien Lord Newhaven tanto se reía.

—Tal vez deba usted preparar a Lady Newhaven antes de que se las dé.

La puerta se abrió bruscamente y Lady Newhaven apareció en la entrada. Una mano pequeña y apretada en un puño mantenía cerrada la larga bata blanca que se había echado por encima a toda prisa mientras la otra quedaba extendida y apoyada contra la jamba. Se balanceaba mientras permanecía allí de pie. La morfina y el pánico ardían en sus vidriosos, fijos con agonía en el clérigo. La luz procedente del vestíbulo, abajo, se estrellaba arriba contra su rostro descolorido. En los días posteriores, esta fue la imagen que Lady Newhaven recordó como la más imponente de toda la serie.

—Dígaselo —indicó Rachel con aspereza.

El archidiácono dio un paso adelante.

—Prepárese, querida Lady Newhaven —dijo impresionado—. Nuestro querido amigo Lord Newhaven ha sufrido un grave accidente. Eeh..., el Señor nos lo dio y el Señor se lo ha llevado. Bendito sea el nombre del Señor.

—¿Ha muerto? —susurró Lady Newhaven.

El archidiácono inclinó la cabeza.

Todo el mundo, excepto los niños, oyó el grito que resonó por la casa.

Rachel rodeó con los brazos la figura vacilante y consternada, la introdujo con cuidado en la habitación y cerró la puerta después de entrar.

CAPÍTULO XXXVI

Y reconocieron a Nicanor caído, con su armadura.[64]

Rachel dejó los periódicos, que venían abarrotados con la noticia de la muerte de Lord Newhaven.

«Lo ha hecho bien —se dijo—. Ha jugado su partida perdedora hasta el extremo más amargo, sopesando cada movimiento. Ninguno de los periódicos ha apuntado siquiera la posibilidad de que su muerte no fuera un accidente. Se ha ocupado de evitarlo».

La mañana posterior a la muerte de Lord Newhaven, el mayordomo recibió una nota suya donde le indicaba el tren en el que regresaría a Westhope ese día y le pedía que mandara un carruaje para recogerlo. Un prestigioso médico hizo público el hecho de que Lord Newhaven había estado en su consulta el día anterior para hablarle de unos ataques de vértigo que parecía estar sufriendo últimamente. Debió de haber sufrido uno de ellos, mientras esperaba en el nudo ferroviario de Clapham, cuando el expreso que bajaba pasó estruendosamente. Los pocos testigos que lo vieron declararon que, mientras él paseaba por el andén vacío, se tambaleó de repente en el momento en que el tren pasaba rauda a su espalda, se llevó la mano a la cabeza, tropezó en el bordillo y cayó a la vía. La muerte fue instantánea. Sólo su esposa y otra mujer sabían que era premeditada.

«Lo único que no comprendo —se decía Rachel— es por qué iba a retrasarse dos días un hombre que, de principio a fin, ha sido capaz de actuar con semejante cautela y con una determinación tan decidida. El veintinueve de noviembre se cumplía el último día de los cinco meses y murió la tarde del primero de diciembre. ¿Por qué esperó dos días después de marcharse de Westhope? Diría que él habría sido la última persona del mundo en sobrepasar siquiera en una hora el plazo fijado. Pero, sin embargo, esperó dos días enteros. No lo entiendo».

Tras un periodo de tiempo interminable, llegó el equipaje de Lord Newhaven, los tan familiares baúles y el bolso de viaje... y hasta la novela que estaba leyendo cuando partió de Westhope, con el marcapáginas todavía en su sitio. Todo regresó. Y también regresó un ataúd, que fue colocado ante el pequeño altar de la capilla en desuso.

—Iré a rezar por él en la capilla tan pronto como esté cerrado —dijo Lady Newhaven a Rachel—, pues no me atrevo a hacerlo antes. No puedo creer que esté muerto de verdad. Y dicen que alguien debería mirarlo, simplemente para verificarlo. Sé que se hace siempre. Querida Rachel, ¿te importa hacerlo?

Así que Rachel, tan familiarizada con la muerte como todos aquellos que han conocido la pobreza o que han amado a sus congéneres, entró sola en la capilla y permaneció un largo rato

contemplando desde arriba la amortiguada figura, el vestido de carne que el alma tan decididamente había alquilado y abandonado.

Tenía el rostro rígido, con una expresión de atención seria, como la de alguien que estuviera contemplando lo que le espera. El sarcasmo, la fatiga, la indiferencia, la paciente impaciencia..., todo eso había desaparecido, había muerto también. El rostro afilado no las conocía ya. Miraba impávido y con atención a través de los ojos cerrados al más allá que algunos llaman muerte, al que otros llaman vida.

—Perdónalo —dijo Rachel, arrodillada junto al ataúd—. Amigo mío, perdónalo. Te ha ofendido, lo sé. Y tu justa venganza, pues tú la considerabas justa, no ha conseguido alcanzarle. Pero la hora de la venganza ha pasado. Perdona a mi pobre Hugh, que nunca se perdonará. ¿No ves ahora, tú que ves tanto, que fue más duro para él que para ti? ¿Que para él habría sido más fácil si hubiera sido él quien hubiera obtenido la muerte, haberte desagraviado con su muerte por el pecado cometido contra ti, en lugar de sentir, como deberá sentir siempre, que fallaste el golpe y que él te ha arrebatado la vida, además del honor? Perdónalo —repetía Rachel una y otra vez.

Pero el rostro sordo se asomaba con seriedad al futuro. Había terminado con el pasado.

—¡Ah! —dijo Rachel—. Si yo, que le amo, puedo perdonarle, ¿no puedes tú, que sólo le odiabas, perdonarle también? Pues el amor es mayor que el odio.

Le cubrió el rostro y salió.

CAPÍTULO XXXVII

Le nombre des êtres qui veulent voir vrai est extraordinairement petit. Ce qui domine les hommes, c'est la peur de la vérité, à moins que la vérité ne leur soit utile.

AMIEL[65]

Lady Newhaven insistió en asistir al funeral con un chiquillo de cada mano. Rachel le suplicó que se lo ahorrara a los niños, sabiendo lo molesto que su padre se habría sentido, pero Lady Newhaven se obstinó.

—No —dijo—. Tal vez no se preocupara mucho por ellos, pero esa no es razón para que ellos olviden que es su padre.

Así que Teddy y Pauly miraron con los ojos como platos a la multitud, y al ataúd, y la abundancia de flores, y la profunda fosa en la que fue depositado su viejo amigo y compañero de juegos. Tal vez no comprendieron. No lloraron.

—Son como su padre. No tienen mucho corazón —dijo Lady Newhaven a Rachel.

Dick, que asistió al funeral, los miró, les guiñó unas cuantas veces sus ojos de halcón y, después, volvió con osadía a la silenciosa casa y obtuvo permiso para llevárselos por la tarde. Los devolvió cuando era más o menos la hora de acostarse, con una bailarina que les hizo y el rostro de un hombre tallado en corcho. A su regreso, vieron a Rachel y al ama de llaves en el jardín y salieron volando hacia ellas con sus tesoros.

Dick esperó un instante a que los demás entraran.

—Ha tenido que ser duro para él haberlo dejado todo —dijo—. Su esposa, los chiquillos, su agradable casa y todo.

Rachel no pudo decir nada.

—Sentía mucho cariño por los chicos —prosiguió—. Habría hecho cualquier cosa por ellos.

—Hizo lo que pudo —comentó Rachel en un tono casi inaudible y, a continuación, añadió—: Sentía mucho afecto por usted.

—Era un buen amigo —dijo Dick, torciendo un poco la boca ya torcida— y un buen enemigo. Por eso me gustaba. Le costaba mucho hacer un amigo o un enemigo, pero, cuando lo hacía, jamás lo dejaba escapar.

Rachel sintió un escalofrío. La escarcha estaba pintando de blanco la hierba.

—Debo entrar —dijo tendiéndole la mano.

—¿Va a quedarse mucho tiempo? —preguntó Dick mientras retenía la mano en la suya.

—Me marcho mañana por la mañana, muy temprano.

—Para quedarse en Londres, tal vez.

—Creo que sí, por el momento.

—¿Puedo ir a visitarla?

La expresión de los ojos de Dick era inconfundible. En el anochecer, él parecía todo mirada y manos.

—Querido señor Dick, no tiene sentido.

—Me gusta hablar claro —dijo Dick—. No me imagino por qué se considera tal dispendio. Tiene usted todo el derecho a decirlo, pero yo me equivocaría por completo si no dijera que me propongo seguir hasta que esté usted realmente casada.

Él le soltó la mano con dificultad. Estaba demasiado oscuro para que se le viera el rostro. Ella vaciló un instante y, acto seguido, entró corriendo en la casa.

Es un hecho bien conocido que tras el funeral, las normas de etiqueta más rigurosas permiten..., es más, fomentan cierto relajamiento por parte de los dolientes.

Lady Newhaven estaba tendida en el sofá del salón matutino con su largo vestido negro y las manos pequeñas cruzadas. Eran unas manos delicadas, con pequeñas venas azuladas. No había en ellas ningún anillo, salvo una alianza matrimonial. Su doncella, que llevaba viviendo en un ambiente de placentera excitación desde el fallecimiento de Lord Newhaven, miraba con entusiasta admiración a su señora. Lady Newhaven era una señora veleidosa y desconsiderada, pero en este momento su comportamiento era perfecto. Ella, Angélique, sabía cuál debía ser su papel y lo desempeñó con efusividad. No toleró que nadie entrara en la habitación. Ella, que jamás ayudaba con su trabajo a los criados ingleses, echó el carbón con sus propias manos. Ella llevó las lámparas que le dio el criado ante la puerta. En este momento le llevaba una bandejita con algo de comida y vino y le suplicó a «Milady» que comiera. Tal vez la señora y la doncella se comprendieran mutuamente. Lady Newhaven negó impaciente con la cabeza y Angélique se retorció las manos. En última instancia, se impuso Angélique.

—¿Se han marchado todos? —preguntó Lady Newhaven una vez que hubo terminado la escasa comida y, tras mucho esfuerzo para convencerla, se hubo bebido una copa de champán.

Angélique le aseguró que se habían marchado todos los parientes que habían acudido al funeral. «Milord Windham y l'Honorable Carson» fueron los últimos. Estaban cenando con la señorita West y se marchaban inmediatamente después de cenar, en el expreso de la noche.

—Diga a la señorita West que venga tan pronto como se hayan marchado —pidió.

Angélique se quedó un poco en la habitación y, finalmente, se le pidió que se marchara.

Lady Newhaven permaneció inmóvil contemplando el fuego. Una paz inmensa se había adueñado de esa alma tan agitada. La tremenda inquietud de las últimas semanas había desaparecido. El largo suspense, prolongado más allá del tiempo previsto, había concluido. El impacto de su conclusión, que al principio la devastó, también había concluido. Empezaba a respirar de nuevo, a reconfortarse: no con el confort que Rachel tanto se había esforzado por darle, sino con el que le proporcionaba sentir que la felicidad y la comodidad le aguardaban; que esos cinco meses horribles iban a ser eliminados; y no su pasado, al que todavía se aferraba secretamente, al margen del cual ya estaba construyendo su futuro.

«Ahora estamos en diciembre. Hugh y yo nos casaremos el mes de diciembre próximo, Dios mediante, no antes. Nos casaremos con discreción en Londres y nos marcharemos al extranjero.

Vernon hará unos cuantos vestidos a medida, pero para el resto de mis cosas esperaré a estar en París, a mi regreso. Los chicos estarán en la escuela para entonces. Pauly es bastante pequeña, pero será mejor que vayan juntos y al principio no tienen por qué regresar a casa a pasar las vacaciones. No creo que a Hugh le agradara tener siempre a los chicos alrededor. No conservaré el título. Detesto todo lo que tiene que ver con él —(Lord Newhaven seguía siendo él)— y sé que a la Reina eso no le agrada. Me presentaré como señora Scarlett y viviremos en su casa, en Shropshire, y al fin seremos felices. Hugh nunca se volverá contra mí como hizo él».

Los pensamientos de Lady Newhaven se remontaron a su pesar a su matrimonio con Lord Newhaven y a la humilde e ilimitada admiración que ella aceptó de forma rutinaria y que tan absoluta e inexplicablemente se agotaron poco después del matrimonio para dejar paso a unos arrebatos aún más inexplicables de paroxismo, amargura y desprecio. Otros hombres, pensaba Lady Newhaven, respetaban y amaban a sus esposas incluso después de que hubieran perdido sus atractivos... y ella los había conservado. ¿Por qué había sido él diferente de los demás? Era imposible encontrar explicación a los hombres y sus formas de actuar. Y cómo se burlaba de ella cuando le hablaba con seriedad, sobre todo de asuntos religiosos. Decididamente, Edward había sido muy difícil, hasta que se instaló en la indiferencia sarcástica que había marcado todo su trato con ella a partir del primer año.

«Hugh nunca será así —se decía— y nunca se reirá de mí por ser religiosa. Me comprende como nunca me comprendió Edward. Y me casaré con una sombrilla de terciopelo de color violeta claro con ribetes de armiño, pues será una boda de invierno. Y el ramo de flores será de violetas de Parma, a juego con mi nombre».

—¿Se puede? —preguntó la voz de Rachel.

—Adelante —respondió Lady Newhaven, pero sin entusiasmo.

Ya no necesitaba a Rachel. La crisis durante la que se había apegado a ella había terminado. ¿Qué marinero naufragado vuelve a pensar, una vez que ha sido rescatado, en el madero que le sustentó en una mar arbolada? Rachel interrumpía pensamientos placenteros. Lady Newhaven se fijó en que el rostro de su amiga se había vuelto impropriadamente delgado y que el poco color que quedaba en él había desaparecido. «Tiene la misma edad que yo, pero parece mucho mayor», se dijo Lady Newhaven, a lo que añadió en voz alta:

—¡Querida Rachel!

—Se ha marchado todo el mundo —dijo Rachel— y he recibido un telegrama de Lady Trentham. Ha llegado a París y estará aquí mañana por la tarde.

—Mi queridísima mamá —suspiró Lady Newhaven.

—Así que ahora —dijo Rachel mientras se sentaba junto al sofá con el semblante inexpresivo— me alegrará bastante dejarte.

—¿Tienes que marcharte?

—Debo hacerlo. He organizado todo para marcharme a las siete y media de la mañana de mañana. Creo que será mejor si nos despedimos esta noche.

—Te echaré de menos terriblemente.

Lady Newhaven percibió de súbito, y con resentimiento, que Rachel estaba impaciente por marcharse.

—No creo que me echés de menos.

—No sé por qué dices eso. Has sido muy cariñosa y amable. Me entiendes mucho mejor que

mamá. Y, además, mamá era siempre muy afectuosa con Edward. Gritó de alegría cuando me comprometí con él. Dijo que su único temor era que yo no le valorara. Jamás pudo ver que era el responsable. Debo decir que él era amable con ella. Ojalá no me viera obligada a recibirla ahora. Sé que no va a hacer nada más que hablar de él. Ahora que me doy cuenta, Rachel, quédate.

—Hay una razón por la que no puedo quedarme y por la que no desearás que me quede cuando te la diga.

—¡Oh! ¡El señor Vernon! Os he visto a ti y a él daros la mano al anochecer. Pero no me importa que te cases con él, Rachel. Creo que es uno de esos hombres buenos, no como al que yo podría haber aspirado, aunque ¿qué importa? Me temo que te irritó en una ocasión que te previniera contra él. Pero, al fin y al cabo, es cosa tuya, no mía.

—No iba a hablar del señor Vernon.

Lady Newhaven suspiró con impaciencia. No quería hablar de los asuntos de Rachel. Ahora que el funeral había pasado, quería hablar de los suyos. Siempre decía que había pocas personas con menos curiosidad por los demás que ella misma.

Rachel recuperó la compostura.

—Violeta —dijo—, nos conocemos desde hace cinco meses, ¿verdad?

—Sí, exactamente. La primera vez que viniste a mi casa fue aquella fatídica noche del sorteo de las cerillas. Siempre pensé que Edward había extraído la cerilla más corta. Fue muy propio de él cerrar el asunto con una carcajada.

—Quiero que recuerdes, si alguna vez piensas mal de mí, que a lo largo de estos cinco meses he intentado ser una amiga. Tal vez haya fallado, pero... he hecho todo lo posible.

—Pero tú no has fallado. Has sido una auténtica amiga y siempre lo serás, querida Rachel. Y cuando Hugh y yo estemos casados, vendrás a casa con frecuencia y te quedarás con nosotros.

Un inmenso sentido de la compasión por esta pobre criatura, con su castillo de naipes, invadió el corazón de Rachel. Después, mantuvo el rostro inmóvil, como el de un cirujano cuando saca el bisturí.

—Creo que debo contarte..., que debes saber... que me atrae el señor Scarlett.

—Es mío —afirmó Lady Newhaven como un resorte, dilatando las pupilas de sus ojos azules.

—Él no está casado y yo no estoy casada —respondió Rachel con voz grave—. No sé cómo ha sucedido, pero poco a poco he acabado por apegarme a él.

—No es cierto que no esté casado. Es falso. Es mi esposo ante los ojos del Cielo. Siempre lo he considerado como tal en toda circunstancia.

Esto parecía más probable que el hecho de que el Cielo lo hubiera considerado así. Rachel no respondió. No había confesado su amor por Hugh a nadie, ni siquiera a Hester; y hablar de él a Lady Newhaven fue como arrancarse las palabras de sí misma con unas tenazas al rojo.

—Sabía que era un mediocre, pero no pensé que fuera tan mediocre —dijo Lady Newhaven al cabo de una pausa.

Rachel se levantó con brusquedad y se dirigió a la chimenea. Tenía la sensación de que sería espantosamente fácil suprimir esa voz.

—Y venías aquí fingiendo ser mi amiga, cuando todo el tiempo estabas robándome su corazón.

Rachel siguió sin contestar. Tenía la frente apoyada contra la repisa de la chimenea. Suplicaba con urgencia ser capaz de quedarse sobre la alfombra de la chimenea; que, pasara lo que pasara, no tuviera que acercarse al sofá.

—¿Y crees que está enamorado de ti?

—Sí.

—¿No eres demasiado crédula? Pero supongo que te ha dicho una y otra vez que le agradas tal como eres, por ti misma. ¿Habéis fijado la fecha de la boda?

—No, todavía no me ha pedido que me case con él. Quería decírtelo antes de que sucediera.

Lady Newhaven se recostó de súbito en el sofá. Se rio en voz baja. Había un pequeño espejo colgado con cierta inclinación que le permitía verse mientras estaba tendida. Vio a una mujer muy hermosa y, a continuación, se volvió a mirar a Rachel, que no tenía ninguna belleza, tal como ella la entendía, y volvió a reír.

—Querida mía —intervino con un tono de voz que hizo retroceder a Rachel por el dolor—. Hugh no es mejor que el peor de los hombres. Ha intimado contigo *pour passer le temps* y tú te lo has tomado en serio, como la encantadora mujer sencilla que eres. Pero jamás se casará contigo. Reconoces que no te lo ha propuesto. Claro que no. Los hombres son así. Es detestable por su parte, pero van a seguir haciéndolo así. Son las criaturas más vanidosas del mundo. ¿No ves que la razón por la que no te lo ha pedido es porque sabía que Edward tenía que..., y que yo quedaría libre muy pronto para casarme con él? Y, Rachel, no tienes que sentir la menor brizna de humillación, pues no diré una palabra a nadie y, después de todo, a mí me amó primero.

Lady Newhaven estaba absolutamente convencida. Había sido un momento terrible, pero ya había pasado.

—¿Por qué siempre causo problemas? —dijo, con una autocomplacencia quejumbrosa—. Rachel, no debes tener celos de mí. No puedo evitarlo.

Rachel trató de decir «no los tengo», pero no le salían las palabras. *Estaba celosa, celosa del pasado*, con el corazón compungido cada vez que reparaba en que el cabello de Lady Newhaven le caía por encima de las orejas y que ella tenía los dedos más finos.

—Creo que no tiene sentido hablar más de esto —concluyó Rachel—. Tal vez haya cometido un error al mencionarlo siquiera. Hice lo que me gustaría que hubieran hecho conmigo. Como me levanto mañana muy pronto, creo que me despediré esta noche y diré adiós.

—Buenas noches, querida Rachel... Y tal vez, como dices, sea mejor decir adiós. Puedes quedar tranquila porque jamás revelaré una palabra de lo que me has dicho, a nadie..., salvo a Hugh —añadió para sí cuando Rachel salió de la habitación.

CAPÍTULO XXXVIII

Aunque el cobarde encuentre seguridad, ya le llegará la hora de la verdad.

El sueño, ese caprichoso cortesano de nuestras horas de paz, había abandonado a Hugh. Cuando sonó la última hora del último día, y cuando el amanecer que por honor se había comprometido a no ver lo encontró sentado a solas en su habitación, donde había permanecido sentado toda la noche, el espanto se apoderó de él por lo que había hecho. Ahora que sus ciénagas se cernían sobre él, percibió por qué sendero tan infame y cobarde había huido.

«Aunque el cobarde encuentre seguridad, ya le llegará la hora de la verdad». La hora de la verdad de Hugh había llegado. Pero ¿era un cobarde? Hombres no más valientes que él habían obtenido la Cruz Victoria, habían entregado su vida voluntariamente por los demás. Hugh se tenía por igual en este aspecto que cualquier otro hombre cuando le hervía la sangre, pero no cuando la tenía fría. En eso era en lo que Lord Newhaven le aventajaba. Había sido superado desde el primer momento. La presión exterior había sido mayor que la resistencia interior. Cuando empezó a clarear, Hugh saboreó esa copa que Dios no obliga a beber a ningún hombre: el arrepentimiento. ¿Habría sido más amarga la copa de la muerte que él había rechazado?

Se apropió de su vida como si fuera un ladrón. ¿Acaso no era robada? No podía soportar su casa. No podía soportar las calles abarrotadas. No podía soportar los parques. Deambuló sin rumbo de las unas a los otros, expulsado de todos esos lugares cada vez, consumido por la lenta llama de su autodesprecio. El escarnio parecía estar escrito en los rostros de los transeúntes. Cuando el día declinó, se descubrió de nuevo, por vigésima vez, en el parque, paseando bajo «la leve y persistente llovizna» que llevaba cayendo todo el día.

Pero no podía evadirse del lejano rugido del tráfico. Lo oía en todas partes, como el Niágara al que había escapado, pero cuyo sonido permanecería en sus oídos hasta que muriera. Se acercó cada vez más al tráfico y permaneció inmóvil bajo la lluvia, escuchándolo a propósito. ¿Acaso algunas de esas miles de ruedas no podrían estar ahora mismo aproximando a su enemigo para obligarle a que mantuviera su palabra tácita? Hugh no se había dado cuenta de que su peor enemigo era el que estaba con él bajo la lluvia.

Los desolados árboles londinenses, negros y desnudos, parecían escuchar también y aferrarse más a sus parques y a la hierba, como si previeran vagamente que se aproximaba el inevitable momento en que ellos también tuvieran que luchar y odiar y padecer, tal como veían por todas partes luchar y sufrir a esas otras figuras raquílicas y sin raíces que otrora hubieran sido árboles igual que ellos. «Ya nos llegará», parecían decir con un estremecimiento en todas las ramas mientras se asomaban a través de las barras de hierro al torrente de la vida humana igual que el

hombre se asoma al paso de una comitiva fúnebre.

Los primeros momentos de la noche devolvieron a Hugh a la casa. Allí encontró una nota de un hombre que tenía unas habitaciones encima de las suyas, con la que le adjuntaba una entrada para el teatro que en el último momento le había sido imposible utilizar. Se aferró de inmediato a la idea de huir de sí mismo unas cuantas horas. Se cambió a toda prisa la ropa húmeda, dio cuenta de la comida que le habían preparado y salió corriendo.

La obra era *Julio César*, en Her Majesty's. La había visto varias veces, pero esta noche le atraía como nunca le había atraído antes. Apenas reparó en los demás actores. Todo su interés se concentraba en la imponente figura de Casio, espléndido en sus inquebrantables e inmortales pasiones de un gran odio y un gran amor. Jamás se apartaron sus ojos de aquella implacable figura cuando permanecía en silencio, que miraba impávido a su víctima. ¿Acaso Lord Newhaven no le había contemplado así a él, a Hugh, dispuesto a asestar el golpe cuando llegara la hora?

Se acercaba el momento del asesinato. Hugh contuvo la respiración. Casio se arrodilló ante César junto con los demás. Hugh vio cómo su mano buscaba la empuñadura de la espada, vio el extremo de la vaina ladearse bajo la túnica mientras la hoja se salía de ella deslizándose. A continuación, se produjo el estallido repentino de ferocidad animal largo tiempo contenido, de la sucesión de puñaladas, de la recuperación de la compostura, la mirada fría a la figura muerta con el pie de Casio sobre el pecho de la víctima.

Por un instante se desvaneció la escena. Hugh volvió a ver el despacho silencioso con su lamparilla eléctrica para leer, las pistolas sobre la repisa de la chimenea, el destello de un tigre en los ojos de Lord Newhaven. Era como Casio. Él también estaba dispuesto a arriesgar la vida, todo, en aras de la materialización de su odio.

«Él jamás se plantará para mirar mi cuerpo desde lo alto —se dijo Hugh—, con su maldito pie sobre mí». Y constató que, si él hubiera sido un antagonista más digno, eso también podría haber sucedido. La obra versaba sobre los hombres. Casio y Lord Newhaven eran hombres. Pero ¿qué era él?

Cuando el miedo a la muerte lleva de la mano al amor por la vida, este último ocupa abochornado un peldaño inferior. Hugh los veía al fin en los lugares que les correspondía. Si pudiera haber muerto, habría muerto de buena gana, contento, como vio morir a Casio por su propia mano, contemplando la muerte como la pequeña cosa que es. Después, mientras aguardaba entre la multitud cerca de la salida, donde la lluvia demoraba el desalojo de la sala, vio de repente el rostro de Lord Newhaven observándole. Le dio un vuelco el corazón. «Ha venido para obligarme a cumplir mi palabra —se dijo, dominado todavía por la emoción de la obra—. No voy a evitarle. Que lo haga». Y se abrió paso entre la gente para acercarse a él.

Lord Newhaven le miró fijamente un instante y, a continuación, desapareció.

«Me seguirá y me apuñalará por la espalda —dijo Hugh—. Regresaré a casa caminando, por la calle, donde la acera está levantada y le permitiré hacerlo».

Comenzó a andar despacio, sin detenerse, sin mirar a izquierda ni derecha. Enseguida llegó a una valla que atravesaba una larga calle desierta, donde un farolillo rojo alertaba de su presencia. Caminó a propósito junto a ella. No tenía miedo. Se detuvo en la mitad y buscó en el bolsillo un cigarrillo.

El ruido sordo de unos pasos se le acercaba por detrás.

«Pronto habrá terminado —se dijo—. Espera. No te vuelvas».

Se quedó inmóvil. Se le cayó de la mano la pitillera de plata. La miró un segundo y no pensó

en recogerla. De pronto, una mano sucia se abalanzó sobre ella y pasó corriendo junto a él, calle arriba, la figura de un harapiento desgraciado. Hugh se quedó mirándolo desconcertado y, acto seguido, se dio la vuelta. La calle estaba completamente desierta. Tomó un largo aliento y se apoderó de él una mezcla de alivio y desesperación.

«Así que, después de todo, no quiere. Ni siquiera me ha seguido. ¿Por qué estaba allí? Estaba esperándome. ¿Qué terrible venganza ha planeado para mí? ¿Está tendiéndome una segunda trampa?».

La noche siguiente, Hugh leyó en los periódicos sobre la tarde que Lord Newhaven había muerto por accidente en la vía del tren. La sensación de asco fue demasiado repentina, demasiado avasalladora. No podía soportarlo. No podía vivir con ella. Se tiró de bruces contra el suelo y lloró como si se le hubiera roto el corazón.

El torbellino de pasión que había absorbido a Hugh hasta su mismo centro se agotó y le agotó a él, hasta dejarlo finalmente por los suelos. Nunca supo cuánto tiempo había pasado entre el momento en que leyó las noticias del accidente y el momento en que hecho pedazos, exhausto, desfigurado por las emociones, se incorporó para ponerse de pie. Abrió la ventana y el aire de la noche depositó una fresca caricia maternal sobre su rostro y sus manos. Las calles estaban en silencio. La casa estaba en silencio. Se apoyó con los ojos cerrados contra el cerco de la ventana. Al otro lado, pasaba el tiempo.

Y al cabo de un rato se presentaron unos ángeles para asistirlo, pues ¿acaso no hay ángeles que nos asisten en nuestras derrotas, así como en nuestras victorias? La gratitud llegó con suavidad, amablemente, para tomar su mano temblorosa entre las suyas. El horrendo pasado estaba cerrado. Un paso en falso, una zozobra momentánea por parte de su enemigo y los abominables engranajes del pasado que le estrangulaban habían caído por un solo roce, como si jamás lo hubieran envuelto. Lord Newhaven se había marchado para siempre. El pasado se había marchado con él. Los muertos no cuentan nada. Nadie salvo ellos dos sabía del impío pacto entre ambos ni que él, Hugh, no había conseguido cumplirlo. Él y otro más. Y ese otro estaba muerto, estaba muerto.

Después llegó la Esperanza, tímidamente, en silencio, todavía débil por el abrazo de su hermana, la Desesperación, recortando de nuevo su pequeño faro, que el insistente aliento de la Desesperanza casi había apagado. La Esperanza proyectaba su luz ante Hugh hasta ensombrecerla con su velo, pues le deslumbraba los ojos después de tanto tiempo escrutando la oscuridad. La dirigió vagamente hacia el futuro y él miró donde recaía la luz. Y la luz se acrecentó.

Hugh volvía a tener futuro. Le habían dado esa segunda oportunidad que tanto ansiaba. Su vida volvía a ser suya: no la vida avergonzada en la muerte, peor aún que la muerte, de los dos últimos días, sino la suya propia para volver a emprenderla, para mantenerla, para disfrutarla; mejor aún, para aprovecharla dignamente. No se le imponía ninguna espantosa restricción ni tenía que vivir atormentado por el mero hecho de seguir viviendo. Era libre, libre para casarse con Rachel, a quien amaba y que le amaba. Veía su vida con ella. La Esperanza le sonreía y encendía su luz. Era demasiado radiante. Hugh ocultó su rostro entre las manos.

Y, por último, dejando pequeña a la Esperanza, llegó una presencia divina que le refrenaba y que siempre tiende unas manos fuertes a todos los que caen, y que en solitario planta los pies vacilantes en el camino empinado. Al fin llegó a Hugh el Arrepentimiento. En todo este largo tiempo no había acudido mientras él estaba sufriendo, mientras las llamas del Remordimiento

oscurecieron su alma con el humo. Pero en esta hora serena acudió y se quedó a su lado.

Antes, Hugh vivía presionado por unas circunstancias extenuantes. Se había dado muchas excusas. Pero ahora no tenía ninguna. Tal vez, por primera vez en su vida, bajo la presión de esa mano compasiva y benigna, era sincero consigo mismo. Contemplaba su conducta, esa conducta cómodamente consentida, tal como fue. Amor y Arrepentimiento, ¿acaso no son los grandes maestros? Algunos planteamos nuestra vida de tal forma que nunca nos enfrentamos cara a cara con ninguno de los dos ni con nosotros mismos. Hugh se enfrentó por fin a sí mismo. Comprendió que, descubierto o no, su pecado había minado su virilidad, se extendió como el leudo del mal por toda su vida, depositó su malévolos caricia de irreverencia y desencanto incluso sobre su amor por Rachel. Había mancillado su vida, su fe en los demás, su fe en el bien. Estos ideales, estas creencias fueron suyas antaño, como su primogenitura. Había vendido su primogenitura por un guiso de lentejas. Hasta ahora se había mofado del guiso de lentejas. Ahora entendía que su pecado residía en un lugar más profundo, incluso en haberse mofado de su primogenitura, en su falta de fe en el Espíritu Divino que habita en el hombre.

Sin embargo, el justo castigo había sido levantado. Hasta el momento había contemplado únicamente ese castigo y tenía la sensación de que era excesivo. En muchas ocasiones había rezado pidiendo poder escapar de él. Ahora, por primera vez, rezaba por que le fuera perdonado.

El Arrepentimiento le tomó las manos y las entrelazó con las suyas.

—Con la ayuda de Dios —dijo—, llevaré una vida nueva.

CAPÍTULO XXXIX

Les sots sont plus à craindre que les méchants.[66]

El señor Gresley había hecho notar muchas veces a las personas afligidas que cuando las cosas muestran su peor cara suelen adoptar un giro para mejorar. Esta verdad profunda se revelaba igualmente válida para la ocasión en la vicaría de Warpington.

La señora Gresley volvía a encontrarse bien después de haber pasado quince días junto al mar con Regie. La brisa marina había devuelto un ligero rubor a las mejillas de Regie. La vacunación del nuevo bebé estaba dejando de proyectar una pesadumbre sonora sobre la casa y sus delgadas paredes. Toda la atención del antiguo bebé se desviaba misericordiosamente de sus fechorías a la investigación de esa conexión entre una silla y sí mismo, que él sentía que los demás niños podían dar por sentada a su antojo. Se pasaba horas mirando su sillita, sentándose solemnemente largos intervalos donde no había ninguna silla. Pero su mente estaba trabajando y, como sabemos, trabajar es el mejor método que existe para el agotamiento mental.

El señor Gresley había recuperado esa fortaleza de espíritu que era objeto de la admiración incesante de la señora Gresley.

Aquella noche en particular, cuando su esposa le preguntó si la ternera estaba tierna, él respondió como hacía siempre que estaba de buen humor: «*Douglas, Douglas, tender and true*». [67] La llegada de la compota (ese elemento intrínseco de la misteriosa comida que comienza con carne y está coronada con bollos) fue celebrada con la exclamación: «¡Cómo! Más discordias familiares». [68] En resumen: el señor Gresley volvía a ser él mismo.

El jocosos vicario, con el brazo en torno a la señora Gresley, pasó al salón.

En la mesa del recibidor había un paquete grande asegurado por doscientas libras. Al parecer, acababa de llegar en el tren.

—¡Ajá! —dijo el señor Gresley—, mis panfletos, por fin. Muy metódico, Smithers, al asegurarlos por una suma tan abultada. —Y sin mirar el destinatario, cortó el bramante—. Bien embalado —observó—. Un envoltorio impermeable, puedo afirmar. Smithers es sin duda un hombre prudente. ¡Ya! ¡Al fin!

El envoltorio interior se desprendió y el señor Gresley quedó boquiabierto. ¿Dónde estaban los pequeños panfletos en verde y oro titulados «La Disidencia Moderna» que tanto ansiaba su espíritu paternal? Bajó la vista con el ceño fruncido ante el contundente tamaño del manuscrito, escrito con una caligrafía menuda y limpia.

—Este es el libro de Hester —murmuró—. Ha habido algún error.

Volvió a mirar la dirección en el envoltorio externo.

«Reverendo James Gresley. A la atención de la señorita Hester Gresley». Sólo había visto su nombre.

—Creo —dijo— que este es el libro de Hester, rechazado por el editor. ¡Pobre Hester! Me temo que le va a afectar.

Cuando dio la vuelta al paquete, dejó caer una hoja de papel suelta con una nota, que acabó descendiendo al suelo tirándose como en paracaídas. El señor Gresley la recogió y la colocó sobre el paquete.

—¡Vaya! No la ha rechazado, después de todo —se corrigió cuando su mirada captó el sentido de las pocas palabras que tenía delante—. Parece que Hester pidió que se la reenviaran para realizar algunos cambios y el señor Bentham, que supongo que es el editor, le pide que se la devuelva con la menor demora posible. Entonces, se la ha vendido. Me pregunto cuánto habrá cobrado por ella. Por *The Idyll* le dieron cien. Resulta asombroso, si pensamos que el obispo Heavysides no cobró nada en absoluto por sus sermones diocesanos y que, además, tuvo que poner treinta libras de su propio bolsillo. Pero mientras el público esté dispuesto a pagar una fortuna por una basura de novela para entretener su ociosidad, los novelistas seguirán obteniendo estas grandes cosechas. Si yo tuviera el talento de Hester...

—Lo tienes. La señora Loftus lo decía ayer mismo.

—Si yo tuviera tiempo para pergeñarlo, no mimaría el depravado gusto del público, como hace Hester. Yo utilizaría mi talento, como le he dicho muchas veces, para los más altos fines, no para los más bajos. Mi objetivo sería —el señor Gresley subió el tono de voz para darle sonoridad— elevar a mis lectores, educarlos, situar ante ellos un alto ideal, ennoblecerlos.

—Podrías hacerlo —dijo la señora Gresley con convicción.

Y es probable que la convicción que ambos sentían fuera auténtica, que el señor Gresley pudiera escribir un libro que, desde el punto de vista de ambos, cumpliera con estas inmensas exigencias.

El señor Gresley sacudió la cabeza y depositó el paquete sobre una mesa de su despacho.

—Hester regresará pasado mañana —dijo— y entonces se hará cargo de él ella misma. —Y cumplimentó el acuse de recibo para el ferrocarril.

La señora Gresley, que había estado tomando el té en casa de los Pratt por primera vez desde el fin de su convalecencia, estaba cansada y se marchó pronto a la cama o, como decía el señor Gresley, a «Bedfordshire»[69]; y el señor Gresley se retiró a su despacho para dar unos toques finales a un artículo que estaba escribiendo sobre San Agustín —que no le habían pedido— para ese receptáculo del genio clerical: la revista parroquial.

¿Estarán los contenidos de las revistas clericales escritos siempre por el clero? ¿Es utópico confiar en que llegará un día en que incluso los editores de publicaciones clericales percibirán que la Sucesión Apostólica no confiere talento literario de manera invariable? ¿Qué puede pensar un artesano inteligente cuando lee... lo que lee... en su revista parroquial. Un relato por entregas de un párroco de fama desconocida que, si posee talento, lo esconde en alguna otra servilleta que no es la revista parroquial; un artículo breve sobre las «Abejas» escrito por un archidiácono; «Un Himno de Pascua» compuesto por un obispo... Un buen obispo, dicho sea de paso..., ¡pero qué himno! «El cuidado de las aves de corral», de Alice Brown. Respiramos un poco, pero el alivio es sólo momentáneo; «Informaciones sobre la Reforma», escrito por un canónigo anglicano. «Media hora con la juventud», de un decano de una colegiata rural.

Pero igual que alguien desvalido se rebelará contra el plato grande de pudin de leche y se le antojará el bizcocho con mermelada que se reserva para otros, así la mente del señor Gresley se levantó de San Agustín y buscó otra cosa.

Su ojo vagabundo recayó sobre el libro de Hester.

—No puedo atender esta noche a asuntos más serios —se dijo—. Echaré un vistazo al relato de Hester. Yo le mostré mi artículo sobre la «Disidencia», así que, por supuesto, puedo hojear su libro. Detesto el desequilibrio en la confianza y me atrevería a decir que yo podría hacerle unas cuantas sugerencias, como hizo ella conmigo. Dos cabezas piensan más que una. Los Pratt y los Thursby piensan que ese fragmento de *The Idyll* donde los dos hombres discutían fue escrito al dictado mío. Estrictamente hablando no fue así, pero no cabe duda de que ella recogió lo que sabe de los hombres en buena medida de cosas que me oyó decir a mí, hasta el extremo de que sorprende a mucha gente. Cierto, ella no quería que yo leyera su libro. Dijo que no me iba a gustar. Pero tendré que leerlo en algún momento, así que también puedo leerlo por encima antes de que lo envíe al impresor. Siempre le he dicho que no me sentía ajeno a la responsabilidad sobre este asunto después de que *The Idyll* apareciera con cosas que yo habría señalado que había que eliminar si me hubiera consultado antes de correr a enviarlo a la imprenta.

El señor Gresley levantó el pesado bulto del manuscrito para colocarlo en su escritorio, encendió la lamparilla de lectura y se sentó ante él.

El reloj de la iglesia dio las nueve. Iba mal, pero marcaba la hora en Warpington.

Quedaban dos horas para marcharse a la cama..., es decir, a «Bed-fordshire».

Pasó la primera hoja en blanco y encontró la siguiente, que sólo tenía escrita una palabra.

—¡Husks![70] —dijo el señor Gresley—. Este debe de ser el título. Cáscaras que los marranos se comieron. ¡Ja! Ya veo. Con ese tema se podría escribir una historia muy buena y sensata sobre un joven que abandona la Iglesia y descubre que las enseñanzas de otras denominaciones religiosas, el alimento espiritual, son muy inadecuadas en comparación con aquellas de las que había participado libremente en la casa del Padre. ¡Cáscaras! No es un mal título, pero es demasiado escueto. Sería mejor «Las consecuencias del pecado», más incisivo y transmite la idea de un modo más imponente.

El señor Gresley tomó la pluma y, a continuación, la dejó.

—Leeré la historia antes de cambiar el título. Tal vez no adquiera la orientación que imagino.

No la adquirió.

La página siguiente sólo tenía escritas dos palabras:

«A RACHEL»

¡Qué cosa tan extraordinaria! Cualquiera habría pensado de forma natural, fuera quien fuese, que si el libro estuviera dedicado a alguien tendría que estarlo a su único hermano. Pero parecía que Hester no tenía en gran estima las relaciones de parentesco. Las ignoraba por completo.

La relación de parentesco empezó a leer. Pareció olvidar saltarse cosas. Las páginas iban pasando despacio. A veces, vacilaba un instante para cambiar una palabra. Siempre había sido consciente de tener un don para encontrar la palabra correcta. El don que Hester no compartía con él. Ella a menudo se agarraba al extremo erróneo del bastón. Le costó contener una sonrisa cuando se topó con la frase «era lo bastante joven para saberlo», momento en que sustituyó con una

caligrafía grande e ilegible la palabra *joven* por *viejo*. Había muchos pequeños errores de este tipo, evidentes, que corregía conforme iba leyendo, pero de vez en cuando se detenía en seco.

Uno de los personajes, una persona detestable, decía continuamente cosas que no era quién para decir. El señor Gresley se preguntaba dónde se habría topado Hester con una mujer tan dudosa... No bajo su techo. Lady Susan debía de haberla relacionado con gente manifiestamente inadecuada.

«Tengo una base espiritual más reducida que antes —decía esa persona detestable—. He prescindido de ese viejo amigo de mi infancia, el diablo. Ya no me valía para nada».

El señor Gresley recorrió el pasaje completo al instante. ¿Cómo podía escribir Hester sobre el diablo en un tono tan irrespetuoso?

—Esto es una tontería absoluta —dijo el señor Gresley con irritación—... viniendo, como viene, justo después de un capítulo muy sensato sobre el nuevo vicario, que hizo un cambio profundo en todas las antiguas normativas caducas de su parroquia porque le parecía que debía insuflar vida espiritual en su entorno. Eso está realmente bien. No tengo ni idea de qué quiere decir Hester al escribir que él asumió el ejercicio en su *cul-de-sac* clerical. Creo que quiere decir *surtout*, pero es buena estudiante de francés, así que tal vez sepa de lo que está hablando.

Por muchas otras cosas de las que pudiera carecer el libro, de lo que no carecía era de interés. Aun así, estaba plagado de tachones.

Y, por otro lado, ¿qué podrían pensar los Pratt, o cualquiera, de una frase como esta?:

«Cuando volvemos la vista a lo que éramos siete años antes, o cinco, y percibimos la diferencia que hay en nosotros mismos, una diferencia que equivale casi a un cambio de identidad...; cuando volvemos la vista atrás y vemos en cuántos personajes hemos vivido y amado y sufrido y muerto antes de alcanzar el personaje que en el presente nos envuelve, y del que nuestra alma lucha por volver a involucrarse...; cuando sentimos que hasta la simpatía de quienes más nos aman está siempre con la anterior expresión de nosotros mismos, nunca con nuestro sentimiento actual, siempre con nuestro último yo recién fallecido en el que se apoyan nuestros pies para ascender...».

—Está irremisiblemente confusa —dijo el señor Gresley sin leer el final de la frase, y sustituyendo la expresión *yo recién fallecido* por *escaló*—. Por supuesto, entiendo lo que quiere decir, las distintas etapas de la vida, el niño, el chico, el hombre, pero será difícil que lo entienda cualquier otro.

El reloj dio las diez. El señor Gresley estaba asombrado. La hora le habían parecido diez minutos.

—Veremos qué sucede en el próximo capítulo —dijo.

Y no oyó el reloj cuando volvió a dar la hora. El relato era absorbente. Era como si a través de aquella angosta sala cerrada entrara una ráfaga de aire de la montaña como un aliento de vida nueva. Pese a todo, el señor Gresley estaba ligeramente inquieto, hasta que recordó que todo era fruto de la fantasía, imaginario. Jamás se había sentido igual, y su experiencia era su medida de lo máximo posible que se puede alcanzar en la naturaleza humana. Habría llamado imaginaria a una tetera si jamás hubiera visto una él mismo. Sólo se salvaba de ese reproche por el hecho de que había una en el infiernillo de la cocina. Lo que era de todo punto desleal en él era que daba a los gorilas y los cocodrilos, y al «jabalí verrugoso» y a todos sus jabatos, por verdaderos, aun cuando nunca los hubiera visto. Pero en las emociones que han conmovido el alma humana desde el principio de los tiempos, mucho antes de que fuera concebido el primer «jabalí verrugoso»..., en

esas no creía.

Todo el amor que no quedaba comprendido en su propio cortejo apacible de la ostensiblemente agradecida señora Gresley, el señor Gresley lo rebajaba calificándolo de exagerado. En el libro de Hester había ese tipo de exageraciones a raudales, lo que sólo podía atribuirse a las novelas francesas sobre las que con tanta frecuencia él había manifestado su desaprobación cuando veía a Hester leyéndolas. Al señor Gresley se le había concedido el don de percibir que los clásicos franceses sólo se leen por las obscenas indecencias que contienen. Se lo había explicado a Hester y le indignaba que ella siguiera leyéndolas con la misma frecuencia que antes, traduciendo incluso algunos fragmentos de ellas al inglés y de nuevo a la lengua original. Hester habría degradado al obispo para siempre ante los ojos de su vicario si hubiera mencionado por recomendación y selección de quién las leía, así que se abstuvo de hacerlo.

De repente, mientras leía, el rostro del señor Gresley se dulcificó. Llegó a la enfermedad y muerte de un niño. Había sido escrito mucho antes de que Regie enfermara, pero el señor Gresley supuso que sólo podía haber sido consecuencia de lo que había sucedido unas cuantas semanas antes de que el libro fuera enviado al editor.

Sobre la hoja de papel cayeron dos lagrimones. Los de Hester cayeron antes que estos en el mismo sitio. Era veraz, palabra por palabra. Aquí no había exageración alguna, ningún exceso fantasioso de colorido en aras del efectismo.

—¡Ah! Hester —dijo enjugándose los ojos—. Si el resto fuera así... ¡Ojalá escribieras sólo así!

Unas cuantas páginas más y sus ojos eran como el pedernal. Rea-pareció el admirable clérigo que le había atraído desde el principio. Sus opiniones estaban inusualmente bien expresadas. Pero, poco a poco, el señor Gresley se dio cuenta de que el clérigo estaba esforzándose muchísimo en situaciones muy incómodas en las que no parecía obtener ventaja. El señor Gresley no veía que esas situaciones incómodas eran el inevitable resultado de mantener determinadas opiniones, pero sí veía que Hester estaba «desprestigiando al clero». Ante los ojos del señor Gresley, cualquier defecto hallado en el clero era un ataque contra la Iglesia... No, era más... contra la religión misma. Que una protesta contra un determinado tipo de clero pudiera ser consecuencia de una observación minuciosa de las causas que hacen caer en el descrédito al cristianismo eclesiástico no era en modo alguno admisible para el entendimiento del señor Gresley. Pero habría visto sin dificultad que una protesta contra la ignorancia o la ineficacia de algunos de nuestros soldados podría ser el resultado no del odio al ejército, sino del descubrimiento de su inmensa relevancia nacional y del deseo de su buena condición.

El señor Gresley estaba indignado.

—Para ella no hay nada sagrado —dijo golpeando el libro—. Se lo dije después de *The Idyll*, que deseaba que no mencionara el tema de la religión en su próximo libro, y esto es peor que nunca. Ha desatendido por completo mis deseos expresos. Todo lo que dice contiene un picotazo. ¡Mira esto! Empieza bien, pero acaba con una burla.

«Cristo vive. Vaga todavía en secreto por las montañas y los valles del alma, ese pequeño reino que no debería ser de este mundo, pues no conoce las cosas propias de la paz. Y antes o después llega un momento en que Cristo comparece ante el tribunal de cada alma individual. Una vez más, la Iglesia y el mundo unen sus fuerzas para aplastarlo a Él, que permanece callado en medio de ellos... para condenarlo a Él, que ya los ha condenado. Juntos levantan su virulenta voz: “Crucifícale. Crucifícale”».

El señor Gresley arrancó la hoja del manuscrito y la arrojó al fuego.

Pero aún quedaba lo peor. Por si no fueran suficientes los demás pecados, el libro, que ahora se acercaba a su fin, adoptaba un giro al que había conducido de forma inevitable paso a paso desde el capítulo primero, pero que, a ojos de su lector, que no detectó ninguno de los pasos, era una intromisión intencionada y gratuita en el vicio. El señor Gresley no podía evitar leer, pero cuando dejó el manuscrito un instante para descansar la vista le pareció que había llegado al límite de las capacidades de Hester y que sólo podía atribuir el último capítulo al mismísimo Satán.

Acababa de rendir ese máximo homenaje al talento de su hermana cuando se abrió la puerta y entró la señora Gresley envuelta en una ropa que antes había sido blanca.

—Querido James —dijo—, ¿pasa algo? Es más de la una. ¿No vas a venir a la cama nunca?

—Mínna —dijo su amo y pastor—, he estado leyendo el peor libro con el que me he topado en mi vida, y ha sido escrito por mi propia hermana y bajo mi propio techo.

Podría haber añadido «justo bajo el techo» si hubiera recordado la pequeña buhardilla donde el frío del invierno y el calor del verano habían golpeado por turnos y en vano a la indómita perseverancia de la autora de todas aquellas páginas.

CAPÍTULO XL

*El único pecado que nunca nos perdonamos
los unos a los otros es la diferencia de opinión.*

EMERSON[71]

El señor Gresley estaba preocupado, más preocupado de lo que había estado desde un periodo inolvidable anterior a su ordenación, cuando entró en contacto con intelectos mundanos y tuvo dudas acerca de la justicia del castigo eterno. Pasados los años fue capaz de hablar del infierno que atravesó en ese momento y del que nada más que una conversación con un obispo tuvo el poder de salvarlo, todo lo cual consideró una gran experiencia de la que no podía arrepentirse porque le reportó la simpatía de muchos intelectos. Como a menudo decía en su predilecto lenguaje de las metáforas, «desmenuzó el asunto del agnosticismo en su totalidad y, en consecuencia, podía enfrentarse a otras mentalidades que todavía luchaban en medio de sus turbios efluvios».

Pero ahora, de nuevo, estaba profundamente perturbado y resultaba difícil ver en qué tipo de bendición para sus congéneres podría traducirse esta agitación concreta. Caminó por el jardín durante horas con la cabeza agachada. No pudo asistir al sermón, aunque era viernes. Por la tarde, se olvidó por completo de su clase de la Biblia en la casa de beneficencia.

La señora Gresley le observaba desde la ventana de su dormitorio, donde estaba remendando los calcetines de los niños. Finalmente, dejó a un lado la labor y salió.

Tal vez ella no fuera una igual intelectual. Tal vez, con su limitado intelecto femenino fuera incapaz de desentrañar las profundidades y las cumbres de esa magnífica inteligencia, pero, aun así, era su esposa. Quizá, aunque ella no lo supiera, le perturbaba verle tan absorto en su hermana, pues estaba segura de que era en Hester y en su libro en lo que estaba pensando. «Soy su esposa», se iba diciendo cuando fue a verle en silencio y rodeó con su brazo el de él. Hacía falta que le recordara su existencia. El señor Gresley se lo apretó y dieron un paseo en silencio.

Él no tenía una opinión muy elevada del intelecto femenino. Tenía por costumbre decir que al cabo de diez minutos se cansaba de la mayoría de las mujeres. Pero había aprendido a hacer una excepción con su esposa. ¿Qué mentalidad no se siente segura bajo los sentimientos de sus ecos?

—Estoy tremendamente preocupado por Hester —dijo por fin.

—No es una preocupación nueva —señaló la señora Gresley—. A veces creo, querido, que somos nosotros a quienes hay que culpar de que viva con nosotros. Es mundana..., supongo que no puede evitarlo..., y nosotros somos cándidos. Es irreverente y tú eres profundamente religioso. Ojalá pudiera decir que yo también, pero voy muy rezagada en comparación contigo. Y aunque

estoy segura de que se esfuerza..., y nosotros también..., su presencia es motivo de fricción continua. Tengo la sensación de que siempre nos desmoraliza.

El señor Gresley estaba demasiado embebido en sus propios pensamientos para prestar atención a la reservada súplica que su esposa le exponía para que Hester dejara de vivir con ellos.

—No estaba pensando en eso —respondió—, tanto como en esta novela que ha escrito. Es un libro profano, inmoral y causará un daño incalculable si se publica.

—Estoy segura de ello —dijo la señora Gresley, que no lo había leído.

—Es terriblemente grosero en algunos fragmentos —prosiguió el señor Gresley, que tenía la misma opinión de las obras de George Eliot—. Y advertí de ello a Hester con la máxima solemnidad cuando descubrí que había empezado otro libro. Le dije que sabía perfectamente que para satisfacer el gusto del público era necesario intercalar la ficción con elementos *risqué* con el fin de que se venda, pero que mi esperanza sincera era que en el futuro resistiera esa tentación. Sólo dijo que, si ella introdujera indecencias en su libro para ganar dinero, según su propia opinión merecería ser azotada en la plaza pública. Se enfadó mucho, recuerdo, y se quedó blanca como una sábana y yo dejé el tema.

—No puede soportar siquiera los consejos más cariñosos —opinó la señora Gresley.

—Para ella no hay nada sagrado —continuó el señor Gresley, recordando un incidente desafortunado en la carrera del clérigo—. Su vida aquí parece no haber ejercido ningún efecto suavizante sobre ella. Se burla abiertamente de la religión. Jamás pensé, jamás me permití pensar, que estuviera tan muerta para los asuntos espirituales como su libro me obliga a creer. Ni siquiera sus buenas personas, su heroína, muestran el menor vestigio de religión, sólo una especie de moral vaga, correcta sólo en aras de lo correcto, y que le encanta enseñar a la gente; nada real.

Hubo un instante de silencio.

—Hester es mi hermana —prosiguió el señor Gresley— y, a pesar de todo, le tengo aprecio y no tiene a nadie más que a mí a quien recurrir en busca de ayuda y orientación. Soy su único pariente próximo. Esa es la razón por la que siento tanto su forma de ignorar todo lo que digo. No se da cuenta de que se lo digo por su bien.

El señor Gresley pensaba que era sincero, pues estaba conmovido.

Las mejillas de la señora Gresley ardían. Ese corazoncito fiel y devoto, que vivía únicamente para su esposo y sus hijos, no podía tolerar... *¿qué?* ¿Que su sacerdote fuera agraviado e ignorado? ¿O era algún tipo de afecto e interés por otra mujer lo que no podía soportar?

—He decidido —dijo el señor Gresley— prohibirle con la máxima solemnidad mañana, cuando regrese, que publique ese libro.

—No regresa mañana, sino esta tarde —contestó la joven esposa, e impulsada por algún innombrable sentimiento violento que era demasiado fuerte para ella, añadió—: No va a obedecerte. ¿Cuándo ha atendido alguna vez a lo que dices? Se reirá de ti, James. Siempre se ríe de ti. Y el libro se publicará igualmente.

—No se publicará —afirmó el señor Gresley, que se sonrojó de forma amenazadora—. No lo permitiré.

—No puedes impedirlo —dijo la señora Gresley, a la vez que se le aceleraba la respiración.

Ella no pensaba siquiera en el libro, sino en la autora. ¿Qué significaba un libro, uno más o uno menos? Era su obligación decir la verdad a su esposo. Su hermana, a quien él tanto

consideraba, no tenía ningún respeto por su opinión y él debía saberlo. El señor Gresley lo sabía, pero no percibía ninguna satisfacción en particular con la presentación de ese hecho por parte de su esposa.

—No tiene sentido decir que no puedo evitarlo —dijo con frialdad dejando caer el brazo junto al costado.

Ya no pensaba tampoco en el libro, sino en la falta de respeto a su opinión..., no..., a su autoridad, que desde hace tanto tiempo le irritaba en la actitud de su hermana hacia él.

—Emplearé mi autoridad cuando lo considere conveniente; hasta ahora he utilizado la persuasión más que la autoridad, ha sido sólo porque en mi humilde opinión era el curso de acción más sensato.

—Siempre ha fallado —espoleó la señora Gresley, aguijoneada por el hecho de que le había soltado el brazo.

Sí. A pesar del bebé nuevo, preferiría tener cien libras menos al año antes que tener a esta mujer en la casa. La esposa debía ser la primera. Por «la primera», la señora Gresley entendía que no hubiera segunda. Esta mañana había visto a Emma dejando en su cama la ropa limpia de Hester, recién devuelta de una lavandera lejana a quien los Gresley no empleaban y a la que no deseaban que Hester empleara. La contemplación de aquellos dos vestidos blancos hermosamente «arreglados» con fruncidos y volantes despertó de nuevo en la señora Gresley lo que ella creía que era indignación por las extravagancias de Hester, una indignación que se había visto acrecentada cuando veía su propia ropa desaliñada sobre la silla. Ella siempre quedaba desfavorecida en presencia de Hester. La llama del viejo agravio acerca del lavado de la ropa encendía otros sentimientos. Prendían. Quemaban. Llevaban mucho tiempo secándose en el horno.

—Siempre ha fallado —repitió la señora Gresley con una pasión apagada— y siempre fallará. Te oí decir a la señora Loftus que jamás permitirías que Hester publicara otro libro como *Idyll*. Pero, aunque dices que este es peor, no podrás detenerla. Verás como cuando regrese embalará el paquete y se lo devolverá a los editores, con independencia de lo que tú digas.

La joven pareja estaba tan abstraída en su conversación que no reparó en que se acercaba la figura alta de un clérigo, a quien la criada acompañaba hasta ellos.

—Los he visto por la ventana y me dije que me uniría a ustedes en el jardín —dijo con majestuosidad el archidiácono Thursby—. He estado almorzando con los Pratt. Querían, por supuesto, conocer los detalles de la lamentable muerte de nuestro común amigo, Lord Newhaven.

El archidiácono Thursby fue el clérigo escogido como amigo de Lady Newhaven para darle la noticia del fallecimiento de su esposo.

—Parece —añadió— que una tal señorita West, que estaba en la abadía en ese momento, es amiga íntima de los Pratt.

La señora Gresley desapareció para pedir que hicieran té, la tetera de plata, etcétera.

El archidiácono era amigo del señor Gresley. El señor Gresley no tenía muchos amigos en el clero, seguramente porque siempre atribuía la popularidad de cualquiera de sus hermanos a cierta laxitud de principios en ellos, o a su éxito si tenían más éxito en las circunstancias singularmente más favorables de los lugares donde estaban destinados. Pero admiraba sobremanera al archidiácono y no guardaba en secreto el hecho de que, en su opinión, debía ser el obispo de la diócesis.

A ello siguió una larga conversación sobre asuntos clericales y el alicaído ánimo del señor

Gresley se recuperó bajo una tonificante *douchede* cumplidos hacia «La disidencia moderna».

Se le cruzó por la mente la idea de pedir consejo del archidíacono acerca del libro de Hester. Su opinión tenía peso. Sus comentarios sobre «La disidencia moderna» mostraban lo claro y propio de un rector que era su criterio. El señor Gresley decidió plantearle el asunto y consultarle acerca de cuál era su responsabilidad al respecto. El archidíacono no conocía a Hester. No sabía, porque vivía a varios kilómetros de distancia, que el señor Gresley tenía una hermana que había escrito un libro.

El señor Gresley no deseaba que estuviera al tanto de este último detalle, pues todos escondemos muertos en el armario, así que le expuso a su amigo un caso hipotético.

Supongamos que alguien a quien el señor Gresley conociera, una persona de cuyos actos se sintiera en parte responsable, hubiera escrito una carta en extremo imprudente y que esta carta, sin que el propio señor Gresley lo hubiera pretendido, hubiera caído en sus manos y la hubiera leído. ¿Qué se suponía que debía hacer él, el señor Gresley? Si la carta se enviaba, pondría sin duda en apuros al autor y produciría una profunda humillación en la familia del autor. ¿Qué haría el archidíacono si estuviera en su lugar?

El señor Gresley no se daba cuenta de que el caso hipotético no era «equiparable» al caso real en cuestión. Su primer impulso fue recabar la opinión de un experto sin revelar las disensiones familiares. ¿Le impulsaba algún otro motivo secundario inconsciente a dar forma al caso de tal modo que sólo fuera probable un veredicto?

El buen archidíacono reflexionó, formuló unas cuantas preguntas y, a continuación, dijo sin titubeos:

—No entiendo cuál es su dificultad. Está claro lo que debe hacer. Usted es responsable...

—Hasta cierto punto.

—Hasta cierto punto, de la acción de un amigo o pariente extremadamente insensato que escribe una carta que le acarreará problemas a sí mismo y a otros. El asunto ha caído providencialmente en sus manos. Si yo estuviera en su lugar, la destruiría, informaría a su amigo de que lo había hecho, sobre todo, por su bien, e intentaría situarlo en mejor disposición mental hacia la cuestión.

—Supongamos que quemar la carta comportara una pérdida monetaria.

—Por lo que dice de esa carta concreta, entiendo que de ella se desprendería la obtención de beneficios ilícitos.

—¡Oh! Definitivamente.

—Entonces, quémela; y si su amigo continúa obstinándose, siempre puede volver a escribirla; pero debemos confiar en que ganando tiempo podrá usted despertar en él sus mejores sentimientos y, al menos, inducirle a moderar el tono.

—Por supuesto que podría volver a escribirla si continúa obstinándose. Jamás pensé en eso —contestó el señor Gresley en voz baja—. Así que en última instancia no perdería el dinero si continuara estando decidido a ganarlo sin escrúpulos. O yo podría ayudarle a reescribirla. No se me había ocurrido eso.

—Está claro lo que debe hacer, mi querido Gresley —dijo el archidíacono, no con impaciencia, pero como quien está deseoso de introducir un tema nuevo—. Sólo su delicada conciencia erige el obstáculo. ¿No está tratando de llamar nuestra atención la señora Gresley?

La señora Gresley les hacía señas para que entraran a tomar el té.

Cuando el archidiácono se hubo marchado, el señor Gresley dijo a su esposa:

—He hablado del asunto con él, sin mencionar nombres, claro está. Es un hombre con mucho criterio. Me aconseja quemarlo.

—¿El libro de Hester?

—Sí.

—Tiene toda la razón, creo yo —aprobó la señora Gresley, con las manos temblorosas mientras reanudaba el trabajo.

Hester nunca perdonaría a su hermano si hacía eso. Sería, a ciencia cierta, un motivo de disputa entre ambos. A la gente joven casada le va mejor sin una tercera persona en la casa.

—¿Vas a seguir su consejo? —preguntó ella.

—No sé. Yo..., verás..., ¡pobre Hester! Le ha llevado mucho tiempo escribirlo. Ojalá dejara de escribir por sí sola.

—Hester vuelve a casa esta tarde —dijo su esposa con intención.

El señor Gresley salió de la habitación bruscamente y regresó a su despacho. Estaba irritado, angustiado.

La Providencia parecía haber enviado al archidiácono para que le aconsejara. Y el archidiácono se había expresado con determinación. «Qué mala», eso era lo que le había dicho, «y dile a tu amigo que lo has hecho».

No extrañó al señor Gresley que el consejo pudiera haber sido ligeramente distinto si la pregunta se hubiera referido a quemar un libro en lugar de una carta. Este tipo de sutilezas jamás tenían permitido ocupar la mente del señor Gresley. Como solía decir, él no era dado a las disquisiciones bizantinas.

Se dijo que desde el primer momento en que le consultó temió que el archidiácono le aconsejara exactamente en ese sentido. El señor Gresley permaneció largo rato rezando en silencio junto a la ventana de su despacho. Si sus oraciones adquirirían el mismo sesgo que sus recientes afirmaciones ante su amigo, ¿era culpa suya? Si en señal de cobardía acallaba una voz en su interior que le rogaba que demorara la acción, ¿era culpa suya? Si no se había enseñado nunca a establecer ninguna relación entre una semilla y una planta, una causa y una consecuencia, ¿era culpa suya? El primer brote del impulso de destruir el libro fue sepultado y olvidado. Si mal interpretaba esta determinación madura y altísima nacida de la voluntad de Dios en respuesta directa a su oración, ¿era culpa suya?

Cuando estaba quedándole clara su dolorosa obligación, un delgado velo de humo apareció sin rumbo atravesando el jardincillo.

Regie apareció bailando y caracoleando desde la esquina.

—Padre —gritó mientras corría hacia la ventana—. Abel ha hecho una hoguera enorme en el jardín de atrás y está quemando malas hierbas y toda clase de cosas, y nos ha dado una «papa» a cada uno para que la aemos, y Fräulein nos ha dado una sombrerera pequeña que no quería y la hemos llenado casi del todo de hojas secas. ¿Crees que, si esperamos un poco a tía Hester, llegará a tiempo de verla arder?

Era una hoguera espléndida. Chisporroteaba. Aumentaba y decrecía. Se avivaba. Algo vivo en su centro la hacía persistir. Los niños bailaban a su alrededor.

—¡Oh! ¡Ojalá estuviera aquí tía Hester! —exclamó Regie, dando palmas mientras las llamas se elevaban.

Pero «tía Hester» llegó demasiado tarde para verla.

CAPÍTULO XLI

*Y se nos castiga, ¡ay!, por nuestros actos más puros,
y se nos humilla por nuestros pensamientos más sagrados.*

*En ningún credo se encontrará razón
por la que estas cosas sean y acaben por pasar.*

OWEN MEREDITH[72]

Fue mientras Hester estaba en el palacio episcopal cuando falleció Lord Newhaven. Tal vez apenas se diera cuenta de lo leal que había sido su amistad con ella hasta que había muerto. Sin embargo, casi no le había visto durante el último año, en parte por lo absorta que estaba en su libro y en parte porque, para su asombro, descubrió que su hermano y su esposa no veían con buenos ojos que «una mujer no casada recibiera visitas de un hombre casado».

Porque en el campo la individualidad todavía no ha aflorado. La gente es casada o no casada; eso es todo. Igual que en Londres son simpáticos o aburridos; eso es todo.

—Desde que vivo en Warpington —dijo un día Hester a Lord Newhaven la última vez que la recibió allí—, me he dado cuenta de que soy una persona no casada. Jamás lo pensé en todos los años que viví en Londres, pero cuando voy a visitar aquí a la gente del campo, mientras atravieso el parque recuerdo con aprensión que soy soltera, sin duda porque no puedo evitarlo. Cuando entro en el vestíbulo, recuerdo con una punzada que tengo veintiocho años. Para cuando llego al salón, ya soy una solterona.

Ella siempre había imaginado que reanudaría su amistad con él y, cuando murió, se reprochó haberla dejado de lado temporalmente. Quizá nadie, salvo los hermanos de Lord Newhaven, sintieran su muerte más que Dick, Hester y el obispo. Al obispo le agradaba sinceramente Lord Newhaven. Entre los dos hombres se había desarrollado cierto grado de amistad que con frecuencia había vibrado al borde de rozar la intimidad. Pero nunca se había atravesado el borde. Era el hombre más joven quien siempre retrocedía. El obispo, con la intuición del auténtico sacerdote, tenía una fe inamovible en su cínico vecino. Lord Newhaven, que no confiaba en nadie, confiaba en el obispo. Podrían haber sido amigos. Pero había otra razón más profunda para el dolor por su muerte que cualquier sentimiento de pérdida personal. El obispo estaba secretamente convencido de que se había suicidado.

Lord Newhaven acudió a verle un día, el de la noche que se marchó de Westhope, de camino a la estación. Sólo se quedó unos minutos y le pidió que le prestara un servicio insignificante. El hombre mayor aceptó, detectó una vacilación instantánea cuando Lord Newhaven se volvió para salir de la habitación y olvidó el incidente de inmediato bajo la presión de los continuos

quehaceres. Pero con la noticia de su muerte regresó el recuerdo de aquella entrevista momentánea y, con ella, la convicción instantánea de que esa muerte accidental estaba planeada con meticulosidad.

Y ahora la visita de Hester al palacio episcopal había llegado a su fin y el carruaje del obispo la llevaba de regreso a Warpington.

Los diez días en Southminster habían devuelto un toque de color a sus escuetas mejillas, un poco de serenidad a su mirada. Había experimentado el descanso que representa —mejor que el sueño— ser comprendida, poder decir lo que pensaba sin miedo a ofender. La hospitalidad del obispo se había contagiado a su mente, en lugar de detenerse en el *menú*.

Tenía las manos llenas de crisantemos que el propio obispo había recogido para ella y la cabecita repleta de sus palabras y consejos de despedida.

Sí, haría lo que tan imperiosamente le aconsejaba: abandonar el intento de vivir en Warpington. Llevaba allí todo un año. Aunque el proyecto había fracasado, como parecía pensar que había sucedido, en todo caso se le había brindado una oportunidad sin prejuicios. Ambas partes se habían esforzado al máximo. Ella podría facilitar después las cuestiones monetarias a su hermano dedicando parte de los beneficios de su libro a la escolarización de Regie. Veía que el obispo tenía una muy buena opinión del libro. Lo había leído antes de que fuera enviado al editor. Mientras ella estaba en el palacio episcopal, él le pidió que reconsiderara un par de pasajes que a su juicio podrían suponer una ofensa innecesaria para su hermano y otras personas de su calibre mental, y Hester siguió las instrucciones de inmediato y ordenó que recogieran el libro. No cabía duda de que lo encontraría en Warpington a su regreso.

Cuando se publicara, regalaría a Minna un sofá nuevo para el salón, y a Fräulein una boa y unos manguitos de piel, y a la señorita Brown un máquina de escribir para su trabajo con la GFS, y a Abel un barómetro, y a cada una de las criadas un vestido nuevo, y a James esos cuatro gruesos volúmenes de Pusey que su alma tanto anhelaba. ¿Y qué le regalaría a Rachel, su querida Rachel? ¡Ah! ¿Qué necesidad había de regalarle nada? El propio libro era suyo. ¿Acaso no estaba dedicado a ella? Y fundaría un hogar con Rachel por el momento, como le aconsejaba el obispo, como Rachel con tanta insistencia le había suplicado que hiciera.

«Y viajaremos juntas al extranjero después de Navidad, como ha propuesto ella —se dijo Hester—. Iremos a Madeira, o a uno de esos sitios cálidos donde uno se puede repantigar al sol como un gato y no hacer nada, nada, nada, de la mañana a la noche. Antes me daba miedo regresar a Warpington, pero ahora que el tiempo se está acabando, estoy segura de que no los irritaré tanto. Y Minna se alegrará. Siempre se arregla uno mejor si es sólo durante un tiempo determinado. Y no saldrán perdiendo por el hecho de que yo los deje. Apartaré el dinero para mi pequeño Regie. Sentiré separarme de él».

Cuando llegó a Warpington, se estaba poniendo el sol. Todo estaba gris: la torre de la iglesia, los árboles, los tejados apuntados de la vicaría, que parecían pequeños, como en una tarjeta navideña, ante el cielo todavía rojizo. Sólo faltaba para completarla la inscripción «Paz y Buena Voluntad» y un petirrojo en primer plano. El arroyo era lo único que se movía, con su reluciente engranaje de ondas con las crestas encendidas de fuego escondiéndose en la oscuridad de los juncos. El puentecillo, tan vulgar en la vida cotidiana, vertía un misterio de oscuridad sobre un misterio de luz. La blanca escarcha contenía los prados y, ensamblándolos a la casa gris y a la iglesia y a los árboles desnudos, había un fino ribete flotante de... ¿Era niebla o era humo?

Delante de su propia ventana titubeaba una luz tenue. Habían encendido la chimenea de su habitación. El corazón de Hester inundó de cariño a su cuñada por ese pequeño regalo de atención y bienvenida. Minna se quedaría todas sus flores, salvo un pequeño ramo para Fräulein. Al instante, estaba llamando al timbre y tras la puerta de cristal apareció el rostro sonrosado y sonriente de Emma.

Hester pasó corriendo junto a ella y entró en el salón. La señora Gresley estaba sentada junto al fuego con el antiguo bebé a su lado. Devolvió con cierto nerviosismo el beso de Hester. Parecía un poco temerosa.

El antiguo bebé, sentado complacientemente, se levantó y, apoyando el sillón con energía contra su propia persona para levantarlo y evitar toda falta de contacto con él, atravesó con solemnidad la alfombrilla de la chimenea y colocó la silla consigo encima junto a Hester.

—Querrás tomar un poco de té —dijo la señora Gresley—. Esta tarde ensaya el coro y no cenaremos hasta las nueve.

Pero Hester ya había tomado el té antes de salir.

—¿Y no tienes frío?

Hester no tenía nada de frío. El obispo pidió que le pusieran un calentapiés en el carruaje.

—Tienes mucho mejor aspecto.

Hester se sentía mucho mejor, gracias.

—¡Y qué flores tan bonitas!

Hester sugirió con timidez que quedarían muy bien en el salón.

—Creo —dijo la señora Gresley, que pensaba lo mismo hasta ese momento— que donde mejor quedarían es en la entrada.

—¿Y el resto de la familia —preguntó Hester, cuyo rostro decayó un poco— dónde está?

—Los niños acaban de entrar. Bajarán de inmediato. Vuelve conmigo, Toddy; estás aburriendo a tu tía. Y James está en su despacho.

—¿Está ocupado o puedo pasar a hablar con él?

—No está ocupado. Está esperándote.

Hester reunió sus flores rechazadas y se levantó. Tenía la sensación de que había regresado al Warpington de hacía un año..., como si nunca se hubiera marchado.

Se detuvo un instante en la entrada para echar un vistazo a su correspondencia y dejó las flores junto a ella. A continuación, fue rápidamente al despacho y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo aquella voz familiar.

El señor Gresley estaba escribiendo. Hester detectó enseguida que era una pose y que había tomado la pluma cuando la oyó llamar.

Sus ánimos disminuyeron otro poco.

«Va a sermonearme por algo», se dijo mientras la besaba.

—¿Has tomado el té? Esta tarde ensaya el coro y no cenaremos hasta las nueve.

Hester había tomado el té antes de salir.

—¿Y no tienes frío?

Al contrario, Hester no tenía nada de frío, gracias. Vino con especias, calentapiés, etcétera.

—Tienes mucho mejor aspecto.

Hester se sentía mucho mejor. Ciertamente, las personas casadas acaban pareciéndose mucho

por vivir juntos.

El señor Gresley vaciló. Nunca veía las dificultades que comportaba alguna acción hasta que se le venía literalmente encima. No tenía la menor idea de que le pudiera resultar casi imposible plantear un determinado tema.

Hester acudió en su ayuda sin proponérselo.

—Bueno, quizá sea mejor que vea mi correspondencia. A propósito, debe de haber un paquete grande de Bentham para mí. No estaba con las cartas. A lo mejor has pedido que lo lleven a mi habitación.

—Sí llegó —confirmó el señor Gresley— y tal vez debiera disculparme, pues vi mi nombre en él y lo abrí por error. Estaba esperando unos cuantos ejemplares más de «La disidencia moderna».

—No importa. Estoy segura de que lo habrás puesto a buen recaudo. ¿Dónde está?

—Una vez abierto, le eché un vistazo.

—Me sorprende oírlo —dijo Hester, mientras le aparecía una mancha sonrosada en cada mejilla y los ojos se le ensombrecían—. ¿Cuándo te di permiso para leerlo?

El señor Gresley miró torpemente a su hermana y prosiguió sin reparar en la pregunta.

—Le eché un vistazo. No veo diferencia alguna entre leer un libro en manuscrito o impreso. No pretendo discutir por semejante nimiedad. Al echarle un vistazo me pareció que era deseable que lo leyera entero. Quizá recuerdes, Hester, que yo te mostré «La disidencia moderna». Si yo no puse restricciones, ¿por qué ibas a ponerlas tú?

—Ya está hecho —dijo Hester—. No deseaba que lo leyeras y lo has leído. No se puede evitar. No volveremos a hablar de ello.

—Es mi obligación hablar de ello.

Hester hizo un movimiento impaciente.

—Pero no es la mía escuchar —replicó—. Además, sé todo lo que vas a decir..., lo mismo que con *The Idyll*, sólo que peor. Que es ordinario y soez y exagerado, y que he escrito indecencias en él para que se venda y que desprestigie al clero y que el libro jamás se debería publicar. Querido James, ahórramelo. Tú y yo nunca estaremos de acuerdo en determinados temas. Démonos por satisfechos con discrepar.

El señor Gresley quedó desconcertado. Nuestro antagonista no es nadie ya para menospreciar todo lo que uno iba a argumentar si se le dice de antemano.

Fue perdiendo el color de la cara poco a poco. Esto era peor que una reunión de Pascua de Semana Santa en la sacristía, lo cual ya era decir mucho.

—No puedo quedarme al margen tan tranquilo viendo que te diriges hacia un precipicio si soy capaz de hacerte retroceder con contundencia —dijo—. Creo, Hester, que olvidas que es el afecto que siento por ti lo que me hace tratar de contenerte. Es por tu propio bien por lo que..., por lo que...

—¿Por lo que qué?

—Por lo que no puedo permitir que se publique este libro —terminó el señor Gresley bajando el tono de voz.

Casi nunca bajaba el tono de voz.

Hubo un instante de pausa. Hester tenía la sensación de que la situación era grave. ¿Cómo no herirle, pero no ceder?

—Tengo veintiocho años —dijo—. Me temo que debo seguir mi propio criterio. Tú no tienes ninguna responsabilidad sobre este asunto. Si me culpan —sonrió con orgullo... En ese instante supo todo lo que valía su libro—, la culpa no recaerá sobre ti. Y, después de todo, Minna y los Pratt y los Thursby no tienen por qué leerlo.

—No lo leerá nadie —masculló el señor Gresley—. Era un libro blasfemo, malvado. No lo leerá nadie.

—No estoy segura de eso —repuso Hester.

Hermano y hermana se miraron con ojos de pedernal.

—No lo leerá nadie —repitió el señor Gresley; era valiente, pero ahora disponía sólo de la valentía justa—, porque, por tu bien, y por el bien de las mentes inocentes que podrían pervertirse con él, lo he..., lo he... quemado.

Hester se quedó inmóvil, como si la hubiera alcanzado un rayo, lívida, muerta ya... Todo menos los ojos.

—No te habrás atrevido —susurró sin mover los labios.

Tenía los ojos espantados fijos en él. Lanzaban llamas sobre él.

El señor Gresley se asustó.

—Querida Hester —dijo—. Te ayudaré a reescribirlo. Reservaré una hora todas las mañanas hasta que... —¿Es que no iba a caer derrotada nunca? ¿Siempre conseguía mantenerse en pie así?—. Algún día reconocerás que hice bien al quemarlo. Ahora estás enfadada, pero algún día...

Si por lo menos se desmayara, o gritara, o apartara la mirada.

—Cuando Regie estuvo enfermo —dijo con voz pausada y entrecortada—, yo hice lo que pude. No dejé que tu hijo muriera. ¿Por qué has matado al mío?

Se oyó que alguien correteaba en el pasillo. Mary abrió la puerta despacio y Regie entró andando con solemnidad, sosteniendo con extremo cuidado una pequeña bandeja de latón sobre la que descansaba una patata grande.

—Te la he asado yo, tía Hester —anunció con su voz estridente y los ojos puestos en la ofrenda—. Era mi propia patata, que me dio Abel. Y la asé en la hoguera y te la he guardado.

Hester se volvió hacia el niño como si fuera un animal febril y furioso al que hubieran estado reteniendo y lo apartó de sí con violencia. El niño cayó dando un chillido. Ella pasó corriendo a su lado para salir de la habitación y de la casa, seguida de sus propios gritos.

«Le he matado», decía.

La puerta lateral estaba cerrada con llave. Abel acababa de marcharse a su casa a pasar la noche. La desencajó de las bisagras y entró corriendo en el patio.

La hoguera estaba apagada. Una hebra de humo ascendía retorciéndose desde el cráter de cenizas grises. Se arrodilló junto al fuego extinguido y apartó los rescoldos con las manos desnudas.

Una masa de finas capas negras que antes habían sido papel encontró sus ojos. En ellas se veía con claridad una caligrafía menuda mientras caían pulverizadas al contacto con sus manos.

—Está muerto —dijo en voz muy alta mientras se levantaba.

Tenía el vestido quemado en la zona donde se había arrodillado.

En el aire inmóvil caían unos cuantos copos de nieve compadeciéndose.

—Absolutamente muertos —murmuró Hester—. Regie y el libro.

Y salió corriendo a ciegas por los campos, casi en la oscuridad.

Eran casi las once en punto. El obispo estaba sentado a solas en su despacho, escribiendo. La noche estaba muy silenciosa. La pluma viajaba, viajaba. El fuego se había consumido dejando unos destellos rojos. En ese instante se levantó, caminó hasta la ventana y descorrió la cortina.

—Las primeras nieves —dijo casi en voz alta.

Caía lentamente en la oscuridad. Sólo podía ver el ribete blanco sobre el alféizar de piedra de fuera.

—No puedo hacer más esta noche —musitó, y se inclinó para cerrar la cajonera con la llave que pendía de la cadena de su reloj.

De repente, se abrió la puerta. Se volvió y vio a una figura menuda correr hacia él y caer a sus pies, agarrándole convulsa por las rodillas.

—¡Hester! —exclamó asombrado— ¡Hester!

Iba sin sombrero. Tenía nieve sobre la cabeza y los hombros. Portaba consigo el aroma del fuego.

Trató de incorporarla, pero se aferraba a él con fuerza con las manos ensangrentadas, levantando la vista hacia él con el rostro convulso. Las manos del obispo quedaron manchadas de rojo cuando trató en vano de aflojar las de ella.

—Han matado a mi libro —dijo—. Han matado a mi libro. Lo han quemado vivo mientras yo estaba fuera. Y perdí la cabeza. No sé lo que hice, pero creo que he matado a Regie. Sé que tuve la intención.

CAPÍTULO XLII

¿Está bien el niño[73]

—En realidad, no estoy preocupado —dijo el señor Gresley mirando por entre los laureles de la Vicaría hacia los campos y setos blancos. Todo estaba desdibujado y difuso y muy quieto. Lo único que tenía un perfil diferenciado era la reja del jardín, con un solitario grajo encima.

—En realidad, no estoy preocupado —repitió mientras se sentaba ante la mesa del desayuno.

Pero su rostro le contradecía. Estaba azul y contraído, pues acababa de regresar de leer el servicio de la mañana en una iglesia gélida, mas había un pliegue en la frente que no era resultado del frío. El porche de la vicaría se había derrumbado durante la noche, pero, por lo que parecía, no estaba pensando en eso. Bebió un poco de café y, a continuación, se levantó y se acercó de nuevo a la ventana.

—Está con los Pratt —dijo con determinación—. Me alegro de haber enviado una nota a primera hora de la mañana, por si te alivia, pero estoy convencido de que está con los Pratt.

La señora Gresley murmuró algo. Parecía asustada. Hizo un intento de comer algo, pero fue una mera pretensión.

La puerta batiente próxima a la escalera trasera crujió. En la Vicaría se oía todo.

El señor y la señora Gresley miraron con ansia a la entrada. La criada entró con una nota entre los dedos índice y pulgar.

—No está allí —dijo el señor Gresley con la voz afectada—. Escribí al señor Pratt una carta cerrada diciendo que, nada más regresar a casa, Hester había salido corriendo imprudentemente para ir a verlos y para decirles lo mucho que agradecía a la señora Pratt que no le hubiera permitido regresar, dado que empezó a nevar. Dice que él y la señora Pratt no la han visto.

—James —inquirió la señora Gresley—, ¿dónde *está*?

En el vestíbulo se oyeron unas segundas pisadas amortiguadas y apareció Fräulein en la entrada. Tenía la angustia dibujada en la cara pálida. Con ambas manos se sujetaba una falda de cola cubierta de nieve, levantada por encima de un par de galochas grandes en las que se injertaban las piernas sin tobillos.

—¿No ha regresado?

—No —respondió el señor Gresley—, y no está con los Pratt.

—Sé desde el principio que no está con los Prrratt —dijo Fräulein con desprecio—. Nunca va con los Prrratt si está apenada. Salgo a las siete y media esta mañana y veo a los Brrrown, pero la señorita Brrrown no sabe nada. Voy a Wilderleigh, veo a la señora Loftus, todavía acostada,

pero no está allí. Voy a casa de los Evanns. Voy a casa de los Smiiiith, finalmente voy a ver al señorr Valsh, pero no está allí.

El señor Gresley empezó a experimentar parte de lo que Fräulein había padecido toda la noche.

—Seguramente no se iría de mi casa para ir a la de un no conformista —dijo con severidad—. Podrías haberte ahorrado la molestia de ir allí, Fräulein.

—A ella le agrada el señor y la señora Valsh. Les da su libro.

La voz de Fräulein ahogó el estruendo amortiguado de un carruaje y el sonido de la campana de la puerta, cuyo mango, indemne en medio del caos, mantenía la vigilancia sobre los restos del desaparecido porche.

El obispo esperó un instante en el vestíbulo mientras la criada entraba en el comedor para anunciar a los Gresley su llegada. Sus ojos descansaron sobre la pila de cartas que había en la mesa, sobre las flores muertas que había junto a ellas. Ayer estaban absolutamente hermosas cuando se las dio a Hester. La propia Hester estaba ayer muy hermosa.

La criada regresó y le pidió que «pisara» el comedor.

El señor y la señora Gresley se habían levantado de la silla. Fijaron la mirada en él con ansiedad. Fräulein dio un grito y se apresuró hacia él.

—¿Está con usted? —resopló agitándolo por el brazo.

—Está en mi casa —respondió el obispo mirando sólo a Fräulein y tomando sus manos temblorosas entre las suyas.

—Gracias a Dios —exclamó el señor Gresley, y la señora Gresley se sentó y empezó a llorar.

Cuando miró a la joven pareja, se disipó del rostro del obispo parte de la dureza.

—He venido tan pronto como he podido —dijo—. Partí poco después de las siete, pero los caminos están muy mal.

—Es un gran alivio —contestó el señor Gresley.

Arrancó con la nota más grave de su órgano, pero acabó balbuciendo casi con la palabra «alivio» por falta de aire.

—¿Cómo está Regie? —preguntó el obispo.

Ahora le tocaba a él estar preocupado.

—Regie está muy bien —dijo Fräulein con determinación—. Dígale que está igual de bien que estaba.

—Está muy alterado —intervino la señora Gresley mientras le relampagueaba en los ojos humedecidos un indignado amor maternal—. Es un niño delicado y ella, Hester..., Dios le perdone..., le golpeó en uno de sus arrebatos. Podría haberle matado. Y el pobre niño cayó y tiene un moretón en el brazo y en el hombro. Y estaba trayéndole un regalo cuando se lo hizo. El niño no había hecho nada en absoluto para enojarla, ¿verdad, James?

—Nada —dijo el señor Gresley y añadió entre agujonazos en la conciencia—: Debo reconocer que hasta anoche Hester siempre me había parecido cariñosa con Regie.

Tuvo la sensación de que no era del todo justo hacer que el obispo pensara que Hester tenía por costumbre maltratar a los niños.

—Le he dicho que cuidará de él su madre —intervino la señora Gresley— y que no debe tener miedo, que su tía no regresará jamás. Cuando le vi el bracito, tuve la sensación de que nunca podría volver a vivir tranquila con Hester en la casa.

Mientras la señora Gresley hablaba, le parecía que conseguía volver doblemente segura la certeza de que la mujer de la que estaba celosa no regresaría nunca más.

—Regie ha llorado hasta que le dolió la cabeza porrrque usted dice que la señorita Gresley no volverrá nunca —respondió Fräulein, mirando a la señora Gresley como si le hubiera arrancado de un mordisco un pedazo de carne.

—Creo, Fräulein, que es la hora de clase de los niños —dijo el señor Gresley majestuosamente.

¿Quién iba a imaginar que la discreta y obediente Fräulein, la más amable y tímida de las mujeres, iba a dar un paso al frente con esos modales tan agresivos? Lo cierto es que está muy bien hablar, pero nunca se puede asegurar qué van a hacer las personas. De pronto, se revuelven y actúan exactamente al contrario de como hacía esperar su carácter anterior. ¡Vaya con Fräulein!

Esa pobre mujer recordó así su sentido del deber, salió corriendo de la habitación y el obispo, que le abrió la puerta, la cerró despacio cuando se marchó.

—Debe disculparla, señor —dijo el señor Gresley—, lo cierto es que todos estamos un tanto alterados esta mañana. Hester nos habría ahorrado muchas molestias, podría decir angustia, si ayer por la noche nos hubiera dicho que iba a regresar a su casa. No cabe duda de que alcanzó a su carruaje, que se detuvo media hora en la posada.

—No —corrigió el obispo—, vino a pie. Hizo... todo el camino andando.

El señor Gresley sonrió.

—Me temo, señor, que Hester le ha dado una versión inexacta. Le aseguro que es incapaz de caminar ocho kilómetros, y menos aún dieciséis.

—Tardó unas cinco horas en hacerlo —dijo el obispo, que vaciló un instante, como si estuviera tragando algo imposible de digerir—. En momentos de mucha excitación nerviosa, las personas como su hermana son capaces de casi cualquier cosa. La pregunta es si sobrevivirá a la conmoción que la sacó anoche de su casa. Tiene quemaduras graves en las manos. El doctor Brown, a quien dejé con ella, teme que contraiga meningitis.

El obispo hizo una pausa para dar tiempo a que se comprendieran sus palabras. A continuación, prosiguió despacio, en voz baja, mirando al fuego:

—Sigue pensando que ha matado a Regie. No va a creernos al doctor ni a mí cuando le aseguremos que no ha sido así. Se rebela contra nosotros por engañarla.

El señor Gresley tuvo que lidiar con un sentimiento muy amargo hacia su hermana, lo superó y dijo con voz ronca:

—Dígale de mi parte que Regie no es lo peor, y dígale que yo..., que su madre y yo... le perdonamos.

—Yo no, James —sollozaba la señora Gresley—. Es demasiado pronto. No. No puedo. Si la perdonara ahora, sería sin sentirlo.

—Hester no está en condiciones de recibir mensajes —dijo el obispo—. No los creería. El doctor Brown dice que lo único que podemos hacer por ella es mostrarle a Regie. Si le ve, tal vez crea a sus propios ojos y se pueda eliminar esa espantosa excitación nerviosa. He venido para llevarlo conmigo en el carruaje.

—No le dejaré ir —aseguró la señora Gresley, la madre haciendo caso omiso del sobrecogimiento que le había provocado el obispo—. Siento que Hester esté enferma. Yo misma —y la señora Gresley hizo un esfuerzo sobrehumano—, yo misma acudiré a cuidarla, pero no

permitiré que Regie pase miedo una segunda vez.

—No pasará miedo una segunda vez. Pero es muy urgente. Mientras perdemos el tiempo hablando, la vida de Hester se debilita con la misma certeza que si estuviera desangrándose. Si estuviera sangrando de verdad en esta habitación, ¿cuánto correrían ustedes dos para ayudarle y vendarle la herida? No habría nada que no hicieran para aliviar su sufrimiento.

—Aunque dejara ir a Regie —dijo la señora Gresley—, él no querría ir y no podríamos hacer que se lo llevara por la fuerza, ¿o sí, James?

La puerta se abrió y apareció Regie, a quien empujó suavemente desde atrás la fina mano de Fräulein. Le seguía *Boulou*. La puerta volvió a cerrarse de inmediato, casi pillando el rabo a *Boulou*.

El obispo y Regie se miraron seriamente.

—Quiero mandar un beso a tía Hester —dijo Regie con su voz de catecismo— y yo estoy perfectamente.

—Me gustaría tener una conversación con Regie a solas —pidió el obispo.

La señora Gresley dudó, pero el obispo mantuvo la mirada fija en el señor Gresley y este último llevó fuera a su esposa. La puerta quedó entreabierta, pero el obispo la cerró. Acto seguido, se sentó junto al fuego y le tendió la mano.

Regie se acercó a él sin miedo y se colocó entre sus rodillas. Las dos caras estaban exactamente a la misma altura. *Boulou* se sentó ante el fuego y desenroscó el rabo por el calor.

—Tía Hester lo siente mucho —dijo el obispo—. Lo siente tanto que ni siquiera puede llorar.

—Dígale que no se preocupe —respondió Regie.

—Decírselo no sirve. ¿Te duele mucho el brazo?

—No sé. Mamá dice que sí y Fräulein dice que no. Pero no es eso.

—¿Qué es, entonces?

—No es eso, ni que se desperdiciara la patata, se quedó hecha migas después; pero, señor obispo, yo no he hecho nada.

Regie miró a los ojos sagaces y amables y se le llenaron de lágrimas los suyos, ya enrojecidos.

—Yo no había hecho nada —repetía—. Y tengo guardada su patata. Es que..., que... no me importa el brazo. Soy un buen soldado de Cristo con el brazo; pero es que..., es que...

—Te duele el corazón —dedujo el obispo, rodeándolo con el brazo.

—Sí —dijo Regie, mientras sacaba una pelotita muy apretada que antes había sido un pañuelo—. Tía Hester y yo éramos amigos. Le contaba todos mis secretos y ella me contaba los suyos. Yo lo sabía ya mucho antes cuando le regaló a mi padre la jarrita de plata, y lo de los manguitos de Fräulein. Si fuera un error, como cuando mi padre me pisó el pie en la fiesta de la escuela, no me importaría, pero lo hizo a propósito.

El ceño del obispo se frunció. El tiempo se agotaba, se agotaba como una vida. Pero las advertencias del doctor Brown resonaban en sus oídos. «Si el niño tiene miedo de ella y grita cuando la vea, no respondo de las consecuencias».

—¿Ese es tu perrito? —preguntó, después de pensar unos instantes.

—Sí, es *Boulou*.

—¿Ha caído alguna vez en un cepo? —inquirió el obispo, recordando someramente las costumbres de los perros de los clérigos, esas «fisuras de laúd» que con tanta frecuencia trastocan

la armonía entre un terrateniente con ganas de caza y el clérigo del condado.

—Una vez. El señor Pratt dice que caza, pero mi padre dice que no, que no podría cazar nada por mucho que quisiera.

—Yo tuve un perro una vez —dijo el obispo—, se llamaba *Jock*. Y cayó en un cepo como le pasó a *Boulou*. Pues bien, *Jock* me quería mucho. Se preocupaba por mí más que nadie en el mundo. Aun así, cuando yo traté de sacarle del cepo, me mordió. ¿Sabes por qué lo hizo?

—¿Por qué?

—Porque el cepo le hacía un daño tan horroroso que no pudo evitar morder algo. En realidad, no quería morderme. Después, me lamía. Pues bueno, tía Hester estaba como *Jock*. Le hacía un daño tan, tan horroroso, como una trampa, y te golpeó igual que *Jock* me mordió. Pero *Jockera* quien más me quería en el mundo todo el tiempo. Y tía Hester te quiere y es tu amiga y te cuenta secretos todo el tiempo.

—Mi madre dice que en realidad no me quiere. Que sólo fingía. —La voz de Regie tembló—. Mi madre dice que no debe regresar nunca porque el próximo podría ser el bebé. Eso le dijo a padre.

—Mamá se ha equivocado. Yo soy tan mayor que sé más incluso que mamá. Tía Hester te quiere y no va a poder ni desayunar hasta que te diga que no te preocupes. ¿Quieres venir conmigo y darle un beso y decírselo? Y, por el camino, prepararemos un secreto nuevo.

—Sí —dijo Regie con impaciencia al tiempo que la carita lánguida se le ponía sonrosada—. Pero ¿y mamá? —preguntó deteniéndose de un golpe.

—Corre y ponte el abrigo. Yo hablaré con mamá. Rápido, Regie.

Regie salió dando saltos a toda prisa de la habitación. El obispo salió más despacio y entró en el salón, donde el señor y la señora Gresley estaban sentados junto a la chimenea apagada. La chimenea del salón no se encendía nunca hasta las dos en punto.

—Regie viene conmigo libremente —declaró—, así que está arreglado. Estará completamente a salvo conmigo, señora Gresley.

—Mi esposa pone reparos a la idea de mandarlo allí —dijo el señor Gresley.

—No, ella no pone reparos —replicó el obispo educadamente—. Hester salvó la vida de Regie y es más que correcto que Regie la salve ahora a ella. Vendrá usted a recogerlo esta tarde —siguió diciendo al señor Gresley—. Quisiera tener una conversación con usted.

Fräulein apareció sin aliento, arrastrando consigo a Regie.

—No se ha puesto el abrigo nuevo —protestó la señora Gresley—. Regie, sube corriendo y cámbiate enseguida.

Lo que Fräulein dijo por su parte fue: «Prrrrreocuparrse porrr el abrrrrrigo nuevo», y metió en el carruaje a Regie, a quien siguió el obispo después de pasar por encima de las ruinas del porche.

—¿Se han tomado el puré? —preguntó al cochero, que estaba quitándole las mantas a los caballos.

—Sí, señor.

—Entonces, conduce lo mejor que puedas. Ponlos al galope en las colinas.

Fräulein escondió un paquete de galletas en la mano del obispo.

—No ha desayunado —dijo.

—Tío Dick dijo que el porche iba a sentarse y así ha sido —exclamó Regie en tono de

asombro mientras el carruaje se bamboleaba de un lado a otro del camino—. Padre sabe mucho, pero a veces creo que tío Dick es el que más sabe. Primero de puertas y peniques voladores, y ahora de porches.

—Tío Dick está en Southminster. A lo mejor le vemos.

—Me gustaría preguntarle por su dedo, si no es un secreto.

—No creo que lo sea. Bueno, ¿qué secreto preparamos por el camino? —El obispo sacó la cabeza por la ventanilla—. Más rápido —gritó.

Se decidió que el secreto sería un regalo de Navidad para «tía Hester», que comprarían en Southminster. El obispo averiguó que todo el capital de Regie ascendía a seis peniques. Pero Regie le explicó que podía gastar un chelín porque su padre siempre le daba seis peniques cuando se le caía un diente.

—Y ahora tengo uno flojo —añadió—. Cuando chupo algo, se mueve. Estará listo para Navidad.

Hubo un breve silencio. Los cascos de los caballos golpeaban todos a la vez el suelo mullido de nieve.

—¿No le parece, señor obispo —dijo Regie un tanto indeciso—, que ir tan deprisa en los carruajes y contar secretos da mucha hambre?

El obispo se sonrojó.

—Tienes toda la razón, hijo mío. Debí haberlo pensado antes. Yo mismo tengo un hambre fuera de lo común —dijo mientras rebuscaba en todos los bolsillos las galletas que Fräulein le puso en la mano.

Cuando por fin fueron descubiertas sobre la alfombrilla en un estado un tanto ruinoso, al obispo se le ocurrió que eran un tipo de galletas que siempre le daban tos, de modo que pidió a Regie, que estaba repartiéndolas a partes iguales, que se las comiera todas para hacerle un favor personal.

Fue un obispo salpicado de migajas quien, media hora más tarde, subía a toda prisa la escalera del palacio episcopal.

—¡Habéis tardado una eternidad! —espetó el doctor Brown desde el descansillo.

—¿Cómo está?

—Igual, pero más débil. ¿Ha traído a Regie?

—Sí, pero llevó su tiempo.

—¿Está asustado?

—Ni una pizca.

El médico entró de nuevo en el dormitorio dejando la puerta entreabierta.

En un sillón se veía sentada una pequeña figura encogida y con la cabeza y las manos vendadas. Los ojos de aquel rostro hierático y descolorido tenían la mirada fija.

El doctor Brown retiró el vendaje de la cabeza de Hester y le alisó el cabello.

—Ahora está subiendo la escalera —advirtió agitándole un poco con cuidado por los hombros—. Regie está subiendo ahora para verte. Regie está perfectamente y viene a verte ahora.

—Regie está muerto, viejo lobo gris —dijo Hester en un tono inexpresivo—. Yo le maté en el patio. Ese sitio está absolutamente negro y humea.

—Mira a la puerta —repetía el doctor Brown, una y otra vez—. Está entrando por la puerta ahora mismo.

Hester vaciló y miró a la puerta. El médico se fijó, frunciendo el ceño, en que ella apenas movía los ojos.

Regie se detuvo en la entrada, de la mano del obispo. El frío reflejo de la luz en la nieve cayó sobre aquel personajillo valiente y su cara blanca.

El médico se colocó entre Hester y la ventana. Hacía sombra a Hester.

Los corazones de los dos hombres palpitaban como si fueran martillos.

Se produjo un cambio en el rostro de Hester.

—Mi pequeño Reg —profirió extendiendo las manos vendadas.

—No pasa nada, tía Hester —dijo Regie—. Te quiero igual y tú ya no tienes que llorar más.

Porque, al fin, cayeron las lágrimas de Hester hasta extinguir el fuego desatado en su mirada.

—Mi tesoro, mi ratoncito —decía una y otra vez, besándole la cara y las manos y el pequeño abrigo marrón.

Después, en un instante, su rostro se alteró. Sus ojos traslucieron angustia y se volvieron hacia el médico.

De inmediato, el doctor Brown cubrió con la mano los ojos de Regie y le sacó a toda prisa de la habitación.

—Lléveselo donde no pueda oír nada —susurró al obispo y regresó como una flecha.

Hester estaba arrancándose los vendajes de las manos.

—No sé qué ha sucedido —gimoteó—, pero me duelen tanto las manos que no puedo soportarlo.

—Gracias a Dios —suspiró el viejo doctor, y se sonó la nariz.

CAPÍTULO XLIII

El diablo no tiene aliado más fiel que la falta de percepción.

PHILIP H. WICKSTEED

Hacen falta dos para decir la verdad: uno que hable y otro que escuche.

THOREAU

La señora Gresley pasó un día incómodo. Por la tarde, recalaron por allí todos los Pratt y el señor Gresley, que salió a primera hora de la tarde hacia Southminster, no dejó a su esposa ninguna instrucción acerca de cómo actuar en esta ocasión imprevista ni cómo eludir las preguntas con las que fue avasallada.

Después de mucha vacilación, reconoció al fin que Hester volvió a Southminster en el carruaje del obispo no más de media hora después de haber regresado.

—No puedo explicar la conducta de Hester —se limitaba a repetir una y otra vez—. No pretendo comprender a las personas inteligentes. Yo no soy inteligente. Sólo puedo decir que Hester salió de regreso a Southminster inmediatamente después de llegar aquí.

Apenas se habían marchado los Pratt cuando hicieron pasar a Doll Loftus. Su esposa le había enviado para que preguntara dónde estaba Hester, pues Fräulein le había alarmado a primera hora de la mañana. Al menos, Doll no hizo preguntas. Nunca había hecho más que una en su vida y fue a su esposa, cinco segundos antes de haberse comprometido con ella.

Él aceptó con serenidad la información de que Hester había regresado a Southminster y se marchó para contarle eso mismo a su exasperada esposa.

—Pero ¿por qué regresó? Acababa de llegar en ese momento —insistió Sybell.

¿Cómo iba a saberlo Doll? Ella, Sybell, dijo que no descansaría hasta que supiera dónde estaba Hester y él, Doll, fue andando a Warpington por entre los ventisqueros para averiguar qué pasó con ella. Y lo averiguó, y ahora su esposa quería saber más. Algunas mujeres no se daban por satisfechas con nada. Y el marido ofendido se retiró para desabrocharse las botas.

Sí, la señora Gresley había pasado un día incómodo. Sólo se aventuró fuera unos minutos y descubrió a Abel, con los brazos en jarras, contemplando la puertecilla que conducía a los establos. Estaba tirada en el suelo. Le quitó la nieve.

—Anoche la cerré, como siempre —dijo a la señora Gresley—. Parece como si alguien la hubiera sacado de las bisagras. Pero nadie ha tocado nada, ni el carbón ni la leña. Nos normal desencajar la puerta para nada.

La señora Gresley no respondió. No relacionó a Hester con la puerta. Pero en ese momento estaba demasiado alterada para preocuparse por semejantes nimiedades.

—El cochero señor obispo me dice que la señorita Gresleys taba en el palacio episcopal —prosiguió Abel— mientras yo estaba calentando el puré para él, pues William había ido con una nota y cuando estaba en la cocina las bestias les daba igual lo que hiciera. Dijo que su sobrino, el criado, oyó sonar el timbre la puerta principal justo cuando estaba metiéndose en la cama noche, y la señorita Gresley entra sin sombrero, cubierta de nieve. El cochero dijo que debía darme secho corriendo todo el camino.

Abel miró inquieto a la señora Gresley.

—Se me ocurre —dijo— que quizá la damita nos té del todo bien de la cabeza. Dices que estudiar mucho se le suba uno a la cabeza, igual que los licores a quien nos ta bonao con ellos. Y la damita sí que trabaja muchísimo.

—No tanto como el señor Gresley —corrigió la señora Gresley.

—Quizá no, señora, quizá no. Pero cuando yo subía porque la vaca roja estaba firme a las cuatro de la mañana, o quizás antes, siempre había luz en su ventana y se veía la sombra de su cara junto a la persiana. Sí, trabaja muchísimo.

La señora Gresley se retiró a casa, saltando por encima de los *escombros* del porche. En cualquier otro momento, la desaparición del porche habría ocupado la mente de toda la familia de la Vicaría durante días. Pero hasta este instante apenas había reclamado un suspiro como tributo. La señora Gresley sí suspiró cuando atravesó el umbral. Ese porche derruido significaba gastos. Por lo que dijo su esposo, entendió que Dick había arrancado gratuitamente la abrazadera que lo sujetaba y que, en consecuencia, todo aquello había cedido bajo el peso de las primeras nieves. «No quiso causar ningún mal —añadió entonces la señora Gresley—, pero supongo que en las Colonias confunden las payasadas con la inteligencia».

La señora Gresley regresó al salón y se sentó junto a su labor de costura. Era una costurera extraordinaria, pero toda la actividad de sus incansables manos apenas alcanzaba a contener la marea de remiendos que siempre aflucía sobre ella. ¿Cuándo iba a encontrar tiempo para terminar los vestiditos que requería el nuevo bebé? Fräulein había tenido la amabilidad de ayudarlo, pero los ojos de Fräulein dejaban mucho que desear y, en consecuencia, sus puntadas eran muy pequeñas. A la señora Gresley le habría gustado sentarse en el aula cuando terminaron las clases, pero Fräulein se había mostrado tan distante en el almuerzo porque las croquetas estaban frías que no tuvo la valentía de entrar.

De modo que se sentó y cosió apesadumbrada a la espera de que regresara su esposo. El coche de alquiler era otro gasto. Southminster estaba a dieciséis kilómetros de Warlington, dieciocho según el Loftus Arms, desde el que había salido, y cuyo propietario no se llevaba demasiado bien con su vicario «abstemio». Pero fue absolutamente necesario recurrir al coche de alquiler con el fin de que Regie, quien con tanta facilidad se resfriaba, regresara con garantías de seguridad.

Empezaba a caer la noche y, con ella, más nieve.

Estaba ya bastante oscuro cuando la señora Gresley sintió por fin el sonido de las ruedas y corrió hacia la puerta.

Entró el señor Gresley con Regie en brazos, profundamente dormido y envuelto en una manta de piel, y lo dejó con cuidado sobre el sofá y, a continuación, salió para tener una trifulca con el conductor, que con un lenguaje contundente ponía reparos al acuerdo propuesto por el señor

Gresley de que el coste del coche de alquiler se debía considerar un pago parcial de determinados atrasos de diezmos que en aquellos días era desafortunada obligación del clérigo recolectar en persona. Los métodos del señor Gresley para abordar los asuntos monetarios solían llevar incorporada una elevada tasa de interés por vía de la fricción y pasó mucho tiempo antes de que se marchara el cochero, no sin antes hacer dar la vuelta al caballo deliberadamente sobre la pequeña superficie de hierba que había bajo las ventanas del comedor.

Mientras tanto, Regie se había despertado y estaba tomando té en el salón como para dar una gran sorpresa.

Tenía mucho que contar de su expedición; que el obispo le había dado media corona y que tío Dick le había llevado a la ciudad para gastarla y que, después de cenar, tío Dick le había subido a caballito en sus espaldas.

—Y tía Hester, ¿cómo estaba?

—Estaba muy bien, sólo lloraba un poco. No me quedé mucho porque el señor obispo quería darme la media corona y la tenía abajo. Y cuando volví a entrar, ella ya se había acostado y estaba tan dormida que apenas dijo nada siquiera.

El señor Gresley entró sin mucha energía y se dejó caer en una silla.

La señora Gresley le sirvió el té y, acto seguido, llevó a Regie arriba. Después, regresó y se sentó en una silla baja junto a su esposo. Era la primera gota de confort que caía hoy en la copa del señor Gresley.

—¿Cómo está Hester?

—Según el doctor Brown, está muy enferma —respondió el señor Gresley con tono de agotamiento—. Pero no me dejaron verla.

—¿No te dejaron ver a tu propia hermana! Mi querido James, deberías haber insistido.

—Lo hice, pero no sirvió de nada. Ya sabes cómo se enfada el doctor Brown cuando encuentra la menor oposición. Y el obispo le respaldó. Dijeron que la alteraría mucho.

—Jamás he oído nada semejante. ¿Qué tiene?

—El doctor Brown lo llama conmoción. Han tenido miedo de que sufriera un colapso todo el día, pero esta noche se encontraba mejor. Parece que tenían mucha confianza en el hecho de que reconociera a Regie.

—¿Le perdonó el corderito?

—Oh, sí, le dio un beso y ella le reconoció y lloró. Y parece que tiene quemaduras graves en las manos. Han llevado a una enfermera y han telegrafiado a la señorita West. El obispo fue muy bueno con Regie y le dio esa manta de piel.

Ambos miraron la espléndida manta de zorro ártico que había en el sofá.

—Me temo —dijo la señora Gresley al cabo de una pausa— que Hester sí fue corriendo todo el camino hasta Southminster, como dijo el obispo. Abel me ha dicho que el cochero del obispo le contó que llegó a última hora de la noche al palacio episcopal y que estaba cubierta de nieve cuando el criado la hizo pasar.

—Querida mía, pensaba que eras lo bastante sensata para no atender a las habladurías de los criados —reprendió el señor Gresley con impaciencia—. Tu propio sentido común te indicará que Hester jamás realizó ese viaje a pie. Le dije lo mismo al doctor Brown, pero perdió los nervios. Resulta curioso lo paciente que es en la sala de consulta y lo furioso que puede llegar a ponerse cuando está fuera. Se enfadó mucho conmigo, además, porque cuando le mencionó al obispo en mi

presencia que estaba administrando morfina a Hester, le dije que me oponía firmemente a que la drogara y, cuando le repetí que la morfina era una droga extremadamente peligrosa con efectos peores que los de una intoxicación etílica..., en realidad, que la morfina era una forma de intoxicación etílica, levantó sin dudarle el puño, lo puso ante mi rostro delante del obispo y dijo que yo no le iba a enseñar cómo desempeñar su oficio.

»El obispo me sacó de la habitación y me llevó a su despacho. Allí estaba Dick Vernon, al menos estaba arrastrándose a cuatro patas con Regie a su espalda. Creo que debe de estar enamorado de Hester, por lo interesadamente que preguntó si se había producido algún cambio. No me habló, fingió no conocerme. Supongo que el obispo le habrá hablado del porche y temía que yo me abalanzara sobre él para reclamarle la reparación porque lo había estropeado él. El obispo los hizo salir y dijo que quería tener una conversación conmigo. El propio obispo fue la única persona amable.

Hubo una larga pausa. La señora Gresley apoyó su suave mejilla contra la de su marido y puso con aire protector su mano pequeña sobre la de él, más grande. No fue nada raro que el domingo siguiente el señor Gresley dijera cosas tan hermosas acerca de que las mujeres eran las almohadas sobre las que descansaban los exhaustos atletas masculinos.

—Habló de ti con mucha amabilidad —prosiguió finalmente el señor Gresley—. Dijo que apreciaba tu bondad al dejar ir a Regie allí después de lo que había sucedido y tu oferta de acudir a cuidar tú misma de Hester. Y después habló de *mi*. Y dijo que sabía lo entregado que yo estaba a mi trabajo y que todo lo que yo hacía por la Iglesia era una auténtica labor de entrega y que mi corazón estaba depositado en mi trabajo.

—Es muy cierto. Así es —añadió la señora Gresley.

—Jamás pensé que me entendería tan bien. Y luego dijo que sabía que yo debía de estar terriblemente preocupado por mi hermana, pero que, en lo que se refería al dinero (yo le ofrecí pagar a una enfermera), debía eliminar de mi mente toda esa angustia. Él asumiría toda la responsabilidad de la enfermedad. Dijo que tenía un pequeño fondo dispuesto para este tipo de emergencias y que no podía gastarlo de mejor modo que en Hester, a quien quería como a su propia hija. Y después se puso a hablar de Hester. No recuerdo todo lo que dijo cuando terminó de ocuparse de ella, pero habló como si fuera una persona absolutamente fuera de lo común.

—Él siempre le ha consentido todo —señaló la señora Gresley.

—Se fue por las ramas contando un embrollo sobre ella y su talento, y lo vanidosos que él y yo nos pondríamos si aparecieran sobre nosotros en *The Spectator* artículos destacados como los que aparecieron sobre ella. No sabía que hubiera aparecido nada semejante, pero dijo que todo el mundo lo sabía. Y después siguió, más despacio, diciendo que Hester sufría una alucinación como consecuencia de la tensión nerviosa, sin fundamento, sin duda, y que pensaba que había causado la muerte de Regie y que su libro había sido destruido. Dijo: «Es esta idea la que se apoderó por completo de ella al principio, pero se le ha borrado de la mente por ahora con la angustia por Regie, que le ha causado la enfermedad». Y después me miró. Parecía bastante débil. Se agarró a una silla. Creo que su salud se está viniendo abajo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije la verdad, que no era ninguna alucinación, sino un hecho, que por mucho que lamentara decirlo, Hester había escrito un libro soez e inmoral y que me pareció que era mi obligación quemarlo, y que había sido una obligación muy dolorosa. Dije que él habría hecho lo mismo si lo hubiera leído.

—Me alegro de que se lo dijeras.

—Bueno, la parte embarazosa fue que dijo que lo había leído de cabo a rabo y que lo consideraba el libro más exquisito que se hubiera escrito en estos tiempos. Y después empezó a caminar de un lado a otro de la habitación, bastante alterado, y a decir que no podía comprender cómo me había arrogado semejante responsabilidad ni sobre qué fundamento me consideraba un juez de la literatura. ¡Como si me hubiera considerado yo un juez en algún momento! Pero sí distingo lo correcto de lo incorrecto. Nos llevamos bien hasta ese momento, sobre todo cuando habló con tanta cordialidad de ti y de mí, pero enseguida convirtió en un asunto personal el libro de Hester, enfrentó su opinión contra la mía, pues no dejaba de repetir una y otra vez que era un libro magnífico, y sus modales cambiaron. Trató de hablar con amabilidad, pero yo veía todo el tiempo que mi mala opinión del libro cuando él pensaba que era bueno le irritaba y le hacía sentirse enojado conmigo. Lo cierto es que no puede soportar que nadie piense de manera distinta que él.

—Siempre ha sido así —corroboró la consoladora.

—Le dije que entonces suponía que consideraría adecuado desprestigiar al clero y llegar a hacerlo caer en el ridículo. Y él respondió: «Ciertamente no, pero veo en qué se puede aplicar ese comentario a algo de lo que aparece en el libro de Hester». Dijo: «Si nos ha reflejado ahí sin ningún sesgo favorable, es precisamente porque así es como les parecemos a tres cuartas partes de la gente corriente. No nos hará ningún daño vernos por una vez como nos ven los demás. En estos tiempos hay una crítica cada vez más adversa contra nosotros en la mentalidad de muchos hombres, para quienes los ligeros reproches de su hermana no son nada. Nos lo hemos ganado a pulso, no tanto por nuestra conducta, que creo que está, por lo general, por encima de cualquier reproche, ni por ninguna falta de fervor, sino por nuestra ignorancia de la vocación; por nuestra incapacidad de “convertir la verdad en vida”, el secreto capital de nuestra profesión, como me dijeron en una ocasión cuando estudiaba en el seminario. Por mi parte, creo que la Iglesia recuperará su prestigio y su presencia en el corazón de la nación, pero que lo consiga se deberá sobre todo a un nuevo elemento en la mentalidad de los clérigos, a una conciencia más clara no de cuáles son nuestras responsabilidades (esa la tenemos), sino de la educación, de la búsqueda personal de la verdad y del conocimiento de la naturaleza humana, que son necesarios para poder llegar a ellos». Siguió hablando de eso bastante rato. Creo que se está volviendo muy parlanchín. Pero no discutí con él. Le dejé decir lo que quisiera. Yo sabía que debía obedecer a mi obispo, igual que esperaba que mis clérigos me obedecieran a mí, si es que alguna vez soy obispo. No es que espere serlo —el señor Gresley estaba agotado—, pero mientras hablaba del libro me pareció todo el rato que, aunque me ninguneó con las más nobles razones (en eso me hizo justicia) trataba de hacerme reconocer que yo había obrado mal.

—¿No le dijiste eso? —preguntó acalorada su mujercita.

—Querida mía, ¿hace falta preguntarlo? Pero sí dije al fin que consulté el asunto con el archidiácono Thursby y que él me había aconsejado enérgicamente que hiciera lo que hice. El obispo se quedó atónito. Y entonces..., parecía sin duda providencial..., ¿quién entra sino el mismísimo archidiácono Thursby? «Llega usted en un momento magnífico, pues estoy enormemente disgustado por la quema del libro de la señorita Gresley y el señor Gresley dice que usted se lo aconsejó». Y no te vas a creer lo que pasó —dijo el señor Gresley con un tono de voz ahogado—, el archidiácono lo negó de cabo a rabo allí mismo. Dijo que no sabía que Hester hubiera escrito un libro y que jamás le habían consultado ese asunto.

Las lágrimas se abrieron paso por la fuerza en los ojos del señor Gresley. Estaba agotado y alterado. Sollozó sobre el hombro de su esposa.

—¡Canalla mentiroso! —susurró la señora Gresley sobre la raya del pelo—. ¡Canalla, canalla! ¡Oh! James, ¡jamás pensé que el archidiácono pudiera llegar a comportarse de semejante modo!

—Ni yo —suspiró el señor Gresley—, pero lo hizo. Supongo que no quería ofender al obispo. Y cuando protesté ante él y le recordé lo que me aconsejó tan sólo el día anterior, dijo que era sobre una carta, no sobre un libro, como si tuviera importancia de qué se tratara. Eran los principios lo que importaban. Pero ninguno de los dos me escuchó. Dije que le ofrecí ayuda para volver a escribirlo y el obispo se enfureció por completo. Dijo que también podría tratar de reescribir a Regie si estuviera en el ataúd. Y después mencionó con indiferencia, como si se le acabara de ocurrir, que Hester lo había vendido por mil libras. Durante todo ese tiempo sabía que en realidad estaba tratando de herir mis sentimientos a pesar de sus buenos modales, pero cuando dijo *eso* sí que lo consiguió.

El señor Gresley gimoteó.

—¡Mil libras! —exclamó la señora Gresley, al tiempo que se quedaba lívida—. ¡Oh! No es posible.

—Dijo que había visto la carta del editor en la que se las ofrecía y que Hester aceptó aconsejado por él. Parecía saberlo todo acerca de sus asuntos. Cuando dijo eso, yo estaba tan alterado que no pude evitar que se me notara y él le restó bastante importancia diciendo que la pérdida monetaria era la vertiente menos grave de todo este asunto; pero, por supuesto, es la peor. Pobre Hester, ¡cuando pienso que por mi culpa ha perdido mil libras! Setenta libras al año; si se las hubiera invertido yo, y conozco unas cuantas buenas inversiones, todas absolutamente seguras, al siete por ciento... Cuando pienso en ellos, me siento muy desgraciado. No volveremos a hablar de ello. El obispo permaneció sentado con la cabeza entre las manos durante un largo rato una vez que el archidiácono se hubo marchado y, después, volvió a mostrarse bastante amable y dijo que veíamos la cuestión desde un punto de vista tan diferente que tal vez no tuviera sentido ni siquiera discutirlo. Y charlamos del Congreso de la Iglesia hasta que llegó el coche de alquiler, sólo que él parecía agotado, bastante apurado. Y prometió que lo primero que haría mañana por la mañana sería decirnos cómo está Hester. Estuvo cordial cuando nos despedimos. Creo que tenía buena intención. Pero jamás volveré a sentir lo mismo que antes por el archidiácono Thursby. Era casi mi mejor amigo entre los clérigos de por aquí. Supongo que aprenderé a tiempo a no hacerme un ideal tan alto de algunas personas, pero es verdad que tenía una altísima consideración de él hasta día de hoy.

El señor Gresley se irguió y apartó el pañuelo con determinación.

—Hay una cosa que este desgraciado día nos ha enseñado —concluyó— y es que debemos desprendernos de Fräulein. Si va a ponerse impertinente a la primera de cambio en cuanto tengamos problemas, no se puede tolerar semejante cosa. Ya no es posible que sigamos conservándola después de su comportamiento de hoy.

CAPÍTULO XLIV

Cuando dos vidas se unen, suele aflorar una cicatriz.

ROBERT BROWNING[74]

Rachel abandonó la abadía de Westhope el día siguiente al del funeral de Lord Newhaven y regresó a Londres. Y al día siguiente de aquello, Hugh acudió a verla, le propuso matrimonio y fue aceptado.

Hugh había repasado mentalmente un centenar de veces todo lo que debía decirle en esa ocasión. Si hubiera dicho todo lo que estaba completamente decidido a decir, es poco creíble que alguna mujer, por buena disposición que tuviera hacia él, hubiera aceptado a un pretendiente tan tedioso. Pero lo que dijo, en un tono de voz ronco inaudible, fue: «Rachel, ¿quieres casarte conmigo?». Lo preguntó mirando tan atentamente a un bosquecillo de jacintos romanos que tal vez los jacintos oyeran lo que dijo; en todo caso, ella no lo oyó. Pero, por su larga experiencia, supuso que le estaba pidiendo matrimonio y dijo «sí» de inmediato.

No se había propuesto decirlo; al menos, no al principio. Decidió que sería correcto informarle de que era catorce meses mayor que él (le buscó en la genealogía de Burke, donde ella no aparecía); de que era «lo bastante mayor para ser su madre»; y también de que tenía un temperamento demasiado frío, vengativo e imprevisible para hacer feliz a un hombre, así como de otros odiosos rasgos de su carácter que jamás había soñado que confesaría a ningún miembro del ejército de sus amantes anteriores.

Pero la única palabra que tuvo aliento para decir cuando llegó el momento fue «sí».

Rachel sintió un escalofrío y vaciló al borde de un nuevo amor suficientemente prolongado. Su angustia por Hugh había socavado sin querer su resistencia. Su confesión le otorgó de inmediato la confianza en él que tanto había deseado. No es la perfección lo que buscamos en nuestros congéneres, sino algo en apariencia más inusual, una relación sencilla.

¡Cómo se alzan ante nosotros... los suaves rostros de reproche de aquellos a quienes podríamos haber amado con devoción si hubieran estado dispuestos a ser francos con nosotros!; a quienes hemos perdido no por nuestra voluntad, sino por esa parálisis del sentimiento que gradualmente invade el corazón ante el descubrimiento de pequeñas insinceridades. La sinceridad parece nuestra única garantía contra la pérdida de quienes nos aman, el único cáliz ante el que quienes vale la pena mantener se preocuparán de jurarnos lealtad cuando la juventud haya pasado.

Rachel no era por naturaleza *de celles qui se jettent dans l'amour comme dans un précipice*. [75] Pero cerró los ojos, encomendó su alma a Dios y se arrojó. Ya había descendido una vez, con

ayuda, y no iba a volver a hacerlo. Encontrarse viva de nuevo al pie del precipicio fue una sorpresa para ella, pero una sorpresa que quedó olvidada enseguida ante el asombro continuo de que Hugh la amara con tanto fervor como era evidente que lo hacía.

Las mujeres habrían compartido ese asombro, pero no los hombres. En los ojos fieles y leales de Rachel había un hogar preparado que atraía el deseo de expansión del imperio del corazón de un británico nacido libre.

Hasta hacía muy poco, Hugh consideraba que las mujeres estaban asociadas a la ladera descendente de la vida. Habría negado con energía semejante opinión si le hubiera sido atribuida; aun así, era la nota dominante de su conducta hacia ellas, su opinión sobre ellas que concordaba con su cinismo corriente y el resto de su concepción diletante de la vida. Ahora descubría que la mujer estaba hecha de algo más que la costilla sobrante del hombre.

Es probable que, si jamás hubiera estado enamorado de Lady Newhaven, Hugh jamás hubiera amado a Rachel. La habría contemplado, como muchos hombres hacían, con la mirada puesta en el matrimonio, y seguramente la habría descartado de sus pensamientos por vulgar. Ahora sabía más. Era Lady Newhaven la que era vulgar. Hugh iba perdiendo su mundanalidad día a día a medida que iba conociendo mejor a Rachel.

¿Dónde estaba su cinismo, ahora que ella le amaba?

Su amor por ella, humilde, triunfante, tímido, apasionado, impaciente a veces, ahora exigente, luego desinteresado... le poseía por completo. Una vez recordó con asombro que estaba formando una pareja magnífica. Jamás había pensado en ello, como Rachel sabía, como ella sabía muy bien.

Diciembre llegó con su crudeza y su oscuridad. La nieve hizo lo que mejor sabía hacer dejando un día tras otro su velo sobre las calles lúgubres. Pero era malinterpretada. Se abandonaba en turbios montones. Se fundía y, después, se congelaba, y luego volvía a fundirse. Y Londres gemía y tiritaba con su asalto diario.

Hugh iba a verla todas las tardes y cada mañana Rachel volvía radiantes sus habitaciones con las flores de él. La floristería de la esquina enviaba sus diminutos árboles de lilas blancas y dulces familias unidas de jacintos y tulipanes. Todavía no había llegado la época de las azaleas. Y en una ocasión él envió un ramo de narcisos. Sabía bien cómo los había obtenido.

Sus amables rostros silvestres miraban a Rachel y ella caía desmayada y mareada, sosteniéndolos en sus manos débiles. Si un narciso sabe algo, todos los narcisos acaban sabiéndolo hasta la tercera o la cuarta generación.

—¿Dónde está? —decían—. ¿Ese hombre a quien amaste? Nosotros estábamos allí cuando te habló. Os vimos juntos en la ventana de la buhardilla. Nunca hablamos, pero oímos, recordamos. Y, después, tú lloraste de alegría por la noche. Nunca hablamos. Pero oímos. Recordamos.

En la pequeña habitación de la planta baja, la secretaria de Rachel vio interrumpida su tarea cuando llamaron a la puerta. Rachel entró cargada con las flores. Su esplendor invadió la habitación gris.

—¿Te importaría quedártelas? —preguntó sonriente, mientras las dejaba a su lado—. ¿Y te importaría escribir unas líneas a Jones diciéndole que no me vuelva a enviar narcisos? Es una flor que me desagrada particularmente.

—¿Rachel?

—¡Hugh!

—¿No crees que sería mejor que nos casáramos de inmediato?

—¿Mejor que qué?

—Bueno, no sé; mejor que romper el compromiso.

—Ahora no puedes romperlo. No soy una persona con la que se pueda jugar. Has llegado demasiado lejos.

—Si me prestaras la mitad de tu atención, comprenderías que sólo estoy manifestando el deseo de ir un poco más lejos, pero desde que nos hemos comprometido te has vuelto tan frívola que apenas te reconozco.

—Me adapto a mi acompañante.

—¿Vas a hablarme de esa forma tan superficial cuando estemos casados? A veces tengo miedo, Rachel, no me contemplas con el suficiente respeto. Preveo que tendré que ser muy firme cuando estemos casados. ¿Cuándo puedo empezar a ser firme?

—¿Tan malos son estos días, Hugh?

—Soy como Oliver Twist —dijo—. Quiero más.

Una tarde, estaban sentados ante la chimenea en silencio. Solían sentarse juntos en silencio.

—Una mujer sabia me dio un consejo en una ocasión —observó por fin Rachel—: si me casara, jamás debía hablar a mi esposo de ningún amor anterior. Me dijo:

Que crea siempre que él fue el primero.

Que jamás irrumpió
en aquel mar callado.[76]

Creo que fue un buen consejo, pero me parece que tengo un inconveniente: seguirlo tal vez suponga contar una mentira. En mi caso, lo sería.

Silencio.

—Sé que se supone que una mentira y un hábil llamamiento a la vanidad del hombre son las armas declaradas de una mujer. Esa misma mujer me dijo que tal vez descubriera que me había equivocado en muchas cosas en este mundo, pero que jamás me equivocaría dando por sentada la vanidad del hombre. Dijo que era un junco que jamás me pincharía la mano. Yo no creo que tú seas vanidoso, Hugh.

—¿Que no soy vanidoso! Pues soy tan presuntuoso desde que sé que te vas a casar conmigo que miro por encima del hombro a todos los demás. Sólo estoy deseando contárselo. ¿Cuándo puedo contárselo a mi madre, Rachel? Va a venir a Londres esta semana.

—Tienes la perseverancia de una mosca. Siempre regresas al mismo punto. Estoy empezando a aburrirme bastante de tu matrimonio. No puedes hablar de otra cosa.

—No puedo pensar en otra cosa.

Atrajo la mejilla de Rachel hacia la suya. Hugh era una criatura obsequiosa.

—Ni yo —susurró ella.

Y eso fue todo lo que Rachel dijo en toda su vida de todo lo que pretendía decir acerca del señor Tristram.

Neblina amarilla. Formaba cercos en torno a la lamparilla eléctrica matizada junto a la que Rachel estaba leyendo. El fuego ardía con un color ámbar y desdibujado. Hasta su vestido rojo

parecía borroso. Entró Hugh.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó mientras se sentaba a su lado.

No quería saberlo, pero si uno está leyendo un libro sobre el regazo de otra persona, no se puede estar muy apartado y al margen. Él miró con fingido interés la página abierta, inclinándose un poco, pues de vez en cuando no veía bien... o al menos ahora.

Rachel aprovechó la oportunidad para mirarle. No se puede mirar realmente a una persona cuando te está mirando. Hugh era muy guapo, sobre todo de perfil, y él lo sabía, pero no estaba seguro de si Rachel lo pensaba.

Hugh leyó mecánicamente:

Retira tu promesa.

*Para otro lugar preparaste y enseñaste a arder a esas velas;
ahora me las traes a mí gastadas y tenues.*

*Las encendiste para otro santuario
y ahora me las ofreces parpadeantes y frías,
retira tu promesa.*^[77]

Una sombra se cernió sobre la mente de Hugh. Rachel la vio caer.

—No pensarás eso de mí, Rachel —dijo señalando los versos.

Era la primera vez que aludía a esa dubitativa confesión que había quedado marcada en la mente de ambos.

Levantó la vista para mirarla y ella mantuvo la mirada un instante para asomarse a su alma con sus ojos claros.

—Jamás pensé eso de ti —farfulló con dificultad—. Soy tan tonta que creo que las velas están encendidas ahora por primera vez. Soy tan tonta que creo que me amas casi tanto como yo te amo a ti.

—Es un sueño —dijo Hugh apasionadamente, y se arrodilló para ocultar su rostro blanco entre sus rodillas—. Es un sueño. Despertaré y descubriré que nunca me quisiste.

Ella permaneció sentada un momento, anonadada por la violencia de las emociones de Hugh, que le agitaban de la cabeza a los pies. Después, lo tomó entre sus brazos temblorosos y estrechó la cabeza de él contra su pecho.

Rachel sintió las lágrimas de él a través del vestido.

—El pasado nunca se interpondrá entre nosotros —prometió Rachel, al fin, con la voz entrecortada—. Yo también he llorado por eso, Hugh, pero lo he apartado de mi mente. Cuando me lo contaste, sabiendo que te arriesgabas a perderme por contármelo, confié en ti por completo. Hasta ese momento no confiaba del todo. No sé decir por qué, salvo que tal vez me había vuelto desconfiada porque me engañaron en una ocasión. Pero ahora confío porque te abriste a mí. Creo, Hugh, que tú y yo podemos atrevernos a ser sinceros el uno con el otro. Tú lo has sido conmigo y yo también lo seré contigo. Yo sabía *eso* mucho antes de que me lo contaras. La pobre Lady Newhaven me lo confesó el verano pasado. Ella necesitaba contárselo a alguien. Creo que debes saber que lo sé. Y, bueno, Hugh, estaba al tanto también del sorteo.

Hugh se estremeció de bochorno, pero no se movió.

¿Habría reconocido Rachel aquel rostro ceniciento y convulso si él lo hubiera levantado?

—Lady Newhaven escuchó a través de la puerta cuando extraíais las cerillas y me lo contó. Pero nunca supimos quién había sacado la más corta hasta que Lord Newhaven murió en la vía del tren. Sólo ella, tú y yo sabemos que no fue un accidente. Sé lo que debes de haber sufrido todo el verano sintiendo que tú también le habías arrebatado la vida. Pero debes recordar que fue cosa suya y se trató de una elección igualada. Tú corrías el mismo riesgo. Su sangre sobre su cabeza. Pero, oh, cariño, ¡cuando imagino que podrías haber sido tú...!

Hugh pensó después que si los brazos de ella no hubieran estado rodeándole, si hubiera estado a una pequeña distancia de ella, podría haberle contado la verdad. Se la debía, a esta mujer que era el alma misma de la verdad. Pero si ella se hubiese apartado un poco de él, aunque fuera cariñosamente, en el momento en que su ternura había derrotado por primera vez su natural reserva..., si ella se hubiese apartado entonces, él no habría podido soportarlo. Profundamente arrepentido tras la muerte de Lord Newhaven, había jurado que desde ese día en adelante jamás volvería a desviarse de la senda de la verdad y el honor, por difícil que pudiera revelarse. Pero ese espantoso momento se había abalanzado sobre él de improviso. Se retiró como por instinto, atribulado y desconcertado, como de un abismo abierto de súbito entre las flores, a un paso de él. Estaba demasiado estupefacto para pensar. Cuando se recobró, estaban de pie sobre la alfombra de la chimenea y ella estaba diciendo..., no sabía lo que estaba diciendo, pues no dejaba de repetirse una y otra vez: «El momento ya ha pasado. El momento ya ha pasado».

Finalmente, las palabras de Rachel le transmitieron algún significado.

—Nunca más volveremos a hablar de esto, amigo mío —dijo—, pero ahora que ya no puede causar ningún daño, me pareció correcto decirte que lo sabía.

—No debí haber participado nunca en el sorteo —se lamentó Hugh sin voz apenas.

—No —añadió Rachel—. Él era culpable de reclamar semejante cosa. Fue inhumano. Pero una vez hecho el sorteo, tenía que atenerse a él, como habrías hecho tú si hubieras extraído la cerilla más corta.

Rachel le miraba muy seria, como quien mira a alguien que regresara de la tumba.

—Sí —convino Hugh, que tenía la sensación de que Rachel esperaba que dijera algo—. Si la hubiera extraído yo, habría tenido que atenerme a ello.

—Doy gracias a Dios continuamente por que tú no la extrajeras. Le brindaste la reparación que pedía. Si se volvió contra él, no fue culpa tuya. Obraste mal y te has arrepentido. Has sufrido, Hugh. Lo sé por tu rostro. Y tal vez yo haya sufrido también, pero ya ha pasado. Cerraremos la puerta al pasado y pensaremos en el futuro. Prométeme que nunca volverás a hablar de esto.

—Te lo prometo —asintió Hugh de forma automática.

«El momento de hablar ha pasado», se dijo.

¿Había estado presente alguna vez?

CAPÍTULO XLV

Dieu n'oublie personne. Il visite tout le monde.

VINET[78]

Hugh no durmió esa noche.

Se había escapado por muy poco. Se estremecía con sólo pensarlo. Nunca se le habría ocurrido que fuera posible que Rachel y Lady Newhaven tuvieran conocimiento del sorteo. Ahora que había descubierto que lo sabían, ciertos pequeños incidentes, en los que no reparó en su momento, regresaron para agolparse en su memoria. Esa era la razón por la que Lady Newhaven le había escrito tan incesantemente aquellas cartas que él quemaba sin leer. Esa era la razón por la que había hecho la desesperada tentativa de verle en el salón de fumar de Wilderleigh tras el accidente de barca. Ella quería saber quién había extraído la cerilla más corta. Eso explicaba la misteriosa tensión que Hugh detectó en Rachel durante los últimos días en Londres, antes..., antes de que se cumpliera el plazo. Ahora lo entendía. Y, por supuesto, ellas supusieron sin pensarlo que Lord Newhaven se había suicidado. No podían imaginar otra cosa. Estaban esperando a que uno de los dos hombres lo hiciera.

«Si Lord Newhaven no se hubiera mareado y no hubiera caído a la vía, si no hubiera muerto por un accidente cuando murió —se dijo—, ¿dónde estaría yo ahora?».

No había respuesta para esa pregunta.

¿Para qué servía formularla? Él *estaba* muerto. Y, por fortuna, las dos mujeres creían firmemente que se había suicidado. Hugh creía con la misma firmeza que la muerte fue un accidente.

Pero no podía considerarse obligación suya sacarlas del error, airear de nuevo toda la horrenda historia.

Por una extraordinaria, por una milagrosa casualidad él se había salvado, por así decir, una segunda vez. No podía hacer ningún bien aludir al fatídico asunto. Además, había prometido a Rachel no volver a hablar de ello nunca más.

Gimió y ocultó la cara entre las manos.

—Oh, menudo cobarde y desalmado estoy hecho —balbució—. ¿Es que ni siquiera puedo ser honrado conmigo mismo? Hoy le he mentado. Jamás pensé que podría haber dicho una mentira a Rachel, pero lo hice. No puedo vivir sin ella. Debo tenerla. Preferiría morir antes que perderla ahora. Y la habría perdido si le hubiera dicho la verdad. Eso me parecía. No soy digno. Fue mal día para ella cuando tomó mi deslustrada vida entre sus manos blancas. Debí haberme aplastado

bajo sus pies al pasar. Pero ella me ama y nunca más volveré a engañarla. Sí, me ama y, con la ayuda de Dios, la haré feliz.

A Hugh le pesaba la tensión del conflicto: el viejo, viejísimo conflicto de la semilla con la tierra, del alma con el amor. ¿Cuántas pequeñas fibras y raíces extingue la semilla, no sin dolor, no sin un paulatino desgarramiento de su ser, no sin una muerte de sí misma para alcanzar una vida superior, impulsada por una necesidad no reconocida en su seno? El amor ajustaba cuentas con el alma de Hugh como la tierra las ajusta con la semilla... y él sufría.

La tarde siguiente era un hombre que no parecía un amante aceptado presentándose ante la puerta de Rachel.

Pero Rachel no estaba. Su secretaria entregó a Hugh una nota que había dejado para él, en la que le decía que Hester había enfermado de repente y que habían venido a buscarla para que acudiera a Southminster. La nota terminaba diciendo: «Los primeros días tranquilos han pasado. Ahora puedes contárselo a tu madre y publicar nuestro compromiso en *The Morning Post*».

Hugh estaba atónito por la desesperanza que le abrumaba ante la mera idea de no ver a Rachel aquel día ni tampoco el siguiente. No podía soportarlo. No tenía ningún derecho a hacerle sufrir así. Día tras día, cuando una determinada fiebre nerviosa se apoderaba de él, supo, como sabe cualquier comedor de opio, que a determinada hora volvería a estar sereno y cuerdo otra vez. Estar en la misma habitación que Rachel, oír su voz, dejar que sus ojos se detuvieran en ella, apoyar la frente un instante contra la mano de ella... era ingresar, como ingresamos en los sueños, en un mundo de gozo y confort, y en una paz infinita, ilimitada, omnipresente.

Y ahora quedaba sin ella, abandonado de improviso, temblando en un mundo inhóspito. Con ella era él mismo, era un yo liberado, libre, que crecía día a día, cada vez más, lejos de todo lo que había sido antes. Sin ella tenía la sensación de que no era nada más que un animal salvaje herido.

Trató de reírse de sí mismo mientras se alejaba caminando despacio de la casa de Rachel. Se decía que él era absurdo, que una ausencia de unos cuantos días no significaba nada. Volvió sus pasos mecánicamente en dirección al domicilio de su madre. En cualquier caso, se lo contaría. Le hablaría de esta cruel mujer. La agudeza quedó aliviada momentáneamente por el doloroso gozo de su madre. Sin saber cómo, se arrancó de sí mismo mientras ella vertía las lágrimas de amor celoso que todas las madres deben llorar cuando viene la mujer que se lleva a su hijo.

—Estoy muy contenta —no dejaba de repetir—. Son lágrimas de alegría, Hughie. Puedo perdonarle por aceptarte, pero jamás le habría perdonado que te hubiera rechazado, que hubiera hecho desgraciado a mi niño. Y has sido desgraciado últimamente. Lo llevaba viendo mucho tiempo. Supongo que era la proximidad de todo esto.

Dijo que así era. Los recuerdos de otras causas de irritación y mal humor se habían esfumado por completo de su mente.

Se quedó mucho rato con su madre, que insistió en que esperara hasta que regresara su hermana, que estaba de compras. Pero su hermana se retrasó mucho fuera y, finalmente, al regresar el dolor por la ausencia de Rachel, se marchó de súbito prometiendo volver por la tarde.

No volvió a sus habitaciones. Deambuló sin rumbo por las calles, donde oscurecía, impaciente por el lento paso de las horas. Al final, apareció en el dique. Frío, glacial, el sol se ponía en un mundo gris de niebla en el cielo, bruma en el río y un puente y un chapitel fantasmagóricos. Una convulsa senda de llamas pálidas atravesó la grisura del río escondido hasta toparse con él.

Permaneció largo rato mirándola. La caída del sol acariciaba y se retiraba, acariciaba y se

retiraba punto por punto del pequeño mundo abarrotado que iba abandonando.

«Pobre madre mía —se dijo—. Pobre, cariñosa y adorable alma a quien casi entierro de pena. Nunca sabrá por lo poco que se ha salvado. Podría haber pensado más en ella. Podría haberla hecho más feliz, viendo que su felicidad se envuelve de la mía. Le compensaré por ello. En el futuro seré mejor hijo con ella. Rachel y yo juntos haremos que sus últimos años sean felices. Rachel y yo juntos», se repetía Hugh una y otra vez.

Y entonces, de repente, recordó que, aunque Rachel se hubiera marchado, él podría escribirle y... podría buscar los trenes con destino a Southminster. Se abalanzó sobre un cabriolé y regresó a sus habitaciones a toda prisa.

El portero le recibió con una actitud misteriosa en la entrada. Una señora esperaba verle. La señora dijo que era su hermana. Llevaba esperándolo dos horas. Ahora estaba en sus habitaciones.

Hugh se rio y subió corriendo por la ancha escalera común. Su hermana se habría enterado de la noticia por su madre y habría corrido para verle de inmediato.

Cuando se detuvo un poco para introducir el llavín de su cadena en la cerradura, un hombre, que bajaba la escalera buscando en los bolsillos, se detuvo profiriendo una exclamación repentina. Era el capitán Pratt, pálido, sonriente, con el pelo recién engominado, resplandeciente en su magnífico abrigo de piel.

—¡Qué suerte! —dijo—. Es... Scarlett, creo. Nos conocimos en Wilderleigh. ¿No llevará usted encima una cerilla?

Hugh buscó en los bolsillos. No tenía ninguna.

—No importa —dijo mientras abría la puerta—. Tengo muchas dentro. Pase.

Hugh entró primero, después de sacar la llave. El capitán Pratt le siguió, entre murmullos:

—Bonita guarida, la suya. Un amigo mío vive justo arriba, Streatham. Usted conoce a Streatham, hijo de Lord...

El resto de la frase se perdió.

La puerta se abrió para dar paso directamente al salón.

Una mujer enlutada se levantó entonces de una silla que había junto al fuego y se acercó a ellos.

—¡Hughie! —exclamó.

Era Lady Newhaven.

Es probable que ninguno de los *tableaux* que ella había compuesto fuera tan dramático como este, en el que no se daba cuenta de la elegante figura de la entrada.

La opinión que tenía el capitán Pratt de Hugh, a quien hasta entonces había considerado un indigente con una propiedad comprometida, saltó de templada a de sangre caliente en el calor estival. Tras los primeros instantes, mantuvo la mirada fija en Hugh.

—Yo..., eeh, gracias, Scarlett. He encontrado mis cerillas. Mil gracias. Buenas noches.

—Lady Newhaven —dijo—, es imperdonable lo que ha hecho el portero. Estas son mis habitaciones, en las que le ha introducido por error; no son las del señor Streatham, su sobrino. Él vive justo arriba. Creo —añadió dirigiéndose al capitán Pratt— que Streatham está fuera de la ciudad.

—Está fuera de la ciudad —confirmó el capitán Pratt mirando a Hugh con serena admiración.

«Admirable —se dijo—, un caballero de los pies a la cabeza».

—No es la primera vez que envían aquí a las visitas de Streatham. Habría que despedir a este

portero. Confío en que perdonará mi cuota de responsabilidad en la molestia que le ha causado. ¿Tiene su carruaje esperándole?

—No —respondió despreocupada Lady Newhaven, alejada por completo de las frases que tenía preparadas para la escena por la repentina intrusión de un cuerpo extraño.

—Tengo abajo mi cabriolé —intervino el capitán Pratt con deferencia, ahora que la situación estaba, por así decir, adornada, atreviéndose a volver sus discretos ojos de ágata hacia Lady Newhaven—. Si pudiera serle de alguna utilidad, yo preferiría caminar.

Ahora que la miraba, la vio sin sentimentalismos. Era una mujer hermosa.

La calma de Lady Newhaven había regresado en la medida suficiente para que ella misma recogiera su capa.

—Gracias —contestó dejando que el capitán Pratt le ayudara a ponérsela—. Me complacerá hacer uso de su cabriolé si está usted seguro de que puede prescindir de él. Estoy anonadada por haber tomado posesión de sus habitaciones —se disculpó dirigiéndose a Hugh—; escribiré a Georgie Streatham esta noche. Estoy residiendo con mi madre y me pasé por aquí para pedirle que llevara a mis niños a la comedia navideña, ya que no puedo llevarlos yo... tan pronto aún —añadió con una mirada a su atuendo de luto—. No hace falta que baje, señor Scarlett. Ya le he causado bastantes problemas.

El capitán Pratt le ofreció el brazo flexionado. La condujo con sus mejores modales al pie de la escalera y le ayudó a entrar en el cabriolé. La conducta de él no era tan empalagosa como la de su padre, sino sólo un poco pegajosa. Lady Newhaven se estremeció sin querer cuando le agarró el brazo.

Hugh los acompañó.

—Espero que ambos vengán a ver a mi madre —dijo en una tentativa de ser cortés—. Ya conoce a Lady Trentham, creo. —Se dirigía al capitán Pratt.

—Muy poco. No. ¡Encantado! —murmuró el capitán Pratt mientras cerraba las puertas del cabriolé con actitud de intimidad—. Y si puedo serle de alguna utilidad en cualquier momento llevando a sus chicos al teatro..., eeh..., no será más que un placer. ¡Baje el cristal, Richards!

Traqueteando con su espléndido caballo zaino, partió el cabriolé.

El capitán Pratt se despidió con un gesto de Hugh, que todavía estaba esperando en la escalera, y se alejó para comprar una caja de cerillas a un niño que mendigaba por allí. Después, se subió el cuello de piel del abrigo y emprendió sin prisa su camino.

«Últimamente ambos se han mantenido distantes— se dijo—, pero en el futuro tendrán que guardar las formas. Me pregunto si él le obligará a mantener el título. Una maldita torpeza para ambos, de todos modos, tan sólo un mes después de la muerte de Newhaven. Ojalá esa especie de *contretemps* me sucediera a mí cuando llego a casa con un montón de amigos. Abrir la puerta y encontrarte así a alguien es lo único que quiero para tener un buen comienzo, y progresaría tan bien como cualquiera. Digan lo que digan Selina y Ada, la aristocracia aguarda toda junta. El dinero no lo compra todo, como cree el gobernador. Pero una vez que estás entre ellos, ya estás con ellos.

Hugh regresó a su habitación y se encerró. Era un hombre frágil, estaba muy nervioso y no había dormido la noche anterior. Se derrumbó en una silla y permaneció un largo rato con la cabeza entre las manos.

Era demasiado horrible que esta mujer regresara a él de repente como el fantasma de alguien a

quien él hubiera asesinado. Bajo el avasallador amor que sentía por Rachel había olvidado por completo su encaprichamiento pasajero de ella. Sus intrigas con Lady Newhaven parecían tan lejanas que habían quedado relegadas al mismo estante imaginario de su mente que el mordisquito que dio a unas determinadas galletas de jengibre prohibidas cuando regresó a su casa para pasar las primeras vacaciones escolares. No se le podía hacer responsable de ninguna de las ofensas tras este inmenso intervalo de tiempo. No era él quien las había cometido, sino aquel otro yo embrionario suyo, aquel envoltorio de carne y sentido que estaba empezando a detestar, a través del cual había pasado antes de alcanzarse a sí mismo, a Hugh, el hombre auténtico, el hombre que amaba a Rachel y a quien Rachel amaba.

No se amilanó cuando se topó con Lady Newhaven. Al verla, se le disparó una pasión repentina de ira que le envolvió de la cabeza a los pies como en una llama. Su amor por Rachel era un arma y la utilizó. No se preocupó demasiado por su buen nombre, pero el buen nombre del hombre a quien Rachel amaba sí era algo por lo que luchar. Era por el bien de ella, no por el de Lady Newhaven, por lo que urdió la historia de la equivocación de habitaciones. No habría tenido la presencia de ánimo suficiente si Rachel no se hubiera visto afectada.

No había terminado con Lady Newhaven. Todavía tendría problemas con ella, escenas abominables en las que el cadáver de su lujuria muerta aparecería arrastrado desde su tumba cubierta de ortigas, una imagen estremecedora.

Podría soportarlo. Debía soportarlo. Nada le induciría a casarse con Lady Newhaven, como ella, a todas luces, esperaba. Apretó los dientes. «Lo sabrá pasado mañana —se dijo—, cuando vea en los periódicos mi compromiso con Rachel. Entonces se las arreglaré para sobornarme y convertirá mi vida en un infierno, mientras pueda. E intentará interponerse entre Rachel y yo. Me lo merezco. Me merezco cualquier cosa que me suceda. Pero Rachel lo sabe y se aferrará a mí. Iré a verla mañana. No puedo seguir sin verla. Y no le importará, pues el compromiso se hará público el día siguiente».

Recuperó algo más la compostura al pensar en Rachel. Pero enseguida volvieron a fruncírsele los labios. Al final todo saldrá bien. Pero ¡oh! ¡No haberlo hecho! ¡No haberlo hecho! Haber llegado a este matrimonio con un pasado más limpio, no necesitar su perdón en el umbral mismo de su vida juntos, no haberle sido infiel antes de conocerla.

¿Qué hombre que en su juventud ha descreído de la santidad del Amor y después se ha arrodillado ante su Sanctasanctorum se ha librado alguna vez de esa punzada de dolor?

CAPÍTULO XLVI

No existe ni honradez ni valor ni buen compañerismo en ti.

SHAKESPEARE[79]

—¡Mi mente ha obrado de forma sospechosa, Dick! —confesó el obispo, un par de días después, cuando Dick fue a verle a >él, a su hermana y a Rachel para almorzar en el palacio episcopal—. Estoy convencido de que te has prestado a alguna travesura.

—Acabo de regresar de Warpington, señor. Entendí que su deseo era que yo me pasara por allí y les dijera que Hester se encontraba mejor.

—Ciertamente, era mi deseo. Te estoy muy agradecido. Pero, cuando te fuiste, recordé que te negaste a hablar con Gresley cuando él estuvo aquí y lamenté haberte enviado.

—Le hablé sin ningún problema —dijo Dick con aire sombrío—. Esa es la razón por la que mostré tan buena disposición para ir.

El obispo le miró fijamente.

—Hasta que no seas mi obispo sufragáneo, preferiría gestionar yo mismo mis asuntos con mis clérigos.

—No puede ser de otra forma —confirmó Dick sirviéndose mostaza—. Pero ya sabe que soy su primo y consideré adecuado informarle con calma y sin apasionamiento de lo que pensaba de él. Así que le dije que no era en exceso exigente con mis parientes. Que conocí montones de huevos podridos en Australia, la mitad de ellos nacidos en Inglaterra, tipos a los que el gobierno había enviado allí gratis después de afeitarles la cabeza y bañarlos; de hecho, una lista muy larga, pero que marcaba el límite en canallas como él, y que recordara que no iba a volver a predicar por él en ninguna de sus curas con agua fría —en la boca torcida de Dick planeó una sonrisa—, ni siquiera a prestarle atención nunca más en el futuro. Eso es lo que él ha querido, señor. Usted fue demasiado blando con él, si me permite que se lo diga. Pero esa clase de tipos quiere que se les atice fuerte y duro. No entienden otra cosa. Se cree muy superior porque burbujea entre su feligresía de bolsillo, que piensa que es una especie de dios, porque nadie se preocupa de ponerle en su sitio, y le restregué que es un loco del demonio. Esa es la razón por la que algunos clérigos sermonean así, porque nunca les han dejado claro la podredumbre que cuentan. No serían más tontos que otros si se les tratara adecuadamente. Yo estaba muy tranquilo, pero se lo dije. Le dije que era una víbora mezquina y que o bien era el idiota más grande, o bien el canalla más grande que había, y que el mero hecho de llevar la ropa que vestía no le daba derecho a hacer cosas deshonestas con las propiedades de los demás, aunque le librara de que le molieran a palos como se merecía con creces. Trató de interrumpirme, incluso estuvo dando bocinazos todo el tiempo

como una sirena de barco, pero no le presté atención, y concluí diciendo que eran los hombres como él quienes desprestigiaban a la Iglesia y al clero y quienes despertaban la ira de los tipos honrados como yo.

»Sí —continuó Dick después de hacer una pausa—. Cuando me marché, lo comprendí, no digo que por completo, pero captó un destello. No me entrego con frecuencia a hacer estos mandados de misericordia, pero me pareció que lo menos que podía hacer era respaldarle a usted. Por supuesto, es en pequeñas cuestiones como esta donde intervienen con su ayuda los seculares, que no se ven tan obstaculizados por tener que cuidar el lenguaje como supongo que lo están los clérigos.

El obispo se esforzó, y se esforzó con ganas, por mostrarse serio, pero se le torcía la boca.

—No me lo agradezca —se adelantó Dick—. Nada constituye un problema en lo que se refiere a usted. Fue..., ejem..., un placer.

—Eso me lo creo —aseguró el obispo—. Bien, Dick, la Providencia se sirve de curiosos instrumentos, la quijada de un asno tiene cierta relevancia bíblica. Diría que llegaste al pobre Gresley donde yo no alcancé. Yo, sin duda, fracasé. Pero, si no es demasiado pedir, en otra ocasión consideraría un favor estar informado de antemano de qué orientación va a adoptar su ayuda diocesana.

En ese momento entró el doctor Brown, que acudía a almorzar al palacio episcopal con frecuencia. Se quitó los guantes de cuero de conducir y acercó las manos al fuego.

—Qué frío —dijo—. Hay gente patinando por todas partes. ¿Cómo está la señorita Gresley?

—Hoy nos reconoce —respondió Rachel— y está bastante animada.

—¿Sabe la pobre criatura que su libro ha ardido?

—No. Esta mañana estuvo hablando de que se publicaba en primavera.

El doctorcillo se ajustó la mandíbula inferior y cambió de tema.

—Esta mañana —dijo— he venido desde Pontesbury con ese hombre que casi se ahogó en Beaumere este verano. Le atendí en Wilderleigh. Alto, delgado, un caballero bastante elegante. Olvido su nombre.

El doctor Brown siempre hablaba de los hombres que estaban por encima de sí mismo en la escala social como «un caballero elegante».

—El señor Redman —dedujo la señorita Keane, la hermana del obispo, una persona circunspecta que durante toda su vida se había visto obstaculizada por su predilección para escoger el nombre equivocado y por anotar compromisos en una caligrafía ilegible en almanaques del año anterior.

—¿Era el señor Scarlett? —inquirió Rachel, al tiempo que tenía la sensación de que los ojos de lince de Dick se fijaban en ella—. Yo estaba en Wilderleigh cuando ocurrió el accidente.

—Ese mismo. Se bajó en Southminster y me preguntó cuál era el mejor hotel. No, no tomaré más, gracias. Subiré a ver a la señorita Gresley de inmediato.

Rachel acompañó al obispo a la biblioteca. Por lo general, esperaban allí juntos hasta que bajaba el médico.

—No sé cuántos hombres jóvenes me agradan más que Dick —dijo el obispo—. Si yo fuera una mujer joven, me casaría con él. Admiro su forma de actuar de acuerdo con sus principios. Muy pocos de nosotros lo hacemos. Mientras no vea más luz sobre el asunto, está decidido a tumbar al hombre que le insulte. Y desde su punto de vista tenía justificación para hablar al señor

Gresley como lo hizo. Yo mismo tuve la contundente tentación de decirle algo parecido, pero cuando uno encanece se da cuenta de que sólo se puede hablar animado por el afecto. Un hombre del cuño de Dick siempre será respetado porque no acepta virtudes que pertenecen a una escala superior a aquella en la que él se encuentra en ese momento. Pero, cuando alcance ese grado superior, actuará tan meticulosamente de acuerdo con las convicciones que le acompañen como lo hace ahora bajo sus actuales convicciones.

—Es verdad, él no ofrecería la otra mejilla al agresor.

—Yo no aconsejaría al agresor que lo diera por hecho. Y a menos que se ofreciera por ese inusual sentido de la fraternidad espiritual, sería poco varonil que lo hiciera. Imitar la apariencia externa de determinadas virtudes es como imitar la vestimenta de determinada clase. Vestir como ellos no nos hace pertenecer a esa clase. El verdadero cimiento de la vida espiritual, tal como yo lo entiendo, reside en el pleno desarrollo de nuestra naturaleza humana con todos sus sencillos deberes y aspiraciones. Admiro los sólidos cimientos de Dick. Algún día soportarán un edificio digno de él. Pero mis palabras de sabiduría para ti parecen un desperdicio. Estás pensando en otra cosa.

—Estaba pensando que debo decirle que voy a casarme.

Al obispo se le iluminó el rostro.

—Me he comprometido con el señor Scarlett. Esta es la razón por la que ha venido aquí.

El obispo bajó el rostro. Rachel llevaba tres días en el palacio episcopal. Dick no se había permitido perder el tiempo. «Esa admirable presteza —subrayó el obispo para sí— merece éxito».

—Pobre Dick —musitó.

—Eso es lo que dice Hester. Se lo conté ayer.

—Tengo una muy buena opinión de Dick realmente —dijo el obispo.

—Yo también. Si pudiera escoger dos, sin duda sería el segundo.

—Pero ese superficial señor Scarlett va primero, ¿eh?

—Me temo que sí.

—Bueno —comentó el obispo con un suspiro—, si eres tan de-sagrada como para casarte para complacerte a ti en lugar de para complacerme a mí, no hay nada más que decir. Me fijaré en tu señor Scarlett cuando venga a tomar el té. Supongo que vendrá a tomar el té. Descubro a los hombres más *farouche*^[80] cuando están comprometidos. Es el primer paso del proceso de domesticación. Por supuesto, acudiré a examinarlo con una mente enteramente desprovista de prejuicios, como siempre subrayo que hay que hacer, pero te advierto de antemano que no me gustará.

—Porque no es el señor Dick.

—Bueno, sí, porque no es Dick. Supongo que se llama Bertie.

—No, Bertie no —le corrigió Rachel con indignación—. Hugh.

—Es un nombre poco eficiente, de sólo cuatro letras y una repetida en cada extremo. Querida, no creo que sea digno de ti.

—Dick sólo tiene cuatro letras.

—Tengo por norma no discutir nunca con las mujeres. Bueno, Rachel, me alegro de que hayas decidido casarte. Que el cielo te bendiga y que seas feliz con ese hombre. ¡Ah! Aquí viene el doctor Brown.

—¿Y bien? —inquirieron el obispo y Rachel al mismo tiempo.

—Está mejor —respondió con aire enfadado el doctorcillo, que siempre se enfadaba cuando estaba nervioso—. Ya ha doblado la primera esquina. Pero en lo que estoy pensando ahora es en cómo hacerle doblar la siguiente.

—Posponga la siguiente esquina.

—No podemos, ahora que su mente está lúcida. Está tan cuerda como tú o como yo, y mucho más lúcida. Cuando pregunte por su libro habrá que decírselo.

—En estas circunstancias, una mentira sería bastante justificable.

—Claro, claro, pero no serviría de nada. Podría engatusarla un día o dos y, después, ella descubriría, primero, que la *magnum opus* ha desaparecido y, en segundo lugar, que usted y la señorita West, en quienes en este momento confía por completo, la han engañado. Usted sabe cómo es cuando piensa que la están engañando. Le trató fatal, señor mío, hasta que se reafirmó enseñándole a Regie Gresley. Pero no puede reafirmarse una segunda vez. No puede usted sacar el libro.

—No —lamentó el obispo— Ha desaparecido para siempre.

Rachel no se fiaba de sí misma para hablar. Tal vez se había dado cuenta más plenamente incluso que el obispo de lo que la pérdida del libro suponía para Hester; al menos, lo que supondría cuando supiera que había desaparecido.

—Dígaselo, y dele esto si se pone nerviosa —dijo el doctor Brown mientras sacaba una minúscula botella de un bolsillo enorme—. Y si me necesita, estaré en Canon Wylde's a las cinco en punto. Me pasaré por aquí cuando pueda, antes de irme a casa.

Rachel y el obispo se quedaron un momento en silencio cuando se marchó el médico y, a continuación, Rachel recogió la botellita, leyó las indicaciones con atención y se volvió para subir.

El obispo la miró, pero no dijo nada. Lo sentía por ella.

—Puede salir hasta la hora del té —informó Rachel a la enfermera—. Yo me quedaré con la señorita Gresley hasta entonces.

Hester estaba tendida en un sofá junto al fuego, cubierta con una manta estampada de rosas. Su rostro pequeño hizo parecer a su encaje de pliegues y arrugas más luminoso y ansioso. Se había cortado el pelo y aparentaba ser más joven, y se parecía a Regie más que nunca.

Sus manos finas reposaban con satisfacción en el regazo. Le habían retirado los principales vendajes. Sólo tres dedos de la mano derecha adoptaban la forma de crisálida.

—No voy a apresurarme demasiado en restablecerme —le confió a Rachel—. Si lo hago, te marcharás corriendo a Londres y te casarás.

—¿Yo?

Rachel dejó la botellita sobre la repisa de la chimenea.

—¿Cuándo llega el señor Scarlett?

—Ha llegado hoy.

—Entonces, tal vez venga.

—Esas cosas pasan.

—Me gustaría verlo.

—Dentro de un par de días, quizá.

—Y también quiero ver al querido Dick.

—Te envía su afecto. El señor Pratt estuvo aquí ayer a la hora del almuerzo y me preguntó quién era el viejo amigo que se ponía la ropa con calzador.

—¿Cómo me gusta él! ¿Ha dicho algo más al obispo sobre el uso de palabras soeces?

—No. Pero el obispo se vale de él. Le encanta.

—Rachel, ¿estás segura de que has escogido al mejor hombre?

—Absolutamente segura; quiero decir, nunca he tenido nada que elegir sobre este asunto. Ya ves que amo a Hugh y que al señor Dick sólo le tengo afecto.

—Siempre me gustó el señor Scarlett —reconoció Hester—. Le conozco desde que apareció y no fue ayer. Es tan amable y culto... Y no es necesario ponerse en guardia para hablar con él. Entiende lo que una dice y es encantador.

—Por supuesto, yo también lo creo.

—¿Y es eso lo que cuenta de verdad, Rachel? ¿Recuerdas nuestra conversación del verano pasado?

Rachel guardó silencio un instante.

—Lo único que puedo decir es que doy gracias a Dios día y noche por que el señor Tristram no se casara conmigo —dijo con la voz entrecortada —..., por ser libre de casarme con Hugh.

La mano no lisiada de Hester se introdujo sigilosamente en la de Rachel.

—Cuando vean el compromiso en la prensa de mañana —murmuró Rachel—, la gente pensará que le doy todo porque él es pobre y tiene su patrimonio comprometido, y por supuesto que yo soy tremendamente rica. Pero en realidad soy yo quien es pobre y él quien es rico. Me ha dado mil veces más de lo que yo podría darle jamás porque me ha devuelto la capacidad de amar. Casi me asusta que pueda yo implicarme tanto una segunda vez. No pensé que fuera posible. Pero parece que ahora le he pillado el truco, como diría el señor Dick. Ojalá estuvieras abajo, Hester, como lo estarás dentro de un par de días. Te divertirías por la forma en que escandaliza a la señorita Keane. Le preguntó si él había escrito algo sobre sus viajes y respondió que estaba a punto de sacar un librito de «Cocina caníbal» dirigido a los colonos. Dijo algo de que las recetas eran muy sencillas. Empezó: «Se coge una mano y se adereza con un boniato». Pero el obispo le detuvo.

En el momento que Rachel dijo «está a punto de sacar un libro», le dio un vuelco el corazón. ¿Cómo podía haber dicho semejante cosa? Pero, al parecer, Hester no reparó en ello.

—Debe de haber estado experimentando con mi pobre mano —dijo—. Estoy segura de que yo sola no me la quemé así nunca.

—Pronto estará mejor.

—¿Oh! No me importa ahora que ya no me duele todo el rato.

—Y la cabeza no te duele hoy, ¿verdad?

—Nada importante. Pero tengo una sensación como de haberme caído de cabeza desde lo alto de la catedral. El doctor Brown dice que es absurdo, pero lo creo igualmente. Cuando crees una cosa y te dicen que es absurdo, pero sigues creyéndolo..., eso es una alucinación, ¿verdad?

—Sí.

—He tenido muchísimas —admitió Hester despacio—. Supongo que he estado más enferma de lo que creía. Pensé que veía, que veía de verdad, los espíritus de la escarcha y la nieve asomándose por la ventana. Y que hablaba con ellos mucho rato y les preguntaba qué disputa tenían conmigo, su hermana, que desde que era niña han estado siempre merodeando para matarme. Tía Susan siempre parecía pensar que eran enemigos que me causaban bronquitis. Y yo

les decía cuánto los quería a ellos y todas sus obras. Y ellos echaban vaho sobre el cristal y escribían cosas hermosas con escarcha, y yo las leía todas. Ahora, Rachel, ¿es eso de la escarcha una alucinación?, porque ahora que estoy mejor, y aunque no puedo explicarlo, todavía me parece que por fin entiendo el significado de todo y que nunca volveré a tener miedo de ellos.

Rachel no respondió.

Hacía mucho tiempo que Rachel se había dado cuenta de que, cuando estaba en condiciones normales, Hester veía cosas que ella misma no veía. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que Hester siempre aceptaba como definitivo el límite de la imaginación de la persona con la que estaba, pero que ese límite cambiaba con cada una de las personas con las que estaba. Con secreta satisfacción, Rachel la había visto adaptarlo a personas con menos visión que Hester y, después, con repentina perplejidad, la había oído aceptar de algún otro como dado lo que a Rachel le parecía en extremo fantástico. Si Rachel consideraba que su propio entendimiento era la medida de lo normal en todas las demás mentalidades, no podía haber escapado a la conclusión de que Hester era una víctima de múltiples delirios. Pero, por fortuna para ella, veía que la mayoría de las escaleras tenían más que el único peldaño que tenía esa en la que ella se encontraba.

—Eso es muy distinto, ¿no? —dijo Hester—, distinto de pensar que el doctor Brown es un lobo gris.

—Muy distinto. Eso era una alucinación por la fiebre. Ahora que no tienes fiebre lo ves tú misma.

—Eso lo veo, claro, ahora que no tengo fiebre —repitió Hester con los ojos abiertos de par en par—. Pero hay una alucinación casi igual de ridícula que esa, que siempre vuelve y de la que no puedo librarme. El lobo ha desaparecido de súbito, pero esto es exactamente igual ahora que estoy mejor, sólo que se vuelve cada vez peor. Nunca se lo he contado a nadie porque sé que es una tontería. Pero, Rachel..., ahora no tengo fiebre... y, sin embargo..., sé que te vas a reír de mí... Yo misma me río de lo tonta que soy... Y, sin embargo, tengo todo el tiempo la espantosa sensación de que... —los ojos de Hester albergaban un espanto que apenas era humano—, de que mi libro ha ardido.

CAPÍTULO XLVII

El alma de vuestro hermano es un bosque oscuro.

PROVERBIO USO

«Hugh St. John Scarlett, de Kenstone Manor, en Shropshire, único hijo varón del difunto Lord Henry Scarlett, y Rachel, única hija del difunto Joshua Hopkins West, de Birmingham, hacen público su compromiso matrimonial, que se celebrará próximamente».

Este anuncio apareció en *The Morning Post* unos cuantos días después del de Navidad y suscitó muy diferentes emociones en el corazón de quienes lo leyeron.

«Lo ha hecho para hacerme daño —se dijo el señor Tristram ante su loncha de beicon de la mañana, en el pequeño establecimiento de comidas próximo a su estudio—. Cuando me rechazó, ya sabía yo que tenía a alguien en mente. Ya pensé yo que sería ese tipo larguirucho de la nariz pronunciada. ¿Creerá que le va a hacer feliz porque es hijo de un lord? Eso es lo que me gustaría preguntarle. Pobre Rachel, si hubiéramos podido casarnos hace cinco años, nunca habríamos tenido noticia de esa sociedad a la moda. Bueno, todo se acabó ya». Y a partir de entonces, el señor Tristram adoptó la actitud del hombre que sufría un apego imborrable hacia una mujer que le había rechazado por un título nobiliario.

Los Gresley quedaron estupefactos al enterarse del compromiso. Era de todo punto extraordinario que conocieran a ambas personas. Ahora que se ponían a pensarlo, ambas habían tomado el té en la vicaría nada menos que el verano pasado.

«En esta casa entra y sale un buen montón de gente», coincidieron en señalar.—Estoy tan seguro como de que estoy aquí plantado —dijo el señor Gresley, que estaba sentado— de que ese patán escandaloso, ese grosero maleducado de Dick Vernon quería casarse con ella.—No le nombres —chilló la señora Gresley—. ¡Cuando pienso en lo que se atrevió a decir...!—Amor mío —añadió el señor Gresley—, le he perdonado. He apartado de mi mente todo lo que dijo, pues estoy convencido de que en aquel momento estaba bajo la influencia de la bebida. Debemos conceder un margen a quienes viven en climas cálidos. No le guardo ningún rencor. Pero me alegra que un hombre de semejante cuño no se case con la señorita West. La ebriedad convierte la vida conyugal en un infierno. Aunque pareciera elegante, el señor Scarlett tenía por lo menos el aspecto de ser abstemio.

Fräulein se enteró de la noticia cuando estaba empaquetando sus cajas para abandonar la vicaría de Warpington. Estaba profundamente deprimida. No podía estar con su querida señorita Gresley durante esta misteriosa enfermedad que algún pesar secreto le había acarreado; pero, al menos, podía atender a la señorita West. Y ahora parecía que la señorita West estaba pensando en «Bräutigams»[81] más que en Hester.

Fräulein se había sentido muy incómoda en la vicaría, pero lloró al tener que marcharse. La señora Gresley nunca había logrado tratarla con la consideración que habría concedido a alguien a quien considerara un igual. A los criados se les permitía impunemente hacer caso omiso de sus pequeñas y corteses peticiones. La niñera albergaba unos celos de ella contundentes y furibundos. Pero los niños la habían compensado con creces y ahora ella los abandonaba; y Fräulein no se lo reconocía a sí misma, pues sólo tenía treinta y cinco años y era la persona más tímida de entre las tímidas..., pero ya no vería a esa persona de buen corazón e inclinaciones por la música que era Herr Brrown.

—Doll —informó Sybell Loftus a su esposo durante el desayuno—, he formado otra pareja. En aquel momento pensé que a él le gustaba ella. ¿Te acuerdas de Rachel West, no muy guapa, pero con un gesto agradable?... ¿Y qué importa la belleza? Se ha comprometido con el señor Scarlett.

—Un tipo tranquilo, decente —dijo Doll—, y *ella* me agrada. No tiene ninguna afectación. Buena cosa que él no se ahogara.—El señor Harvey lo sentirá. Me confesó que ella era su ideal. Ahora Rachel representa toda la dulzura, la bondad y el cariño, y será una excelente esposa, pero jamás habría pensado que pudiera ser el ideal de alguien, ¿o tú sí? Doll abrió la boca para decir «eso depende», pero recordó que su esposa había adquirido una inexplicable aversión por esa sencilla expresión y guardó silencio.

El capitán Pratt, que estaba pasando la Navidad con su familia, era la única persona de Warpington Towers que leía los periódicos. Esa mañana en particular bajó tarde a desayunar, después de que los demás hubieran terminado. Su padre, que siempre bajaba a las ocho, admiraba secretamente las costumbres aristocráticas de su hijo mientras simulaba reírse de ellas. «Bochornosas las suntuosas costumbres de los jóvenes del ejército. La sociedad a la moda está corrompida, señor mío, corrompida hasta la médula. Jamás se levantan hasta el mediodía. Mi chico es tan malo como cualquiera de ellos».

El capitán Pratt apoyó el periódico abierto ante sí mientras daba un sorbo a su café y ojeaba las columnas. Su mirada vagabunda llegó al anuncio del compromiso de Hugh. El capitán Pratt raras veces dejaba traslucir cualquier sentimiento, salvo el *ennui*, pero, cuando lo leyó, el asombro se apoderó de él.—¡Válgame Dios! —exclamó en voz baja. El trozo de tortilla que iba camino de su boca volvió a descender despacio y permaneció pinchado en el extremo del tenedor. ¿Qué significaba eso? Recordó la escena de las habitaciones de Hugh, tan sólo la semana anterior. No se lo había contado a nadie, pues se proponía ganarse la gratitud mediante la discreción. Por supuesto, Scarlett iba a casarse con Lady Newhaven después de que transcurriera un intervalo de tiempo decente. Ella era una mujer muy hermosa, con una enorme pensión y estaba a todas luces enamorada de él. El asunto de su conducta de aquel día no se consideró. Jamás entraba en la cabeza del capitán Pratt, del mismo modo que no entraría en la cabeza de un niño de diez años. Era consciente de que todas las mujeres de clase alta eran inmorales, salvo las jóvenes recién

vestidas de largo. Era un hecho reconocido. La única diferencia entre los individuos que producía una separación como la que se da entre las ovejas y las cabras era si estaban comprometidas o no. Lady Newhaven no lo estaba, a menos que él decidiera comprometerla. Jamás la había rozado el menor atisbo de escándalo. Pero... ¿qué pasaba con Scarlett? ¿Acaso habrían discutido? ¿Qué significaba eso? ¿Y qué iba a hacer ella ahora?—¡Válgame Dios! —volvió a repetir el capitán Pratt, mientras sus ojos de ágata se estrechaban hasta convertirse en dos pequeñas ranuras. Permaneció sentado mucho rato, inmóvil, con el desayuno ante sí, sin probarlo. Su mente trabajaba, sopesaba, aplicaba ahora su balanza, después su termómetro.

Rachel y Hugh estaban sentados juntos, mirando un párrafo de *The Morning Post*.

—¿Ha recuperado la señorita Gresley algún interés por algo? —preguntó Hugh. Estaba un poco celoso de Hester. Esta enfermedad, cuya causa sinceramente le había apenado, había llegado en un momento inoportuno. Hester siempre estaba alejando a Rachel de él.—Sí —respondió Rachel—, algo, cuando recuerda. Pero sólo puede pensar en una cosa.—¿En ese desafortunado libro?—Así es. Creo que el libro era para Hester algo parecido a lo que tú eres para mí. Todo su corazón estaba encerrado en él... y lo ha perdido. Hugh, pase lo que pase, tú no debes desaparecer ahora. Es demasiado tarde. No podría soportarlo.—Sólo desapareceré si tú me desprecias —prometió Hugh. Hubo un largo silencio.—Lady Newhaven se enterará hoy —añadió Rachel, por fin—. Traté de adelantarle la noticia, pero no me creyó.—Rachel —dijo Hugh, balbuciente—. El otro día, cuando nos interrumpieron, quise decirte que *vine* a mis habitaciones la tarde anterior a la que yo vine aquí. No debería haberme importado tanto, pero el capitán Pratt entraba en casa conmigo en ese momento... y la encontramos allí.—¡Oh, Hugh! ¡Ese hombre tan desagradable! ¡Pobre mujer!—¡Pobre mujer! —repitió Hugh, con destellos en los ojos—. Era en la pobre de ti en quien yo pensé. ¡Pobre Rachel! ¡Casarse con un hombre que...! Hubo otro silencio.—He recibido una magnífica compensación —dijo Rachel, depositando su mano fresca y fuerte sobre la de él—. Tú eres franco conmigo. No te guardas nada. No tenías por qué mencionar este desafortunado encuentro, pero lo has hecho. Era propio de ti. Confío en ti plenamente, Hugh. Te bendigo y te doy gracias por amarme. Si mi amor puede hacerte feliz, oh, Hughie, serás feliz. Hugh se apartó de ella. Las palabras vacilantes eran como una espada de doble filo. Rachel le miró con delicadeza y la cara pálida, con tierna comprensión. La mirada maternal se asomó a sus ojos.—Si hay algo más que deseas decirme, dímelo ahora. Sintió un desafortunado y avasallador impulso de arrojarle por el precipicio, lejos del alcance de aquellas punzantes palabras. Era un repugnante retroceso que parecía desgarrar todo su ser. Alguien dijo con voz ronca:—No hay nada más. Fue su propia voz, pero no su voluntad la que habló. ¿Alguna vez le había hecho sufrir alguien como esta mujer que tanto le amaba?

Lady Newhaven había regresado a Westhope muerta de incertidumbre y angustia. Se sintió segura de poder abordar a Hugh en sus habitaciones, convencida de que con que sólo pudieran arrebatarle entre nubes[82] (por tomar prestado su propio vocabulario), estas se disiparían al instante. Se esforzó en vano por atribuir la manifiesta ira de Hugh al verla a su falta de prudencia, a la azarosa presencia del capitán Pratt. Violet no iba a admitir la idea de que Hugh hubiera dejado de interesarse por ella, pero necesitó grandes dosis de forzado empeño para eliminarla. Podía oír los golpes del invitado no deseado al llamar a la puerta y, aunque siempre se le negaba el paso, se retiraba y regresaba. Además, le asustaba profundamente haber sido vista en

circunstancias equívocas por un hombre como el capitán Pratt. El mero recuerdo de él le hacía estremecerse.

«¡Cómo se habría enfadado Edward! —se dijo—. Me pregunto si me habría aconsejado escribir una pequeña nota al capitán Pratt para explicarle por qué estaba allí y pedirle que no hablara de ello. Pero, claro está, no lo repetiré. No querrá hacer un enemigo de Hugh y de mí. Los Pratt me tienen en buena consideración. Y cuando me case con Hugh —(volvieron a sonar golpes en la puerta de su mente)—, si es que me caso con Hugh, seremos civilizados con él y le invitaremos a alojarse en casa. Edward nunca lo haría, pero yo no pienso tanto en las buenas familias y todo eso, como hacía Edward. Claro que se lo pediremos», No fue hasta después del almuerzo cuando Lady Newhaven abrió lánguidamente *The Morning Post* después de hojear *The Lady's Pictorial*. De repente, se le cayó el periódico de las manos al suelo. Lo recogió y volvió a leer el párrafo que le llamó la atención.—No. No —suspiraba—, no es verdad. No es posible. Y lo leyó una tercera vez. Se le volvió a caer el periódico de sus manos sin pulso, pero esta vez se quedó en el suelo. Es dudoso que hasta este momento Lady Newhaven supiera lo que era el sufrimiento. Había hablado alegremente de él a otros. Había recitado «Cleansing Fires»[83] como si fuera un poema escrito por ella. Solía decir que podría haber sido escrito para ella.

En el fuego cruel del desconsuelo

[*lento, pedal ligero.*

arroja tu corazón, no desfallezcas ni te amuralles.

[*dos pedales, con movimiento rápido.*

Que tu mano sea fuerte y firme

[*mantenido hasta la última sílaba.*

Y que tu espíritu no vacile,

[*¡Zas! Si natural. Risoluto.*

Pero...

[*huracán de notas al azar, etc., etc.*

Pero ahora, pobre infeliz, el fuego le había alcanzado y el ánimo se le acobardó de inmediato. Tal vez no fuera sino natural que, cuando su valentía flaqueara, ocupara su lugar otra cosa: un implacable y abrasador resentimiento contra sus dos traidores, su amante y su amiga. Se balanceó hacia delante y detrás. Amante y amiga. «¡Oh! De ahora en adelante nunca, nunca confíes en el amor de un hombre ni en la amistad de una mujer». Así aprendió Lady Newhaven la lección del sufrimiento. «Has alejado de mí amante y amiga —decía entre sollozos—, mis conocidos apartados de mi vista».[84] En todo caso, la campana de la puerta demostró que la última parte del texto no era cierta en sus circunstancias. Entró un criado.—No estoy en casa. No estoy en casa —insistió con impaciencia.—Le he dicho que no está en casa, pero el caballero ha insistido en que debía tomar su tarjeta —dijo el hombre, entregándole una tarjeta. Cuando el capitán Pratt se entregaba, se entregaba a fondo. Lady Newhaven la leyó.—No. Sí. Le veré —aceptó. Se le pasó por la mente que debía ser civilizada con él y que no debía mostrar los ojos enrojecidos. No había vertido lágrimas. El hombre recogió el periódico del suelo, lo dejó sobre una mesita contigua y se retiró. Entró el capitán Pratt, afable, respetuoso, con una orquídea en el ojal. No fue hasta que estuvo físicamente en la habitación, cuando volcó sus fríos ojos de aprecio sobre ella, cuando la pobre mujer se dio cuenta de que su posición con respecto a él había cambiado. No pudo reunir el

decoro despreocupado que, según sus pensamientos, bastaba para sus vecinos del campo en general y para los Pratt en particular. El capitán Pratt opinó que el tiempo, aunque frío, era el propio de la estación en la que estaban. Lady Newhaven se mostró de acuerdo. El capitán Pratt lamentó que hubiera tanto hielo para la caza. Cuatro cazadores comen demasiado, etcétera. Lady Newhaven pensó que algún día llegaría el deshielo. El capitán Pratt había ido a patinar ayer al prado inundado y helado de sus padres. Inundado con un camión de bomberos. Hombres sin trabajo. Contentos de tener ocupación, etcétera. ¡Qué amable había sido el capitán Pratt al darles empleo! En absoluto. No fue su padre. Obligaciones de la aristocracia terrateniente, etcétera. Él creía que, si seguía habiendo hielo, patinarían en Beaumere. No, no se permitía patinar a nadie en Beaumere. Los arroyos vuelven muy traicionero el hielo. Silencio. El capitán Pratt hizo girar despacio el puño dorado de su bastón con sus gruesos dedos blanquecinos. Observaba minuciosamente a Lady Newhaven, como un especialista con intención de comprar algo contempla una pieza de valiosa porcelana. Ella estaba acostumbrada a que la miraran, pero en el prolongado escrutinio del capitán Pratt había algo que le infundía una alarma difusa. Se revolvió bajo su mirada. Él apreció su incomodidad, pero no apartó la vista. ¿Estaban bien los niños? Estaban perfectamente bien, gracias. Se dejó intimidar. ¿Les gustaba patinar? Mucho. ¿Podía sugerir que fueran a patinar a Warpington Towers mañana? Él mismo estaría allí y se haría cargo de ellos. Se levantó despacio, como quien ha tomado una decisión. Lady Newhaven temía que supusiera demasiada molestia para el capitán Pratt. No sería ninguna molestia para el capitán Pratt; al contrario, sería un placer. Ahora él extendía la mano. Lady Newhaven tuvo que depositar la suya en la de él. Tal vez la semana próxima, si seguía habiendo hielo. Ella trató de retirar la mano. Oh, muy bien, entonces, mañana; desde luego, mañana.—Puede confiar en que yo me haré cargo de ellos —aseguró el capitán Pratt reteniendo todavía su mano. Le obligó a mirarle. Los ojos ásperos de él se encontraron con los ojos azules atemorizados de ella—. Puede confiar por entero en mi discreción... con respecto a todos los asuntos —dijo con intención. Lady Newhaven se avergonzó y le tembló la mano de súbito en la de él. El capitán Pratt apretó aquella mano pequeña en fuga, la soltó y se marchó.

CAPÍTULO XLVIII

Le temps apporte, emporte, mais ne rapporte pas.[85]

—¿Puedo pasar? —preguntó el obispo, llamando a la puerta de Hester.

—Adelante.

Hester estaba tumbada, recostada en muchos cojines del sofá del pequeño salón que había a las puertas de su dormitorio. Parecía una simple sombra de la chimenea.

Le sonrió de forma automática, pero su rostro volvió a sumirse de inmediato en la expresión apática que tan mal le sentaba. Fijó los ojos sin brillo en el fuego.

—¿Y qué va a hacer esta tarde? —preguntó cortésmente.

Era palpable que no le importaba lo que hiciera.

—Voy a Westhope por cuestiones de trabajo —respondió devolviéndole una mirada inflexible.

Estaba muy bien que el doctor Brown dijera que había que estimularla, pero ¿cómo iban a llevarse a cabo sus instrucciones?

—Le causo muchas molestias —dijo Hester—. ¿No se me podría llevar a casa o a un lugar donde pudiera recibir algún tipo de cura, donde me aparte de la vista de todo el mundo hasta que me encuentre bien?

—¿Me merezco eso, Hester?

—No, pero ya sabe que siempre pretendo hacer daño a mis mejores amigos.

—No lo consigues, mi niña, porque saben que estás pasando mucho apuro.

—No vamos a hablar de eso —replicó Hester con rapidez.

—Sí, ha llegado el momento de hablar de eso. ¿Por qué nos dejas al margen de esa pena tuya? ¿No ves que acrecientas tu carga negándote a permitirte compartirla con nosotros?

—No podéis compartirla —corrigió Hester—, nadie puede.

—¿Crees que yo no he sufrido por ella?

—Sé que sí, pero ha sido una pérdida de tiempo. No sirve..., no sirve. Por favor, no trate de animarme diciéndome que aún tengo que escribir libros mejores y que esta prueba es por mi bien. Querido obispo, no trate de consolarme. No puedo soportarlo.

—Mi pobre niña, creo firmemente que escribirás libros mejores que este que se ha perdido y creo firmemente que algún día volverás la vista atrás, sobre esta época, y la considerarás un paso más de tu vida espiritual, pero no pretendía decir eso. Yo sostengo esa idea, pero has sido tú quien me ha puesto las palabras en la boca.

—Tenía tanto miedo de que...

—¿De que yo fuera a suavizar este momento?

—Sí. El doctor Brown y la enfermera se muestran ahora absoluta y rotundamente animosos, no paran de hablar del futuro y de lo famosa que seré algún día. Si usted y Rachel los imitan, yo... creo que me volveré loca.

El obispo no respondió.

—Tal vez el doctor Brown tenga razón —prosiguió Hester—. Quizá viva hasta los setenta años y acabe convirtiéndome..., ¿cómo lo llama él?... en una autora distinguida. No lo sé ni me importa. Pero, pase lo que pase en el futuro, nada me devolverá el libro que se ha quemado.

El obispo no hablaba. No se atrevía.

—Si tuviera un hijo —continuó Hester con el tono de voz exhausto al que estaba acostumbrándose— y muriera, quizá podría tener otros diez, hermosos, inteligentes y cariñosos, pero no sustituirían al que hubiera perdido. Sólo que si se tratara de un niño —en el tono de voz apagado de su voz desapasionada irrumpió un temblor—..., volvería a encontrarlo en el cielo. Para los hijos del cuerpo existe la resurrección del cuerpo, pero no he oído jamás hablar de ninguna resurrección para los hijos de la mente.

Hester apuntó al fuego con su delgada mano derecha y el dedo índice deformado.

—Una gran escritora que se casó y tuvo hijos a los que adoraba me contó una vez que la dolorosa punzada de la maternidad es que ni siquiera tus hijos parecen ser tuyos. Con frecuencia se parecen más a otros que a sus padres, tal vez a la cuñada solterona, que de-sagrada a todo el mundo, o a alguien extraño por completo. Fíjese en Regie. Es exactamente igual que yo, lo que debe de ser un enorme escollo para Minna. Y crecen desconcertando a sus padres a cada momento con rasgos que no comprenden. Pero decía que los hijos espirituales, los libros, sí son realmente nuestros.

»Si fuera usted una persona distinta de la que es —añadió Hester al cabo de una larga pausa—, me reprobaría por adorar mi obra. Supongo que el amor es adoración. La amaba por sí misma, no por nada que fuera a aportarme. Eso es lo que personas como el doctor Brown no comprenden. Era parte de mí misma. Pero era la mejor parte. La parte de mí que ama el éxito y que siempre está reclamándolo no ha intervenido en absoluto. Única y exclusivamente rezaba para ser digna de escribirlo, para que no acusara el contacto conmigo. Me he vaciado por completo en ella. —La voz de Hester se hundía—. Yo sabía lo que estaba haciendo. Volqué alegremente en ella la salud, la vista, mi propia vida. Me vi impulsada a hacerlo por lo que tal vez usted llame un instinto ciego, lo que yo, ingenua y bobalicona, creía en aquel momento que no era nada menos que la voluntad de Dios.

—Volverás a pensarlo otra vez —repuso el obispo— cuando te des cuenta de que el libro ha dejado su huella y su influencia en tu carácter. Te ha enseñado muchísimo. El mero hecho de escribirlo te ha fortalecido. La forma externa y visible está muerta, pero su espíritu vive en ti. Te darás cuenta de eso enseguida.

—¿Sí? En cambio, lo único de lo que me doy cuenta es de que no es Dios quien ha engañado, sino Sus estúpidos hijos que tratan de cumplir Sus órdenes. Parece que Él no está al margen de hacer espíritu de mentira en Sus profetas.[86] ¿Cree que sigo culpando al pobre James por su hoguera o a su celosa mujercita, que quería librarse de mí? ¿Por qué iba a hacerlo? Ellos actuaron de acuerdo con su entendimiento, igual que hizo su adorado *Jock* cuando exprimió la vida de aquel conejo en Westhope Park. Todos aquellos días en los que yo no decía nada era porque me parecía que había sido engañada. Yo había cumplido con mi parte. Dios no había hecho la Suya. Él

debería haberse ocupado de que el libro no fuera destruido. Usted rezó en una ocasión junto a mí cuando pensaba que estaba inconsciente. Lo oí perfectamente. Debí haberme reído, si hubiera podido, pero era demasiada molestia.

—Esos pensamientos desaparecerán cuando pase tu enfermedad —comentó el obispo—. Eres como un hombre que ha sufrido un golpe, que se tambalea medio mareado y aturdido y ve que la acera se eleva para golpearle. Pero la acera es sólida bajo sus pies todo el tiempo.

—Una mitad de mí sabe casi a ciegas que Dios es el mismo siempre —señaló Hester—, mientras que la otra mitad dice: «Maldice a Dios y muérete».

—Eso es el aturdimiento, el vértigo posterior al golpe.

—¿Sí? Me gustaría decir que tiene razón. Pero tampoco me importa.

—¿Por qué atormentas tu mente con eso o con cualquier otra cosa?

—Porque tengo la sensación, y sí que sería extraordinario que no la tuviera, de que el doctor Brown siempre está restregándomelo, que debería afrontar mis problemas con valentía y no hundirme bajo su peso, como él cree que estoy haciendo ahora. Dice que hay otros que han sufrido más que yo. Lo sé porque he estado con ellos. Parece —dijo Hester esbozando el fantasma de una sonrisa— que hay ciertas normas de urbanidad con estas cosas, igual que se dice que hay que levantar las persianas una vez celebrado el funeral. Me ha llegado el momento, pero no he levantado las persianas.

—Las levantarás enseguida.

—Las levantaría ahora mismo —reconoció Hester, mirándole fijamente— si pudiera. Se lo debo a usted y a Rachel por haberlo intentado, y yo misma lo he intentado, pero no puedo.

La mejilla del obispo palideció un tanto.

—Tómate tu tiempo —dijo, pero se le encogió el corazón.

Veía una barquita con la vela desgarrada y el timón roto, a la deriva hacia unas costas al socaire.

—Parece que el año pasado estuve viviendo bajo una tensión enorme —dijo Hester—. Ahora no distingo una palabra de otra, pero veo que necesito concentración. Eso significa mantener fija la mente en un sitio, ¿no? Bueno, ahora, algo parece haberse roto y no puedo fijarla ya a nada. Puedo hablar con usted y con Rachel unos minutos si conduzco mi mente con mano firme, pero en realidad no soy capaz de atender y, en cuanto estoy sola o dejan de hablar, mi mente se libera de mi cuerpo y deambula por confines remotos, deseosa de llegar a desiertos sombríos. Y después, cuando entran ustedes, hago un gran esfuerzo para recuperarla y para abrir los ojos, porque si no lo hago piensan que estoy enferma. No le importa si los cierro ahora, ¿verdad?, ahora que ya se lo he explicado; me agota muchísimo mantenerlos abiertos. Ojalá se pudieran apuntalar. Y... mi mente se aleja más y más cada día. Espero que usted y Rachel no piensen que estoy rindiéndome si, en algún momento, no puedo volver a traerla nunca más.

—No, querida Hester.

—Entonces, no hablaré más. Si usted y Rachel lo entienden, eso es lo que importa. Antes creía que había muchísimas cosas que importaban, pero ahora no. Y no piense que me lamento por el libro mientras estoy aquí tendida, inmóvil. Estoy afligida, pero ya ha pasado. Estoy demasiado agotada como para estar contenta o apenada por nada nunca más.

Hester se recostó, derrotada y gris, entre los cojines.

El obispo la incorporó para que tomara un estimulante colocado allí cerca y, a continuación,

se quedó sentado mucho rato observándola. Parecía no ser consciente de su presencia. Finalmente, entró la enfermera y él salió sin hacer ruido y regresó a su despacho. Rachel estaba esperando allí para oír el resultado de la entrevista.

—No puedo hacer nada —le confesó—. No tengo ninguna capacidad para ayudarla. Después de cuarenta años de ministerio, no tengo ni una palabra que decirle. Está fuera del alcance de la ayuda de ningún ser humano, o al menos fuera de mi alcance.

—¿Cree que va a morir?

—No veo qué es lo que tiene que suceder para impedirlo, pero estoy seguro de que se podría impedir.

—¿No ha podido animarla?

—No, ha descartado cualquier cosa que pudiera haberle dicho pidiéndome que no lo dijera. Eso es lo peor de Hester. El muro que separa su mente de la de los demás es tan delgado que ella ve lo que están pensando. ¡Gracias a Dios, Rachel, que tú no has sido agraciada con el temperamento artístico! Esa es la razón por la que no se ha casado. Ve demasiado. Yo no soy ningún celestino, pero, si hubiera tenido que asumir la responsabilidad, la habría casado a los diecisiete años con Lord Newhaven.

—¿Sabe que él se lo pidió?

—No, no lo sabía.

—Fue hace mucho tiempo, la primera vez que salió. Lady Susan estaba impaciente por que sucediera y le presionó. A veces creo que si le hubieran dado tiempo, y si su tía la hubiera dejado en paz..., pero él se casó antes de transcurrido un año. ¿Qué vamos a hacer con Hester? El doctor Brown dice que hay que hacer algo o seguirá declinando cada vez más hasta hundirse. Yo daría mi vida por ella, pero no puedo hacer nada. Lo he intentado.

—Yo también —coincidió el obispo—. Pero hemos llegado hasta aquí. Tenemos que confiar en la única Persona de la que tácitamente demostramos siempre que desconfiamos tratando de arrancar las cuestiones de Sus manos. Debemos confiar en Dios. Hasta ahora nos hemos desviado por mantener viva a Hester, pero ya está más allá de nuestra posible ayuda. No está en modo alguno en la peor situación posible. Somos sus dos mejores amigos con la excepción de uno. Debemos dejarla al mejor Amigo de todos. Dios la tiene en Sus manos. Por el momento, el amor más fuerte la mantiene alejada del menos fuerte, como la madre que toma a su niña entre los brazos, lejos de los demás niños que juegan alrededor de ella. Hester está en manos de Dios y eso es suficiente para nosotros. Y ahora date un garbeo por el jardín, Rachel. Estás demasiado encerrada aquí. Yo voy a salir a trabajar.

Cuando Rachel le dejó, el obispo abrió la cajonera de su despacho y extrajo una carta.

Iba dirigida a Lady Newhaven.

«Prometí entregársela en mano un mes después de su muerte, cuando esta se produjera —se dijo—. Había algún problema entre ellos. Espero que no me lo confíe a mí. En todo caso, debo ir y cerrar este asunto. Ojalá no me desagradara ella tanto. Le aconsejaré que no la lea hasta que yo me haya marchado».

CAPÍTULO XLIX

Cayó un ratón del techo y el gato gritó: «¡Alá!».

PROVERBIO SIRIO

El hecho de que la ayuda proviniera de un cauce tan acreditado como el obispo no podía sorprender a nadie, menos aún a Lady Newhaven, que toda su vida había depositado su principal fe en el clero; pero, en todo caso, estaba tan abrumada por la desesperación y por ciertas sensaciones físicas que estuvo a punto de negarse a recibir al obispo cuando acudió a visitarla. Su fe inquebrantable en las mangas de un obispo se tambaleó por un instante. ¿Quién iba a imprimirle algún bien? La pobre Lady Newhaven estaba aplastada por un estado de postración tan espantoso que no deberíamos culparla si tenía la sensación de que hasta un arzobispo habría sido incapaz de ayudarle.

Después de que se anunciara el compromiso, pensó en viajar a toda prisa a Londres e insistir en ver a Hugh; pero, cuando consultaba el horario de los trenes, su valentía siempre retrocedía en el último momento. Durante aquel último encuentro fugaz con Hugh, vio en su rostro una mirada que no podía hacer acopio de valor para volver a ver. Ya había ido a Londres una vez para verle, sin conseguirlo.

Sabía que Rachel estaba en el palacio episcopal de Southminster cuidando a Hester, y en dos ocasiones pidió que le llevaran el carruaje para acudir a verla allí y hacerle un último llamamiento desesperado para que dejara a Hugh. Pero sabía que iba a fracasar. Y Rachel triunfaría sobre ella. Las mujeres siempre triunfaban sobre una rival derrotada. En consecuencia, no fue.

La penosa injusticia de todo aquello exprimió el corazón de Lady Newhaven hasta el extremo de la agonía. ¡Ver que le habían robado intencionadamente lo que era suyo, a plena luz del día, como si hubiera sucedido en la mismísima plaza del mercado, ante todo el mundo, sin ser capaz de levantar un dedo para recuperarlo! Era intolerable. Porque ella amaba a Hugh todo lo que era capaz de amar cualquier cosa. Y su mente se había acostumbrado tanto a la idea de que él era suyo por entero como un árbol se acostumbra a un clavo que tiene introducido en el tronco.

Y ahora él iba a casarse con Rachel, y pronto.

Que nadie piense que conoce el dolor hasta que conozca los celos.

Pero cuando el obispo insistió una segunda vez en verla por cuestiones de trabajo, ella consintió.

Era demasiado pronto para recibir visitas, por supuesto. Pero un obispo era otra cosa. Y ¿cómo iba a negarse a recibirle cuando hacía tan sólo cuatro días había recibido a aquel odioso

capitán Pratt? Esperaba que nadie se fijara en aquel detalle. Era bueno que no pudiera oír los comentarios de Selina y Ada Pratt cuando patinaban en los prados helados con la mitad..., no, con la mejor mitad de Middle-shire.

—Pobre Vi Newhaven. Sí, no va a ver a nadie. Vio a Algy unos minutos la semana pasada, pero es un viejo amigo y no cuenta. Dijo que estaba desolada. Él mismo estaba bastante derrotado. Se llevaba muy bien con Ted Newhaven.

El obispo ni siquiera se sentó. Dijo que iba de camino a una confirmación y añadió que le habían confiado una carta para ella y se la ofreció.

—Es la caligrafía de mi esposo —dijo, y retrocedió como con un temor instintivo.

—Es de su esposo —confirmó el obispo cortésmente, aliviando un poco el tono al ver los estragos que la desesperación había producido en su encantador rostro desde la última vez que la había visto—. Me pidió que se la entregara en mano un mes después de su muerte.

—Entonces le dijo que...

—No me dijo nada y desearía no saber nada.

—Me gustaría confesárselo todo para sentirme absuelta —admitió Lady Newhaven en voz baja, mientras la carta le temblaba en las manos.

Él la miró y percibió que no iba a contarle todo. Presentaría los detalles del modo que mejor le conviniera y omitiría por completo lo esencial, fuera lo que fuese, si, como era más que probable, testificaba en su contra. Al menos, le ahorraría la hipocresía de escuchar una confesión a medias.

—Si dentro de un mes desea hacerme una confesión completa —dijo—, la escucharé. Pero, mientras tanto, le ruego solemnemente que no hable con nadie de este desacuerdo entre su esposo y usted. Cualquiera que haya sido, ya ha pasado. Si él pecó contra usted, está muerto y lo menos que puede hacer es guardar silencio. Si usted le ofendió —Lady Newhaven negó con la cabeza con vehemencia—..., si usted le ofendió —repitió el obispo, endureciendo el gesto—, guarde silencio por el bien de los niños. Es la única desgraciada reparación que puede hacerle.

—Usted no lo comprende —musitó sin fuerzas.

—Sé que él era un hombre amable, de buen carácter y que sufrió una muerte cruel y amarga —dijo el obispo—. Dios sabe lo que pone en esa carta, pero su esposo dijo que le serviría a usted del máximo consuelo y ayuda ante un escollo que él preveía que encontraría. Le dejaré que la lea.

Y abandonó la habitación.

El crepúsculo de comienzos del mes de diciembre iba cayendo lentamente sobre todas las cosas. Lady Newhaven se llevó la carta junto a la ventana y, después de varias tentativas vanas, consiguió abrirla.

Decía lo siguiente:

Es irreverente llorar demasiado tiempo a los muertos. «Yo iré donde él, pero él no volverá a mí».[87] Mientras tanto, hasta que tú vengas donde yo, confío en que recuerdes que es especial deseo mío que permitas que te consuele por mi pérdida quien, en todos los aspectos, es digno de ti, alguien que te hará tan feliz como ambos merecéis ser. Que yo me suicidé es algo de lo que tú y esa a quien llamas tu amiga, la señorita West, estáis, por supuesto, al tanto. Que «el único amor de tu vida» extrajo la cerilla más corta es algo de lo que quizá no estéis al corriente. Esperé dos días para ver si cumplía el pacto y, como no lo hizo —jamás pensé que fuera a hacerlo—, yo fui quien se retiró en lugar de él. Te ofrezco

como regalo de boda esta pequeña joya de información que, si se maneja con maña, tal vez contribuya a la armonía de la vida familiar. Y si, por casualidad, él hubiera concebido la ruin idea, la inmoral idea de abandonarte en beneficio de algún otro matrimonio interesado —de la cual sospecho que es bastante capaz—. Este detalle te resultará de un valor impagable para restablecer de inmediato su lealtad. Él es tuyo en virtud de toda clase de vínculos sagrados y ninguna mujer traicionera debe arrancarlo de ti.

Tu difunto esposo,

Newhaven

Lady Newhaven se guardó la carta en el bolsillo y, a continuación, se dejó desmayar apoyando la frente desnuda sobre el quicio de la ventana.

CAPÍTULO L

No puede la muerte aguijonear con más saña.[88]

La hermana del obispo, la señorita Keane, cuya vida era una orgía perpetua de encuentros de madres y reuniones de la GFS, acogía una reunión de un grupo de trabajo de asistentes de la comarca en el salón del palacio episcopal. Las damas tejían y remendaban mientras una de ellas acumulaba combustible para las llamas del común entusiasmo leyendo en voz alta la «Historia de la Diócesis de Southminster».

La señorita Keane apenas prestaba atención a la presencia de Rachel y Hester en casa de su hermano. Quienes trabajan de forma automática siguiendo unos raíles fijos parecen, por regla general, perderse el meollo de la vida. Las recordaba siempre con amabilidad, pero su corazón estaba donde guardaba sus perlas, a saber: en su escritorio, con la lista de clases de lectura de la Biblia y grupos de coros de criados, y con la larga nómina de donantes de la agrupación de trabajadoras que ella misma había fundado.

Cuando hubo subido a la habitación de Hester, siempre a horas en las que Hester no podía verla, y cuando hubo anotado las demoledoras aportaciones de Rachel en sus diferentes libros de contabilidad, su atención abandonó a las huéspedes. Ella las consideraba superficiales y se preguntaba cómo era posible que su hermano encontrara tiempo para pasar horas hablando con ambas, mientras que raras veces tenía un momento en el que dirigirse a su grupo de escogidas del salón. Era una de esas personas para quien la vida es un asunto muy prosaico, bien distinto de las novelas que de vez en cuando leía.

A menudo señalaba que nada salvo lo habitual sucedía. Sin duda, ella nunca apreciaba ninguna otra cosa.

Así que Hester seguía tendida en la habitación de arriba debatiéndose sin fuerzas entre dos alternativas, la de vivir y la de morir, y Rachel estaba sentada en el despacho del obispo en la planta baja, esperando a prepararle té cuando regresara de la confirmación.

Si no lo hacía ella, nadie lo hacía. En lugar de llamar para pedir que lo llevaran, renunciaba a él.

Rachel contempló la puesta de sol: una bola roja que descendía en un cielo gélido. Era el último día del año. El año nuevo le traería todo.

«Adiós, adiós», dijo mientras observaba desaparecer el anillo exterior del sol hundiéndose en la tierra.

Y recordó otros años en los que contempló la puesta de sol del último día de diciembre, cuando la vida era difícil... ¡Cuán difícil!

«Si Hester mejorara, no me quedaría nada que desear», se dijo, y rezó con más fervor aún por su amiga, pues sabía que aun cuando Hester muriera, la vida seguiría siendo hermosa; el futuro sin ella seguiría estando inundado de felicidad.

«Hace un año, si Hester hubiera muerto, no me habría quedado nada por lo que vivir —se dijo—. Ahora, este recién llegado, este hombre a quien he conocido hace apenas seis meses, llena mi vida. ¿Son otras mujeres tan estrechas como yo? ¿Pueden sólo interesarse por una única persona a la vez, como yo? ¡Ah, Hester!, perdóname. No puedo evitarlo».

Hugh iba a llegar enseguida. Había estado por la mañana, y el obispo le había conocido y le había pedido que acudiera de nuevo para tomar el té. Rachel no sabía lo que el obispo pensaba de él, pero él se las arregló para vislumbrar gran parte de Hugh.

Rachel esperó con tanta impaciencia como la mayoría de nosotros espera cuando nuestra felicidad se nos resiste, remisa a marcharse.

Por fin oyó al criado conducir a alguien a través del vestíbulo.

¿Se convertiría la llegada de Hugh en algo corriente? ¿Sería ella capaz siempre de recibirlo sin este tumulto de emoción, capaz siempre de tomar su mano sin desmayarse casi en el umbral mismo de la dicha?

El criado anunció: «Lady Newhaven».

Las dos mujeres se quedaron mirándose la una a la otra. Rachel vio las señales del sufrimiento en el rostro blanco y su propio rostro se quedó igual de blanco. Bajó los ojos con aire de culpabilidad ante los de Lady Newhaven.

—Perdóneme —murmuró.

—¿Perdonarle? —preguntó Lady Newhaven con voz áspera—. No sirve de nada pedirme perdón.

—Tiene razón —dijo Rachel al tiempo que se recuperaba y miraba de frente a Lady Newhaven—. Pero ¿de qué sirve venir aquí a violentarme? Podría habérmelo ahorrado a usted y a mí, al menos. No servirá más que para consumirla a usted... y para hacerme daño a mí.

—Debe dejarle —reclamó Lady Newhaven mientras revolvía con las manos bajo su capa de crepé—. He venido a decirle que debe dejarle marchar.

El hecho de que Hugh hubiera extraído la cerilla más corta y no hubiera asumido las consecuencias no afectaba en lo más mínimo a los sentimientos de Lady Newhaven por él, pero sí era ligeramente consciente de que, de algún modo, afectaría a los de Rachel... Y ahora le tocaba sufrir a Rachel.

Rachel hizo una pausa un instante y, a continuación, dijo despacio:

—Él no desea que le deje marchar.

—Es mío.

—Fue suyo antes —corrigió Rachel mientras el color del rostro le mudaba del blanco al gris. La herida tardaba mucho en sanar—. Pero ahora es mío.

—Rachel, pese a todo, no puede ser usted tan mala.

Lady Newhaven estaba imponiéndose la restricción que ese papel agarrado con fuerza, esa arma envenenada en la recámara, le permitía adoptar. Por el bien de Hugh, sólo la utilizaría si fracasaban otros medios.

—Debe usted saber que tiene que considerarlo un hombre casado. ¿No lo ve? —dijo sin controlarse—. ¿No ve que *debemos* casarnos para enderezar lo que estaba torcido? Él me

pertenece. La gente siempre pertenece a alguien.

—Sí, por lo general pertenece a alguien —replicó Rachel—; pero no veo cómo endereza lo torcido.

—Yo consideraba a Hugh mi esposo —insistió Lady Newhaven.

—Y yo.

—Rachel, él me ama. Sólo se casa con usted por su dinero.

—Correré ese riesgo.

—Le suplico de rodillas que me lo devuelva.

Y Lady Newhaven se arrodilló mientras extendía las manos blancas y desnudas. (*Tableau* número uno. Segunda Época).

Rachel retrocedió sin querer.

—Escuche, Violet —dijo—, y levántese. No hablaré hasta que se levante. —Lady Newhaven obedeció—. Si yo le devuelvo a Hugh un centenar de veces, eso no hará que le ame más a usted ni que se case con usted. No estoy arrebatándoselo. Este matrimonio es fruto de la voluntad de él. ¡Oh! Violet, yo no soy joven y guapa. No alimento ninguna ilusión sobre mí misma; pero creo que él me ama de verdad, a pesar de todo, y yo sé que le amo.

—No lo creo —contestó Lady Newhaven—. Me refiero a él. No a usted, por supuesto.

—Aquí viene. Dejémosle decidir —propuso Rachel.

Hugh entró sin ser anunciado. En su rostro serio se apreciaba esa mirada concentrada de felicidad que había anidado en lo más profundo de su corazón y lanzaba destellos a sus propios ojos.

La cara le cambió dolorosamente. Su mirada viajaba de una mujer a otra. Rachel lo sentía por él. De buena gana se lo habría ahorrado, pero no pudo.

—Hugh —lo llamó amablemente mientras sus ojos descansaban con firmeza en él—, Lady Newhaven y yo estábamos hablando de ti. Creo que lo mejor sería que oyera de tus propios labios lo que por naturaleza no creará de los míos.

—Jamás creeré que vayas a abandonarme ahora —dijo Lady Newhaven—, que todo el pasado no significa nada para ti y que me dejarás de lado por otra mujer.

Hugh la miró fijamente. A continuación, se acercó a Rachel y, tomando su mano, se la llevó a los labios. Había en su gesto una adoración ferviente y sin límite que para los celos de Lady Newhaven fue como una cerilla para la pólvora.

Rachel le mantuvo la mano cogida.

—¿Está usted segura de que le quiere, Rachel? —resolló Lady Newhaven al tiempo que se agarraba convulsa a una silla para buscar apoyo—. Me ha rechazado. También le rechazará a usted, pues es un cobarde y un traidor. ¿Está segura de que quiere casarse con él? Tiene las manos manchadas de sangre. Asesinó a mi esposo.

La mano de Rachel estrechó más la de Hugh.

—Fue una cuestión de suerte —dijo—. Quienes sortean deben atenerse al resultado del sorteo.

—Fue una cuestión de suerte —gritó Lady Newhaven—. Pero ¿quién sacó la cerilla más corta? Dígame eso. ¿Quién se negó a cumplir su parte cuando se acabó el tiempo? Dígamelo.

—Está usted loca —espetó Rachel.

—Puedo demostrarlo —aseguró Lady Newhaven al tiempo que sacaba y sostenía la carta entre sus manos temblorosas—. Puede leerla, Rachel. Confío en usted. En él no, él la quemaría. Es de

Edward; mire, conoce usted su caligrafía, escrita para contarme que él —señalando a Hugh— sacó la cerilla más corta, pero que, como no se mató cuando llegó el momento, Edward lo hizo en su lugar. Esa es la razón por la que se retrasó. Siempre nos preguntamos, Rachel, por qué se retrasó dos días. Léala. Léala.

—No voy a leerla —dijo Rachel apartando de sí el papel—. No creo ni una palabra de eso.

—Lo creará. Pídale que lo niegue, si puede.

—No tienes que molestarte en negarlo —dijo Rachel mirando directamente a Hugh.

En el mundo no estaban ahora más que ella y él. Y cuando Hugh la miró a los ojos, su alma se sublevó y ascendió las cumbres que tenía por encima y se colocó junto a ella.

Hay un lugar sagrado en el que, si seguimos de cerca los pasos del enamorado, le vemos dejar de lado su tribulación terrenal y los dardos más amargos y se vuelve hacia nosotros tal como es, iluminado por la luz de Dios, siendo uno con nosotros en Dios. Bajo esa luz prístina, las mentiras dejan de existir. Ya no las reconocemos ni las recordamos, pues amor y verdad se funden.

Hugh se abalanzó sobre Lady Newhaven dando grandes zancadas, le arrebató la carta y la arrojó al centro del fuego. Después, se volvió hacia Rachel.

—Yo extraje la cerilla más corta —dijo—. Al principio pretendía asumir las consecuencias, pero cuando llegó el momento... no lo hice. En parte tenía miedo y, en parte, no podía dejarte.

Si Lady Newhaven ansiaba venganza, la obtuvo en ese momento. Ambos se habían olvidado de ella. Pero vio los ojos de Rachel cambiar como cambian los ojos de un hombre en la hoguera cuando le alcanza el fuego. Retrocedió ante la agonía que contenían. El rostro de Hugh se estremeció y flaqueó como el de un hombre muerto. Un segundo antes no veía ninguna consecuencia. Sólo vio que no podía mentirle. Su mente cayó de cabeza desde su momentánea apoyatura. ¿Qué enloquecido impulso le había traicionado hasta llevarlo a la ruina?

—Tu extrajiste la cerilla más corta y me hiciste pensar todo el tiempo que había sido él quien lo hizo —musitó Rachel, en un tono de voz casi inaudible, asediada por una pasión feroz—. Tú la sacaste y le dejaste morir en tu lugar, como cualquiera que le conociera sabría que haría. Y cuando estuvo muerto, viniste a mí y me mantuviste en la ignorancia incluso... en ese momento..., cuando dije que confiaba en ti.

El recuerdo de ese encuentro fue excesivo.

Rachel volvió la vista hacia Lady Newhaven, que la observaba aterrorizada.

—Dije que no le abandonaría, pero lo haré —añadió con brusquedad—. Puede llevárselo si lo quiere. ¿Qué es lo que me dijiste, Hugh? Que si hubieras extraído la cerilla más corta, habrías tenido que atenerte a las consecuencias. Sí, eso me dijiste. Toda tu relación conmigo ha sido una mentira de principio a fin. Tenía razón, Violet, cuando dijo que debería casarse con usted. Será la mentira que corone todas las demás.

—Era lo que Edward deseaba —balbució su viuda—. Lo dice en la carta que acaba de quemarse.

—Lord Newhaven lo deseaba —dijo Rachel mirando al miserable hombre que había entre ellas—. ¡Pobre Lord Newhaven! Primero, su honor. Después, su vida. Le habéis arrebatado todo lo que tenía. Pero el listón lo sigue poniendo él.

—¡Rachel! —exclamó Hugh, y se arrodilló ante ella y se agarró al bajo del vestido.

Ella lo apartó con violencia después de soltarse el vestido de su frenética sujeción.

—Déjame —susurró. Casi se había quedado sin voz—. Cobarde y mentiroso, no volveré a

tener nada que ver contigo.

Hugh se levantó sin saber cómo. Los dos rostros grises y desesperados, arrebatados por la pasión, se enfrentaron. Ya habían hablado todo lo que tenían que hablar.

Él leyó su sentencia de muerte en los implacables ojos de ella. Ella miraba sin esperanza los de él sin retirarse.

Hugh se detuvo un instante y, a continuación, tanteando el camino, como si estuviera medio ciego, salió de la habitación apartando a Lady Newhaven, de quien ambos se habían olvidado.

Lady Newhaven sólo dirigió una mirada aterrorizada a Rachel y salió a toda prisa detrás de él.

CAPÍTULO LI

Pensé: «Bueno, si yo hubiera sido una mujer como Dios las concibió, para salvar a los hombres con el amor, con sólo mi amor podría haber salvado a este hombre».

ELIZABETH BARRETT BROWNING[89]

—¿Ha estado aquí Lady Newhaven? —preguntó el obispo cuando entraba en el despacho con las manos llenas de papeles—. Me pareció ver su carruaje alejarse cuando yo llegaba.

—Ha estado aquí.

El obispo levantó la vista de repente, su atención atrapada por la voz de Rachel. Hay un acaloramiento blanco de ira que imita la palidez de los desvanecimientos. El obispo pensó que estaba a punto de desmayarse, hasta que le vio los ojos. Aquellos amables ojos sinceros ardían. Retrocedió como si hubiera visto el resplandor del fuego desatado al otro lado de unas ventanas familiares.

—Mi pobre niña —suspiró, y dejó caer todo su peso al sentarse en su sillón de cuero.

Rachel permaneció inmóvil. Le miró y sus labios se movieron, pero no emitieron ningún sonido.

El obispo la miraba atentamente.

—¿Dónde está Scarlett? —preguntó.

—Hugh se ha ido —balbució—. He roto mi compromiso con él. No volverá nunca.

Y cayó de rodillas y ocultó el rostro convulso con el brazo de una silla.

El obispo no se movió. Esperó que el paroxismo de ira remitiera. Nunca había visto antes a Rachel enfadada, en todos los años que la conocía, pero la observó sin sorpresa. Sólo un estúpido piensa que el carbón no arde con tanta furia como el lino.

Permaneció un largo rato arrodillada, con el rostro escondido. El obispo no le instó a apresurarse. Finalmente, empezó a sollozar en silencio, estremeciéndose de la cabeza a los pies.

Entonces, él se aproximó, se sentó cerca de ella y tomó sus manos frías entrelazándolas con las suyas.

—Cuéntame, Rachel —pidió con cariño.

Ella trató de retirar las manos, pero él las sostuvo con firmeza. Le obligó a mirarle. Levantó el rostro desfigurado un instante y, a continuación, lo dejó caer sobre sus propias manos y las de él.

—Soy una mujer endiablada —dijo—. No se preocupe por mí. No soy digna de ello. Pensé que podría erradicar de él todo el sufrimiento, pero ahora..., si pudiera hacerle sufrir..., lo haría.

—No tengo ninguna duda de que él está sufriendo.

—No lo suficiente. No como yo. Y le amaba y confiaba en él. Y también es un falso, como ese otro hombre al que amé; como usted, sólo que a usted todavía no le he descubierto; como Hester; como todos los demás. Jamás volveré a confiar en nadie. Jamás volverán a engañarme. Esta es... la... segunda vez.

Y Rachel estalló en un arrebato de lágrimas.

El obispo le soltó las manos y buscó su pañuelo.

Después esperó, rezando en silencio. El reloj recorrió un largo trayecto antes de que se incorporara.

—Soy muy egoísta —dijo mirando con remordimiento aquel amable rostro cansado—. Debí haberme ido a mi habitación en lugar de venirme abajo aquí. Querido obispo, perdóneme. Ya ha pasado. No volveré a caer.

—¿Quieres prepararme un poco de té? —le pidió.

Ella hizo el té con las manos temblorosas y torpes movimientos medio a ciegas. Se acercaba ya la hora de cenar, pero no reparó en ello. Él le obligó a tomar un poco de té y, después, se acomodó en el sillón de cuero. Repasó sus compromisos de la noche. Dentro de media hora debía estar cenando con Canon Glynn para ver a un viejo amigo de la universidad. A las once había concertado ver a un joven clérigo a quien le estaba atormentando la conciencia. Escribió una nota sobre las rodillas, sin moverse, en la que decía que no podía acudir e hizo sonar la campana que tenía al lado. Cuando el criado se llevó la nota, volvió a hundirse en las profundidades del sillón y dio un sorbo al té.

—Creo, Rachel —dijo al fin—, que debo informarte de que imagino en parte cuál es la razón por la que has roto el compromiso. Sé desde hace algún tiempo que los Newhaven tenían problemas. Por lo que Lady Newhaven me ha dicho hoy, y por el hecho de que ha estado aquí, y porque inmediatamente después de verla has roto tu compromiso con Scarlett, debo llegar a la conclusión de que la causa de aquellos problemas era Scarlett.

Rachel había recuperado la compostura. Tenía la cara blanca y el rostro severo.

—Tiene razón —asintió—. Durante una época fue... su amante.

—Y, en consecuencia, consideras que es inadecuado para convertirse en tu esposo.

—No. Me habló de ello antes de pedirme que me casara con él. Le acepté sabiéndolo.

—Entonces, ha intentado enmendarse. En todo caso, actuó contigo como un hombre honrado.

Rachel se rio.

—Eso pensé en aquel momento.

—Si le aceptaste conociendo su pasado, no entiendo por qué ibas a despreciarlo ahora. Una acción deshonrosa de la que un hombre se arrepiente no convierte a ese hombre en alguien deshonroso.

—No sabía todo —dijo Rachel—. Ahora lo sé.

El obispo miró a la lumbre.

Le sorprendieron las siguientes palabras de Rachel:

—A usted le agradaba de verdad Lord Newhaven, ¿no es así?

—Sí.

—En ese caso, como sabe que por lo único por lo que arriesgó su vida fue para ocultar el mal comportamiento de su esposa por el bien de sus hijos, creo que será mejor que le cuente todo lo

demás.

Y entonces Rachel le contó con un lenguaje claro y descarnado la historia del sorteo con las cerillas y cómo ella y Lady Newhaven quedaron en la ignorancia acerca de quién había extraído la cerilla más corta. Que la sacó Hugh; que, cuando llegó el momento, él no consiguió cumplir el acuerdo; que dos días después Lord Newhaven se suicidó; y que ella y Lady Newhaven habían llegado a la conclusión, ambas, por supuesto, de que Lord Newhaven debió de haber extraído la cerilla más corta.

Rachel prosiguió con firmeza, pero con la voz un poco temblorosa.

—Hugh me dijo que había mantenido un enredo amoroso con una mujer casada. Lo supe mucho antes de que él me lo contara, pero sólo porque se arriesgó a perderme al reconocerlo le amé y confié más en él. Pensé que, en todo caso, era un hombre recto. Tras la muerte de Lord Newhaven me pidió que me casara con él y acepté. Y un día, cuando estábamos hablando tranquilamente —el rostro de Rachel palideció aún más, si es posible—, le dije que estaba al tanto del sorteo con las cerillas. (Él pensaba que nadie lo sabía excepto el hombre muerto y él). Y le dije que no debía culparse por la muerte de Lord Newhaven. Que se la había provocado él mismo. Le dije —la voz de Rachel vacilaba cada vez más—: «Fue un sorteo imparcial. Podrías haber sido tú quien sacara la cerilla más corta». Y... él... dijo que, si lo hubiera hecho, habría tenido que atenerse a ello.

El obispo se cubrió los ojos con la mano. Parecía cruel mirar a Rachel, como es cruel contemplar a un hombre ahogarse.

—¿Y cómo sabes que Hugh extrajo la cerilla más corta? —preguntó.

—Parece que Lord Newhaven dejó a su esposa una carta, que acaba de recibir, en la que se lo confirmaba. Ella la trajo aquí hoy para mostrármela.

—¡Ah! ¡Una carta! ¿Y la has leído?

—No —dijo Rachel con desdén—. No la he leído. No he creído una palabra de lo que ella decía. Hugh estaba ahí y le dije que confiaba en él; y él le arrebató la carta y la echó al fuego.

—¿Y no lo negó?

—No. Admitió que era cierto. Me ha mentido una y otra vez, pero en esta ocasión vi que me estaba contando la verdad.

Hubo un largo silencio.

—No sé cómo entienden estas cosas los demás —dijo Rachel, por fin, con menos aspereza; se iba recuperando poco a poco—, pero para mí mucho peor que haber sido el amante de Lady Newhaven era que pudiese llegar a engañarme. Eso me ha dolido terriblemente. Tuve que ahogar los celos cuando me besaba. La había besado a ella primero. Convirtió en algo vulgar y soez esa vertiente de su amor; pero quedaba la otra. Yo me aferré a esta. Creí que me amaba de verdad, y eso me sustentaba y me permitía perdonarle; aunque los hombres no saben cuánto nos cuesta ese perdón. Sólo las paredes de nuestras habitaciones lo saben. Pero me parece mucho peor que me haya fallado también en esa vertiente..., que me haya engañado..., que me haya contado una mentira... justo cuando..., justo cuando estábamos hablando de intimidades.

—Era infinitamente peor —convino el obispo.

—Y fue el acto de un cobarde sortear en primera instancia si no pretendía cumplir con el sorteo y, una vez hecho el sorteo, fue el acto de un traidor no haber cumplido con las consecuencias. Sin embargo, si me lo hubiera contado..., si me hubiera contado toda la verdad... Le amaba tan absolutamente que habría perdonado... incluso eso. Pero, cada vez que aludía a ello,

mentía.

—Tenía miedo de perderte.

—Me ha perdido por el engaño. No me habría perdido si me hubiera contado la verdad. Creo... Sé... que podría haber superado cualquier cosa, haber perdonado cualquier cosa, incluso su cobardía, si lo hubiera reconocido y hubiera sido franco conmigo. Lo único que yo pedía era un trato un mínimamente honesto, pero... no lo recibí.

El obispo la miró con tristeza. Pocas veces es la franqueza la principal exigencia que una mujer hace al hombre que ama. Por lo general, las mujeres consideran a los hombres y su conducta sólo desde el punto de vista de la relación que ellos tienen con las mujeres: como hijos, como esposos, como padres. No obstante, parecía que Rachel podía perdonar el pecado de Hugh contra ella como mujer, pero no su pecado contra ella como amigo.

—Pero se ve que al final sí dijo la verdad —indicó.

—Sí.

—Y después de haber destruido la carta, que era la única prueba que había contra él.

—Sí.

Otro silencio.

—Me alegro de que le hayas dejado —concluyó el obispo, despacio—, pues nunca le has amado.

—Me engañé, en ese caso —respondió Rachel con amargura—. Mi único temor era que le amara demasiado.

El rostro del obispo se volvió inalterable y severo.

—Escúchame, Rachel —dijo—. Te enamoraste desesperadamente de un hombre inferior. Es encantador, culto, educado y tiene una mentalidad pintoresca, pero eso es todo. Es inferior. Es por naturaleza frívolo y estricto (ambas cosas suelen ir de la mano), sin un tronco moral, uno de esos hombres que nunca planta cara a una dificultad, que siempre retrocede cuando llega el momento, hecho de la pasta de la que están hechos los mentirosos y los cobardes. La única cualidad redentora es su amor por ti. He visto ya antes a hombres enamorados. Nunca he visto a un hombre interesarse más por una mujer de lo que él se ha interesado por ti. Su amor por ti se ha apoderado de él por completo y gracias a él se ahogará o se salvará.

El obispo se detuvo. El rostro de Rachel acusaba sus palabras.

—Te engañó —continuó el obispo— no porque deseara engañarte, sino porque estaba en una situación espantosa y porque su primer impulso de amor era a cualquier precio no perderte. Pero su amor por ti aumentaba aun cuando te engañara. ¿Pasó noches sin dormir porque durante meses engañó vilmente a Lord Newhaven? No. La rectitud no habitaba en él. Su conciencia no había despertado. Pero te digo una cosa, Rachel: engañándote ha sufrido como un hombre en el potro de tortura. En cuanto lo vi, supe por su rostro que estaba padeciendo alguna tensión emocional enorme. No lo entendí entonces, pero ahora sí.

La mente de Rachel, siempre lenta, avanzaba a trompicones sobre sus pies frágiles y heridos.

—Era remordimiento —dijo apartando la mirada.

—No era remordimiento. Era arrepentimiento. El remordimiento es más amargo. El arrepentimiento es humilde. Su amor por ti le ha llevado a él. No tu amor por él, Rachel, que se viene abajo en el momento crítico; su amor por ti le ha llevado por primera vez a percibir que hay una vida superior, a la necesidad del perdón de Dios, que, según sé por algunas cosas que ha

dicho, le hacía anhelar una vida mejor, una vida más digna de ti.

—No —contestó Rachel—. No puedo soportarlo.

El obispo se levantó y la miró cara a cara.

—Y al final —prosiguió—, al final, en un instante, cuando mostraste tu plena fe y confianza en él, se liberó por un segundo de los obstáculos de la naturaleza que él mismo había colocado en el mundo y se elevó hasta ser lo que jamás había sido antes..., tu igual. Y su amor trascendió las mentiras que el propio amor, en su plano más elemental, había provocado. Llegó a un lugar desde donde ya no podía mentirte. Y entonces, aunque toda su felicidad futura dependía de una mentira más, dijo la verdad.

Rachel extendió la mano como si quisiera protegerse de lo que se avecinaba.

—¿Y cómo le recibiste la primera vez que te dijo la verdad? —prosiguió el obispo, inexorable—. Dices que le amabas y, sin embargo..., le rechazaste, le arrojaste a los infiernos. Tú descendiste hasta él en un primer momento. Él no era nada hasta que tu imaginario amor recayó sobre él. Y después lo abandonaste. Son las mujeres como tú quienes hacen en el mundo más daño que las malas mujeres. El daño que la pobre loca de Lady Newhaven le hizo no es nada comparado con el daño que tú le has hecho. Tú eras su dios y le has abandonado. Y dices que le amabas. Que Dios guarde a los hombres del amor de las mujeres si eso es todo lo que el amor de una buena mujer es capaz de hacer.

—Yo no puedo hacer nada —se excusó Rachel con voz ronca.

—¡Hacer nada! —repitió el obispo con energía—. ¡No puedes hacer nada cuando eres responsable del alma de un hombre! Dios te reclamará el alma que tienes en tus manos. Scarlett la puso a tu cuidado y tú la aceptaste. No eras quién para haberla tomado si pretendías deshacerte de ella. ¡Y ahora dices que no puedes hacer nada!

—¿Qué puedo hacer?

—Perdonarle.

—El perdón no le va a ayudar. El único perdón que le complacería es casarse conmigo.

—Claro. Es la única forma de la que puedes perdonarle.

Rachel se volvió. Su obstinado rostro estremecido traslucía un conflicto aterrador.

El obispo la observaba.

—Hija mía —dijo con cariño—, todos decimos que seguimos a Cristo, pero la mayoría de nosotros le seguimos a Él y a su Cruz... sólo una parte del camino. Cuando nos dicen que nuestro Señor se hizo cargo de nuestros pecados y que fue herido por nuestras transgresiones, supongo que eso significó que Él sintió como si fueran Suyas por el inmenso amor que sentía por nosotros. Pero cuando tú rehúyes hacerte cargo de las transgresiones de tu compañero, eso demuestra que tu amor es pequeño.

Rachel guardaba silencio.

—Si de verdad le amas, le perdonarás.

Rachel apretaba y aflojaba los puños.

—Apela usted a una nobleza y una bondad que no hay en mí —dijo, obstinada.

—No apelo a nada más que tu amor. Si de verdad le amas, le perdonarás.

—Me ha roto el corazón.

—Ya me pareció que era eso. Es en ti en quien piensas. Pero ¿qué está padeciendo él en estos momentos? No lo sabes, o no te importa. ¿Dónde está ahora ese pobre hombre que te ama? Rachel,

si hubieras conocido alguna vez el desprecio, no arrojarías a él a una criatura como tú.

—Lo he conocido —replicó Rachel con aspereza.

—¿No fuiste abandonada una vez? Fuiste abandonada para nada si después de aquello puedes abandonar tú a otro. Retrocede en tu mente y... recuerda. Él está ahora donde estuviste tú en otro momento. Tú y su pecado lo han depositado allí. Tú y su pecado lo han amarrado a su hoguera. ¿Vas a alinearte para siempre del lado de su pecado? ¿Te quedarás quieta viéndole perecer?

Silencio; como el silencio que planea en torno al lecho de un moribundo.

—Está en un gran aprieto. Sólo el amor puede salvarlo.

Rachel extendió los brazos con un grito ahogado.

—Le perdonaré —se rindió—. Le perdonaré.

CAPÍTULO LII

*Les Âmes dont j'aurai besoin,
Et les étoiles sont trop loin;
Je mourrai dans un coin.*[90]

Hugh no sabía cómo se había zafado de Lady Newhaven cuando ella le siguió fuera del palacio episcopal. Hubo alguna dificultad. Ella le habló, le instó a algo. Pero él se deshizo de ella de algún modo y se encontró sentado en su habitación del Hotel Southminster. ¡Cualquier cosa con tal de estar solo! Tenía la sensación de que esa era la única cosa que tenía que conseguir en la vida. Pero ahora que estaba solo, la soledad, de repente, adquirió unas proporciones monstruosas y amenazadoras, y se convirtió en el espanto del que huir. No podía soportar el rostro de ni un solo congénere. No podía soportar este demonio de la soledad. No hallaba ningún sitio para él entre esas dos grandes piedras de molino. Le pesaron hasta llegar a parecerle que le aplastaban hasta matarlo. En vano se esforzó por recuperar la compostura, por recobrarle. Pero el agotamiento fue haciendo poco a poco por él lo que él podía hacer por sí mismo.

Rachel le había abandonado. Siempre había sabido que lo haría y... lo hizo.

Tenían que haberse casado dentro de unas cuantas semanas; tres semanas y un día. Iba tachando días cada mañana, cuando se levantaba. Había pensado que sería su esposa hasta que la idea acabó formando parte de sí mismo. Las raíces de Rachel se hundían en lo más profundo de su ser. Se arrancó esa idea y la contempló al margen de sí mismo, como contempla una extremidad amputada un hombre que sangra y se estremece.

El sudor cuajó en la frente de Hugh. La espera y la separación diaria se le habían hecho insoportables, esa breve demora de unas cuantas semanas. Ahora jamás sería suya. Jamás vería apaciguada esa prolongada y siempre creciente impaciencia del corazón. Rachel se había marchado llevándose consigo sus queridas manos y sus ojos fieles y su voz baja, cuyo mero timbre reportaba paz y consuelo. Eran sus manos y sus ojos. Rachel se las había entregado. Y ahora se los arrebató, esos ojos fieles que le abrazaban con su desdén, esas manos blancas sobre las que había apoyado la frente le apartaban de ella con violencia. No podía vivir sin ella. Era la muerte, ser apartado de ella.

—No puedo, Rachel, no puedo —decía Hugh una y otra vez.

¿Qué era cualquier otra muerte comparada con esto, comparada con su desprecio?

Jamás regresaría. Le despreciaba. Ya nunca más le amaría. Él le había dicho que debía de ser un sueño que ella le amara y que algún día despertaría. Y ella le dijo que todo era cierto. ¡Con cuánta dulzura se lo había dicho! Pero, después de todo, era un sueño y se había despertado ya...

atormentado. Mientras viviera, la vida sería como este instante.

—No lo soportaré —dijo de golpe con el frenético impulso de huida que lleva a un hombre a arrojarse de una casa en llamas saltando por encima del alféizar de una ventana. Abajo, a lo lejos, está la acera, inmóvil, impassible, mortífera. Pero a su espalda se encuentra el estallido de un horno desatado. El pánico duda entre los dos... y salta.

—No lo soportaré —repetía Hugh mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de angustia.

No sólo la había perdido, sino que se había perdido a sí mismo. Ese yo mejor, más humilde y sincero, había desaparecido con Rachel y se vio arrojado de nuevo a aquel otro viejo yo falso y cobarde que había dejado atrás desde que Rachel le amara. Hugh le había repudiado. Se había desprendido de él. Ahora, le envolvía otra vez como una camisa en llamas y una voz en su interior le decía: «Este es tu verdadero yo. Te engañaste por un instante. Pero este es tu yo verdadero, el mentiroso, el cobarde, el traidor, el que volverá a vivir contigo para siempre».

—Estoy abandonado —decía Hugh. Repitió la palabra una y otra vez—. Abandonado. Abandonado.

Y miró a su alrededor en busca de una salida.

En algún lugar del fondo de su mente pendía una imagen que había visto en una ocasión y nunca más había vuelto a mirar. Se volvió y la contempló ahora, como un hombre se vuelve y contempla un cuadro que hay en la pared de su espalda.

Volvió a verla, el rostro inmóvil y descubierto del pequeño lago en medio de los árboles circundantes, como lo vio el día en que Doll y él se toparon con él en el bosque. ¿Qué tenía que ver con él? Había escapado de allí una vez. *Ahora lo entendía.*

¿Quién que lo haya visto alguna vez ha olvidado el aspecto que adopta la profundidad de las aguas cuando la vida es insoportable? «Ven conmigo, entre mis largas algas —dice—. Soy un refugio, una salida. Este horror y esta pesadilla de vida no pueden alcanzarte en mi seno. Ven a mí. No prometo más que depositar mi fresca mano sobre el fuego de tu cerebro y que el mundo te libere de sus garras, ese mundo que promete y no cumple sus promesas. Yo cumpliré la mía».

La mente de Hugh titubeaba, como la llama de una vela oscila bajo una repentina corriente de aire. Así vaciló en una ocasión ante el miedo a la muerte y se había rendido a ese temor. Y así vacilaba ahora bajo un miedo mayor, el miedo a la vida, y ante él se rindió.

Tomó el sombrero y salió.

Había oscurecido y, mientras corría, iba chocando con la gente en las calles tenuemente iluminadas. ¡Qué calor hacía! ¡Qué absurdo resultaba ver aquellos montones de nieve acumulada y las siluetas amortiguada de hombres y mujeres!

Enseguida salió de la ciudad y se encontró en campo abierto. ¿Adónde iba por ese interminable camino bajo el débil resplandor de la nieve?

La noche era muy silenciosa. El espíritu de la escarcha se había inclinado sobre el rostro blanco de la tierra. Las largas y familiares líneas de los prados, las lomas y los arbustos parecían los austeros pliegues de un sudario.

Hugh caminaba deprisa, sin mirar a izquierda ni derecha. El fuego de su cerebro aumentaba, aumentaba. Enredada entre unos matorrales borrosos, la luna se levantaba a sus espaldas.

Finalmente, se detuvo en seco. ¡Aquella granja de la derecha! La había visto antes. Sí. Era Greenfields. Doll se la señaló cuando paseaban esa tarde de domingo hacia Beaumere. Abandonaron el camino aquí y se adentraron por los campos. Ahí estaba la cancela. Hugh la abrió.

Crack se perdió en este punto y volvió a unirse a ellos en el bosque. Los campos estaban desiertos. Los atravesaba una senda que se asemejaba a una arruga.

Conocía el camino. Era la única salida de la sombra que se cernía delante de él, de ese otro yo que había regresado y le había arrebatado a Rachel hasta despertar el odio en ella. Rachel le amaba de verdad. Era fiel. Jamás le habría abandonado. Pero confundió a esta sombra malvada e insidiosa con Hugh y él no fue capaz de explicárselo. Sin embargo, ahora lo comprendería enseguida. Hugh se lo dejaría perfectamente claro y ella volvería a amarle cuando él se hubiera deshecho de ese otro Hugh. Lo hundiría y lo ahogaría en Beaumere. Era la única forma de librarse de él. Y así él, el verdadero Hugh, resurgiría sano y salvo. Ya lo había hecho una vez y lo sabía. Se ahogaría y se resistiría un rato. Era necesario superar un recodo extremadamente complicado, pero alcanzaría ese remanso de paz del otro lado, como había hecho antes, y encontraría esperándole a Rachel, que volvería a rodearle con sus brazos.

—Es la única salida —se decía una y otra vez—, la única salida.

Llegó al bosque. La luna ya estaba en lo más alto e iluminaba de blanco y afilado la larga y sinuosa nave de esa catedral que Dios le construyó a Él en cada claro de un bosque, donde la nieve y la escarcha oficiaban ahora su solemne servicio de alabanza.

Vio la lucecilla de la casa del guarda e instintivamente se desvió hacia la izquierda. Le acuciaba el tiempo. En su cabeza giraba un engranaje tan deprisa, tan deprisa y generando tanto calor que, a menos que fuera más rápido que él, le dejaría atrás.

Por fin vio el agua y corrió hacia ella. Los troncos blancos de los árboles conspiraban contra él y le abordaban para golpearle con violencia. Pero les devolvió los golpes y logró pasar entre ellos. Al final, quedaron atrás. Ahora tenía al lado su propia sombra, corta y ligera. Miró a su alrededor un par de veces para asegurarse de que todavía le acompañaba.

Se acercó al borde del agua y, a continuación, se detuvo en seco, espantado. ¿Dónde se había ido el agua? Le había engañado y le había abandonado, como todo lo demás. Era dura como el hierro, una inmensa sábana blanca de hielo que se extendía alejándose de él. Pensaba en el pequeño lago tal como lo había visto, frío y profundo, bajo las sombras de los árboles estivales. Todo había cambiado y desaparecido. No había nada que hacer aquí. La salida estaba bloqueada. Partió dando un grito ronco y corrió sobre el hielo en dirección al lugar donde casi se ahogó la otra ocasión.

Ahí estaba, enfrente de esa arboleda de abedules. El hielo tenía aquí un color distinto. De repente, descendía y crujía bajo sus pies. Se arrojó sobre él y lo golpeó desesperadamente con el puño.

—Déjame pasar —balbució.

Pero el hielo se le resistía. Profirió un crujido seco y amenazador, como si se burlara de él. Apenas podía sustentarlo, pero resistía. Y no tenía tiempo, nada de tiempo. Gateó para volver a ponerse de pie y el hielo cedió en el acto. El otro yo se abalanzó sobre él bruscamente y cayó con él, y ambos forcejearon con furia bajo el agua.

—Debo hacerlo, debo hacerlo —jadeaba Hugh entre los dientes apretados.

—No lo harás —decía el otro yo, enloquecido de pánico—. Agárrate al hielo.

Hugh vio que sus manos ensangrentadas se aferraban con fuerza al hielo dentado. Se rompió. Se agarró a otro trozo. Volvió a romperse. La corriente le succionaba poco a poco para llevarle debajo del hielo. Los fragmentos desprendidos le empujaban. Tenía un brazo ya debajo y no podía sacarlo. El espanto animal de sentirse atrapado se apoderó de él. No sabía que sería así. No

estaba preparado para esto.

El otro yo luchaba ferozmente por la vida agarrándose y arrancando jirones de hielo.

—Grita —le decía— mientras todavía haya tiempo.

Hugh apretó los dientes.

El hielo volvió a desprenderse de un pedazo grande y se venció pesadamente sobre él. Le cayó con fuerza sobre un hombro.

—Grita —volvía a decir con insistencia el otro yo— o acabarás bajo el hielo.

Y hasta el cielo sereno se elevó una y otra vez un grito salvaje y ronco de agonía y desesperación humanas.

CAPÍTULO LIII

*Über allen Gipfeln,
Ist Ruh
In allen Wipfeln
Spilrest Du
Kaum einen Hauch;
Die Vögelein schweigen im Walde.
Warte nur, balde
Ruhest du auch.*
GOETHE[91]

El médico se retrasaba mucho. Rachel, que pensaba asistir a la misa de fin de año, esperó al obispo en el vestíbulo hasta que salió de su estudio con el coadjutor que tenía dudas.

Cuando el joven se hubo marchado, Rachel dijo, titubeando:

—No iré a la misa si el doctor Brown no llega antes de que haya que salir. Hugh tenía que haber venido con nosotros. No quiero que él se pase toda la noche pensando... Quizá si no puedo ir usted le vea y pueda decirle unas palabras.

—Querida mía —dijo el obispo—, pasé por sus habitaciones hace dos horas, justo cuando subiste a ver a Hester.

El obispo quería a Rachel, pero le fascinaba su falta de imaginación.

—¿Hace dos horas! ¿Y qué le dijo usted?

—No le vi. Llegué demasiado tarde. Se había marchado.

—¿Se había marchado! —exclamó Rachel en voz baja—. ¿Dónde?

—No lo sé. Subí a su habitación. Todavía estaban allí todas sus cosas.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

El obispo la miró compasivamente. Había estado mucho tiempo perdonándole. Mientras ella dudaba, le preguntó «¿dónde está ahora?» y ella no comprendió.

Rachel contrajo el rostro y se puso lívida. Ahora lo entendía, después del suceso.

—Tengo miedo de que haga algo —dijo.

El obispo se alarmó mientras ella le servía el té, antes de que empezaran a hablar.

—Quizás haya regresado a Londres —especuló Rachel abriendo los ojos de par en par con un

temor difuso.

El obispo había llegado hasta la estación y confirmó que Hugh no se había marchado en el único tren que se había detenido en Southminster entre las siete y las nueve. Pero no aumentó la angustia de Rachel diciéndolo.

La berlina del médico, que llegaba a toda velocidad, se detuvo en seco en la puerta.

—Ahí está, por fin —dijo el obispo, y abrió la puerta antes de que sonara la campana.

En el umbral ya había una figura, pero no era el doctor Brown. Era Dick.

—¿Dónde está el doctor Brown? —preguntaron Rachel y el obispo al mismo tiempo, mirando la familiar berlina y los caballos humeantes del médico.

—Me ha pedido que viniera yo —explicó Dick mientras observaba a Rachel de soslayo.

A continuación, hizo lo mismo que le habría gustado que hicieran con él y añadió despacio:

—Le retuvieron. Venía de camino hacia aquí desde Wilderleigh, donde uno de los criados está enfermo, y, como yo estaba cenando allí, me ofreció traerme. Y cuando pasamos junto a la granja que hay cerca del bosque, un hombre nos detuvo. Dijo que había habido un accidente..., alguien casi se ahoga. Yo también fui con él. Resultó que era Scarlett. El doctor Brown se ha quedado con él y me envió a recogerlos para llevarles allí.

—¿Está muerto? —preguntó Rachel, sin que sus ojos se apartaran nunca de Dick.

—No, pero está muy grave.

—Voy ahora mismo.

Cargado de libros y documentos, el capellán atravesaba en ese momento el vestíbulo.

—Diga al canónigo Sebright que no puedo participar en el servicio de fin de año —indicó el obispo enseguida.

Y bajó a toda prisa los peldaños detrás de Rachel y entró en el carruaje con ella. Dick se subió el cuello del abrigo de piel y montó en el pescante junto al cochero.

El carruaje giró con tiento y, acto seguido, partió a buen ritmo.

La catedral se alzó amenazadora, toda refulgente de luz desde el interior. Fuera, en mitad de la noche, se oía la música fúnebre del órgano por el año que desfallecía.

El obispo tenía la mirada fija en el cristal de la portezuela. Las casas quedaron atrás. Estaban en el campo.

—¿Quién es? —preguntó Rachel de pronto, cuando una larga sombra pasó corriendo junto a ellos ante los setos blancos.

—No es más que Dick. Aquí el terreno está en pendiente y va corriendo para aliviar a los caballos.

Hubo un largo silencio.

—Creo que lo ha hecho a propósito —dijo por fin Rachel—. Le he abandonado en un momento de enorme necesidad para él y ahora él me ha abandonado.

—Él nunca te abandonaría, Rachel.

—No intencionadamente —asintió—. Yo lo hice intencionadamente. Esa es la diferencia entre él y yo.

Rachel no volvió a hablar.

Durante lo que, a juicio del obispo, pareció toda una vida, el carruaje avanzó bamboleándose de un costado al otro del blanco camino. Al fin, cuando el obispo había abandonado toda

esperanza, giró para adentrarse en un prado y prosiguió dando saltos bruscos sobre las rodadas heladas. Después, se detuvo.

Rachel salió del carruaje antes de que Dick pudiera abandonar el pescante.

Ella lo miró sin decir nada y él caminó deprisa abriendo el camino por el silencioso bosque bajo la luna. El obispo les seguía.

La cabaña del guarda lanzaba un tenue destello amarillo desde el interior. La lamparilla de aquel hombre se asemejaba a una especie de oscuridad en medio del inmenso esplendor blanco y omnipresente de la noche. La puerta de la cabaña estaba abierta. El doctor Brown se asomaba desde la entrada.

Rachel se acercó a él.

—¿Dónde está? —preguntó.

Él trató de hablar; trató de contenerla amablemente mientras le explicaba algo. Pero comprobó que se encontraba fuera del alcance de cualquier explicación, ciega y sorda salvo para una voz, para un rostro.

—¿Dónde está? —repetía agitando la cabeza con impaciencia.

—Aquí —respondió el médico, y la condujo a través de la cocina.

Un hombre y una mujer se levantaron junto al fuego cuando ella entró. Él abrió la puerta que conducía a un salón pequeño.

En el suelo, sobre un colchón, había tendida una figura alta. La cabeza, apoyada sobre una almohada, estaba vuelta hacia la puerta y los ojos, abiertos de par en par, estaban fijos en la vela que había sobre la mesa. Los labios se movían sin cesar. Las manos se agarraban a las mantas.

En un primer momento, Rachel no le reconoció. ¿Cómo podía ser ese Hugh? ¿Cómo podían ser los de Hugh esos ojos vacíos que no la identificaban, que hasta ahora nunca habían mirado a los de ella sin amor?

Pero era él. Sí, era él. Reconstruyó el parecido como lo hacemos entre un padre y un hijo.

Se arrodilló a su lado, le tomó las manos errantes y las besó.

Él la miró sin verla, con esos ojos brillantes y febriles, y las manos ardientes se libraron de las de Rachel para volver a su extenuante labor.

Dick, cuyos ojos habían seguido a Rachel, se volvió mordiéndose los labios y se sentó en un rincón de la cocina. El guarda y su esposa salieron en silencio y entraron en la recocina.

El obispo se acercó a Dick y le pasó el brazo por los hombros. Dos lágrimas de dolor aguardaban en los ojos de halcón de Dick. Había visto a Rachel besar las manos de Hugh. Hizo rechinar los tacones sobre el suelo de ladrillo.

El obispo comprendió, y comprendió también la repentina alteración de los sentimientos.

—¡Pobre hombre! —exclamó Dick con la voz entrecortada—. Ya es muy mala suerte tener que marcharse justo cuando ella iba a casarse con él. Si hubiera sido yo, no podría soportarlo; pero también habría tenido buen cuidado de no ahogarme. Me habría cuidado mucho. Pero, en todo caso, es una mala suerte espantosa.

—Supongo que tomó un atajo por el hielo.

—Sí —dijo Dick— y se metió donde cualquiera que reconozca el aspecto del hielo habría sabido que sin duda acabaría en el agua. El guarda lo vio atravesar el hielo. Fue un poco antes de que pudieran llegar hasta donde estaba para decirle que saliera de allí, y parece que tiene alguna herida.

El doctor Brown salió despacio y dejó la puerta del salón entreabierta.

—No puedo hacer nada más —explicó—. Si sobreviviera, contraería meningitis. Pero se está muriendo.

—¿Reconoce a Rachel?

—No. Quizá la reconozca al final, pero es dudoso. No puedo hacer nada y me necesitan en otra parte.

—Pararé —dijo el obispo.

—¿Le llevo? —preguntó el doctor Brown mirando a Dick.

Pero Dick negó con la cabeza.

—Podría serle de utilidad a ella —respondió cuando el médico se hubo marchado.

De manera que los dos hombres que querían a Rachel permanecieron sentados con impotente compasión en la pequeña cocina durante las interminables horas de la noche. A largos intervalos, el obispo entraba en el salón sin hacer ruido, pero parecía que no se le requería allí. En una ocasión salió y tomó una vela nueva, la puso en la palmatoria de latón y la colocó entre los adornos de porcelana que descansaban sobre tapetes de lana.

Hugh estaba ahora casi inmóvil, con los ojos medio cerrados. Tenía las manos quietas entre las de Rachel. La nerviosa fiebre de movimientos había cesado. Rachel casi deseaba que se reanudaran, en la medida..., en la medida en que la vida de Hugh se escapaba de la suya.

—Hughie —le susurraba una y otra vez—. Te quiero. No me dejes.

Pero Hugh no dejaba de murmurar para sí y no le prestaba atención.

Finalmente, ella abandonó la desesperada tarea de hacerse oír y se concentró en tratar de escucharle. No lograba dar sentido a lo que decía. Las pocas palabras que podía captar se repetían un centenar de veces en medio de un murmullo ininteligible. La barca, y Loftus, y su propio nombre... y *Crack*. ¿Quién era *Crack*? Recordó al perrillo que se había ahogado. Y los labios que tan pronto iban a guardar silencio siguieron hablando sin coherencia mientras el corazón de Rachel se abalanzaba para captar alguna palabra.

La noche iba vistiéndose de ropajes muy finos. La oscuridad previa al amanecer, el frío mortal que precedía al alba estaban aquí. A través de la ventana baja y sin cortinas, Rachel vio el primer rayo débil del nuevo día del año nuevo.

Tal vez ahora, con la luz del día, la reconociera.

El nuevo día llegó por el este blanco en medio de una paz inmensa, pálido como Cristo recién levantado de entre los muertos, inundado por el esplendor del amor de Dios sobre Él.

Una paz inmensa y la luz entraron calladamente en el pequeño salón.

Hugh se revolvió y Rachel apreció un cambio en su rostro contraído y con las mejillas hundidas.

—Era la única forma de alcanzarla —dijo lenta y claramente—; la única forma. Lo atravesaré y la encontraré al otro lado, como hice la otra vez. Hace mucho frío, pero lo atravesaré. Ya casi lo he atravesado.

Se sentó y la miró expresamente. De repente, parecía aliviado, liberado. En el rostro de Hugh afloró una mirada aniñada que jamás había visto, una mirada que permaneció en el corazón de Rachel durante toda su vida.

¿La reconocía?

Recayó la luz más pura sobre su rostro, más hermoso de lo que jamás lo había visto. Hugh la

miró con tierno amor y una confianza deslumbrante en los ojos... y esbozó una leve sonrisa.

—Te he encontrado —dijo extendiendo los brazos hacia ella—. Te había perdido, no recuerdo cómo, pero he llegado hasta ti atravesando el agua. Sabía que te encontraría, Rachel mía, mi dulce esposa.

Había llegado más allá del alcance de nuestro pobre perdón humano. Tal vez podría haberlo buscado antes, pero ahora ya no lo necesitaba. Había olvidado que no tenía ninguna necesidad de él, pues todo lo anterior ya había desfallecido. Sólo el amor permanecía.

Ella le tomó entre sus brazos. Lo estrechó contra su corazón.

—Sabía que lo harías —dijo, sonriéndole—. Lo sabía. Nunca más volveremos a separarnos.

Y con un suspiro de felicidad absoluta se entregó por entero a ella, con los ojos cerrados sobre su pecho.

CONCLUSIÓN

Era otoño una vez más. La zarzas estaban teñidas de rojo en la hondonada que quedaba por debajo de Warpington Avenue. Abel recolectaba manzanas en el huerto.

El señor y la señora Gresley estaban sentados a la sombra del porche nuevo, contemplando un arco conmemorativo que acababan de erigir en el camino. «Larga vida y felicidad» era el lema original grabado que llevaba impreso.

Con un llamativo sombrero nuevo, la señora Gresley se recostó, agotada, en su silla del jardín.

—Los Pratt van a tener seis arcos, todos ellos iluminados con adornos de luz eléctrica de corazones con su blasón en lo alto —dijo—. Van a encenderlos a las nueve en punto. El señor Pratt dijo que no escatimaría ningún gasto ante semejante ocasión. Dijo que marcaba una época en la vida del condado.

—Bueno —contestó el señor Gresley—. Yo llevo una vida demasiado ajetreada para andar siempre metiendo la nariz en los asuntos de los demás, pero es cierto que jamás hubiera esperado que Lady Newhaven se casara con Algy Pratt.

—Ada y Selina dicen que Algy y ella llevaban ya años encariñados: esa es la razón por la que la boda se celebra tan pronto, sólo nueve meses, y que ella va a conservar el título, y que se van a vivir a Westhope. Le dije a Ada y Selina que confiaba en que no esperaran demasiado del matrimonio, pues a veces las personas que lo contraían quedaban decepcionadas, pero sólo se rieron y dijeron que Vi había prometido a Algy llevarlas de viaje la próxima estación.

—Parece que vivimos en un ambiente de casamientos —opinó el señor Gresley—. Primero el doctor Brown y Fräulein, y ahora Algy Pratt y Lady Newhaven.

—Yo tenía tantísimo miedo de que Fräulein creyera que nosotros pusimos el arco conmemorativo por ella y que presumiera de él —dijo la señora Gresley— que me pareció mejor enviarle una nota breve, sólo para darle la bienvenida cordialmente y decirle lo ocupadísimos que estábamos con las celebraciones de los Pratt y que era una *coincidencia* que ella llegara el mismo día. Le dije que le enviaría a los niños mañana para que pasaran la mañana con ella. Sabía que le agradaría, y mañana es el día que la señorita Baker pasa en Southminster con su tía y yo estaré verdaderamente muy atareada para ocuparme de ellos. En algunos aspectos, la señorita Baker no me agrada tanto como Fräulein. Cobra lo mismo, pero hace mucho menos y es a veces muy seca cuando le pido que haga cualquier cosita por mí, como transcribir alguna música eclesiástica.

—Hester solía hacerlo —apostilló el señor Gresley.

—La señorita Brown me dijo que había tenido noticia de Hester y que ella y la señorita West seguían en la India. Y pretendían ir a Australia y Nueva Zelanda, y regresar la próxima primavera.

—¿Estaba bien Hester?

—Perfectamente. Ya lo sabes, James, siempre te dije que lo suyo no era una enfermedad auténtica. Esa fue la razón por la que no nos dejaron verla. Sólo era histerismo, que padecen las jóvenes cuando sufren una decepción por no casarse y ya no son tan jóvenes como antes. Inmediatamente después murió el pobre señor Scarlett, Hester dejó su habitación y se dedicó a la señorita West, y el señor Brown dijo que fue su salvación. Pero, por mi parte, siempre pensé que Hester tomó el pelo al doctor Brown y al obispo con esa enfermedad.

—No me sorprendería que Hester se casara con Dick Vernon —comentó el señor Gresley—. Es una señal bastante clara que se marcharan a Australia cuando él regresó allí hace unos meses. Si me hubiera consultado, le habría aconsejado que no le acompañara.

—Espero que la señorita Baker haya encontrado un buen sitio para los niños. Seguro que ella está en muy buen sitio —dijo la señora Gresley mientras su esposo y ella ocupaban su posición junto a la puerta.

¡Más vítores! En la esquina, una repentina andanada de trompetas y un trombón de la banda de música de voluntarios, de la que el señor Pratt era oficial jefe.

Chacoloteo de cuatro caballos blancos y un carruaje descubierto. ¡Una imagen fugaz del capitán Pratt, chaleco blanco, sonrisa, dientes, gafas, sombrero agitado al viento con una mano enguantada de piel de cabritilla color lavanda! Una imagen fugaz de una mujer encantadora vestida de blanco con un maravilloso sombrero de plumas blancas y un corazón de brillantes enorme, seguramente una prueba de amor del capitán Pratt, colgando de una larga cadena de diamantes, que saludaba y sonreía junto a su elegante novio.

Al cabo de un instante, ya habían pasado y una salva de cañonazos y artillería de campaña anunció que habían llegado al ala este de Warpington Towers y que el solemne júbilo de los Pratt había encontrado la expresión adecuada.

—Ella parecía asustada —dijo la señora Gresley.

—Semejante recepción atemoriza a una naturaleza retraída y delicada —observó el señor Gresley.

¡Más vítores! Esta vez mucho más entusiastas que los anteriores..., más sonoros, ensordecedores.

Se empezaba a ver poco a poco el carruaje del doctor Brown, acompañado por una multitud.

—Han desenganchado al caballo y van tirando de ellos —soltó la señora Gresley, estupefacta—. Mira al doctor Brown agitando el sombrero y a Fräulein saludando de esa forma tan tonta. Bueno, sólo espero que no se confunda con los arcos y con todo esto. Encontrará mi nota en cuanto llegue a su casa. ¡De verdad, James! ¡Dos novias y dos novios en un solo día! Parece el final de una novela.

POSFACIO

Pasamos las páginas del Libro de la Vida con manos impacientes. Y si cerramos el libro en una página triste, nos apresuramos a decir: «La vida es triste». Pero no es así. Otras páginas esperan que se las pase. Yo, que he copiado un breve capítulo de las vidas de Rachel y Hester, no puedo verlo con claridad, pero vislumbro destellos de esas otras páginas. Creo ver a Rachel rodeada de niños y a Dick no muy lejos, y reavivada en los ojos de Hester esa antigua luminosidad. Pues la Esperanza, el Amor y el Entusiasmo nunca mueren. Cuando somos jóvenes, pensamos que los enterramos en el cementerio de nuestro corazón, pero la hierba nunca crece hasta cubrirlos. ¿Cómo, pues, puede ser triste la vida cuando caminan junto a nosotros bajo la luz hacia el Día de la Perfección?

NOTAS

[1] Alfred L. Tennyson, extractos de «To- (“My Life is full of weary days”»». (Todas las notas al texto son del traductor).

[2] Del poema «Love’s Grave».

[3] *Hamlet*, acto III, escena 5. Trad. de Leandro Fernández de Moratín.

[4] En inglés, «risotadas».

[5] Del poema «The Ballad of the King’s Mercy» («La balada de la misericordia del rey»).

[6] Segundo de Reyes 4, 26.

[7] Segundo de Samuel 12, 1-15.

[8] Del poema «Tomlinson».

[9] En *El libro de la selva*. Trad. de Rosa María Borrás Montané.

[10] En francés, «fracasado».

[11] Del poema «The Last Chantey».

[12] En inglés, «desvergonzado».

[13] En inglés, «Idilio de East London».

[14] «Aquí abajo todos los hombres lloran a sus amistades o a sus amores». La novelista atribuye este poema a Bourget, pero es de René-François Sully-Prudhomme, «Içi-bas tous les lilas meurent».

[15] Extraído de «Social Aims».

[16] De «The Holy Grail», en *Los idilios del rey*.

[17] Tanto esta referencia como la siguiente figuran así en el original.

[18] «Para vivir tranquilo es preciso vivir lejos de las gentes de iglesia».

[19] Siglas de «Girls’ Friendly Society», una asociación benéfica de inspiración religiosa dedicada a la educación de las niñas y jóvenes.

[20] De «Consideraciones tempestivas», en *La conducta de la vida*. Trad. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra.

[21] Juan 1, 5.

[22] Génesis 28, 17.

[23] En agosto de 1898, la autora vio en la entrada de una iglesia rural un letrero encabezado por el texto arriba citado. (N. del E.)

[24] *Middlemarch*, capítulo XLV. Trad. de José Luis López Muñoz.

[25] En francés, «mimado».

[26] Del poema «L'envoi», en *El hándicap de la vida*.

[27] Alusión a la aparición de Jesucristo resucitado en Emaús, referida en Lucas 24, 16: «pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran».

[28] *Middlemarch*, capítulo LXXIII. Trad. de José Luis López Muñoz.

[29] «Una gran pasión desgraciada es un gran medio para alcanzar la sabiduría». De *Julia o la nueva Eloísa*. Sexta Parte, Carta VII. Trad. de Pilar Ruiz Ortega.

[30] El libro de Burke al que se refiere es el conocido como *Burke's Peerage*, que recibe su nombre por el editor, John Burke, y desde 1826 publica genealogías donde se recogen detalles de la nobleza y la aristocracia de Gran Bretaña, Irlanda y otros países: enlaces matrimoniales, descendencias, etc.

[31] «Casi siempre nos aburrimos con las personas a quienes se aburre». De La Rochefoucauld, en *Máximas: reflexiones o sentencias y máximas morales*. Trad. de Carlos Pujol.

[32] Alusión a los diferentes procesos de industrialización de Gran Bretaña; el de Birmingham, más centrado en las manufacturas, y el de Liverpool, una ciudad supuestamente mas moderna, dependiente de las máquinas de vapor y el ferrocarril, cuya primera línea con Mánchester se inauguró en 1825.

[33] «Lleno está el mundo de gentes no mucho más discretas», de la fábula «La rana que quiso ser como el buey». Trad. de Juan y José Bergua.

[34] «El ruido es para el fatuo. / La queja es para el necio. / El hombre honesto burlado / se marcha sin decir palabra». Pese a la atribución de autoría que hace Cholmondeley, parece ser una frase de la comedia *La Coquette Corrigée*, de Jean-Baptiste Sauvé de La Noue (1701-1769).

[35] «Si os han traicionado, lo que importa no es la traición, sino el perdón que ella ha hecho nacer en vuestra alma [...]. Pero si la traición no ha acrecentado la sencillez, la confianza más plena, la amplitud del amor, entonces os habrán traicionado inútilmente y podréis decirnos a vosotros mismos que no sirvió para nada». En *La sabiduría y el destino*.

[36] *Del ensayo «Leyes espirituales», de Emerson. Trad. de Javier Alcoriza.*

[37] De la obra de Emerson traducida de diversas formas como «El estudiante americano», «El intelectual americano» o «El escritor estadounidense»; de esta última, trad. de Carlos Jiménez Arribas.

[38] Del poema «Only a Curl», de E. B. Browning.

[39] Trad. de Carlos Manzano.

[40] En *El libro de la selva*. Trad. de Rosa María Borrás Montané.

[41] De *La historia de los esposos Gadsby*, de R. Kipling.

[42] Verso extraído de «By the Fireside», de R. Browning.

[43] De *La historia de los esposos Gadsby*, de R. Kipling.

[44] Del poema «Moral».

[45] «Lo hizo echando mano de argumentos inconsistentes y que no admiten refutación, porque se derriten como la nieve con el fuego cuando se quiere refutarlos con razones y no hay manera de hacer presa en ellos, algo así como ciertos argumentos, absurdos y sin réplica posible, de cura de aldea que demuestra la existencia de Dios». De *Fuerte como la muerte*, primera parte, cap. III. Trad. de Luis Ruiz Contreras.

[46] Del himno «Jesus, lover of my soul», con letra de Charles Wesley (1707-1788), del que se han hecho diversas adaptaciones musicales. La versión española se conoce por el título de «Cariñoso salvador». La traducción de estos versos podría ser: «Jesús, amante de mi alma. Cubre mi cabeza indefensa con la sombra de tus alas». Los dos últimos versos aparecen transcritos como los pronunciaría Fräulein, de origen alemán.

[47] El personaje atribuye la expresión a Tennyson, pero procede del Soneto 116 de Shakespeare, como la conclusión de la sentencia, que procede de *Macbeth*, acto IV, escena 1.

[48] Del mismo himno antes citado. «Ningún otro refugio tengo, de Ti pende mi alma desvalida».

[49] Del poema «Superscripción», en *La casa de la vida*. Trad. de Adolfo Sarabia.

[50] De *La historia de los esposos Gadsby*, de R. Kipling.

[51] «El No de una mujer», de Caroline «Emily» Sharp, que firmaba sus obras con sus apellidos de casada, señora Lovett Cameron.

[52] Del *Diario íntimo* de Amiel.

[53] Proverbio alemán.S

[54] Ezequiel 1, 16.

[55] De «Consideraciones tempestivas», en *La conducta de la vida*. Trad. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra.

[56] Primero de Reyes 21, 20.

[57] De *Felix Holt, the Radical*, cap. 23.

[58] Proverbios 18, 7.

[59] *Rubaiyat*, VII estrofa. Trad. de Carmela Eulate Sanjurjo.

[60] «Los espíritus débiles no pueden ser sinceros». De La Rochefoucauld. Trad. de Carlos Pujol.

[61] Variación sobre Juan 13, 30.

[62] De *Ricardo III*, acto II, escena III. Trad. de Luis Astrana Marín.

[63] «Aguarda, que pronto / cesarán tus penas», del poema «Lo mismo», de Goethe. Trad. de Rafael Cansinos Assens.

[64] Segundo de Macabeos 15, 28.

[65] «El número de seres que quiere conocer la verdad es extraordinariamente reducido. Lo que predomina entre los hombres es el miedo a la verdad, a menos que la verdad les sea útil». De *Diario íntimo*, 1 de marzo de 1879.

[66] «Los tontos son más peligrosos que los malvados». Atribuida a Cristina de Suecia.

[67] «Douglas, Douglas, tierno y sincero», último verso del poema de igual título de Dinah Craik.

[68] Polisemia intraducible: en inglés, «jar» significa al mismo tiempo «tarro» o «envase» (donde se almacenan conservas o compotas de producción doméstica) y «disputa» o «enfrentamiento».

[69] Modo infantil para significar «irse a la cama». Es también el nombre de un condado inglés.

[70] En inglés, «cáscaras».

[71] En *Sociedad y soledad*.

[72] Del poema «In Italy».

[73] Segundo de Reyes 4, 26.

[74] Del poema «By the Fireside».

[75] «De aquellos que se arrojan al amor como a un precipicio».

[76] Del «La balada del viejo marinero», poema de Coleridge. Trad. de José María Martín Triana.

[77] De *The Soldier of Fortune*, de J. Leicester Warren, acto IV, escena III.

[78] «Dios no olvida a nadie. Visita a todo el mundo», en *Méditations évangéliques*.

[79] Enrique IV, primera parte. Acto I, escena II. Trad. de Luis Astrana Marín.

[80] En francés, «arisco».

[81] En alemán, «noviazgos».

[82] Primera a los Tesalonicenses 4, 17.

[83] «Fuego purificador», de Adelaide Anne Procter.

[84] Véase Salmos 88, 19 y Job 19, 13.

[85] «El tiempo va, vuelve, pero no devuelve».

[86] Véase Segundo de Reyes 22, 23.

[87] Segundo de Samuel 12, 23.

[88] De Shakespeare, en *Cimbelino*. Acto I, escena I. Trad. de Javier García Montes.

[89] De *Aurora Leigh*.

[90] «Las almas que necesitaré / y las estrellas están demasiado lejos; / moriré en un rincón».

[91] «En todas las cumbres / la paz reina; / por ninguna parte / apenas si un soplo / de vida se otea; / en el bosque en calma / ni un ave gorjea. / Aguarda, que pronto cesarán tus penas». Del poema «Lo mismo». Trad. de Rafael Cansinos Assens.